¡DESPIERTE, SEÑOR!

Del creador de *Bored to Death*

JONATHAN AMES

Alan Blair es un joven y disparatado escritor con problemas mentales, emocionales, sexuales, espirituales y físicos. De hecho, a Alan se le da muy bien acumular problemas. Por fortuna, cuenta con Jeeves, un ayuda de cámara eficiente y leal que hace todo lo posible por evitar que se meta en líos.

Alan vive en casa de sus tíos, pero cuando estos le dicen que no puede quedarse con ellos si sigue bebiendo, emprende junto a Jeeves un esperpéntico viaje por carretera hacia una bohemia colonia de artistas en Saratoga Springs. Allí, Alan encuentra una guapísima *femme fatale* que posee la más espectacular de todas las narices. Y una nariz así solo puede llevar a alguien como Alan a un desastre descomunal, y Jeeves intenta ayudarlo, pero…

Bueno, ¡leed el libro y lo sabréis!

Jonathan Ames

¡Despierte, señor!

ePub r1.0
Titivillus 01.05.2023

Título original: *Wake up, Sir!*
Jonathan Ames, 2004
Traducción: Joan Eloi Roca

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Blair Clark y Alan Jolis
(en memoria)

AGRADECIMIENTOS

El autor quiere dar las gracias a los siguientes individuos e instituciones: Priscilla Becker, Brant Rumble, Rosalie Siegel, la revista *Conjunctions*, la Fundación Guggenheim, la Fundación Medway y la Corporación de Yaddo.

«Vive y no aprendas, ese es mi lema».

ALAN BLAIR

Parte I

Montclair, Nueva Jersey

Capítulo 1

Jeeves, mi sirviente, da la alarma * Una descripción física de mi tío Irwin, el fanático de las armas, y un repaso de su rutina matinal * Apresuro mi aseo y mi yoga * Una eyaculación tardía de miedo

—Despierte, señor, despierte —dijo Jeeves.

—¿Qué? ¿Qué sucede, Jeeves? —dije, emergiendo de las brumas del Leteo. Había soñado con un gato gris que, como un matón de cine negro, estrangulaba entre sus garras a un ratón blanco—. Estaba soñando con un gato gris, Jeeves. Un gato bastante abusón.

—Excelente, señor.

Empecé a deslizarme de nuevo hacia aquel enfrentamiento entre el gato y el ratón. Quería ver cómo escapaba el simpático ratoncito blanco. Tenía una mirada tierna y desvalida. Pero Jeeves se aclaró respetuosamente la garganta y percibí en su presencia un grado de urgencia poco habitual que exigía que el joven señor fuera capaz de zafarse del seductor abrazo del sueño. No tendría lugar la salvación del pobre ratoncito. No habría final feliz.

—¿Qué pasa, Jeeves? —pregunté, echando un ojo a su amable pero indescifrable rostro.

—Hay indicios, señor, de que su tío Irwin ya no está durmiendo.

Solo bajo circunstancias tan alarmantes como esas interrumpiría Jeeves mis ocho horas de necesaria inconsciencia. Él sabía que la felicidad de mi mañana dependía de mantener el menor contacto posible con mi tío.

—¿Se han oído gemidos procedentes de su dormitorio, Jeeves? ¿Acaso ya no sueña, probablemente con armas de fuego, y ahora mira despierto al techo, reuniendo el coraje necesario para enfrentarse a un nuevo día?

—Su progreso esta mañana ha llegado a un punto más

avanzado, señor.

—¿Cómo? ¿Ya le has oído poner los pies en el suelo y está sentado en el borde de la cama sacudiéndose el estupor?

—Está en la bicicleta estática y está *davenando*, señor.

A Jeeves se le había pegado de mí el castellanizar el verbo hebreo «rezar» («*daven*»).

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡La situación es desesperada, Jeeves! ¡Una catástrofe!

Al despertarme del todo y alcanzar la plenitud de mi percepción sensorial, distinguí el característico sonido del pedaleo en la bicicleta, acompañado del desafinado hebreo de mi tío, cuyo dormitorio estaba solo a cinco metros pasillo abajo.

—¿Crees que todavía me queda tiempo, Jeeves?

—El margen de error es mínimo, señor.

Por lo general soy bastante imperturbable y recio, si se me permite decirlo, pero verme en este predicamento a primera hora de la mañana me descompuso por completo. Hacía ya varios meses que, gracias a una rigurosa disciplina, evitaba ver a mi tío antes de mediodía.

—¿Cómo hemos llegado a esta situación? —pregunté. No era mi intención culpar a Jeeves, pero él siempre me había despertado antes de que mi tío progresara hasta la bicicleta estática.

—Su tío se ha levantado hoy muy temprano, señor. Son solo las ocho y media. No hay excusa posible, pero valga decir que yo estaba realizando mi propio aseo durante las primeras etapas de su programa matutino.

—Ya veo, Jeeves. Es totalmente comprensible. —No podía esperar que el hombre estuviera de guardia las veinticuatro horas del día (después de todo, era mi ayuda de cámara, no un soldado de la Guardia Real) y mi tío lo había desconcertado todo levantándose dos horas antes de lo habitual. Era una anomalía más rara que el más raro de los perros verdes, de modo que nuestra mejor defensa (la capacidad de escucha de Jeeves) había sido burlada.

Bien, sin duda estaba en un brete, pero me gusta pensar que, incluso bajo los efectos de un *shock* tan grave, soy un hombre de acción, así que me destapé con brío. Jeeves, anticipándose a todos mis movimientos, me pasó mi toalla, haciéndola aparecer en su mano del modo en que sabe hacer aparecer cosas cuando se las

necesita, así que abandoné a paso ligero mi madriguera, vestido solo con mis calzoncillos bóxer, y me lancé hacia el baño, que comparte pared con el dormitorio de mi tío.

Yo tenía mi propia rutina matinal, pero me vería obligado a apresurarla si quería evitar a mi némesis. La prisa no me resulta atractiva —probablemente me generaría una ansiedad de la que no podría desembarazarme en todo el día— pero encontrarme con mi anciano pariente antes de mediodía sería todavía peor. Me provocaría un grave ataque de nervios grave que arruinaría irremediablemente el día.

Para evitar esa eventualidad, Jeeves y yo habíamos memorizado, con el fin de conocer en todo momento su paradero, la rutina matinal de mi tío, que consistía en lo siguiente:

1. La esposa del tío Irwin, mi tía Florence —la hermana de mi difunta madre—, salía de casa al amanecer a impartir clases a niños con necesidades especiales en el instituto local, cosa que hacía todo el año, incluidos los meses de verano. Pasaba de sesenta años, pero seguía trabajando muy duro: era un ángel con forma humana. Mi tío solía despedirla cada mañana y luego volverse inmediatamente a la cama. Él tenía poco más de setenta años y era un comercial retirado de productos químicos para tejidos, aunque por las tardes vendía aparatos para limpiar armas de fuego mediante ultrasonidos en las comisarías de policía.

   Mi tío era un experto en armas de fuego y la casa contaba con un pequeño arsenal. Estaba preparado por si había otra Kristallnacht o un asedio del

   FBI

   si se derogaba la Segunda Enmienda. Tenía armas escondidas por todas partes por si había un ataque sorpresa —detrás de las contraventanas, bajo las tuberías de la calefacción— y muchas veces llevaba un arma dentro de casa, utilizando un cinturón con una pistolera especial. Llamaba a esa costumbre *ser activo*, lo que tengo entendido que tiene cierta resonancia metafórica no solo en la

   ANR

   , sino también entre la comunidad homosexual, lo que tiene mucho sentido, pues no hay nada más fálico que

una pistola; incluso los falos parecen menos fálicos; aunque, por supuesto, el falo fue antes que el arma de fuego.

2. Mi tío se despertaba cada día sobre las diez y media de la mañana. Gruñía varias veces y bostezaba lujuriosamente —su gran estómago actuaba acústicamente a modo de fuelle. Era un hombre bajo y orondo, con un bigote negro como el carbón y una barba muy blanca, una disposición bifronte de su vello facial que le confería una similitud asombrosa, a pesar de sus orígenes judíos, a un beato católico, una especie de Padre Pío. Este hecho se descubrió cuando una dulce y devota italiana casi se desmayó al verlo en el supermercado Grand Union del barrio y le mostró una estampita de ese Pío. Mi tío escribió entonces a una organización católica y consiguió que le enviasen una, que llevaba en su cartera como si fuera un documento de identidad y de la que, cuando estaba de buen humor, alardeaba en la sinagoga, en el campo de tiro o en algún otro de sus lugares favoritos. Pío estaba a punto de ser canonizado por sus *stigmata* —sus estigmas sangrantes en la palma de las manos— y mi tío decía que su síndrome del túnel carpiano, que se había producido tras años de aferrarse al volante cuando era comercial, era su *stigmata*.
3. Así pues, tras dos o tres minutos de aquellos enervantes bostezos que parecían campanadas y cuyo propósito era llevar oxígeno a su organismo, se despegaba de las mantas. Encendía entonces una pequeña radio de color mostaza que solo captaba una emisora que emitía las veinticuatro horas del día el parte meteorológico oficial. La voz del locutor era monótona e ininteligible y mantenía cautivado a mi tío unos buenos cinco o diez minutos cada mañana.
4. Después de ponerse al corriente de las condiciones meteorológicas del día, mi tío se dirigía al baño a hacer sus necesidades.
5. Tras tirar de la cadena, regresaba a su dormitorio y rezaba una media de quince minutos.
6. Finalizada la oración, se daba un baño: diez minutos.
7. Después del baño, sobre las 11

a. m.

, bajaba a la cocina para desayunar lo de siempre: copos de avena calentados en el microondas, plátano con crema agridulce y agua caliente con limón. Consumía este abundante ágape mientras leía *The New York Times* y escuchaba las noticias de la CBS en la radio de la cocina, cuyo volumen siempre estaba al máximo. El desayuno, debido a la enorme extensión de *The New York Times*, en ocasiones se prolongaba hasta dos horas, tras las cuales abandonaba el hogar para codearse con los miembros de las fuerzas del orden y contarles los beneficios de mantener el cañón de las armas que uno poseía limpio de polvo y aceite.

Bien, pues ese era su horario, de modo que si yo jugaba bien mis cartas, podía haberme duchado, desayunado y refugiado de nuevo en mi habitación antes incluso de que mi tío alcanzase la mesa de la cocina. Es cierto que el volumen explosivo con el que la CBS sonaba en la radio era irritante y no respetaba el límite de la puerta de mi dormitorio, pero al menos no existía contacto físico entre mi pariente y yo. Para sentirme equilibrado mental y físicamente, así como para evitar que me disparasen o golpeasen con la pistola, necesitaba soledad por las mañanas. Verán, la soledad es esencial para la creación artística y el arte, en mi caso, era la literatura: estaba escribiendo un *roman à clef* y necesitaba estar solo. Jeeves andaba por allí, pero Jeeves estaba adiestrado para ser invisible. Es algo que te enseñan en la escuela de ayudas de cámara.

En ocasiones, sin embargo, si me desviaba un poco de mi horario, me cruzaba con mi tío en la escalera de tres peldaños que llevaba de la cocina a los dormitorios —era una casa pequeña de Montclair, Nueva Jersey— y, aunque era un momento inquietante, no era el fin del mundo. Él me lanzaba una devastadora mirada de desaprobación, pero como la iluminación de la escalera no era muy buena, su semblante me descomponía solo un poco y no por completo.

Lo que sí era pésimo, y debía evitarse a toda costa, era estar en la cocina cuando él empezaba a desayunar. En esa tesitura no solo me paralizaba con numerosas miradas devastadoras en las que sus

ojos exudaban la misma compasión que un par de ostras congeladas, sino que el ruido batiente de su masticación generaba en mí una reacción irracional. No cabía duda de que el ruido era obsceno, pero mi respuesta era desmesurada. Yo era un invitado en su casa —más aún, en los últimos meses me había convertido casi en un residente permanente; él y la tía me habían acogido en un momento muy difícil y se habían comportado como si fueran mis padres; yo solo tenía treinta años y era, por tanto, relativamente joven, pero mi madre y mi padre habían muerto hacía años—, así que debía mostrarme tolerante con el tío Irwin. Pero los húmedos y agónicos lamentos del plátano empapado en crema agridulce que encontraba su fin entre los aplastantes molares y los latigazos de su lengua me sacaban de quicio. Si le oía masticar, me venía abajo por completo y no podía pensar con claridad durante horas, y ese era el motivo por el cual había cartografiado con precisión su horario. ¡Había que evitar a toda costa el encuentro con mi pariente!

Así pues, en la mañana en cuestión, el tercer lunes del mes de julio del año 1995, me hallaba en el baño, masajeando mi mentón, cuando decidí que la crisis que se había producido no me dejaba tiempo para afeitarme, a pesar de que sería el cuarto día consecutivo sin conocer la cuchilla —últimamente veía la botella más medio vacía que medio llena y cuando veo la botella medio vacía, parece que pierdo la capacidad de eliminar mi vello facial— y una barba pelirroja anunciaba su presencia. Mientras tanto, mi tío cantaba y las ruedas de la bicicleta seguían rodando sin avanzar.

Pero me pregunto si estoy explicando bien todo este asunto de la bicicleta. Quizá debería añadir que era una excentricidad de mi tío el *davenar* mientras pedaleaba en su bicicleta estática, que en realidad era una bicicleta azul de chica que había comprado a un particular que vendía cosas en su garaje y que tenía incorporado algún tipo de tope en sus ruedas de manera que estas no tocaban la alfombra del suelo de su dormitorio. Era un velocípedo sin velocidad y apenas oponía resistencia o servía para hacer ejercicio. Llevaba años pedaleando en ella y estaba tan entrado en carnes como siempre. Pero al menos lo intentaba. Y rezaba. Y aunque no era un judío ortodoxo, se ponía el uniforme oficial del rezo: sobre los hombros lucía su *tallith* sedoso y blanco, con sus rayas azules y sus flecos, y atadas en el brazo izquierdo y en la frente llevaba sus

tefillin —las cajas con ligaduras de cuero que los judíos utilizaban en sus oraciones matinales y a las que jamás se refería por el poco ortodoxo nombre de filacterias—. Las cajas, como si fueran una mezuzá[1], contienen el *Shemá Israel*, las instrucciones de Dios a Moisés que aparecen en el Deuteronomio. Una de las instrucciones que se perdieron, según la tradición judía, es: «¡No salgas a la calle con la cabeza mojada!». Por suerte, la tradición oral ha mantenido este mandamiento vivo durante miles de años.

Mi tío, pues, pedaleaba y rezaba, y su *tallith*, si hubiera estado en una bicicleta real enfrentada al viento y a los elementos, hubiera ondeado tras él como una capa. Calculé que iba por la mitad de sus oraciones y me di una rociada rápida en la ducha. Por lo general disfruto quedándome en la bañera durante unos buenos quince minutos —un meditabundo baño con sales de Epsom era, por lo general, el primer paso de mi programa matutino—, pero también a esto tuve que renunciar.

Con los miembros todavía húmedos, corrí hacia mi habitación envuelto con la toalla y, justo cuando cerré la puerta de mi dormitorio, se abrió la de la habitación de mi tío y oí cómo iba al baño. Había escapado por muy poco.

Jeeves había dispuesto mi ropa sobre la cama —pantalones de color caqui suave, corbata verde de Brooks Brothers con un diseño de plumas estilográficas voladoras, y camisa blanca—. Mi ropa de escribir.

—Gracias, Jeeves —dije.

—De nada, señor.

—Casi tengo un encuentro con mi pariente en el pasillo, no te creas. Otros treinta segundos en la ducha y todo habría sido distinto. Es apasionante el modo en que opera el destino, ¿no te parece, Jeeves?

—Sí, señor.

Percibí cierta frialdad en él, pero continué con mi teoría.

—En toda nuestra vida, solo unos segundos se interponen entre nosotros y el hacha del verdugo, Jeeves.

—Sí, señor. Si me permite usted señalarlo, señor, no se ha afeitado en cuatro días.

Por fin quedaba al descubierto la causa de su actitud glacial.

—Me habría afeitado hoy, Jeeves, pero estoy apurando cada

segundo. Tenemos, como máximo, diez o quince minutos para operar. —Era obvio que Jeeves seguía ofendido. Intenté explicarme mejor—: Mi tío lo ha desbaratado todo cambiando groseramente su horario sin previo aviso. Mañana me afeitaré, Jeeves, lo prometo.

—Muy bien, señor.

Una vez apaciguado el tipo, me puse rápidamente mi atuendo, pero me hice fatal el nudo de la corbata.

—Su corbata, señor —dijo Jeeves.

—No hay tiempo, Jeeves.

—Siempre hay tiempo para su corbata, señor.

—Es demasiado arriesgado —dije.

—Su tío acaba de empezar a bañarse, señor. Creo que hay tiempo suficiente.

—No, Jeeves —dije—. Además, llevo tiempo queriendo decirte que no me gusta hacer yoga con la corbata puesta. Especialmente en esta época del año, con el calor que hace. De ahora en adelante, me pondré la corbata después de desayunar.

—Sí, señor —dijo Jeeves.

Primero el afeitado y ahora la corbata. El hombre estaba profundamente dolido, le había dado una estocada a su corazón de ayuda de cámara. Aquella era claramente una mañana movida en nuestra vida doméstica y para el pobre y viejo Jeeves, pero iba a tener que mostrar mucha más sangre fría.

Abrí la puerta con vigor, eché a correr escaleras abajo, atravesé volando la cocina y salí por la puerta principal al pequeño patio.

Allí realicé mis ejercicios de yoga. Todo mi régimen matinal (baño, yoga, no tener contacto con mi tío) estaba diseñado para conseguir un estado mental adecuado —el pH mental correcto, por así decirlo— para trabajar en mi novela. Por lo general hacía diez saludos al sol, que realmente hacen que la sangre circule. Pasas continuamente de estar en pie a tumbarte boca abajo y luego te vuelves a levantar. Lo que hacía yo era apuntar al este, postrándome ante el sol, que penetraba entre las copas estivales de los árboles, iluminando miles de hojas verdes con forma de ojo. La casa de mi tío estaba agradablemente escondida en un rincón de bosquecillo. Siempre lo he dicho: Nueva Jersey es muy bonita y su reputación es muy injusta. Por supuesto, quizá no soy objetivo, puesto que crecí en Garden State, el Estado Jardín.

Debido a la crisis de esa mañana, reduje el número de saludos a solamente uno. Entonces me tumbé boca arriba en el patio, que mi tía barría con frecuencia, así que no había ningún riesgo de que me manchara los pantalones. Cerré los ojos y conté diez respiraciones. Siempre lo hago tras los saludos al sol. Creo que meditar tumbado de espaldas es más conducente a pensamientos pacíficos que sentarse en la posición del loto.

Me gustaría, no obstante, si pudiera, sentarme en una posición de meditación como la de Douglas Fairbanks Jr., con las piernas cruzadas por la rodilla, un fino bigote en el labio y un aspecto arrebatador, pero no creo que el alma, que opera como el tiro de una chimenea, circule bien con las piernas cruzadas de esa manera.

De todas formas, reforzado por mi solitario saludo al sol y mis diez segundos, más o menos, de meditación, fui a la cocina y allí encontré a Jeeves, que hizo acto de presencia en el mismo instante en el que yo entré, cosa que se le da muy bien. Siempre aparece y se desintegra y reaparece según requieren las acotaciones de la escena.

—¿Cuál es el estado de la oposición, Jeeves? —pregunté.

—Su tío se está vistiendo, señor. Su actitud es la de alguien que tiene una cita de algún tipo en la que se le espera en breve.

—¿Quieres decir que llega tarde a alguna parte?

—Sí, señor.

—Sin duda debe tratarse de alguna reunión de emergencia de la Asociación Nacional del Rifle o de la Liga de Defensa Judía.

—Quizá sea así, señor.

—Creo que tendré que desayunar en mi cuarto, Jeeves. No es agradable, lo sé. Pero es nuestra única oportunidad.

—Concuerdo con usted, señor.

Todo lo que consumía por las mañanas en Nueva Jersey era una taza de café, una tostada con mantequilla, un vaso de agua y la sección de deportes de *The New York Times*, esta última no para comérmela, naturalmente, sino para leer. No hay nada que me guste más que sentarme tranquilamente en la mesa de la cocina y memorizar las estadísticas de los partidos de béisbol mientras mordisqueo mi humilde tostada. Pero esta mañana debía sacrificar todo eso.

Mi tía Florence, como era su costumbre, había dejado café hecho para mí, así que llené ágilmente mi taza azul favorita marca Fiesta y

me puse la sección de deportes bajo el brazo —mi tío no leía los deportes y, por lo tanto, no notaría su ausencia—. Jeeves llenó un plato con algo de pan y mantequilla. Salimos de la cocina a paso ligero y subimos a la carrera los tres pequeños escalones, abriendo yo el paso y con Jeeves en la retaguardia de la formación. Me encontraba cerca de la cumbre, en el segundo escalón, muy próximo a la seguridad del refugio —mi cuarto estaba a solo un escalón y un metro más— pero mi tío, sin que lo hubiera visto, también avanzaba hacia el inicio de las escaleras desde la derecha. Y así fue como un insignificante medio segundo más tarde —¡cazado por el hacha del verdugo, después de todo!— aconteció la desafortunada confluencia.

La física fue como sigue: mi cabeza, que iba por delante de mi cuerpo, ascendía las escaleras, atravesando ya el plano imaginario que separa las escaleras del rellano, justo cuando mi tío doblaba a toda velocidad hacia la izquierda para descender por los escalones, con su panza por delante de su cuerpo, rompiendo también el mismo imaginario plano. Los dos planos se quebraron. Fue una colisión cartográfica.

La protuberante montaña de mi nariz se incrustó en la gran meseta de su barriga con no poca fuerza. El golpe le dejó sin aire y le forzó a inspirar cáusticamente, y mientras su estómago se hundió un poco, mi cuello, ese tallo frágil que une mi cabeza a mi cuerpo, fue dolorosa y opresivamente comprimido entre mis hombros. También recibí directamente en mis orificios nasales un espolvoreo de talco emitido desde la persona de mi tío, como si fuera un sapo del Amazonas que expulsa veneno cuando lo pisan. Mi pariente, verán, gustaba de rebozarse con talco para bebé
Johnson’s
al salir de la bañera, hasta un punto en que el olor de la sustancia me había acabado provocando ligeras náuseas. Así que recibir esa dosis de talco directamente en las fosas nasales, justo en el centro de mis glándulas olfativas, fue un golpe duro. De algún modo, sin embargo, logré ponerme en pie en el segundo escalón, agarrando con mi mano temblorosa la pequeña barandilla. Milagrosamente, no había vertido ni una gota de mi café. Jeeves se transportó de vuelta a la cocina.

—¡Serás idiota! —prorrumpió mi tío desde detrás de su barba de

Padre Pío—. ¡Zopenco!

Entonces, como a menudo me sucede en momentos de máxima tensión, tuve un espasmo y externalización retardados del miedo. Siempre que algo me asusta, registro aquello que me produce el terror de forma calmada o incluso soñolienta durante unos instantes: Oh, mira, una rata corre por mi pierna, me digo —cosa que me sucedió realmente en una ocasión en Nueva York, un trauma del que nunca me he recuperado por completo— y, una vez la rata ha cambiado de dirección, después de comprobar que soy una persona y no un desagüe, comprendo de repente lo que ha sucedido y grito a pleno pulmón.

Así que unos dos segundos *después* de que mi tío gritara «¡Zopenco!» cuando, esencialmente, no había moros en la costa, fue cuando reaccioné.

—¡Noooo! —aullé lastimosamente, y levanté los brazos para protegerme, demasiado tarde, desprendiendo de mi persona, del mismo modo que el talco se había desprendido de mi tío, mi taza de café caliente, y deshaciendo así el milagro que se había producido unos instantes antes. El café se esparció como una abrasadora manta marrón sobre su camisa amarilla, cuyo fino tejido no evitó que se quemara.

—¡Maldita sea! —gritó, dolorido, frotándose el estómago con las manos.

—¡Lo siento mucho! —dije, subiendo el último escalón, mientras mi tío retrocedía.

—¿Me he quemado? —medio preguntó y medio suplicó mientras se sacaba la camisa.

Nadie merece que lo duchen con café caliente. Ni siquiera los parientes aterradores.

Me incliné hacia su estómago para observar la zona. Había una espesa capa protectora de pelo sobre el vientre, la mayor pane gris y no poco blanco a causa del talco, y la piel bajo el pelo y el talco parecía estar bien. Un poco rosa, quizá, pero desde luego no del color rojo vivo que indica una quemadura grave.

—Creo que estás bien —dije, sintiendo el impulso de rogar que me perdonase, pero él se retiró al baño con la camisa en el puño como un harapo, y yo le seguí como un bobo.

Se miró en el espejo, empapó una toalla y la sostuvo contra su

estómago. Se estaba recuperando notablemente rápido. Era un viejo muy resistente. Nos miramos el uno al otro en el espejo. Mi cabello rubio rojizo parecía muy frágil, que era también como se sentía mi ánimo, y su bigote, como si fuera un anillo termocromático de mi juventud en la década de 1970, pareció tornarse todavía más negro. Y sus ojos eran tan pequeños como los de una langosta, cuyos ojos son en verdad pequeños. De ellos salían rayos mortales. Habitualmente, como he apuntado antes, sus ojos parecían ostras frías, lo cual ya era bastante malo. Así que era muy mala señal que ahora se hubieran convertido en ojos de langosta: su repertorio de miradas crustáceas de odio estaba ampliándose para mantenerse a la altura de la antipatía que sentía por mí.

—Siento ser tan idiota —susurré, y luego me arrastré por el pasillo y me escondí en mi dormitorio.

Capítulo 2

Intento escribir un poco * Sobre el tema y el protagonista de mi novela * Las costumbres de cortejo de los ciudadanos ricos de tercera edad explicadas desde un punto de vista sociológico * Jeeves, que es muy lector, me tranquiliza respecto a la producción diaria de prosa * Reflexiono sobre cómo llegó Jeeves a ser mi empleado * Jeeves hace la comida * Tomo una decisión

Angustiado me hubiera descrito bien. Preocupado y paralizado también hubieran servido. Estaba tendido sobre mi cama. Demasiado deprimido para comer, no había tocado el desayuno. Jeeves parpadeaba como un rayo de luz a mi izquierda.

—Jeeves, ¿crees que una disculpa por escrito podría arreglar las cosas?

—No sé si es necesaria, señor. Ha sido un accidente. Su tío es un hombre razonable. Y por lo que me cuenta de la exploración que ha realizado de su abdomen, no ha habido ninguna herida grave.

—Quizá tengas razón, Jeeves. Pero es un asunto espinoso. Ya sabes lo que dicen sobre los huéspedes que no se marchan nunca. Quizá mi estancia aquí ha tensado nuestra relación familiar. Pero he sido egoísta, Jeeves. Este aire de Nueva Jersey me ha ido muy bien para escribir. He recuperado el contacto con mis raíces.

—Sí, señor.

—Quizá si ahora poso los dedos sobre el teclado, mi ánimo mejore.

—A menudo se siente mejor cuando trabaja un poco, señor.

—Entonces hazme un poco de café con hielo, Jeeves. Ya sabes que no puedo escribir sin él. Empeorar mis nervios con cafeína siempre me ayuda a convocar a la Musa.

—Sí, señor.

Jeeves se desvaneció en busca del café. Sabíamos que no había

moros en la costa. Mi tío, tras la debacle de las escaleras, había continuado su rutina habitual de asaltar un plato de copos de avena, leer el periódico y escuchar la radio. Cuando se apagó la radio y al poco oímos cerrarse la puerta de entrada, nosotros, los siervos, supimos que había llegado el momento de corretear y retozar libremente, de beber vodka, agarrar a algunas siervas y dormir con ellas en los pajares.

Me senté en mi escritorio y Jeeves llegó al instante con mi bebida. Sorbí el café con hielo y contemplé la pantalla del ordenador. Todavía era muy reciente el desgarrador cambio de la máquina de escribir al ordenador portátil, pero este tenía algunas ventajas indudables: con el ordenador uno podía jugar al solitario durante las momentáneas pausas del proceso creativo.

Mi primera novela ni siquiera la tecleé, sino que la escribí a mano y luego se la di a una mecanógrafa. Pero eso había sido varios años atrás. Había publicado a una temprana edad, a los veintidós, un año después de terminar la universidad, pero ahora, a los treinta, aunque todavía era joven, me sentía prácticamente exhausto. De ahí mi obsesión por evitar a mi tío por la mañana y por conseguir el estado de ánimo adecuado para escribir. Si no producía una segunda novela, me convertiría en un escritor de un solo éxito. Aunque casi nadie lo había leído, *Cuánta pena me doy* había sido publicado por una editorial importante de Nueva York, así que en mi pequeño mundo tenía una reputación que mantener.

Esta nueva novela, en la que llevaba dos años trabajando, era, como ya he dicho, un *roman à clef*, excepto que todas las *clefs* no eran ni famosas ni conocidas excepto para mí. Y creo que esto es un poco extraño, puesto que las *romans à clef* suelen versar sobre gente célebre, pero es que era un género que me atraía poderosamente por cómo echaba el manto protector de la ficción sobre los caprichos de la vida real. Todavía no había cambiado los nombres de los personajes, excepto el mío (me llamaba a mí mismo Louis en lugar de Alan). Siempre me ha agradado irracionalmente el nombre Louis.

Así que el narrador de mi novela era Louis (yo), pero el auténtico héroe de la historia era mi excompañero de habitación en Manhattan, Charles, a quien en algún momento planeaba bautizar como Edward o Henry, por el convencimiento de que era más

seguro utilizar solo nombres de reyes británicos, especialmente puesto que Charles era muy anglófilo y un gran partidario de la familia real. Era también un dramaturgo mordaz y fracasado, pero a mí me parecía brillante. Por desgracia, nadie compartía mi opinión excepto uno o dos críticos desconocidos de la década de 1950, así que Charles era un anciano con problemas crónicos de liquidez y por eso necesitaba compartir habitación.

Charles ganaba un poco de dinero enseñando escritura en el Queens College y percibía un cheque mensual de la Seguridad Social, pero apenas le bastaba para sobrevivir. Yo albergaba grandes esperanzas y creía que a pesar de que sus obras no le habían convertido en un gran escritor americano, yo podría convertirle en un gran *personaje* americano. Así que mientras viví con él, escribí sobre él sin que él lo supiera —trabajaba en la novela en la biblioteca de la calle Noventa y seis o en el apartamento cuando él no estaba, y escondía bien todas mis libretas y el manuscrito—. Anotaba secretamente cosas que decía —su diálogo era maravillosamente rico—, pero la ética de toda aquella empresa me perturbaba: me preocupaba el hecho de estarle robando la vida a alguien. Y, sin embargo, no me detuve. Me impulsaba una imperiosa necesidad: ¡Tenía que escribir una segunda novela!

Tras casi dos años como compañeros de piso, tuvimos un grave desacuerdo que llevó a que yo me mudara a Nueva Jersey y me instalara en casa de mis tíos. Pero seguí trabajando en el libro, del que Charles continuaba sin saber nada, como si fuera una larga carta de amor platónico. Verán, admiraba mucho a aquel hombre, a pesar de que nuestra amistad hubiera terminado, y mi admiración era semejante al amor.

El título de mi *roman à clef* era *Los acompañantes*, puesto que Charles trabajaba como acompañante de varias señoras adineradas del Upper East Side. Para él resultaba una forma de conseguir comidas gratis de la mejor calidad, que disfrutaba extraordinariamente y que no se habría podido permitir de otro modo.

Como acompañante, Charles no tenía que pagar, puesto que en las clases altas, conforme hombres y mujeres envejecen, los papeles se invierten: allí donde el hombre pagaba siempre, ahora paga la mujer. Estas mujeres de clase alta de más de setenta, ochenta o

noventa años, habitualmente han sobrevivido a más de un marido, sea por divorcio o por baja vegetativa (las mujeres viven más que los hombres), así que han heredado y acumulado una gran fortuna. El problema es que en realidad no pueden atraer a nuevos maridos o amantes o, lo que es más probable, no quieren más amantes y maridos, pero aun así *es* agradable tener a un hombre cerca, queda bien en sociedad —abre las puertas, retira la silla para que te sientes, lleva el equipaje en los viajes—, así que esas mujeres ricas, esas supervivientes, necesitan compañeros masculinos. Por eso, revoloteando a su alrededor como si fueran gaviotas vestidas de traje azul marino, siempre hay una bandada de hombres que carecen de dinero pero no de cierta sofisticación, lo que significa muy a menudo que son homosexuales. *Acompañantes* es como les llaman, al parecer porque caminan acompañando a la mujer y ofreciéndole apoyo. A veces se refieren a ellos como «extras», como cuando se necesita un extra para completar una mesa —chico, chica, chico, chica— en una fiesta de copete.

Todo funciona bastante bien, porque estos hombres, estos pobres ancianos gais, como sus amigas, ya no pueden atraer nuevos amantes, pero no están solos y se descubren, en el otoño de sus años, con mujeres. Todo cierra un círculo: estos hombres, estos acompañantes, emprenden un proceso de cortejo heterosexual sin sexo, igual que debían haber hecho cincuenta o sesenta años atrás cuando todavía no habían salido del armario, que es donde podía encontrarse a la mayor parte de los hombres homosexuales de esa generación.

Así que Charles era un acompañante y para ello disponía de la ropa adecuada: un juego de ropa de noche y varias chaquetas. Es cierto que ninguna de las chaquetas estaba en buen estado, pero las damas no se daban cuenta; por lo general padecían cataratas en estado avanzado.

Debo mencionar que Charles no era claramente homosexual, a pesar de la descripción general que acabo de hacer de las características de un acompañante. Charles era muy discreto respecto a su sexualidad, no creía que fuera asunto mío ni de nadie, y ni siquiera mi vampírico fisgoneo pudo conseguir que hablara, a pesar de que vivimos juntos dos años. Yo sentía una malsana curiosidad —como la mayoría— sobre cosas que no debía. Pero

supongo que a todos nos gusta conocer los secretos de los demás para así poder vivir con los nuestros. Charles, en perspectiva, era quizá un espécimen extraño, un extra heterosexual, a pesar de que en realidad parecía estar en contra de todo tipo de sexo, lo cual no es una postura carente de mérito.

Bien, eso les da una idea general del libro en el que estaba trabajando: un retrato del acompañante anciano y de Louis (yo), su compinche que lo adora. Así que allí estaba, en Nueva Jersey, sorbiendo el café con hielo que Jeeves me había traído, cuando retomé la novela donde la había dejado el día anterior. Tecleé lentamente la siguiente escena:

Estaba tendido en la alfombra naranja mirando la televisión. Me recreaba felizmente en una película del Oeste. Había un gran tiroteo en marcha y muchos caballos relinchando y levantando polvo, lo que hacía que a los pistoleros les resultara difícil verse. La batalla fue bastante larga y prolongada y Charles regresó a casa mientras se desarrollaba, vio la película y no le agradó.

—¡Armas! —dijo—. Los americanos siempre están disparando. Como no pueden ganar por inteligencia a nadie, la emprenden a tiros… Pon las noticias. No soporto las películas del Oeste. Quiero ver qué ha pasado con el desfile del Día de San Patricio. Me pregunto si este año lo cancelarán por fin.

Cambié de canal con el mando a distancia. Charles se quitó el abrigo y se sirvió un vaso de vino blanco:

—¿Quieres un poco? —preguntó.

—Sí, gracias —dije ávidamente mientras me incorporaba.

Me pasó un vaso de vino amarillento y se sentó en su sofá. Estaban pasando la sección de deportes del informativo; eran las once y veinticinco.

—No creo que a estas horas digan nada sobre el desfile —dije—. Ya han emitido todas las noticias de verdad. Ahora solo quedan los deportes y el tiempo.

La sección de deportes tocó a su fin y nos quedamos viendo lúgubremente la previsión del tiempo: se esperaba una tormenta de hielo. Quedaba solo una semana para la primavera, pero este año se estaba tomando su tiempo para llegar. Apagué la televisión.

—Los homosexuales intentan cargarse el desfile otra vez —dijo Charles, sorbiendo su vino—. Cada año protestan y le quitan toda la gracia al asunto para los irlandeses católicos. Los gais no son nada tolerantes con los puntos de vista de los demás. ¿Por qué no aceptan de una vez que los católicos creen que la

homosexualidad es pecado? Dicen, «Nosotros no tenemos inconveniente en que desfiléis el día del orgullo gay». Pero no dejarían que nadie llevase una pancarta que dijera «La sodomía es un error». Pues entonces, ¿por qué iban los irlandeses católicos a dejar que nadie lleve una pancarta que diga «Orgullosos de ser irlandeses gais»? Y no hay nada de lo que enorgullecerse en ello. Es algo que debe sobrellevarse en privado.

—¿Irás al desfile, si finalmente se celebra también este año? —pregunté.

—No. No soporto los desfiles. Hay demasiada gente fea.

—¿Qué te parece hasta ahora, Jeeves? —le pregunté, y él se evaporó y reconstituyó a mi lado. Mirando por encima de mi hombro, leyó rápidamente lo que había escrito.

—¿Crees que he puesto demasiado trozo de cómo se sientan, se pasan la bebida y se quitan los abrigos? —pregunté antes de que pudiera hacer ningún comentario—. ¿Estoy atascando la narración? Parece que mis personajes no hacen más que caminar por habitaciones y abrir puertas. ¿Por qué no pueden simplemente aparecer en los sitios? Y si voy a tener que incluir todos estos movimientos, ¿no te parece que debería incluir al menos una pelea a puñetazos, como Dashiell Hammett?

—Imagino, señor, que escribir es como ver —dijo Jeeves—. Usted ve a sus personajes sentados, bebiendo y quitándose sus abrigos y debe describirlo. Y, diría más, no creo que haya ralentizado el impulso de su relato con esas necesarias descripciones.

—Pero hablar del desfile del día de San Patricio no es un tema muy atractivo.

—Según mi parecer, señor, es una anécdota muy divertida y que revela el carácter del personaje.

—Gracias, Jeeves.

Me sentía bastante afortunado. No hay muchos escritores que tengan ayudas de cámara con inclinaciones literarias. De hecho, Jeeves y yo estábamos leyendo juntos, como un club de lectura de dos personas, *Una danza para la música del tiempo*, la épica obra en doce volúmenes de Anthony Powell. Es una obra absolutamente estupenda en la que no sucede nada importante durante miles y miles de páginas y que, sin embargo, uno devora completamente hechizado. Es como una huella de la vida misma: no pasa nada y,

no obstante, pasa todo.

Pues bien, había contratado a Jeeves hacía solo cinco meses, en febrero, y entonces no tenía la menor idea de que fuera aficionado a la literatura. Estaba su nombre, que era extremadamente literario, claro, pero eso no me hizo pensar que fuera un lector voraz, sino que me dejó completamente flipado. Quiero decir, ¿cómo es posible que haya un ayuda de cámara que de verdad se llame Jeeves? ¡Es como buscar un detective privado en las páginas amarillas y encontrarse con Philip Marlowe! ¿Qué posibilidades había de que sucediera algo así?

Todos tenemos vacíos culturales. Yo, por ejemplo, pese a haber crecido en los años setenta, no consigo distinguir la música de los Rolling Stones de la de los Who, a pesar de que, por ósmosis, soy consciente de la existencia de estos dos grupos de *rock* como entidades separadas. Del mismo modo, es posible que existan personas que ignoren que

P. G.

Wodehouse, el mejor escritor cómico inglés del siglo XX, escribió una serie de célebres novelas sobre un joven rico idiota llamado Bertie Wooster y su increíblemente competente y sagaz ayuda de cámara, ¡llamado Jeeves! Lo diré otra vez: ¡Un ayuda de cámara llamado Jeeves!

Así que el hecho de que yo contratase a alguien llamado Jeeves como mi ayuda de cámara era una coincidencia asombrosa e improbable. Y, verán, es todavía más notable porque durante el oscuro mes de enero, mi primer mes con mis tíos, me había sumido en una profunda depresión y me había recetado a mí mismo la cura de leer sin cesar las novelas de Wodehouse. Me había inspirado en Norman Cousins, porque había oído en la radio que Cousins se había curado el cáncer mediante una sobredosis de películas cómicas —quizá Chaplin, Keaton, los hermanos Marx y Laurel y Hardy— y había recuperado la salud a carcajada limpia.

Yo cambié el remedio fílmico por una sobredosis de Wodehouse —soy más bibliófilo que cinéfilo— y lo cierto es que funcionó bastante bien. A principios de febrero había pasado de la más negra melancolía a estar meramente bajo de ánimo. Y entonces sucedió algo que realmente me subió la moral: llegó un cheque de 250 000 dólares con mi nombre escrito en él. Está claro que no se ven

cheques como ese todos los días. Lo cierto es que la mayoría de la gente no los ve en su vida.

El motivo por el cual ese cheque había acabado en mis manos era porque dos años atrás yo había resbalado sobre una placa de hielo frente a un edificio de Park Avenue y me había roto ambos codos, un auténtico desastre para un escritor, que necesita los brazos para escribir, pero una bendición para un abogado, un abogado al que le guste demandar, y yo encontré un abogado así: Stuart Fishman. Así que dos años después, bastante rápido para como van esas cosas, el propietario del edificio me había concedido una indemnización de 250 000 dólares —descontando los 75 000 que se llevó Fishman y que se había ganado a pulso—, porque el portero debía haber echado sal en la zona en la que yo resbalé.

Y así salí de la depresión, gracias a ese cheque y a mi cura literaria, y debo decir que acabé casi delirando después de absorber tantas novelas de Wodehouse. Escribió noventa y seis y yo digerí cuarenta y tres, entre ellas los quince libros en los que aparecen Wooster y Jeeves. Y este delirio me dio una idea inesperada: ¿Por qué no contrato *yo* a un ayuda de cámara? Durante años había vivido frugalmente de la herencia que me había dejado la prematura muerte de mis padres y recientemente se me había acabado el dinero, pero ahora era rico, ¡un joven cuartomillonario! ¿Por qué no iba a tener yo un ayuda de cámara?

Le mencioné la idea al tío Irwin ya que, después de todo, yo vivía en su casa, y él comentó, con notable contundencia:

—¡Estás loco!

Así que abandoné el tema, pero luego, unos días después, en una poco habitual muestra de determinación, llamé a una empresa de servicios domésticos mientras el tío Irwin estaba fuera vendiendo aparatos para limpiar armas y la tía Florence estaba en el instituto. La empresa me envió rápidamente a Jeeves y el aspecto del hombre me impresionó nada más verlo, pero cuando me dijo cómo se llamaba, me quedé anonadado y le pregunté, con cierta desconfianza:

—¿Estás seguro de que no te has cambiado el nombre para atraer más clientes?

—No, señor —dijo—. Jeeves es mi apellido desde hace mucho tiempo, desde que mis padres emigraron a este país procedentes de

Inglaterra.

—¿Eres americano?

—Sí, señor.

—Pero tu acento me parece inglés.

—Tengo, señor, lo que se llamaría un acento semiatlántico, que en ocasiones se confunde o puede asemejarse a un acento inglés.

—Sí, es cierto, ahora lo noto. Pero, de todas formas, es rarísimo que te llames Jeeves, no sé si sabes lo que quiero decir. Me parece alucinante.

—Entiendo perfectamente su reacción, señor. Imagino que se refiere usted al personaje Jeeves de las novelas y relatos de
P. G.
Wodehouse.

—¡Sí, exactamente a eso es a lo que me refiero!

—Bien, señor, todo lo que puedo decirle es que desde hace mucho tiempo mi familia tiene la teoría de que el joven
P. G.
Wodehouse debió encontrarse con algún Jeeves o Jeaves, con a, en cuyo caso habría cambiado la letra para no tener problemas legales, pero, de todos modos, debió pensar que era un buen nombre para un ayuda de cámara y lo utilizó, consiguiendo un éxito fenomenal, pero causando un perjuicio a todos los Jeeves del mundo.

—Ya veo.

No lo dije porque me pareció que estaba fuera de lugar, pero me pregunté si Jeeves se habría hecho ayuda de cámara producto de la desesperación. Como una especie de «si no puedes con ellos, únete a ellos», del mismo modo que alguien llamado Roosevelt se vería obligado a presentarse a presidente.

—¿Has pensado en cambiarte el apellido para evitarte problemas?

—No, señor. A pesar de las circunstancias, uno siente cierto orgullo por el apellido de la familia.

—Sí, claro, por supuesto —dije, y mientras Jeeves se explicaba me pregunté si Frankenstein habría sido alguna vez un apellido común en Alemania, y entonces recordé un tipo en Princeton, mi universidad, apellidado Portnoy al que le tomaban mucho el pelo. Así que Jeeves no era el único con este tipo de problema de apellido, y su explicación del tema era ciertamente simpática y

apaciguó los temores que habían asomado en mi mente sobre una especie de timador/ayuda de cámara. Así pues, estaba listo para contratarlo allí mismo —era todo lo que deseaba y de él emanaba un aura de serenidad y competencia—, pero pensé que era mejor no parecer demasiado ansioso, así que continué mi interrogatorio.

—Bien, gracias por aclarar este asunto del nombre… Entonces, ¿tienes alguna alergia que deba saber?

—No, señor.

—¿Perteneces a algún grupo político o apolítico?

—No, señor.

—¿A algún club?

—No, señor.

—¿Tienes algún *hobby*?

—No, señor.

—¿No tienes ningún *hobby*? ¿Pescar? ¿Coleccionar hojas secas? ¿Culturismo? ¿Hacer crucigramas?

—No, señor. Me gusta leer.

—¡A mí también! Ese es mi único pasatiempo, *aparte* de una debilidad por la sección de deportes del periódico.

—Excelente, señor.

Bien, no había necesidad de más. Estaba totalmente convencido. El hombre era perfecto. Así que, sintiéndome casi omnipotente con el cuarto de millón que tenía en el banco, le ofrecí a Jeeves el trabajo, él aceptó y así fue como el buen hombre acabó trabajando para mí.

Mis tíos, por fortuna, no dijeron ni una palabra sobre el tema, creo que acoquinados por el hecho de que yo tuviera un sirviente y, además, porque Jeeves era especialista en quitarse de en medio. También porque, debido a mi indemnización, empecé a pagarles un generoso alquiler, y quizá eso contribuyó a que no les molestase que Jeeves ocupase la otra habitación libre.

Así que Jeeves fue, indudablemente, una gran incorporación a mi vida, y que además pudiera ayudarme con mis escritos fue una bonificación espectacular. Después de crear esa página sobre el desfile del día de San Patricio y de haber recibido la amable aprobación de Jeeves, dije:

—Bien, creo que ya he escrito lo suficiente por hoy, Jeeves, y me siento famélico. ¿Puedes improvisar algo bien lleno de nutrientes?

Hoy lo único que he tenido en la boca son mis dientes.

—Sí, señor.

En un abrir y cerrar de ojos me preparó unas sardinas, tomates y una tostada. Fue un banquete espléndido y al terminar me sentí con fuerzas para emprender mi siesta. Habitualmente necesito dormir después de comer. Mi constitución y mi digestión son, por así decirlo, de espíritu mediterráneo.

Reposé la cabeza sobre la almohada y, aunque estaba bastante cansado, me descubrí preocupándome por mi situación con mis tíos. Realmente había abusado de su generosidad. Ya era hora de seguir con mi vida y, en ese mismo instante, tomé una decisión imperial.

—Jeeves —llamé.

Se deslizó hasta la habitación.

—Sí, señor.

—Jeeves, ¿te gustan las montañas?

—No tengo nada contra ellas, señor.

—Muy bien, porque estaba pensando que mañana tú y yo vamos a desaparecer durante el resto del verano. Cogeremos el coche —yo poseía un Chevrolet Caprice Classic color verde oliva de 1989— y conduciremos hasta las Poconos. Allí alquilaremos una cabaña y viviremos en comunidad con las esposas de los comerciantes de diamantes judíos de Manhattan, y yo trabajaré en mi novela favorecido por el aire de la montaña, que imagino será vigorizante.

—Un plan excelente, señor.

—Después de mi siesta, empieza a recoger los bártulos Blair. Intentaremos escapar de Montclair mañana. Creo que te gustarán las Poconos, Jeeves.

—Sí, señor.

Estaba seguro de que a mi tío Irwin le gustaría que me fuera, especialmente después de haberlo quemado esa mañana, pero mi tía Florence, según creía, quizá se opondría, pues me tenía mucho cariño. No había tenido niños y creo que yo me había convertido para ella en una especie de figura filial y por eso me preocupaba que se pudiera tomar a mal que me marchara durante el verano, o quizá para siempre. Pero consideraba que la debacle del café era una señal de que había llegado la hora de irme, porque un invitado —incluso uno al que se considera un hijo— debe saber cuándo marcharse, aunque no tenga a dónde ir.

Capítulo 3

Cena en el Kosher Nosh * La razón por la que la predilección judía por el estreñimiento constituye una tabla de salvación * Una familia china se distrae momentáneamente * Un contratiempo inesperado * Una triste despedida

Unas pocas horas después de mi siesta, llegó de nuevo el momento de la ingesta de calorías y me encontraba en el restaurante Kosher Nosh, con mis queridos parientes, la tía Florence y el tío Irwin. Jeeves estaba en casa, haciendo vaya usted a saber qué —seguramente escribiendo cartas a sus hermanos de servidumbre de tierras distantes—. Mientras, yo masticaba con aire meditabundo un gran y oscuro pepinillo en vinagre, de color verdoso y lleno de protuberancias. De camino al restaurante, en el coche, ya había abordado el tema del café y mi tío, tal y como Jeeves había predicho, se mostró perfectamente razonable y dispuesto al perdón. Así que ahora, con cada mordisco de pepinillo, me dediqué a reunir el valor suficiente para tocar el siguiente asunto espinoso: decirles a mis congéneres que su querido sobrino iba a ahuecar el ala a la mañana siguiente.

Nuestra rutina tradicional de los lunes por la noche era ir a cenar al Kosher Nosh. Se trataba de un restaurante de *delicatessen* con unas cincuenta mesas sencillas, muy cercanas las unas a las otras, todo bañado por brillantes fluorescentes. A un lado del establecimiento se encontraba la zona del restaurante, y al otro, una barra de cristal de unos nueve metros en la que estaban dispuestas fuentes de carne y ensaladas y *knish* [2] de varios orígenes. Detrás de la barra habitualmente se apostaban media docena de hombres para atenderla, tocados con kipás y enfundados en blusones blancos, conversando animadamente en *yiddish* mientras cortaban

lonchas de carne con eficiencia y gritaban con autoridad: «¡Siguiente!».

La clientela del Kosher Nosh se componía de judíos ancianos que no tendrían que estar comiendo sándwiches de pastrami. Apenas parecían capaces de caminar, así que mucho menos de digerir carnes ahumadas nocivas para su organismo. Pero allí estaban, absorbiendo felizmente sustanciosas porciones de falda de ternera *kosher*, carne en conserva, pastrami, rosbif, pollo, perritos calientes, lengua, hígado y bistec.

Yo era tan judío como el resto de los *alter kocker* —los viejos abueletes, para los gentiles— presentes en el Kosher Nosh, pero mi apellido Blair (originalmente Blaum, y que sufrió el cambio en la isla de Ellis) y mi aspecto vagamente parecido al de un genuino hombre blanco norteamericano a menudo hacían que la gente me confundiera con un gentil. Pero mi paladar contrasta con mi aspecto, me descubre sin remedio y es decididamente semítico: adoro el pastrami y el refresco de
Cel-Ray;
igual que mi proceso digestivo, que, como para la mayoría de judíos, es algo restringido en el mejor de los casos. Si alguien debería ser vegetariano, son los judíos. Pero quizá nuestro estreñimiento es fruto de un desarrollo darwiniano de la especie. Llevamos tantos siglos ocultándonos en los sótanos durante los varios pogromos, inquisiciones y holocaustos, que siempre es mejor no tener que salir fuera para ir al baño, donde cualquier cosaco, inquisidor o soldado alemán te puede dejar seco; así que uno sobrevive legando sus genes a futuras generaciones, incluyendo el intestino estreñido que le ha salvado a uno la vida.

Así que cada lunes en el Kosher Nosh me atizaba mi ración semanal de pastrami, y era la única comida que compartía con mis parientes en la que el masticar de mi tío no me alteraba completamente. Los demás ruidos mandibulares que procedían de las demás mesas eran tan terribles que sus propios movimientos se perdían en aquel horrendo coro; de hecho, en el mundo del Kosher Nosh, las regurgitaciones y los escupitajos y la espumilla de mi tío eran normales, de modo que su poder sobre mí quedaba en cierto modo anulado.

Le pedimos la cena a una camarera exhausta y lista para el otro

mundo: por algún motivo, Kosher Nosh solamente contrataba ciudadanas sénior con el límite de edad recién cumplido: era un restaurante de mayores que servía a gente aún más mayor. Y fue mientras empezaba a mordisquear nerviosamente el segundo pepinillo en vinagre para dejar pasar el tiempo y reunir el valor suficiente, cuando una familia asiática de cuatro miembros asomó la cabeza por el área del restaurante. Fue un momento muy poco habitual. Se quedaron allí, de pie: padre, madre, un hijo y una hija, todos claramente dudosos acerca de si debían irrumpir en lo que parecía una reunión de israelitas en Montclair. No éramos un puñado de fieros judíos, pero si todos los ancianos decidiesen empuñar sus bastones de aluminio a la vez, tendríamos toda la pinta de una masa enfurecida.

—Mira —les dije a mis tíos, a causa de lo novedoso del incidente—. Una familia china. O quizá son coreanos. No creo que sean japoneses.

—Deberían entrar —dijo mi tía Florence—. Aquí la comida es de lo mejor.

—Me pregunto qué estarán pensando mientras miran a todos estos judíos comiendo carne enlatada y listos para sus operaciones a corazón abierto —dije yo.

—Estarán pensando que debe ser un buen sitio, porque está lleno de judíos —declaró mi tío—. Eso siempre es buena señal.

Mi tío, a pesar de sus defectos, a menudo desplegaba un sentido del humor divertido y veloz que yo admiraba. Esbocé una sonrisa para mostrarle que me había gustado su agudo comentario, e incluso solté una risita.

Pero mi tía, que a sus sesenta y tres años no parece tener más de cincuenta, con su pelo rizado de color miel igual que un pan de Sabbath, casi como la trenza de una adolescente, no comprendió por qué había saludado la réplica de mi tío con una risita. Su sentido del humor, como su trenza, era un poco simple, aunque en el resto de aspectos era inteligente y sensible.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —preguntó.

Mi tío, en aquel momento, era incapaz de proferir palabra alguna: se había hecho con un pepinillo y lo estaba destrozando, tragándoselo casi entero. Todas las mesas venían equipadas con un pequeño recipiente lleno de varitas fálicas de color verde

empapadas en salmuera, así que me tocó a mí la tarea de explicárselo a mi tía.

—Pues es como cuando vamos a un restaurante chino —dije—, o cuando un judío va a un restaurante chino, si no ha ido nunca y ve que allí hay chinos comiendo, dice: «¡Mira, hay chinos comiendo aquí, eso es buena señal!». Pues estos chinos (si es que son chinos, claro) han venido a un restaurante judío y eso es buena señal para ellos, según el tío Irwin; es decir, el hecho de que haya judíos comiendo aquí.

—Ah, sí —dijo mi tía, sonriendo dulcemente—. Ahora lo entiendo.

—Creo —proseguí yo— que sería interesante si algún día los chinos consumieran tanta comida de origen judío como los judíos comida china. Debería haber restaurantes de comida rápida judía, como pasa con los chinos. En lugar de sopa de *wonton*, sopa de pollo; en lugar de rollitos de primavera, *matzoh*[3] de huevo; y para las galletas de la fortuna judías, podríamos utilizar un pedazo de *rugelach*[4] con algún consejo para la bolsa, bonos o algo así, cortesía de un banco de inversiones judío. Ya sabes, porque así la gente podría hacer fortuna.

Mi tío Irwin me fulminó con una de sus miradas de ostra en las que está especializado. Sí, de esas en las que el ojo está frío y muerto y húmedo. No son tan terroríficas como la mirada de langosta que me había propinado esa mañana, pero no eran lo que uno llamaría tiernas. No le gustaba nada que planteara situaciones hipotéticas, como el restaurante de comida rápida judía y las galletas de la fortuna alternativas. Para ser sincero, mi tío piensa que estoy un poco loco y que soy algo vago. Una vez apareció en mi madriguera mientras estaba trabajando en mi obra magna, aunque de hecho en ese momento concreto estaba jugando al solitario en el ordenador como método de estimulación de la Musa —a menudo le gusta que juegue al solitario durante una hora o más. Pero cuando mi tío vio las cartas en la pantalla del ordenador, gritó: «¡Así que eso haces aquí metido todo el tiempo! ¡Hablar solo y jugar al solitario!».

Así que antes de que las cosas se precipitaran cuesta abajo en el Kosher Nosh y se enfriara el ambiente a causa de mi idea de las galletas de la fortuna judías, pensé que más valía anunciarles lo de

mi partida.

—Tengo algo que deciros —empecé, blandiendo mi pepinillo como si fuera un dedo adicional, verde e hinchado—. Me voy de viaje a las Poconos, pasaré allí lo que queda de verano. Ya he sido suficiente carga para vosotros durante estos meses. Os prometo que nos mantendremos en contacto y que os inundaré el buzón con postales de paisajes rurales.

Para mi sorpresa, el tío Irwin siguió con su mirada de ostra. Quise decirle que sus ostras eran *trayf* y que estaban fuera de lugar en el Kosher Nosh. Pensé que se alegraría al saber que me marchaba.

En un claro contraste espiritual, los ojos de mi tía Florence no parecían ostras en absoluto, sino tristes y preocupados.

—Alan, estoy preocupada —dijo—. Iba a sugerirte hoy, después de que termináramos de comer, algo muy diferente a un viaje a las Poconos —hizo una pausa, reunió valor y añadió—: Creo que quizá deberías considerar ingresar en una clínica de rehabilitación.

—Sabemos que vuelves a beber —gruñó mi tío—. Te acogimos cuando no tenías ningún sitio al que ir y ¿cómo nos lo agradeces? Dándole a la botella.

Este era un contratiempo que no había previsto. Bajé mi pepinillo al plato, como si bajara mi espada. Entonces la familia asiática se sentó en la mesa vacía que había junto a la nuestra. Les sonreí con el deseo de darles la bienvenida a la tierra prometida de la falda de ternera, pero esa sonrisa no era más que una tapadera mientras intentaba montar una defensa efectiva. Se me ocurrió una: bajaría mi escudo junto a mi espada de pepinillo. No me defendería.

—Sí, he estado bebiendo —dije, escogiendo el camino del hombre honesto, pero entonces, pasando de un salto al camino de al lado, añadí—: aunque no excesivamente. Un vaso medicinal de vino tinto cada noche como poción somnífera. Dicen que es bueno para la circulación. Si los franceses no comieran tanta grasa ni fumaran en las salas de parto de los hospitales, disfrutarían de unas vidas extremadamente longevas debido a todo el vino tinto que se echan al coleto.

Mi intención inicial no era embarcarme en esa disquisición sobre el estado de salud de los franceses, pero cuando me pongo nervioso tengo tendencia no solo a mentir, sino también a ofuscarme.

—Alan —dijo mi tía, y me miró con amor—, los Flatleys —se refería a nuestros vecinos— nos preguntaron si estábamos poniendo botellas de vino en su cubo de reciclaje. Les dije qué no, por supuesto. Y luego bromearon diciendo que alguien estaba bebiéndose dos o tres botellas cada noche y tratando de cargarles el muerto a ellos.

—Es por eso por lo que te encierras en tu cuarto toda la mañana, ¿verdad? —dijo mi tío—. ¡Es por la resaca! Se supone que deberías estar escribiendo tu libro.

—Escribo mi libro. Y no bebo por la noche. ¡Debe ser Jeeves!

—¡Jeeves! ¡Estás loco! —exclamó mi tío, furioso. Pero tenía motivos para estar enfadado conmigo: no debería haber recurrido a mancillar la reputación de Jeeves para intentar escapar de un brete.

Mi tía ignoró este intercambio sobre Jeeves:

—He hablado con el doctor Montesonti —dijo, y solo oírla me dio vueltas la cabeza.

¡El temido Montesonti, el neurólogo de la clínica de rehabilitación Cedars Grove en Long Island en la que por desgracia residí un tiempo! Me dijo que yo era un maníaco en el sentido clásico del término, lo que resultó vagamente atractivo para mi ego, pero pretendió destruir mi relación con mi Musa recetándome litio. «*¡No quiero litio!*». Protesté. «*Es solo un tipo de sal*», decía él. «*¡Odio la sal!*», le respondía yo y, por suerte, no pudo obligarme a tomar ese espantoso condimento. Entonces escapé milagrosamente de sus garras cuando finalizó la cobertura de mi seguro médico.

—Montesonti es un médico malísimo —les dije a mis tíos—. ¿Cómo va a ser bueno un psiquiatra con sobrepeso que masca chicles de nicotina?

La tía Florence no respondió; claramente tenía su discurso preparado y siguió con él.

—Nos recomendó que o bien volvieras a Cedars o bien te buscáramos un lugar parecido por aquí. Pero nos dijo también que si te negabas a volver a rehabilitación tendríamos que pedirte que te marcharas de casa, que dejándote vivir con nosotros estábamos facilitando tu adicción, que porque te queremos tendríamos que hacerte llorar. A tu madre le hubiera gustado que te quisiera y si el doctor dice que lo que hace falta es hacerte llorar, entonces eso es lo que haremos… ¿Volverás a rehabilitación? Casi no fuiste a las

reuniones de
AA
y no has dejado de beber tú solo, como prometiste. Y ese era nuestro trato: un lugar tranquilo para escribir si no bebías. Así que o vas a rehabilitación o no puedes seguir quedándote en nuestra casa.

Era patente que a mi tía le estaba costando mucho decirme aquello, pero que creía que era lo correcto. Y quizá tuviera razón.

—Gastas mucha electricidad jugando tanto al solitario con ese ordenador —dijo mi tío—. Y no hace falta que dejes correr el agua caliente todo el rato mientras te afeitas. Basta con que la abras cada vez que necesitas enjuagar la cuchilla.

Estas eran, obviamente, quejas de naturaleza económica que albergaba desde hacía algún tiempo.

—Irwin, eso no ayuda en nada —dijo mi tía. Muy rara vez le hablaba con dureza. Mi tío, regañado, devoró otro pepinillo, que desapareció entre su barba Padre Pío para no volver a salir jamás. La familia china a nuestra derecha estudiaba los menús tamaño Talmud y se consultaban entre ellos en su lengua natal. Una sombra, en forma de camarera, llegó con nuestras sopas. Todos habíamos pedido sopa de setas y cebada, pero ahora nuestra unanimidad en la elección parecía bastante triste. Nuestra preferencia compartida por la sopa de cebada me había creado, a lo largo de los meses, la sensación de que éramos una familia, a pesar de las tensiones que existieran entre mi tío y yo, pero el descubrimiento de las botellas de vino por parte de los Flatleys había acabado con todo. Mi tío empezó a comer, pero mi tía y yo estábamos demasiado alterados como para tocar la sopa.

—Comprendo perfectamente tu postura —le dije a mi tía Florence, intentando recuperar la compostura y la dignidad. Mi tío seguía con la cabeza inclinada sobre su cuenco—. Has sido maravillosa y muy buena conmigo y te estoy muy agradecido. Te prometo que tengo la bebida bajo control… Al menos eso creo. Así que no quiero ir a rehabilitación. La última vez casi me mató… Así que diría que mi decisión de ir a las Poconos llega en el momento ideal.

Bajé la mirada hacia mi sopa, avergonzado. En el turbio caldo flotaban cebada y verduras. Y, sin embargo, entre aquella espesura

logré distinguir mi propio reflejo: mis ojos en ese espejo de sopa eran dos monedas negras. No me reconocí.

—Tienes treinta años —dijo mi tío—. Eres libre de ir a donde quieras. Solo te pido que no me saques en ese libro tuyo, si es que alguna vez llegas a escribirlo. Quiero escribir mi propia novela sobre en qué consiste ser un comercial. Arthur Miller escribió la obra de teatro, pero yo escribiré el libro.

—No escribiré sobre ti, te lo prometo —dije.

Mi tío, satisfecho, siguió tomando su sopa. Mi tía bebió un sorbo de agua y luego dijo:

—Te queremos, Alan. Por favor, ve con cuidado.

—Lo haré.

—No le pasará nada —dijo mi tío para tranquilizarla—. Se os enfría la sopa —ladró, ordenándonos empezar a los dos para que la comida no se echara a perder. Yo obedecí entumecido, sin disfrutar el sabor. Evité la mirada de mi tía durante el resto de la cena. Naturalmente, había perdido el apetito. Mi tío hizo que envolvieran mi bocadillo y me dijo que me lo comiera al día siguiente para almorzar. No era un hombre tacaño y se encargó de pagar la cena.

Después, en la puerta de mi dormitorio, mi tía me abrazó para darme las buenas noches y cuando me soltó, me dijo:

—Te quiero mucho mucho… Irwin también te aprecia. Te quiere, sabes, aunque parezca tan gruñón. Le ha gustado que vivieras con nosotros. Si dejas de beber, siempre puedes volver.

—Gracias —dije—. Te quiero.

No se parecía a mi madre, aunque eran hermanas, pero decirle que la quería era casi como decírselo a mi madre, algo que no había podido hacer, excepto en mi imaginación, desde que tenía veinte años.

—Probablemente no nos veremos por la mañana a menos que te levantes cuando yo —dijo—, así que despidámonos ahora.

Abrió los brazos y me dio un segundo abrazo. Nos quedamos abrazados unos instantes.

—Por favor, no te hagas daño con la bebida —dijo, y me soltó.

—No lo haré —dije yo.

Entonces mi tía Florence caminó por el corto pasillo hasta su dormitorio. Mi tío había encendido la radio y escuchaba el parte del tiempo. Lo escuchaba también por la noche, una costumbre de sus

días como viajante en los que el tiempo era tan importante para él como para un marinero.

Me tendí en mi cama, de nuevo presa de la ansiedad. Qué terrible era ser alcohólico. Lo único que querías era calmarte y quizá envenenarte a ti mismo, pero acababas envenenando también a los que te rodeaban. Era como si intentaras suicidarte metiendo la cabeza en un horno de gas y, sin saberlo, acabaras asesinando a tus vecinos.

Empecé a frotarme el huesudo centro de mi nariz, que es lo que siempre hago cuando las cosas salen mal. Entonces, cuando estaba concentrado en este masaje nasal, oí una suave aspiración —Jeeves, como si friera humedad, se había acumulado a mi izquierda—. Jeeves, creo, está muy relacionado con el agua. Dicen que todos somos un cincuenta por ciento de H_2O, pero en el caso de Jeeves probablemente sea un noventa por ciento. Jeeves, como el agua, se escurre por todas partes y no hay forma de evitarlo, como ese lago subterráneo que empieza en Long Island, según me han dicho, y luego emerge en Connecticut. Del mismo modo, Jeeves se vertía desde su guarida, el dormitorio junto al mío, y estaba ahora en pie junto a mí, como la niebla frente a un espejo.

—Sí, Jeeves —dije.

—¿Necesitará algo el señor antes de que me retire?

—Un cerebro nuevo, Jeeves.

—¿De verdad, señor?

—Todo es un desastre. La tía Florence ha descubierto lo del vino.

—Eso es muy preocupante, señor.

—La he herido de una forma terrible. Deberían azotarme. Si no hubiéramos decidido irnos a las Poconos, estaría a punto de echarnos a patadas. Dijo que tiene que «hacerme llorar» para quererme, Jeeves. Y no la culpo, pero creo que se ha dejado influir demasiado por esos admirables programas de doce pasos. Y yo necesito más de doce pasos. Mi mal, Jeeves, necesita entera esa escalera que hay en Roma.

—Es terrible, señor.

—Dicen que todo viene de la baja autoestima. Quizá pueda encargar a Charles Atlas un equipo para hacer pectorales. Quizá eso ayudara.

—Quizá, señor.

—Mi tía dice que no quiere facilitar mi adicción. Todo este lenguaje me resulta extraño, ¿no te parece Jeeves? *Facilitar, hacer llorar*. Creo que en lugar de *facilitar* se debería decir *mimar demasiado*… Y eso es lo que me haces tú, Jeeves, me mimas demasiado. Solo con escucharme me ayudas mucho.

—Me esfuerzo por complacerle, señor.

No es que fuéramos a echarnos a los brazos del otro, pero sí fue un momento impregnado de inmensa ternura y bonhomía.

—Buenas noches, Jeeves —dije.

—Buenas noches, señor —dijo, y yo pestañeé y cuando abrí los ojos ya se había ido.

Capítulo 4

Un sueño con un elemento adorable * Mi rostro tiene un problema, bueno, dos problemas * Conversación dura con Jeeves * Un catálogo de americanas y un resumen de mi vida entre los veinte y los treinta en relación, en cierta manera, con las americanas * Conversación dura con el tío Irwin * Un cambio de planes —los hasídicos no eran como esperaba— y se presenta una alternativa interesante

Me desperté bastante temprano, a eso de las ocho y media, y todo parecía tranquilo. No había tíos levantados, pedaleando en su bicicleta estática y creando el caos, así que confiaba en que Jeeves y yo podríamos disfrutar de un placentero inicio del día a media mañana. Pensé que demostraría carácter estar en ruta antes de mediodía.

—Buenos días, Jeeves —dije.

Jeeves estaba junto a mi cama sosteniendo mi toalla, pues había presentido que el joven señor estaba consciente. Le sonreí, lo que no causó el menor efecto en él. Tan inescrutable como siempre. Sin embargo, es muy relajante tener alrededor a una persona inescrutable. Uno no tiene que fatigarse intentando escrutarla, si entienden lo que quiero decir.

—Buenos días, señor.

—He tenido otro sueño, Jeeves.

—¿Otra vez el gato y el ratón, señor?

—No, este sueño era sobre una chica, aunque me gustaría saber qué le pasó a aquel ratón. Sea como sea, esta chica estaba inclinándose sobre mí… tenía su cara justo sobre la mía. Creo que yo estaba tendido en una cama o quizá en el suelo en algún lugar. Tenía los ojos azules. De un azul muy claro. Eran ojos bondadosos, Jeeves. Era rubia, pero no muy rubia. Me dijo: «Te amo, Blair». No podía creerlo. No fui capaz de contestarle nada. Estaba demasiado

conmocionado. Acobardado. Entonces desapareció y me vi caminando por una ciudad extraña con edificios amenazantes. ¿Crees que tiene algún sentido?

—Parecería que el sueño es un buen presagio, señor.

—¿Crees que es una buena señal para nuestro viaje? Quizá era algún tipo de diosa que nos protegerá.

—Quizá, señor.

—Me gustó que me llamara Blair. Fue muy íntimo que usara mi apellido de ese modo. ¿No te parece, Jeeves?

—Sí, señor.

—Pero quizá no sea una diosa. Quizá vaya a encontrarla en las Poconos. Quizá sea una hasídica rubia. Lo mejor es que los dos estemos alerta por si aparece una chica que encaje con esa descripción: pelo rubio oscuro, ojos azules. La nariz era recta y simétrica, Jeeves, una nariz muy elegante, y los labios rosa, no excesivamente voluptuosos, sino voluptuosamente femeninos. Tengo un recuerdo muy vívido de su imagen.

—Desde luego, señor.

—Y cuando dijo que me amaba, sentí que yo la amaba también. Una emoción muy poderosa, Jeeves. Ojalá hubiera podido decir algo. Pero me asusté. Y es que estaba en esa ciudad horrible. No era Nueva York ni ningún sitio que conozca.

—Quizá vuelva usted a soñar con ella, señor.

—Sabes, Jeeves, una vez estuve enamorado y todavía me duele el corazón. Es como la ciática, según creo. «¿Por qué no me quería ella?», y luego me viene este dolor… Pero aun así me gustaría volver a enamorarme. Me gustaría volver a tener a alguien. ¿Conoces la canción, *Buenas noches, mi alguien*? Salió en un musical que vi en la tele. Según la canción, eso es lo que le dices a la persona que amas cuando todavía no la has conocido. Está ahí fuera, en alguna parte. Quizá esta rubia esté ahí fuera… Me gustaría decirle a alguien que la quiero, Jeeves.

—Un deseo muy humano, señor.

—Es duro enfrentarme a la vida solo, Jeeves.

—Sí, señor.

—Tú, por supuesto, amortiguas considerablemente el golpe.

—Gracias, señor.

—Siento empezar el día con este tipo de conversación, Jeeves.

—Es una conversación perfectamente correcta, señor.

—No soy muy estoico —dije, e interiormente me reproché haber hablado. ¡Ponte en marcha de una vez, Blair! Así que almacené el recuerdo de la chica del sueño en mi cerebro, como se guarda una foto en una cartera—. Mi toalla, Jeeves —dije, recuperando valerosamente la compostura.

Por respeto a mi tía, no había vaciado las dos botellas de vino ocultas bajo mi cama, y una noche de sueño sobrio me había dejado sano como una manzana para emprender mi aventura en las montañas. Quizá la ausencia de alcohol había hecho surgir a la chica de mi subconsciente. Era posible que la abstinencia tuviera, después de todo, alguna virtud. Así que saqué las piernas Blair de aquella magnífica cama de Nueva Jersey, recogí mi toalla de manos de Jeeves e inicié mi régimen habitual de baño, afeitado, ejercicios de yoga, periódico y café. Incluso en un día de viaje preferí mantener mis costumbres, ya saben, para no gafar las cosas.

Pero mi ceremonia matinal empezó bastante mal. Mi aseo no fue un éxito. Algo le había sucedido a mi rostro durante las ocho horas de inconsciencia —el cuerpo es un misterio— y ahora no me sentía con fuerzas para partir. Es difícil reunir el valor para adentrarse en lo desconocido cuando tu rostro no funciona, pero iba a tener que hacerlo de todos modos, sin importar las circunstancias. Era la carretera o el centro de rehabilitación. Así que me retiré a mi cuarto y rápidamente me tapicé con el atuendo que Jeeves había preparado para la jornada: pantalones marrones de lino; camisa azul claro; mi corbata verde de cachemira, que es especialmente buena para los viajes ya que la cachemira parece cosas en movimiento, sean alas de mariposa o espermatozoides, según la visión del mundo de cada uno; mi americana a cuadros; calcetines negros, y zapatos de cordones, que también son muy adecuados para viajar, por si había que salir volando.

Cuando terminé de anudarme la corbata, Jeeves se insinuó en la habitación y aunque yo me giré para ocultarle el rostro, Jeeves lo ve todo. Se aclaró la garganta con un sonido como de tañido de campana al inicio de un combate de boxeo.

—¿Sí, Jeeves? —dije, comportándome como si no sucediera nada.

—Si me permite decirlo, señor, se ha olvidado usted de afeitarse

—había cierta severidad en su forma de articularlo.

—Te habrás dado cuenta, Jeeves, de que me he afeitado la mayor parte del rostro —dije, respondiendo a su tranquila severidad con resuelta severidad.

—El labio superior, señor, ha sido pasado por alto.

—¿Y qué? —Sentí que me ablandaba. Mi bigote estaba bajo asedio y su futuro no parecía muy lustroso.

—No es atractivo, señor.

—¡Un poco de valor, Jeeves! ¡Un poco de creatividad! —dije, con falsa bravuconería—. Aspiro a un *look* Douglas Fairbanks Jr.-Errol Flynn, por no mencionar a Clark Gable.

—No le recomiendo ese aspecto, señor, no es apropiado para un joven caballero.

—¿Estás diciendo que Douglas E, Errol
F.
y Clark
G.
no eran caballeros?

—Eran actores, señor.

No tenía repuesta para eso. Era un golpe demoledor. Jaque mate. Tenía que reconocer mi derrota. ¿En qué estaba pensando? ¡Actores! Entonces se me ocurrió otra vía. No podía lanzar al pobre mostacho a los tiburones.

—Escucha, Jeeves —dije—. La moral está baja. Muy baja. ¡Hay que reagruparse! Tengo algo en el labio, por eso no me he afeitado. El bigote es un medio de camuflaje. En un labio superior luce mucho mejor el vello que un grano. Bien, de hecho son dos granos. ¿No te has dado cuenta de que mis erupciones siempre son simétricas, Jeeves? Debe ser algo glandular: las glándulas en el lado izquierdo y el derecho de mi cuerpo deben atascarse a la vez, como si fuera un efecto estéreo. ¿Te acuerdas de que el mes pasado me salió un grano en la mejilla derecha y otro en la izquierda en un punto exactamente paralelo?

—Apenas puedo distinguir esas erupciones en el labio superior a las que se refiere, señor. Son negligibles y, como la mayoría de las erupciones, nadie reparará en ellas, mientras que este desafortunado bigote es perfectamente visible y puede percibirlo hasta la más casual mirada de reojo.

—Pero yo no soporto los granos, Jeeves. ¿Cómo puedo enfrentarme a las legiones de camareras, empleados de hotel y judíos hasídicos con los que con toda seguridad vamos a encontrarnos en las Poconos con estas cosas en la cara?

—Apenas son visibles, señor.

—No voy a entrar en razón, Jeeves, ya sé que no estoy yendo al grano, pero no puedo evitarlo y creo que ambos deberíamos estar agradecidos porque en el baño no empeorara las cosas atacándome a mí mismo.

—Sí, señor.

No bromeaba al decir que había evitado un ataque contra mí mismo. Verán, en lo que se refiere a granos, soy como esas personas que sienten la necesidad de lanzarse al agua cuando van en barco, a pesar de que saben que ese es un acto irracional. A mí me pasa lo mismo con las espinillas, picaduras, granos y demás: sé que no debería petarlos, pero no puedo contenerme. Soy el Hart Crane del acné.

Verán, es una dolencia más mental que dermatológica. De hecho, tengo un cutis bastante bueno, pero en la extraña ocasión, tres o cuatro veces al año, en que me sale un grano —y muchas veces son diminutos—, al mirarme en el espejo veo al Hombre Elefante y de inmediato inicio el asalto.

Pero Jeeves no estaba en situación de simpatizar con mi situación. Era probable que no le hubiera salido un grano en años. Su piel estaba por encima de esas cosas. Pensé, sin embargo, que quizá pudiera ganarme a Jeeves aproximándome al problema desde una perspectiva psicológica.

—Es una enfermedad hereditaria, Jeeves —dije—. Recuerdo, siendo niño, a mi padre en el baño contemplándose intensamente en el espejo, con los dedos afanándose en derrotar a una espinilla invasora. Como consecuencia de su toqueteo, le quedaba el rostro destrozado durante semanas, pues transformaba la espinilla en un auténtico hematoma. Eso me causó una honda impresión, Jeeves. Los pecados de los padres *sí* pasan a los hijos. Así que llevo en la sangre el asaltarme el rostro, pero espero que reconozcas al menos que intento luchar contra mi predisposición genética. ¡De ahí el bigote!

—Sí, señor.

—En consecuencia, Jeeves, si pudieras tolerar este corto vello en mi labio superior ahora que comprendes que surge de un trauma de infancia, te estaría inmensamente agradecido. Si te fijas, me he puesto la corbata para hacer mis ejercicios de yoga. Me quedo con el bigote, pero he cedido en ese otro asunto. Esto es lo que se conoce como un *quid pro quo*. No soy un hombre irracional, Jeeves.

—Muy bien, señor. —Se mostraba fríamente distante, pero de una forma conciliadora. Sabía que no podía ganar todas las batallas y yo *había* claudicado en el accesorio del cuello. Así que, esforzándome para que mis granos no me desmoralizaran, hice mis ejercicios de yoga y luego consumí una tostada y un poco de café mientras memorizaba los resultados de béisbol y las medias de bateo de los jugadores, sabiendo que a la mañana siguiente debería volver a hacerlo. La vida del adorador del deporte tiene esas servitudes.

Mientras estudiaba el *Times*, Jeeves llevó al coche mis dos grandes maletas y mi portatrajes, hinchado debido a mi colección de americanas. No tengo muchas posesiones y, desde luego, no cargo con bagatelas, pero sí estoy orgulloso de mis americanas. En realidad son mis únicas joyas, aunque quizá se parezcan más a la armadura de un caballero. Cuando llevo una americana siento que puedo adentrarme en territorio enemigo con estilo y hacer frente a lo que el mundo me depare. Cartera, llaves, bolígrafos, un pequeño cuaderno, algo de cambio, un libro de bolsillo —todo lo que necesito para sobrevivir excepto, quizá, agua— cabe en sus diversos bolsillos. Para mí una americana es como el cinturón multiusos de Batman, que recuerdo que admiré mucho siendo niño durante mi infancia, años antes de que mi percepción de mí mismo como americano se desvaneciera un tanto por leer demasiadas novelas británicas.

Aquí va un repaso rápido de mis americanas, no en orden de preferencia sino según se me van ocurriendo:

1. Americana color óxido de Brooks Brothers de la década de 1950 hecha de un material arpilleroso comprada de segunda mano en Princeton. Siempre concita comentarios amables, a pesar de la cierta excentricidad de su tono. El forro se desintegró durante un tiempo y

me hizo sentir como aquel personaje del cuento de Gogol que se avergonzaba de lo viejo y gastado que era su abrigo, pero un magistral sastre italiano de la Primera Avenida de Nueva York resucitó la prenda.

2. *Tweed* de Harris gris de 1993, procedente de Brook Brothers. Una chaqueta emocionalmente muy resistente. Podría escalar una montaña llevando este *tweed*. Me da mucha confianza. Muy buena en otoño e invierno. No podría sobrevivir sin ella, de verdad.
3. Americana de tejido *seersucker* a rayas grises con el cuello permanentemente amarillento por el sudor, como los dientes de un fumador de cigarrillos. Pero estoy a favor de este cuello ictérico, que le da carácter a la chaqueta. La compré en la tienda de la Universidad de Princeton, pero no tenía dinero para los pantalones a juego, lo que no me importa, porque todo un traje de *seersucker* muestra demasiadas ganas de llamar la atención; prefiero unos pantalones de caqui como complemento a mi chaqueta *seersucker*.
4. *Blazer* azul de 1992, Brooks Brothers. Si las americanas que uno posee fueran tan importantes como sus órganos internos, entonces el *blazer* azul sería los pulmones: absolutamente esenciales. Se puede sobrevivir sin *seersucker*, por ejemplo, que es el bazo de las americanas, pero ¡intenten sobrevivir sin un *blazer*! Aunque, como he indicado anteriormente, en ocasiones mi chaqueta de *tweed* de Harris tiene preferencia sobre mi *blazer*.
5. Americana corriente de pana de
   Sullivan's
   de Albany, adquirida en un economato de una iglesia de la calle Ochenta y seis en Manhattan, en un año desconocido. Rara vez utilizada, pero difícil de tirar. Solo pensar en ella me hace sentir mal por ignorarla. Voy a hacer un esfuerzo de verdad por incluirla de forma más regular en la rotación.
6. Americana de verano a cuadros escoceses verdes y azules, de Harry Ballard de Princeton, adquirida en 1984. Necesita frecuentes viajes a la tintorería y parece retener la sudoración de forma despiadada, pero puede

resultar tremendamente encantadora. Tengo una relación de
amor-odio
con esta chaqueta.

7. Americana de verano de lino azul, comprada en Hazlett, en Princeton, en 1986. Muy elegante, es esencialmente un *blazer* de verano que se arruga de una manera tan atractiva que me hace sentir como un personaje de una obra de Chéjov. Es interesante que mis americanas me hagan pensar en la literatura rusa. Nunca había hecho esta conexión antes.
8. Americana de primavera y verano a cuadros, de Harry Ballard, comprada en 1990. Muchas veces me apoyo demasiado en esta chaqueta y no la valoro lo suficiente. Es tan sólida que la subestimo. Intentaré corregir esa tendencia. Es mi *tweed* de Harris para las estaciones cálidas.

Como verán, existe una preponderancia de las americanas de la región de Princeton, que es una región muy rica en americanas, hasta el punto de rivalizar o incluso sobrepasar a Cambridge o New Haven. En Princeton empecé a amasar mi colección, debido a que viví allí cierto número de años, primero como estudiante en la universidad y luego como ciudadano corriente. Tras mi graduación en 1986, me quedé en la ciudad de Princeton durante otros seis años, tiempo durante el cual escribí y publiqué mi primera novela; me enamoré y seguí enamorado hasta que me rompieron el corazón; intenté escribir una segunda novela y no pude; y entre los problemas para escribir y la pérdida de la chica empecé lentamente a perder la razón.

Luego me mudé a Nueva York, para intentar desatascar la escritura y olvidarme de la chica, y durante dos años, de 1992 a 1994, viví con Charles e hice progresos en ambos frentes, escribiendo y olvidando. Pero debo admitir que le di a la botella con excesivo entusiasmo, lo que en último término provocó que Charles me echara y que yo acabara en rehabilitación, donde perdí la razón por completo, que es algo que acostumbro a hacer, me he dado cuenta, eso de tratar mi mente como si fueran las llaves del piso: las pierdo, luego me alegro muchísimo cuando las encuentro y al cabo de un tiempo las vuelvo a perder. Y uno no debería tratar a

su mente de ese modo, pero son cosas que pasan. De todos modos. El caso es que todo esto explica por qué mis americanas son de Princeton o Nueva York: compras las americanas allí donde vives.

Bien, después de cargar en el coche mi portatrajes y mis maletas, Jeeves se acercó y me dijo que iba a inspeccionar a fondo el Caprice: aceite, agua y presión de los neumáticos.

—Muy bien, Jeeves —dije, y él volvió a escurrirse afuera y yo me dediqué a limpiar los platos del desayuno.

En la nevera, al dejar la leche, me di cuenta de que mi tía me había preparado una bolsa con comida: mi bocadillo a medio comer del Kosher Nosh, un pepinillo en vinagre al eneldo y una manzana. Sobre la bolsa había dejado una nota, que hizo que me diera un vuelco el corazón:

> *Querido Alan:*
>
> *Te quiero e Irwin también te quiere. Llámanos si nos necesitas.*
>
> *Te llevo en el corazón. Por favor, no bebas demasiado. Pero si quieres dejar de beber e ir a reuniones de alcohólicos anónimos o a rehabilitación, siempre puedes volver con nosotros.*
>
> *Besos,*
> *Tu tía Florence*

Hice un esfuerzo para no echarme a llorar. El amor de los demás siempre le altera a uno los nervios. El menor acto de ternura —¡tomarse la molestia de preparar la comida y de escribir la nota!— hacia mí y me desmorono. Va contra los fundamentos de mis ideas sobre mí mismo. Desata un alboroto en mi interior. Soy el primero en admitirlo: todo mi inconsciente —del que en realidad soy en parte consciente— contempla la vida basándose en la premisa de que me odio y deberían pegarme un tiro. Así que cuando la gente te quiere, resulta difícil seguir tranquilamente con tu conducta impulsivamente autodestructiva.

Pero no dejé que me afectara —no permití que la nota de mi tía alterara mis planes de abandonar Montclair— y fui a hacer una última inspección de mi cuarto, donde recogí mi última y más esencial posesión: mi instrumento de escritura, el ordenador portátil. Al salir de la habitación, la puerta de mi tío se abrió de par en par y él apareció al final del corto pasillo. Por una ventana de su habitación entraban rayos de sol que lo bañaban en una luz naranja

radiactiva. Caminó hacia mí como si fuera una erupción solar. Llevaba puesto su albornoz flamígero y su barba Padre Pío ardía en llamas.

—Buenos días, tío Irwin —susurré antes de morir calcinado. Yo era Ícaro y él era el sol. Yo había intentado marcharme con mis zapatos de salir volando.

—¿Te estás dejando bigote? —preguntó.

Estaba literalmente encima de mí. El fuego que emanaba de él se mitigó, pero el pasillo tras él seguía incendiado. Yo no estaba acostumbrado a que mi visión fuera tan sobria y precisa por la mañana. Gracias a Dios, todos los meses que había vivido en Nueva Jersey había bebido copiosamente. Por eso había conseguido no percibir que este pequeño pasillo estaba alineado de forma perfecta con el sol, como Stonehenge, pero en Montclair.

—Sí, me estoy dejando bigote —dije.

No me gustó el tono de la pregunta.

—Pues no te queda muy bien. Parece como si hubieras bebido zumo de naranja.

Se refería a la naturaleza roja anaranjada de mi vello facial, así que su comentario no me hizo gracia. Primero Jeeves y ahora el tío Irwin. Mi incipiente bigote estaba siendo atacado desde todos los flancos, lo que solo contribuyó a aumentar mi determinación.

—Trato de volver a poner de moda yo solo el *look* Douglas Fairbanks Jr.-Errol Flynn-Clark Gable —dije fríamente. No tenía intención de mencionar, por supuesto, la motivación extra que suponían los granos, ni el hecho de que los actores no son caballeros—. Cuando, durante mi viaje, la gente me vea en los surtidores de las gasolineras de las autopistas se producirá una reacción en cadena. Un movimiento popular. Puede que tú mismo, dentro de unas pocas semanas, cedas a la presión y aligeres tu espeso bigote.

—Escucha —dijo—, si te para la policía estatal no digas nada. Solo dales tu carnet de conducir. No sé si tu tía podría soportar que tuviéramos que volver a sacarte de un centro de rehabilitación o, peor, de un hospital psiquiátrico.

Por lo general no registro los insultos o los comentarios sarcásticos dirigidos a mi persona. Carezco de todo tipo de aparato de traducción o radar que detecte la hostilidad. Absorbo los

comentarios como si fueran afirmaciones perfectamente educadas. Y es solo luego, mucho después de los hechos, cuando me doy cuenta de que alguien ha sido maleducado conmigo, lo que no dista demasiado de mi respuesta demorada al peligro y al terror.

De todas maneras, esa mañana me sentía distinto; quizá fuera el estar sobrio —había defendido prestamente a mi vello facial del comentario sobre el zumo de naranja y cuando mi tío emitió justo a continuación su pulla sobre el hospital psiquiátrico, supe a ciencia cierta que se trataba de una nueva afrenta. Procedí a tratar a mi tío del mismo modo que él me había tratado. Estábamos en el lugar exacto en el que habíamos confluido y colisionado el día anterior, así que hice referencia a ello.

—Si tuviera una taza de café me sentiría muy tentado de tirártela encima, tío —dije, blandiendo mi ordenador portátil como si fuera una taza de café. Parte de mi furia edípica, reprimida durante meses, estaba desencadenándose. Aunque, puesto que se trataba de mi tío, supongo que era más una furia hamletiana que edípica.

—Lo de ayer lo hiciste a propósito, ¿verdad? —gruñó—. Siempre he dicho que solo te falta el cencerro.

—¡Yo al menos no creo ser el Padre Pío ni tengo más escopetas que Al Capone! Y, si no me equivoco, la expresión correcta es «estar como un cencerro».

Abrió mucho los ojos. Le había dado un buen golpe verbal. Le di la espalda y bajé las escaleras hasta la cocina, encaminándome a las Poconos a toda velocidad. Sabía que había muchas posibilidades de que mi nuca estuviera en el punto de mira de una pistola del calibre 38.

—Espera un momento —dijo, siguiéndome a la cocina y moviéndose con considerable rapidez—. Detente… ¡Lo siento! No quiero que te vayas enfadado… Te pido disculpas. Estoy un poco alterado porque veo que tu tía está disgustada. Los dos estamos muy preocupados por ti.

Me volví y le miré directamente a los ojos. Su bigote termocromático parecía cálido y su disculpa era generosa. Intenté tranquilizarlo.

—Tía Florence y tú no debéis preocuparos por mí. Soy más fuerte de lo que creéis. Os lo prometo, estaré bien. Os lo juro.

—Bueno, ¿a qué parte de las Poconos vas? —preguntó.

—Simplemente tengo intención de adentrarme en la zona. Confío en el azar. Quiero encontrar una cabaña y concentrarme en escribir. Mi intención es localizar una comunidad de veraneantes hasídicos.

Sentí que mi tío se disponía a lanzarme uno de sus rayos de ostra desde sus ojos, pero se contuvo. Además, no podía criticar que yo deseara estar cerca de otros judíos, a pesar de que no era precisamente su judaísmo a lo que quería aproximarme, sino más bien a su atemporalidad —en cuestión de moda, las mujeres están atrapadas en la década de 1940 y los hombres en el siglo XIX, dos periodos que me gustan mucho—. Está bien combinar, si se puede, un poco de viaje normal —como ir a las Poconos— con un viaje en el tiempo.

—En las Poconos no encontrarás judíos hasídicos —dijo mi tío—. Están en las Catskills.

Recibir un dato así justo antes de la partida era devastador.

—¿Estás seguro de que los judíos no se han expandido a las Poconos? —le pregunté a mi tío, pensando que quizá la Diáspora se hubiera extendido a más de una cordillera.

—No seas tonto. Pennsylvania y las Poconos son para los irlandeses y los alemanes. Los judíos están en el estado de Nueva York. Deberías ir a Sharon Springs. Está en Nueva York. Si buscas judíos hasídicos, en Sharon Springs encontrarás todos los que quieras.

—¿De verdad? —pregunté. Estaba intrigado.

—Además allí hay balnearios, es por eso por lo que les gusta, por los baños *shvitz*. Yo solía pasar por Sharon Springs por negocios. Hay un hotel bastante decente, el Adler. Tiene un comedor *kosher*. Deberías alojarte allí.

Sharon Springs y el hotel Adler parecían perfectos. Los baños de agua mineral —una cura— le conferirían a la aventura cierto tono saludable. Desde que leí *La montaña mágica*, los balnearios (¡no las clínicas de rehabilitación!) me atraían por su romanticismo y, además, resultaba particularmente agradable tener un destino concreto y no confiar solamente en el azar, uno de cuyos principales inconvenientes consiste en que es muy imprevisible. Así que le dije a mi tío que seguiría su consejo e iría a donde me había dicho.

—Puedo trabajar en mi novela y hacer una cura de agua mineral al mismo tiempo —añadí—. Sumergirse en un baño es algo muy saludable.

Para contribuir a mi retirada a Sharon Springs, el tío Irwin fue un momento a su oficina en el sótano —un espacio parecido a un búnker junto a la caldera, lo que siempre me había parecido peligroso, porque era junto a la caldera donde guardaba su considerable arsenal de munición— a buscarme un mapa. Nos inclinamos juntos sobre la mesa de la cocina para estudiarlo y, en tan estrecha proximidad con su cuerpo, los efluvios del talco resultaron casi insoportables. Pero sobreviví, como un soldado de fuerzas especiales, respirando por la boca. Él me diseñó una ruta y estimó que podría llegar a Sharon Springs en cuatro horas si no me saltaba el límite de velocidad. Insistió mucho en que me mantuviera alejado de las fuerzas del orden, pero eso no me ofendió. Todo había sido perdonado.

—¡Muchas gracias, tío Irwin, Sharon Springs suena ideal! —dije, y con eso nos dimos la mano para despedirnos—. Y gracias por *todo* lo que has hecho por mí, por acogerme durante estos meses. Has sido muy generoso.

Entonces nos soltamos las manos, mi tío llegó al extremo de sonreírme y yo recogí mis cosas, entre ellas el mapa que me regaló.

Me acompañó a la puerta.

—Te echaré de menos hasta que vuelva a verte —dijo.

—Yo también —respondí.

Había cierto brillo en la mirada de mi tío que me hizo pensar que algo no estaba del todo bien en su frase de despedida, pero decidí no reflexionar sobre ello. Así que crucé el patio en el que hacía mis saludos al sol por las mañanas y de súbito sentí que me flojeaban las piernas y la frente se me enfriaba. Tenía miedo. Tema miedo de marcharme. Pero no podía desmoronarme con mi tío mirándome desde la puerta. Apreté los dientes y llegué a donde estaba aparcado el coche y, cuando vi a Jeeves en el asiento del acompañante del Caprice, mis miedos se desvanecieron por completo. Era difícil seguir asustado al ver que no estaba solo.

Capítulo 5

Conduciendo y liberándome * Un peligroso contrato con mis conciudadanos * Un debate sobre la muerte * Un debate sobre la «otra mitad»

Condujimos en silencio, ambos bastante callados y solemnes al inicio de nuestra jornada. Pero no crean que estábamos taciturnos, sino contemplativos y conservando nuestras fuerzas tras la agotadora empresa de abandonar Montclair.

Mi Caprice era un coche espacioso, bien aislado del mundo. En él, uno conducía por las autopistas como si estuviera sentado en un salón de clase media equipado con motor y ruedas.

Sucedía que era una mañana perfecta para conducir un salón. La luz del solsticio estival de julio aportaba una claridad aterradora. No había ni humedad ni impurezas que enturbiaran la atmósfera. La paleta de colores del día era sencilla, primaria: el sol era blanco, el cielo era azul y la carretera, recién asfaltada, era negra. Los árboles en los márgenes de la autopista, a pesar de estar perfumados por los humos de los escapes, eran verdes, estaban llenos de flores y alardeaban orgullosos de su clorofila.

Íbamos por la Ruta 287, dirección norte por la autopista del estado de Nueva York. El tráfico era bastante denso y yo intentaba mirar de reojo a mis colegas de carretera cuando me adelantaban. ¿Quiénes eran esos ciudadanos? ¿A dónde iban con tanta prisa? ¿A dónde iba yo? Todos parecían trágicamente ensimismados y engreídos, con expresiones de desolación y angustia. Entonces recordé que ese es el aspecto que tiene todo el mundo. Ese es el aspecto que tengo yo.

Pero me pregunté si debía confiar en los ensimismados ciudadanos de Nueva Jersey. Conducir juntos a una velocidad de más de cien kilómetros por hora es un contrato social un poco

peligroso. Yo me sentía bien armado en mi Caprice, pero la fragilidad de mi vida incluso dentro de un vehículo tan sólido era bien visible, a pesar de que el motivo por el cual me preocupaba tanto mi vida era mucho más difícil de desentrañar. Supuestamente, según mis creencias más arraigadas, yo merecía morir —lo sé, porque siempre me lo digo a mí mismo, como si fuera un mantra, «Deberían pegarme un tiro»—, pero también es cierto, si considero los hechos con un mínimo de objetividad, que tengo un fuerte instinto de conservación, porque en realidad no deseo morir o, al menos, no en un doloroso accidente de tráfico. Como la mayoría de la gente, soy una curiosa mezcla de fuerzas enfrentadas: creo que me merezco un castigo —la muerte—, pero no soporto el dolor; a menudo siento deseos de suicidarme, pero la muerte me da miedo. En fin, todas estas fuerzas opuestas me dan, cuanto menos, cierto equilibrio.

Como correspondía a mi perspectiva centrista de la vida, Jeeves y yo íbamos por el carril central, rodeados de antagonistas. A mi izquierda pasaba a toda velocidad un camión de dimensiones prehistóricas que ignoraba que existía un límite de velocidad, a mi derecha se movía cansinamente un narcoléptico ciudadano de la tercera edad y detrás de mí colgaba un sociópata totalmente pegado a mi parachoques trasero como un homicida impaciente.

Le hice una pregunta a Jeeves:

—¿Piensas alguna vez en la muerte?

—Solo cuando voy en coche, señor, con alguien a quien no conozco o, mejor dicho, cuya forma de conducir no conozco.

—Pero confías en cómo conduzco yo, ¿no, Jeeves?

—Es usted un conductor excelente, señor.

—Pero con otras personas, mientras te llevan a toda velocidad, ¿piensas «Hasta aquí hemos llegado»?

—Sí, señor, muchas veces lo he pensado.

—¿Y entonces te resignas a ello?

—Sí, señor.

—Eso es exactamente lo que hago yo, Jeeves. Pero somos demasiado educados, tú y yo. Muchas veces, en Nueva York, no tuve el valor (¡y eso que estaba pagando por el servicio!) de decirle a un taxista que fuera más despacio. Pero entonces racionalizaba mi cobardía pensando que si ralentizaba la marcha estaría cambiando

mi destino y quizá se produjera algún accidente que con la velocidad anterior hubiéramos evitado. ¿Comprendes lo que quiero decir, Jeeves?

—Perfectamente, señor.

—Pero creo que estamos bien protegidos en este Caprice, Jeeves —dije, haciendo de tripas corazón—. Con excepción de los camiones, creo que podríamos aplastar a cualquiera de los demás vehículos y, además, muchos coches tienden a volcar cuando las cosas se ponen difíciles, así que creo realmente que estamos a salvo.

—Muy bien, señor.

—Pero conducir es agotador, así que mejor que hagamos una pausa para tomar un café dentro de una o dos horas. Podemos mezclarnos con los nativos y ver cómo vive la otra mitad.

—Sí, señor. Una pausa para un café dentro de una hora o algo más será ciertamente bienvenida.

—Pero sobre esta otra mitad, Jeeves —dije, reflexionando sobre mi anterior frase—, ¿qué mitad crees que somos nosotros?

—Imagino, señor, que todas las mitades son simplemente la otra mitad.

Dejé que lo que había dicho Jeeves diera vueltas en el remolino del cerebro Blair. Parecía una frase muy buena.

—Puede que hayas dicho algo profundo, Jeeves. Bien hecho.

—Gracias, señor.

Pero entonces el cerebro Blair siguió funcionando, cosa que hace a menudo, y descubrió que el aforismo de Jeeves no estaba todavía preparado para llevarlo a la oficina de patentes. Iba a tener que rebajar un par de escalones su calificación.

—Aunque me pregunto si —dije—, debido a lo escaso de nuestro número, podemos considerarnos como una mitad entera. ¿Ves lo que quiero decir, Jeeves?

—Es un tema a considerar, señor.

Así que ambos nos pusimos a considerarlo y nuestro embriagador debate fue una placentera distracción para mí, especialmente porque todos los demás nervios disponibles en mi organismo estaban dedicados al grave asunto de seguir el trazado de la carretera y mantenernos con vida. Por mucho que a veces tuviera sentimientos encontrados sobre la prolongación de mi propia existencia, de ninguna manera quería lastimar a Jeeves.

Parte II

Sharon Springs, Nueva York

Capítulo 6

Llegada a Sharon Springs * ¿Ha ocurrido alguna catástrofe? * Una alusión a Stephen King, el Dickens americano * Dificultades para comprar una tarjeta de teléfono * Hay que dejar que la gente se mate entre ella * Noticias inesperadas * Solicitudes de naturaleza sexual * Otro cambio de planes

Nos llevó siete horas —en lugar de las cuatro estimadas— llegar a Sharon Springs. Verán, después de nuestra primera parada para el café, tomé la decisión ejecutiva de que debíamos seguir una ruta que transcurriera por carreteras secundarias con grandes vistas. Esta opción tenía la doble ventaja de ser una mejora estética y al mismo tiempo resultar menos peligrosa por disminuir el número de conductores que nos rodeaba.

Nos detuvimos en varios restaurantes rurales para tomar café por el camino, pero no nos embarcamos en demasiada mezcla antropológica, como yo había pretendido, con la «otra mitad». Una vez en marcha, pusimos rumbo decidido hacia nuestro destino, a pesar de hacerlo tomando una ruta más larga.

En las paradas nos limitábamos a pedir los cafés y a hacer uso —corolario directo de la absorción de esos cafés— de cierto número de diversos
WC
, lo que no debería haber sido más que una necesaria e inocente función corporal, si no fuera porque una de mis numerosas visitas a esos aseos contribuyó a un desafortunado desastre, los detalles del cual explicaré más adelante.

Al llegar a Sharon Springs me sentí a la vez triunfante y exhausto. Pero no estaba tan cansado como para no apreciar la belleza del entorno: era una ciudad pequeña y rústica construida sobre colinas anidadas al pie de unas montañas altas, masculinas y

de pelo en pecho.

—Este lugar es precioso —exclamé ante Jeeves.

—Así es, señor —dijo Jeeves.

—Esta va a ser nuestra Montaña Mágica, Jeeves… bien, nuestra Montaña Mágica judía. Parece el sitio ideal para una cura.

—Muy bien, señor.

Y justo entonces, cuando entramos en esa bella población, en una muestra de coordinación casi perfecta, se nos acabó el combustible. Tanto Jeeves como yo habíamos pasado por alto esa importante aguja, pero por fortuna para nosotros el Caprice tenía un depósito sin nada que envidiar al de un enorme barco de guerra, con capacidad para casi noventa litros, de modo que habíamos podido recorrer todo el trayecto hasta Sharon Springs antes de agotarlo.

Pudimos seguir cuesta abajo por una colina hasta una gasolinera, que parecía desierta y en cuyos surtidores no había ningún otro coche. De hecho, toda la ciudad parecía desierta. Sentí que había un silencio y una tranquilidad que no eran normales. ¿Había asolado una plaga Sharon Springs? ¿Estaba habitando momentáneamente las páginas de algún tipo de *best seller* de terror? ¿No había visto en una ocasión en televisión una novela de Stephen King, el Dickens americano, aunque yo jamás lo había leído, que mostraba una ciudad abandonada y muerta idéntica a esta? La gasolinera a la que llegamos estaba ubicada en la corta calle principal, donde también había un supermercado, un bar-restaurante y una iglesia, pero en la que no se veía ni un solo transeúnte. No había gente, ni coches circulando, ni judíos hasídicos. Era fantasmagórico, aunque atractivo. Jeeves y yo éramos las únicas personas en el mundo que seguían con vida.

Mi temor a una plaga se vio aliviado, sin embargo, cuando localicé a un hombre con el rostro gris y angustiado como el de una gárgola. Me miraba desde la ventana de la pequeña tienda, que era el centro financiero de la gasolinera. En algún punto de la historia de Estados Unidos las gasolineras se habían convertido en pequeños colmados especializados en alimentos, sin duda también elaborados a partir del petróleo, expertos en destruir la salud de quien los consumía.

Llenamos el tanque del Caprice y cuando entramos en la tienda

para pagar la gasolina me acerqué al cajero-gárgola, que dio una calada a su cigarrillo con una mueca mientras yo le pagaba con los consabidos billetes de curso legal. Pero me tenía que devolver el cambio. Mientras se peleaba con la caja registradora contuve la respiración para evitar la polución que emanaba de su tabaco y, al hacerlo, vi que tenía una serie de tarjetas de teléfono detrás de él y decidí llamar a los tíos para decirles que el sobrino pródigo estaba pródigamente bien.

—¿Cuánto duran esas tarjetas de teléfono de veinte dólares? —pregunté, exhalando. Entonces respiré de nuevo por la boca, con la esperanza de disminuir los efectos del tubo de escape de aquel hombre, igual que había hecho antes ese mismo día para protegerme de los efluvios del talco del tío Irwin. Por desgracia, para proteger mi nariz sacrificaba mi boca: ¡no podía ganar!

—Veinte dólares —replicó el cajero mientras aplastaba su cigarrillo en un cenicero. Uno debe dar las gracias por las pequeñas cosas: podía usar mis fosas nasales de nuevo. Me entregó el cambio de la gasolina.

—Quiero decir que cuántos minutos da una tarjeta de veinte minutos —dije, precisando.

—La tarjeta cuesta veinte dólares, no veinte minutos —dijo, molesto, y me miró con curiosidad e irritación, temo que considerándome un subnormal, y entonces encendió un nuevo cigarrillo. Aquello era una tortura.

Pero tenía que intentarlo de nuevo. Mi mente estaba cansada después de tantas horas en la carretera y quizá había matado a algunas neuronas al contener la respiración, pero ciertamente pude formular la siguiente consulta:

—¿Cuántos… minutos… da una tarjeta de veinte dólares? —pregunté y hacia el final de mi consulta me pareció que todo mi coeficiente intelectual estaba disponible.

—No lo sé —dijo el de Sharon Springs.

Se giró en su taburete y al sacar la tarjeta tiró al suelo varias más.

—Mierda —dijo tranquilamente, y entonces, con cierto esfuerzo, se levantó de su asiento, desapareció detrás del mostrador y reapareció con las tarjetas de teléfono en uno de sus mitones gastados. Sus mejillas grises habían tomado color y le faltaba el

aliento. Esperé por su bien que sus abogados estuvieran ya demandando a las tabacaleras. El simple gesto de agacharse casi lo había matado.

—Cuatrocientos minutos por veinte dólares —dijo finalmente.

—Parece una buena inversión —dije, y me sentí tentado de añadir que fumar perjudica gravemente la salud, y que hacerlo tan cerca de surtidores de gasolina era mucho más inmediatamente letal que el cáncer. Pero sabía que estaba fuera de lugar darle consejos. Hay tan pocas personas a las que uno puede ayudar en la vida.

—¿Puede darme una tarjeta de veinte dólares? —dije, manteniendo nuestra relación en lo puramente comercial.

Completada la rigurosa transacción, recurrí a una cabina fuera y me conecté con Montclair. Mi tío Irwin descolgó el teléfono.

—¡Hola, pariente! —dije al aparato.

—¿Has tenido una avería?

—No, ¡estoy en Sharon Springs! Justo como me recomendaste.

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo.

—¿Y cómo has tardado tanto? ¿Te has perdido?

—No. Fui por carreteras secundarias para disfrutar de mejores paisajes durante el viaje. Pero gracias por las indicaciones para llegar.

—Estoy contento de que no te hayan arrestado.

—¡Soy un buen conductor! —protesté.

—Oye, te han llamado de un sitio llamado la Colonia Rose. Quieren que vayas. Dicen que te han sacado de la lista de espera. ¿Qué es, otro centro de rehabilitación? Eso haría feliz a tu tía.

—¡Dios mío! —grité—. ¡No puedo creer que la Colonia Rose me quiera! Y no es ningún centro de rehabilitación. ¡Es la colonia de artistas más prestigiosa de Estados Unidos! Es un lugar para trabajar en tu arte.

—Qué pena que no sea para la bebida. Necesitas trabajar en eso mucho más que en tu escritura. Me alegro de no haberle dicho nada a Florence, se habría hecho ilusiones… Te daré el número. Se supone que tienes que llamarles antes de las cinco, te quedan quince minutos.

Me dio el número y lo escribí en la primera página de una guía telefónica hecha polvo que colgaba de la cabina. Parecía un sitio

popular en el que apuntar números, pues había varios anotados allí, acompañados de ofertas de copulación homosexual. ¡Tales cosas sucedían incluso en Sharon Springs! Pero no me sorprendía. El impulso sexual humano es implacable, y muy especialmente el impulso sexual homosexual. Uno lo encuentra por todas partes, no conoce rincón oscuro —ni, dicho sea paso, rincón poco iluminado— en el que no pueda penetrar. Pero no solo la homosexualidad campa por doquier: la anticuada heterosexualidad sigue siendo la forma de sensualidad más popular entre dos personas. Basta con circular frente al patio de cualquier colegio para comprobarlo: alguien está produciendo todos esos niños, aunque tengo entendido que las inscripciones han descendido últimamente. Quizá sea entonces que la homosexualidad está avanzando en términos de suscriptores, mientras, por supuesto, la forma de sensualidad más popular en términos absolutos sigue siendo el abusar de uno mismo, aunque no entre dos personas, a menos que las dos personas estén abusando de sí mismas en compañía, lo que muchas veces es un compromiso feliz tanto en la comunidad homosexual como en la heterosexual.

De todas formas, me pareció que esos salaces ciudadanos de Sharon Springs eran astutos al incluir sus ofertas de sexo en la guía telefónica. Los números le daban una credibilidad que no tenían los anuncios personales que había leído en los aseos durante el trayecto hasta Sharon Springs. Era como si la propia compañía telefónica refrendara aquellas incitantes notas. Debo confesar, no obstante, que aquellas frases de los aseos, a pesar de la carencia absoluta de cualquier tipo de sanción oficial, habían despertado mi interés. Mientras Jeeves y yo conducíamos por las carreteras rurales del estado de Nueva York, yo pensaba en lo que había leído en esos lavabos. Por ejemplo: «Reúnete conmigo a las 5
p. m.
para que te la chupe bien». A las 5
p. m.
¿cuándo?, ¿todos los días de la semana? Alguien más se lo había preguntado, pues debajo estaba escrito: «¿Qué día?». Pero no había respuesta. Y ese misterio me atormentaba.

En otro lavabo: «Soy hetero, pero me gusta chupar pollas. Encuéntrame aquí a medianoche los viernes». ¿Se habría presentado alguien un viernes? Nunca lo sabría. ¿Habían escrito aquello este

año? Eran relatos incompletos. Me resultaban muy frustrantes.

¿Y quién era esa gente? Me lo pregunté y sentí el deseo reflejo de llamar a aquellos desconocidos, a aquellos lotarios de cuarto de baño, cuando habían sido tan amables de dejar escrito el teléfono de su casa, cosa que hacían a menudo. Pero ¿por qué quería llamarlos? En parte por curiosidad morbosa, para ver qué clase de persona deja anotado su número de teléfono en un aseo público, pero además, como la mayor parte de los seres humanos, yo también tengo ciertas fantasías homosexuales (en mi caso, habitualmente con la celda de una cárcel como telón de fondo, después de haber sido condenado por un crimen que no he cometido, lo que la convierte en una fantasía un poco complicada).

Así que allí estaba yo, al teléfono con el tío Irwin y de nuevo enfrentado a aquellas notas degeneradas. Me sorprendía la naturaleza competitiva de algunos de los anuncios de aquellos invertidos de Sharon Springs. Un hombre llamado Angelo había escrito, «Llámame cuando zea. Me encanta chupar poya durante horas. Soy el mejor de la región».

Y un hombre llamado Tim había puesto: «¿Quién save chuparla mejor que un hombre? No llames a Angelo, llámame a mí». Estos dos hombres competían en un mercado pequeño, así que era inteligente, según imagino, alardear de sus facultades y claramente no se avergonzaban de su sexualidad ni de su ortografía, aunque me preguntaba si no habrían incluido las faltas a propósito. ¿Era algún tipo de código gay? ¡Más misterios! Más frustración.

Distraído por todo aquello, no me apunté el número la primera vez que el tío Irwin me lo dijo.

—¿Puedes repetírmelo otra vez, por favor? —le pedí.

Gruñó molesto, pero lo hizo, y esta vez sí apunté el número de teléfono de la Colonia Rose y quiso el azar que fuera a anotarlo junto a unas líneas particularmente tentadoras: «Me encanta que me den besos ahí abajo. Llama a Debbie,
222-4480».
Era de lo más inusual, incluso extraordinario. Había como media docena de notas de ese tipo en aquella página de la guía telefónica, pero esta era la única de una mujer, y en todos los
WC
que había visitado durante aquel día no había encontrado ni una

sola epístola de una fémina.

Debo decir que me resultó inesperadamente seductor el uso de la palabra *besos*. Me pareció encantador e incluso victoriano. Me sentí muy tentado de arrancar la página para consultarla después. ¿Quién era esa Debbie? Pero la noción de llamar a una extraña era ridícula, e incluso había cosas más importantes que considerar: ¡La Colonia Rose! Así que le dije a mi tío Irwin que le diera recuerdos a la tía Florence y colgamos rápidamente para que pudiera llamar a la colonia antes de las cinco.

Seis meses antes, a mediados de enero, me había inscrito en la Colonia Rose, que está en Saratoga Springs, Nueva York. Había leído un artículo sobre el lugar en la revista *Poets & Writers* en la biblioteca de Montclair, una tarde en la que había acudido allí a refugiarme del tío Irwin. Luego, un día o dos después, *The New York Times* mencionó la colonia en una de sus columnas.

Bueno, ya saben lo que pasa: algo empieza a aparecer frente a uno repetidamente y uno lo toma como una señal, así que después de haberme cruzado con aquellos dos artículos sobre la colonia, envié una solicitud de inscripción y en marzo me contestaron por carta diciéndome que me habían puesto en lista de espera. Lo cierto es que más que una decepción, aquella carta había sido una alegría. El haber llegado a la lista de espera era victoria suficiente. Había enviado, como muestra de mi escritura, el primer capítulo de mi novela *Cuánta pena me doy*. ¡Pero ahora estaba admitido! ¡Me habían sacado de la lista de espera! ¡Era un triunfo total!

Para compartir las buenas noticias antes de llamar a la colonia, le hice un gesto a Jeeves para que se acercara desde el coche. Se transportó a sí mismo sobre el asfalto.

—¿Sí, señor?

—Jeeves, ¿te acuerdas que me habían puesto en la lista de espera en la Colonia Rose?

—Sí, señor.

—Pues bien, acabo de llamar al tío Irwin y la Colonia Rose ha llamado a casa, preguntando por mí, ¡y quieren que vaya! Voy a llamarles ahora mismo. Esto podría conllevar un cambio de planes, Jeeves, pero un cambio para bien, según creo.

—Sí, señor.

—¿No te alegras por mí, Jeeves?

—Sí, señor.

Puede que el tipo estuviera también un poco cansado de tanto viaje. Su antiguo y refinado vocabulario no daba demasiadas muestras de diversidad en aquel momento; sin duda se le podría haber ocurrido algo un poco más entusiasta que su habitual: «Sí, señor», pero pensé en lo mucho que me había costado a mí sacudirme el cansancio de las horas de carretera para pedir la tarjeta de teléfono y perdoné a Jeeves por no darle más garbo a su parte del debate entre el señor y el ayuda de cámara.

Me volví hacia el teléfono y realicé las maniobras necesarias.

—Colonia Rose, dígame —respondió una voz de mujer.

—Hola —empecé de forma poco creativa, pero las oberturas de una conversación telefónica están estrictamente limitadas por las convenciones sociales—. Soy Alan Blair y me han informado de que me han sacado de la lista de espera —acabé la frase en un tono de interrogación, para no parecer demasiado presuntuoso y demostrar la humildad adecuada.

—Ah, sí… Ha habido una cancelación y, si puedes venir, si dispones del tiempo, nos encantaría tenerte aquí. Yo soy Doris, la asistente del director.

—Encantado de conocerte… aunque sea por teléfono, quiero decir —dije, agarrando el auricular como si fuera la mano de la mujer—. Bueno, mi agenda está notablemente despejada y será un placer ir a la Colonia Rose. Estoy a punto de iniciar una cura en Sharon Springs, pero con mucho gusto cambiaré Sharon Springs por Saratoga Springs. De hecho, cambiaré el agua por la colonia. ¿Cuándo debo incorporarme al puesto?

Me asaltó la preocupación de si no estaría pasándome con los juegos de palabras por intentar complacer, divertir y ser obsequioso, pero Doris apreció mis esfuerzos.

—Eres gracioso —dijo, y se rio dulcemente. Puedes venir dentro de dos días, el jueves. Tendremos preparada una habitación y un estudio y podremos ofrecerte una residencia de seis semanas que duraría hasta el final de agosto.

Seis semanas. Eso era increíble. Convivir con otros artistas sería todavía mejor que hacerlo con judíos hasídicos. Entonces se me ocurrió que lo mejor sería avisar sobre Jeeves. Quizá no hubiera demasiados artistas que tuvieran su propio ayuda de cámara, pero

me imaginé que el edificio de la colonia, siendo como era una mansión del siglo XIX, según había leído en *Poets & Writers*, tendría sus habitaciones de servicio donde Jeeves podría alojarse.

—Quiero advertirte —dije— que vendrá conmigo el inimitable Jeeves, mi ayuda de cámara.

—Yo preferiría que viniera Godfrey, que estaba al servicio de las damas —dijo, otra vez riéndose de forma muy agradable—. Pero eres muy gracioso. Desde luego, necesitamos a un Jeeves por aquí. ¡Yo soy una gran fan de Wodehouse!

No le conté a Jeeves, que flotaba a mi izquierda como una de esas motas movedizas en la superficie del ojo, lo que la mujer de la Colonia Rose había dicho. No quería herir sus sentimientos innecesariamente. Todo este tema de Wodehouse le resultaba molesto y, aunque nunca lo había mencionado desde nuestra primera entrevista, podía ver que le alteraba. Después de todo, él quería ser él mismo, *el* Jeeves y no *un* Jeeves, como era perfectamente comprensible.

—Bueno —dijo ella, continuando con tono alegre—. Tendréis dos habitaciones, un estudio y un dormitorio, y en el estudio hay un catre, así que tu Jeeves puede dormir ahí. ¡Pero me lo tendrás que prestar!

—Sí, bueno, me alegra que no suponga ningún problema —dije con cierta severidad, pues no tenía ninguna intención de compartir a Jeeves. Después de todo, era un hombre, no una prenda que se pudiera prestar. Mantuve la frialdad en mi voz y añadí—: Si no hay inconveniente, comerá con los trabajadores de la residencia en la cocina… y debo llegar en dos días, ¿correcto?

—Hace años que no leo a Wodehouse, tengo que volver a leerlo —dijo, riéndose y continuando con aquel tema tan molesto, pobre Jeeves, pero entonces recuperó la concentración y dijo—. Sí, ven en dos días.

Y antes de colgar me dio las instrucciones para llegar a la colonia, que memoricé, puesto que eran muy sencillas. ¡Saratoga Springs estaba a solo noventa minutos de Sharon Springs! El estado de Nueva York estaba claramente plagado de ciudades con fuentes y balnearios. Si me lo propusiera, probablemente podría ir nadando a la Colonia Rose a través de canales subterráneos de agua mineral.

Capítulo 7

Conduciendo hasta el hotel Adler * Ilustro a Jeeves sobre la naturaleza de la atormentada sexualidad judía * El hotel Adler está en una colina empinada y parece a punto de caerse * Utilizo mi encanto con la anciana posadera * Terribles pensamientos sobre mis padres

El siguiente paso, naturalmente, fue asegurar una habitación en el Adler. Regresé a la tienda y solicité la ayuda del cajero para encontrar el hotel, y él, generosamente, me orientó, señalando por la ventana:

—Está a unos tres kilómetros siguiendo esa calle, a la derecha. —Pero luego añadió—: No creo que esté abierto.

Preferí ignorar este comentario. No quería estropear mis noticias de la Colonia Rose, así que no le dije a Jeeves lo que el cajero me había dicho cuando subí al Caprice. No había motivos para alarmar a todos los pasajeros. Y el cajero probablemente estaba equivocado. O aturullado, para ser más exacto. Con la mente encogida a fuerza de aspirar con demasiada fuerza el humo de los cigarrillos, gesto que inevitablemente lleva a que las sienes presionen al cerebro.

Puedo mostrar una determinación inquebrantable, ¿saben? Había llegado hasta aquí tras siete horas conduciendo y pensar ahora en la posibilidad de no poder alojarme en el Adler resultaba debilitante. Carecía de los recursos internos necesarios para regresar a la carretera y encontrar un motel. Así que si creía que el Adler estaba abierto, estaría abierto. Soy un gran defensor del pensamiento positivo, aunque sea pensamiento positivo irracional.

Seguimos en coche por una calle empinada y con árboles a ambos lados. Iba a solo unos quince kilómetros por hora, pues no quería pasarme de largo el hotel. Condujimos frente a antiguas casas con porches de ensueño, pero seguimos sin ver a nadie, hasta que al fin oteé a un judío hasídico solitario —de edad

indeterminada, pues llegados a cierto punto, todos los judíos hasídicos parecen tener aproximadamente sesenta años— en pie en uno de los porches, mirando al cielo. Jugueteaba con los flecos que sobresalían del borde de su camisa y probablemente estuviera haciendo una *brucha*, una bendición.

—¡Mira, Jeeves, un judío hasídico!

—Sí, señor. Su atuendo ciertamente indica que lo es.

Se me ocurrió, cuando pasamos frente a él, que quizá el hombre estuviera teniendo un pensamiento impuro en lugar de lanzando una bendición. Los hasídicos, según mi experiencia, son seres con una sexualidad bastante torturada, aunque, ahora que lo pienso, probablemente no más que cualquier otra persona y ciertamente no más que el judío medio, que está torturado sexualmente casi universalmente.

—Jeeves, ¿por qué crees que los judíos tienen casi universalmente una sexualidad tan torturada?

—No había considerado nunca que los judíos padecieran esa aflicción, señor.

—Pues sí, Jeeves. Nosotros los judíos estamos totalmente fuera de control en lo que se refiere al sexo. Creo, como sucede con tantas otras cosas, que es una cuestión de darwinismo.

—¿De verdad, señor?

—Oh, sí. La sexualidad desbocada de los judíos debe ser un rasgo hereditario, un ajuste evolutivo a la reducción de la esperanza de vida causada por los pogromos y los genocidios, por no hablar de las cuotas de Harvard.

—Me permito señalarle, señor, que los gentiles padecen también mucho con su sexualidad.

—Cierto, Jeeves. Parece que todo el mundo tiene problemas con el sexo. Desde luego, los musulmanes los tienen, aunque el harén fue una invención excelente. Los asiáticos muestran una buena actitud hacia el tema, excepto por todo eso de vendar los pies, que parece una práctica muy dolorosa y que, en cualquier caso, ya ha pasado de moda. Creo que todo el mundo sería más feliz si pusiéramos huevos por nuestra cuenta y tuviéramos solo amigos y no necesitáramos montarnos y penetrarnos los unos a los otros.

Antes de que Jeeves pudiera responder a mi idea ovípara, pasamos frente a varios hasídicos, hombres y mujeres, sentados en

mecedoras en el porche de otra vieja casa de madera. Parecían maravillosamente fuera de lugar, allí en lo más espeso del norte del estado de Nueva York. En la América salvaje. Todo lo que no estaba a tiro de piedra de Nueva York —digamos en un radio de ciento veinte kilómetros— a mí me parecía *América*, un país exótico que había visitado en contadas ocasiones durante mi vida. Nueva Jersey, según mi sentido personal de la geografía, tampoco es América.

—Colonos hasídicos —dije, contemplando cómo se mecían—. Probablemente se estén preparando para una orgía. Sabes, Jeeves, a pesar de mi comprensión de la libido judía (¡Mi propia libido!) en el pasado confieso que he tenido prejuicios contra los hasídicos en lo referente a *sus* problemas sexuales. Es que debido a los sombreros altos y a las barbas es muy fácil distinguirlos en los *peep show* y en los clubes de estriptis. Les resulta muy difícil pecar anónimamente, como el resto de nosotros, así que he tendido a formarme una impresión injusta y desequilibrada de los judíos hasídicos.

—Sus trajes *son* muy característicos, señor.

—Pero ¿quién soy yo para juzgarlos, Jeeves? Si no hubiera estado en esos establecimientos no hubiera adquirido estas opiniones tan poco fundamentadas. No puedo extrapolar a todo un clan las conductas de algunos miembros descarriados.

—El hotel Adler, señor. Le recomiendo que gire.

—Sí, Jeeves. Menos mal que lo has visto.

Y allí estaba, el magnificente hotel Adler. Estaba justo a la derecha de la carretera, en la cima de un jardín con una inclinación de al menos sesenta grados. El Caprice ascendió el camino de entrada pegado al suelo.

El Adler era glorioso: pintado de blanco, de madera y rodeado de árboles, parecía un pastel en el que los paneles de madera rojos imitaban el glaseado. Tenía unas grandes puertas verdes y un enorme patio delantero. Era de ese tipo de hoteles de los que ya no se ven. Lo cierto es que no sé cuándo se veían hoteles de este tipo, pero ciertamente no se ven hoteles como este ahora.

Se le notaba, no obstante, que era antiguo. El tejado estaba un poco hundido, la pintura despegada, el jardín mal cuidado y el edificio entero parecía inclinado hacia delante, como si estuviera a punto de derrumbarse de puro agotamiento. Llevaba siendo bonito

demasiado tiempo. El lugar poseía la inconfundible aura de la grandeza pasada, pero la grandeza pasada, en mi opinión, siempre es mayor que la grandeza corriente, no sé si me explico.

Con absoluta confianza, tiré de una de las puertas verdes y luego de la otra, y ambas estaban cerradas. Mi capacidad de pensamiento positivo, llegados a este punto, estaba casi agotada. Aun así, no abandoné. Vi un timbre y lo utilicé y, fingiendo que estaba al borde de una crisis, miré mi reflejo en la ventana junto a la puerta de entrada. Me ajusté la corbata, me arreglé el ralo pero elegante cabello, me atusé mi naciente bigote naranja, y entonces me convertí en una anciana con un pañuelo en la cabeza. Fue un poco descorazonador el transformarme de esa manera, el convertirme tan rápidamente, como Tiresias, en un representante envejecido del sexo opuesto. Me pregunté si aquello podía ser producto del *delirium tremens*, pues no había tomado una copa en todo el día.

Entonces se abrieron las puertas y mi anciana del pañuelo se dirigió a mí:

—¿Qué es lo que quiere?

Tenía acento *yiddish* y figura rusa, y comprendí que se había producido un malentendido óptico. Esta dama, al oírme llamar al timbre, se había aproximado a la ventana por el interior, de camino a la puerta, para ver quién venía justo en el momento en que yo me miraba en el cristal. Siempre resulta satisfactorio cuando este tipo de fenómenos encuentran una explicación basada en la ciencia y la razón.

—Quisiera una habitación —dije—. ¿Están ustedes abiertos?

—No. Hubo un incendio. Abriremos dentro de una semana. Venga entonces.

Su rostro era orondo y carnoso, con la piel del color marrón amarillento que confiere la edad. Medía más o menos un metro y medio y llevaba una bata azul descolorida. Sus zapatillas eran muy viejas, de colores vivos, y puede que no se las hubiera quitado en años. Tenía cualquier edad entre sesenta y cinco y noventa y cinco. Y sus ojos aparentaban todavía más. Esos ojos habían visto a Moisés bajar de la montaña y tropezar con las tablas, que es cuando se inventó la palabra *patoso*. Sus pechos eran sustanciales. Sentí un amago de deseo por la joven que debió ser en el siglo XIX.

—No puedo volver en una semana —supliqué—. Necesito una

habitación ahora. Llevo horas viajando. Si me devuelve a la carretera podría morir. De verdad que me gustaría que me diera una habitación. Tengo dinero.

Saqué mi cartera del bolsillo de mi americana para subrayar este último y destacado punto.

—Hubo un incendio —dijo.

—¿Pero hubo alguna habitación que se salvase del fuego y pueda utilizarse? ¿Por favor?

—Sí. Tenemos habitaciones. Pero estamos cerrados. Vuelva en una semana.

—*Nu* —dije, esperando camelármela con mi *yiddish*—, ¿no puede hacer una excepción?

Le sonreí y sostuve mi billetera en alto como si fuera muy pesada, pensando que aquello era una combinación ganadora: una sonrisa de un agradable chico judío que sabía una o dos palabras de *yiddish* unida a una billetera bien gruesa.

El *nu* hizo que se derritiera. Me dejó entrar en el Adler y pasar a la recepción.

—Mi hijo está haciendo la compra. Yo me encargo de usted.

Deduje de esa comunicación que su hijo era el propietario o el director. Detrás del mostrador de recepción había una puerta que llevaba a un apartamento, su guarida; quizá la compartía con su hijo. Me cobraba cuarenta dólares por noche, que era más que razonable. Le pagué dos noches y empezó a remover una caja de llaves, haciendo no poco ruido al chocar los metales. Las llaves eran grandes y antiguas.

—¿Quiere que rellene la información de registro?

No me contestó. Supuse que aquello quería decir que no. Intenté hacerle otra pregunta.

—¿Tiene la habitación dos camas? —le pregunté—. Mi ayuda de cámara viene conmigo.

No quería forzar la situación y pedirle dos habitaciones. Jeeves y yo tendríamos que apañarnos y compartir nuestro periodo de inconsciencia en la más cercana proximidad. Pero podríamos soportarlo. Sentía que nuestra relación era inusualmente cálida y, además, nunca va mal ahorrar un poco de dinero.

—Dos camas —dijo. Seguía haciendo música incoherente con las llaves. Esperé pacientemente y miré a mi alrededor. El vestíbulo

tenía unas pocas sillas y sofás raídos. Los techos eran muy altos y había una gran escalera central que llevaba a los pisos superiores. La grandeza perdida, excepto por lo que respecta a los techos altos, era menos aparente en el interior, que resultaba meramente cutre.

El lugar olía a humo por el fuego de la chimenea, pero detecté también el distintivo aroma que uno asocia con las casas de los judíos viejos. ¿Cuál es la fuente de ese olor? A mí, personalmente, me gusta. Para mí es el olor de la familia y el amor, como las casas de mis abuelos y de mis otros parientes ancianos, ahora todos fallecidos, sin embargo. Pero ¿de qué ingredientes está hecho ese olor? ¿Bolas de naftalina? ¿Bolas de *matzah*? ¿Caldo de pollo? ¿Hígado picado? ¿Ansiedad judía? ¿Velas *yahrzeit*? ¿Es el olor del pasado? ¿Acaso el presente tiene un olor nuevo?

La rusa encontró la llave que buscaba:

—Dos cero cuatro —dijo.

Era mujer de pocas palabras. No malgastaba energía, supongo. Me entregó la llave.

—¿Dónde fue el incendio? —pregunté, puesto que no veía ninguna señal de él en el vestíbulo, excepto el olor a quemado.

—En el tercer piso —dijo.

—¿Y qué lo provocó? ¿Alguien que se portó mal y fumó en la cama?

—*¿Vas?*

Creo que estaba un poco sorda y, aunque hablaba en un inglés inteligible, sentí que no dominaba bien la lengua.

—¿El incendio fue porque alguien fumó en la cama en el tercer piso?

—Velas del *Sabbat*.

—¡Fumaron velas del *Sabbat* en la cama!

La mujer no se rio. Yo proseguí nuestra conversación.

—Gracias por haber hecho una excepción con mi habitación.

—¿Por la mañana quieres baño?

—¿Un baño?

—Un baño *shvitz*.

—Oh, sí. ¿Aquí, en el hotel?

—Sí, en el sótano.

—¿Me preparará un baño a pesar de que están cerrados?

—¿No quiere un baño?

—Sí… Sí que quiero. ¿A qué hora de la mañana?

—Por la mañana.

Me gustaba esa expresión, evocaba otras épocas. Por la mañana. Sin horarios precisos. Sin angustia por llegar puntual a una cita.

—Está bien —dije—. Tomaré un baño por la mañana. Muchas gracias por todo.

—Dos cero cuatro —repitió, y señaló hacia la ancha escalera. Entonces, habiendo terminado conmigo, regresó a su apartamento.

—*Zei gazint* —dije a su forma en retirada, esperando seducirla con un poco más de *yiddish*, pero ya no me escuchó.

Jeeves y yo subimos por la escalera. Él llevaba nuestras dos bolsas. Había una mezuzá en la puerta de nuestra habitación. De hecho, había una en todas las puertas de todas las habitaciones. Me pareció reconfortante: era agradable estar en un sitio tan judío. Cuando uno forma parte de una minoría siempre es agradable, además de sorprendente, hallarse en un entorno en el que las prácticas de uno son la regla y no la excepción.

Abrí la puerta, pero antes de cruzar el umbral, me besé los dedos espontánea y ruidosamente y, húmedos de saliva, los puse sobre la mezuzá, que es lo que solía hacer mi padre. Imitar a los muertos es una buena forma de recordarlos. Es como cuando realizo mis ejercicios de yoga. Pienso en mi madre y en sus intentos de practicarlo al principio de su enfermedad. Intentaba salvar la vida y alguien le recomendó el yoga. Mi padre murió cuando yo tenía diecisiete años de un ataque al corazón y mi madre, quizá envenenada por la pena, murió tres años después de cáncer.

Así que hacer estas cosas —besar mezuzás, mis saludos matutinos al sol— es mi forma de honrar a mis padres y de volver a sentir su presencia durante esos breves instantes, aunque sea solo una sombra vista de reojo.

Si intento proyectar una imagen más completa de ellos me resulta muy doloroso. Me acomete entonces el convencimiento de que nunca más podré pasar un día junto a ellos y el dolor que me provoca ese pensamiento se vuelve físico. Es como si arrastraran un cuchillo por el interior del vientre, aunque no siento el corte del filo, sino solo la sensación de que me están partiendo por la mitad. Me derrumbo hacia delante, en una confusa mezcla de dolor físico y emocional. Me atrapa un remolino inmenso de pena y se desata mi

odio contra mí mismo, porque en realidad no logro recordar sus rostros. Era demasiado horriblemente egoísta. Es ese terrible problema humano de pasar una vida entera con alguien sin mirarlo jamás. Así que, si quiero verlos, tengo que recurrir al sobre de fotografías suyas que conservo, pero cuando las tengo entre mis manos las fotografías parecen demasiado inconsistentes, demasiado patéticas y, de todas formas, no quiero verlos en el pasado. Quiero verlos *ahora*. Quiero que estén vivos. Esta vez me gustaría tener la ocasión de conocerlos. Pero si no puedo, más que ir a cualquier lugar bello del mundo, me gustaría ver a mi padre y a mi madre una vez más, aunque fuera solo durante un día o una hora, y después quizá podría morir o, si fuera necesario, seguir viviendo.

Jeeves dejó nuestras bolsas en el suelo. Me senté en la cama más cercana a la puerta. Le dije a Jeeves que necesitaba echar una siesta.

—Muy bien, señor.

—Estoy muy cansado, Jeeves. Han sido muchas horas conduciendo. Y además, las buenas noticias sobre la Colonia Rose. Las buenas noticias también pueden ser agotadoras, ¿sabes?

—Ha sido un día extenuante, señor.

—Un día muy extenuante, Jeeves. ¿Crees que quizá debería dormir directamente hasta mañana por la mañana?

—No lo recomiendo, señor. No son todavía las seis de la tarde. Si se fuera a dormir ahora, me temo que se despertaría usted a las dos de la madrugada y sería muy infeliz. Yo le sugeriría, señor, una siesta de una hora seguida de una comida sencilla en el restaurante que vimos en la ciudad. El que había frente a la gasolinera. Su cartel indicaba que se llamaba La percha de la gallina. Puedo despertarle en una hora.

—¿Crees que es lo mejor que puedo hacer, Jeeves?

—Sí, señor.

Sonreí para indicarle que estaba de acuerdo. Era muy relajante que Jeeves se encargara de pensar. No es fácil cuidar de uno mismo, determinar la longitud de las siestas y todo eso, pero si ese trabajo se divide entre dos, el esfuerzo se vuelve asumible. Así que Jeeves me cuidaba, pero eso no quería decir que yo no pudiera cuidar a Jeeves, asegurarme de que no sufría en silencio.

—¿Te parecen bien estos aposentos, Jeeves? —le pregunté—. Es

una habitación pequeña y anodina, lo sé, pero las camas parecen cómodas. Espero que este entorno te resulte adecuado.

—El alojamiento está bien, señor. Debería usted tumbarse. Le despertaré dentro de una hora.

—¿Por qué no ponemos la alarma y así puedes tomarte la noche libre, Jeeves? No cerraremos la puerta de la habitación con llave y así podrás entrar y salir cuando quieras. Ve a ver qué es lo que Sharon Springs puede ofrecer. Coge el coche, si quieres. Hoy has trabajado mucho con el mapa. Lo has plegado y desplegado muchas veces y con mucho aplomo.

—Gracias, señor —dijo.

Aceptó mi oferta de una noche libre. Entonces abrió una ventana —el aire de la habitación estaba un poco cargado— y puso la alarma en mi reloj de viaje antes de salir a explorar Sharon Springs.

—No te metas en líos, Jeeves —dije.

—No, señor —cerró la puerta.

Me desvestí y me quedé estirado sobre la cama. Mi pereza me impidió realizar el esfuerzo de abrir la fina manta. Pensé momentáneamente en las dos botellas de vino que no me había bebido la noche anterior y que estaban escondidas en mi bolsa, pero las aparté de mi mente. «¡No bebas!», me dije. Quería demostrar a la tía Florence y al tío Irwin, aunque no estuvieran ahí para verlo, que podía mantenerme sobrio si me lo proponía.

Entonces mis pensamientos presiesta pasaron del vino al amor, una progresión lógica puesto que el cuadrante del cerebro que ansía alcohol debe estar profundamente alineado con el cuadrante que ansía amor, así que pensé en la chica rubia con la que había soñado. Tenía la esperanza de volver a verla. Fue como cuando veía a alguien en un café de Nueva York y cruzábamos la mirada, pero a mí me faltaba valor para decir nada y luego la chica se iba, y yo regresaba al mismo café a exactamente la misma hora durante muchos días hasta que la volvía a ver, pero era siempre un ejercicio vano. Nunca me atrevía a dar el paso. Me daba miedo la locura y la humillación de hacerlo —o bien la chica no volvía a aparecer o, si lo hacía, seguro que me rechazaría por no haber interpretado bien la mirada aquella primera vez—. Pero ahora mi propio subconsciente era como un café, un café al que podía regresar fácilmente y que, de hecho, no podía evitar, así que quizá la chica

volvería a aparecérseme en sueños, y en esta ocasión, si me decía «Te amo», yo le respondería lo mismo y veríamos qué sucedía.

Bien, estos pensamientos, como una vela, empezaron a apagarse y poco a poco me quedé dormido, aparcando temporalmente —aunque me temo que solo temporalmente— los trabajos del día.

Capítulo 8

Una casa de baños destartalada * Presión del grupo * La historia, más bien triste, de Sharon Springs * Se me ocurre cómo salvar Sharon Springs, además de una idea para un guion * Almuerzo y leo un poco de Dashiell Hammett * Me uno a la lucha y mantengo mi posición sobre la naturaleza de la lucha libre profesional, mientras momentáneamente considero la Cuestión Homosexual y la Cuestión Judía * Una llamada telefónica apresurada * Dos voces interiores e intuitivas, una poderosa y la otra pusilánime, luchan por controlarme

Descansado, duchado y fresco, me impuse la tarea de caminar por la larga cuesta, de aproximadamente unos tres kilómetros, hasta La percha de la gallina. Jeeves no se había llevado el Caprice —quién sabe qué estaría haciendo—, pero yo estaba harto de conducir. Además, el ejercicio, caminar un poco, me iría divinamente. No había soñado con la chica durante la cabezadita, pero aun así estaba de buen humor. ¡Tras meses en Montclair, estaba viviendo una aventura!

A unos dos kilómetros del hotel, al otro lado de la carretera, vi las ruinas de una vieja casa de baños de madera que se me había pasado por alto de camino al Adler. La estructura exterior del largo y estrecho edificio estaba intacta, pero del techo solo quedaban las vigas. Como las ruinas me atraen, entré a curiosear. ¿A quién no le gustan las ruinas? Son como leer el diario privado de una persona aunque, eso sí, una persona muerta.

¿Pero qué le había pasado a Sharon Springs? Estaba sacando un diez en la asignatura de grandeza pasada, pero debería mencionar que la belleza de la grandeza pasada es una belleza triste, fúnebre. Es la belleza de los cementerios y la causa de toda esa tristeza en Sharon Springs era un misterio para mí.

Dentro, la casa de baños estaba destrozada. El suelo había desaparecido, así que caminaba sobre tierra salpicada de cañerías. El lugar olía a azufre. Todavía se veían filas y filas de bañeras oxidadas, como si fueran hileras de ataúdes. Era inquietante imaginar que en tiempos la gente se había bañado en aquellas bañeras para curarse. Seguía visible la división en habitaciones: quedaban las paredes y los huecos de las puertas y en una de las paredes incluso se veían los ganchos para las toallas, mientras que en otra se había construido un casillero en cuyas casillas había una placa de metal con un nombre. Esta casa de baños debía haber sido un destino importante, un lugar al que ibas tan a menudo, a lo largo de los años, que te hacían una placa de metal con tu nombre. En el marco de una de las puertas vi la ubicua mezuzá.

Salí por lo que debió ser una puerta trasera e inmediatamente me topé con una colina empinada y cubierta de un denso bosque que casi rozaba el edificio. Al pie de la línea de árboles había unas grandes rocas y entre ellas discurría un reguero de agua, lo que convertía la estrecha franja de tierra en la parte de atrás en un fangoso arroyuelo.

Crucé el arroyo, tomé en mis manos un poco del agua que manaba de las rocas y la bebí. Era salada y sulfurosa, como los huevos podridos, y me encantó. Me hizo sentir bien. Bebí tanta como pude. Aquel era el manantial que había alimentado los baños. Fue un momento de pura felicidad en la naturaleza, quebrado por la duda de si la orina de los ciervos podía filtrarse por la tierra y contaminar el manantial con microbios. ¿No había leído algo alarmante sobre la orina de ciervo en la sección de ciencia de *The New York Times*?

Bien, fue un momento bonito mientras duró; uno no puede pedir más. Aunque me parecía improbable que los microbios sobrevivieran al viaje por la roca, mi momento de comunión *thoreauana* con la naturaleza había terminado.

Regresé a la carretera. En algunos porches de las antiguas casas blancas había ahora más judíos hasídicos, hombres y mujeres, sentados en sillas de respaldo recto o en mecedoras, y en los caminos de entrada a las casas algunos niños iban en bicicleta. Era un crepúsculo veraniego, siempre el momento más bello del día, tan bonito que ni el hombre puede estropearlo y el mundo, que lo

percibe, parece por un momento un lugar despreocupado y feliz.

Los niños parecían contentos en sus bicicletas; sonreían con dulzura y a mí me gustaba cómo los extraños rizos de pelo les colgaban por delante de las orejas. Ver a aquellos niños felices me alegraba, especialmente por el contraste con la palidez un tanto insalubre y formal de su vestimenta.

En la cima de la colina, frente a la gasolinera, entré en La percha de la gallina. Primero había un bar y luego, a la derecha, se pasaba al comedor. En la barra del bar había un viejo con una gorra de béisbol sorbiendo de un vaso lleno de una cerveza color oro; era el único cliente. Casi me esperaba encontrarme a Jeeves en uno de los taburetes, pero debía estar divirtiéndose en algún otro lugar. Quizá estaba en los bellos bosques que rodeaban Sharon Springs realizando algún rito espartano; pues ese es el tipo de cosas que Jeeves podría hacer, según yo creía. El camarero del bar, retaco con una barriga distendida que parecía difícil de transportar, se dirigió a mí:

—¿Será para comer o para beber, amigo mío?

Ese «amigo mío» resultaba muy acogedor. «Para comer», dije, aunque la cerveza que se estaba tomando el viejo en la barra parecía extremadamente tentadora. Pero tenía el fuerte presentimiento de que lo mejor era que me mantuviera lejos del alcohol. Si bebía y luego algo iba mal, no podía esperar que la tía Florence y el tío Irwin pagaran la fianza.

—Aguarde un momento —dijo el camarero, y entró en la cocina.

Salió con una mujer rechoncha que vestía pantalones negros y delantal blanco. Tenía el cabello pelirrojo congelado en una crespada permanente.

—Mi esposa se encargará de atenderle y, si no lo hace, hágamelo saber —dijo, sonriendo y transmitiéndome en broma, de hombre a hombre, que tenía a su mujer a raya.

Ella sonrió para mostrar que estaba de acuerdo con lo que él decía y me acompañó a un viejo reservado del comedor cuya mesa mostraba una profusión de iniciales grabadas en la madera. Todos los reservados eran de roble y mostraban señales similares de vandalismo, así como también las mostraban las mesas en el centro del comedor. Se me ocurrió que los gérmenes y las bacterias podían acumularse con facilidad en esas cicatrices de la madera y que

debía resultar muy complicado mantener limpia una mesa así. Percibí que mi mente se inclinaba a una neurosis sobre los gérmenes después de haber bebido orina de ciervo en el bosque.

La esposa del camarero me dijo:

—¿Quieres algo de beber, cariño?

Era fácil observar que La percha de la gallina era un establecimiento con un ambiente familiar, a pesar de los riesgos sanitarios de las mesas. Supuse que ella y su marido por lo general servían solo a amigos y, por tanto, se sentían cómodos dispensando términos de aprecio como *amigo* o *cariño*. Era muy agradable sentirse bienvenido. Muy humano. No parecía que muchos otros viajeros —desconocidos como yo— cruzaran el umbral de aquella encantadora y rústica hostería.

—Seré prudente y tomaré solo un poco de gaseosa —dije, manteniéndome firme.

Me sonrió bajo su corona rizada de cabello rojo, pero en el preciso instante en que concluí mi valiente pedido, miré hacia *el* bar —estaba en el reservado que quedaba más cerca de la barra— y vi al viejo de la gorra de béisbol dar un último y satisfactorio trago de cerveza. Dejó la jarra, que se me antojó extremadamente romántica, sobre la mesa. Hizo un gesto para que se la rellenasen. Yo quiero hacer eso, pensé, y sucumbiendo a la presión del grupo, dije rápidamente:

—Pensándolo mejor, me tomaré una cerveza.

—Tenemos Miller de barril. ¿Te vale?

—Sí —susurré, mortificado por mi debilidad alcohólica, y ella se alejó de mi mesa.

Me avergonzaba no haber conseguido mantener la abstinencia ni siquiera cuarenta y ocho horas. Miré a mi compadre de empinar el codo en la barra. Por la parte de atrás de la gorra de béisbol asomaba una cinta de pelo blanco como la leche y lo que se veía de su cuello, por encima del cuello de la camisa, era una franja de carne roja. Estábamos demasiado al norte para un paleto de cuello rojo, pensé, y le culpé por mi vuelta a la bebida. Él levantó su jarra, ya rellenada, y le dio un sorbo. Yo aparté la mirada. *¿Por qué me haces esto?* Le dije en mis pensamientos.

Llegó la camarera trayendo, como si fuera un cáliz, mi vaso de cerveza.

—Aquí la tienes, cariño. Que aproveche.

—Gracias —dije, como el alfeñique que era. Ella me sonrió y se alejó.

La cerveza estaba ahora ante mí. Puedo limitarme a no cogerla, pensé. No me la beberé y cuando vuelva la camarera le pediré que se la lleve y le diré que he cambiado de idea.

Apenas había terminado esa cadena de pensamientos cuando mi mano se disparó hacia delante, la jarra se elevó y la cerveza inundó mi boca. Había sido una resistencia endeble, apenas un arbusto intentando plantar cara a un huracán. Con la cerveza en la boca sentí una sensación de transgresión, de hacer algo que era voluntariamente antinatural, y la sensación de transgresión me encantó, esa fría excitación que provoca el hacer algo que sabes que está mal. Luego di un largo segundo trago que casi acabó la cerveza, y la sensación de transgresión me abandonó. Perdí toda consciencia de que quizá aquello me perjudicara y dejó de importarme si me gustaba mucho o poco. Verán, la iluminación Tennessee Williams llegó casi de inmediato. Es la iluminación que dice: Todo va a ir bien. Supongo que es mentira, pero es una mentira muy creíble.

Levanté mi jarra una tercera vez, terminé la cerveza y privadamente brindé por el hombre de la barra. Ya no estaba enfadado con él. Estaba —quizá como consecuencia de la debilidad de mi hígado—, en un estado de intoxicación leve a pesar de haber consumido una sola cerveza, y ahora aquel anciano granjero era mi compañero del alma.

Le indiqué por señas a la camarera que deseaba otra ronda. La trajo rápidamente, cosa que me gustó. Ahora que había empezado, me sentía impaciente.

—Cariño, te has acabado la primera en un instante —dijo, pero sin juzgarme. Le sonreí. Todo estaba bien. Seguí bebiendo. ¡Y me merecía beber! ¡Iba a ir a la Colonia Rose! ¿Es que no era motivo suficiente para celebrarlo?

Empecé entonces a estudiar la carta, y aunque estaba convencido de que podía depositar la mayor confianza en las buenas intenciones de La percha de la gallina —después de todo, me habían llamado *amigo* y *cariño* tres veces y la cerveza estaba deliciosa—, decidí evitar cualquier cosa que pudiera resultar

peligrosa, como los extraños platos cajún que ofrecían y todos los entrantes de pescado, especialmente dado que estábamos a una distancia notable del Atlántico y mucho mayor del Pacífico.

Imaginé que el pollo debía ser la especialidad de la casa —por lo de La percha de la gallina y todo eso— y cuando la camarera se acercó a tomarme nota, le pregunté:

—¿El pollo es de corral?

—Lo asamos en la parrilla del corral.

—Pero, quiero decir, ¿es orgánico?

—¡Oh, no! El pollo orgánico es demasiado caro. Pero nuestros pollos son buenos, a todo el mundo le gustan.

En Estados Unidos es muy difícil evitar el suicidio por cáncer; todos deberíamos limitarnos a comer lechuga de color verde oscuro y vivir en búnkeres con filtros de aire. Así que me resigné y pedí pechuga de pollo a la parrilla, puré de patatas y ensalada de la casa. Y también una jarra grande de cerveza para que ayudase a bajar todo ese cáncer. Por desgracia, soy uno de esos idiotas que no sabe nada sobre salud y, aunque me paso el día en un estado de alarma permanente, sigo haciendo todo lo que sé que no debería hacer.

Llegó mi jarra grande de cerveza. Me sentí sociable y le di conversación a la camarera.

—No quiero parecer maleducado —dije—, pero ¿qué ha pasado aquí, en Sharon Springs? Es un sitio precioso, pero la ciudad parece vacía y he pasado delante de esa casa de baños que está en ruinas.

Bueno, por lo visto mi pregunta fue como echar gasolina al fuego. ¿O es leña al fuego? No se me dan bien las expresiones y dichos populares. Lo que intento comunicar es que a mi camarera le encantó responder a mi pregunta, una respuesta que casi podríamos calificar de historia oral de la ciudad, de leyenda completa de la villa. Seguía sin haber nadie más en el comedor, así que realmente se explayó y yo me limité a beber cerveza mientras la escuchaba.

Lo que conseguí entender es que a mediados del siglo XIX Sharon Springs era, quizá después de Vichy, el segundo balneario del mundo que atraía a más realeza europea y americana (millonarios) necesitada de una cura. Duques, princesas y condes del Continente, y Vanderbilt, Rockefeller y Astor de Nueva York acudían a bañarse y a beber las aguas de Sharon. Pero a finales de siglo el ferrocarril empezó a expandirse y se construyó una línea que unía Nueva York

con Albany y de repente todo el mundo empezó a ir a Saratoga Springs, que estaba justo al norte de Albany.

(¡Saratoga! No le dije a mi camarera que también yo iría a Saratoga; parecía que la herida todavía estaba abierta para ella, aunque el abandono original hubiera sucedido un siglo atrás).

Así, a principios del siglo XX, Sharon Springs estaba casi olvidada, su popularidad usurpada por su rival, Saratoga Springs, y entonces, cuando llegó la Gran Depresión, casi fue destruida por completo. Pero tras la Segunda Guerra Mundial, la ciudad y su gente cobraron vida de nuevo y florecieron durante los siguientes cuarenta años.

—Alemania pagó a los judíos para que vinieran aquí después del Holocausto a recuperar la salud —explicó—. Les dio miles de dólares como muestra de que lo sentían mucho. Creo, además, que estaban obligados a indemnizarlos como parte de no sé qué acuerdo que habían firmado. Sea como sea, estos judíos, miles y miles de judíos, los *supervivientes* —esta expresión parecía ser especialmente importante para ella; debió oírla una y otra vez durante su infancia— y sus hijos venían de Nueva York. De Manhattan, la gran mayoría. Pero también muchos de Brooklyn y del Bronx. Y se traían sus propios cocineros, porque todo tenía que ser *kosher*, ¿sabes? Pero para los demás también hubo trabajos, muchísimos trabajos. Nos ganábamos bien la vida. La época en que los judíos estuvieron aquí fue maravillosa. Todos los adorábamos. Aquí se pusieron mejor. Y hacían que todo el mundo también se sintiera mejor, fue una forma de dejar la guerra atrás. Pero no podían vivir eternamente y al final sus nietos y bisnietos ya no quisieron venir aquí. Se habían vuelto demasiado americanos. Querían ir a la costa de Jersey o a Disney World o a sitios así. De modo que todo terminó. No sé si Sharon Springs sobrevivirá esta vez. Echamos mucho de menos a los judíos.

—He visto que hay varias familias hasídicas en la ciudad —dije, intentando consolarla, aunque no le mencioné que estaba sirviendo a un judío en ese mismo instante. No creía que *eso* la consolara y probablemente haría que ambos nos sintiéramos incómodos. Oyendo su discurso me había hecho a la idea —por la manera en que había dicho *kosher* sin el menor grado de burla, a pesar de su amor por *los judíos*— que asumía que yo era gentil, como ella, lo

que resultaba comprensible. Llevaba mi americana de lino azul, pantalones de lino marrón, mi pelo era ralo y rubio rojizo y lucía mi bigote estilo Douglas Fairbanks Jr.-Errol Flynn.

—Sí, hay algunos hasídicos —dijo—, pero son todos los que quedan. Un par de cientos. En los buenos tiempos aquí había diez mil judíos en verano y muchos se quedaban a vivir todo el año. Les encantaba el agua. No para nadar, claro.

Su marido la llamó desde la barra y yo seguí acunando mi cerveza. La historia de la ciudad me fascinaba. Pensar que este había sido un lugar al que acudía la realeza y que luego se convirtió en destino de los supervivientes del Holocausto —primero princesas y condes seguidos de judíos devastados por el trauma— me hacía reflexionar. A la luz de esta información, las bañeras oxidadas de la casa de baños en ruinas cobraron un aspecto todavía más fúnebre.

¿Y quién vendría a continuación? ¿Quién seguiría a la realeza y a los judíos? Me pregunté si la comunidad homosexual habría descubierto Sharon Springs. Había unos pocos homosexuales en la zona, como resultaba obvio por las notas de la guía telefónica, pero no eran el tipo de homosexuales que yo tenía en mente. Yo pensaba en homosexuales urbanos ricos en busca de segundas residencias y en cómo esos tipos tienen un gran olfato para la belleza y saben descubrir lugares antes que todos los demás. West Village, Provincetown, Fire Island, San Francisco, New Hope y toda la Grecia clásica lo atestiguaban.

Se me ocurrió entonces que lo que todos esos lugares tenían en común era el acceso al agua, incluso New Hope, en Pennsylvania, que estaba en el estado de Delaware y no demasiado lejos de Princeton, y pensé que los homosexuales, como todas las formas avanzadas de civilización, se sienten atraídos por el agua. Y entonces se me encendió la bombilla: *¡Sharon Springs tiene agua! ¡Y no solo agua, sino un montón de casas de baños listas para ser restauradas! ¡Casas de baños!*

¡Era todo un hallazgo! Reprimí el impulso de llamar a la camarera y decirle que todo iba a ir bien, que iban a venir los homosexuales, porque se me pasó por la cabeza que quizá me malinterpretara.

Me sentí frustrado. Era como si acabara de realizar una buena acción pero no se la pudiera contar a nadie. Tenía no una

corazonada, sino el convencimiento de que todo iba a ir bien en Sharon Springs, pero no podía compartir con ella las buenas nuevas, a pesar de que la decadencia de su ciudad claramente la entristecía. Mi único consuelo era saber que algún día Sharon Springs resucitaría y viviría su tercer acto.

Acto primero: realeza.

Acto segundo: judíos.

Acto tercero: gais.

Aun así necesitaba decirle a alguien que había descubierto lo que iba a salvar a Sharon Springs. Estaba orgulloso de mi deducción y por ello decidí —influido por la cerveza que estaba bebiendo, que, dado que iba por la mitad de la gran jarra, se me había subido bastante a la cabeza— mantener una conversación imaginaria con Jeeves, puesto que sabía que Jeeves sería un magnífico oyente si estuviera allí conmigo.

—Jeeves —le dije al Jeeves imaginario—, ¿sabes qué va a salvar a Sharon Springs?

—No, señor.

—¡Los gais!

—¿De verdad, señor?

—Oh, sí, Jeeves. Los pioneros gais. Revitalizarán la economía local. Lo presiento.

—Muy bien, señor.

Funcionaba a la perfección. Era casi como hablar con el Jeeves de verdad. Bebí un poco más de cerveza y proseguí con la conversación.

—Deberíamos abrir un hostal, Jeeves —dije—. Los homosexuales van a necesitar alojarse en algún lugar mientras buscan una antigua granja que comprar.

—Podría ser un negocio muy rentable, señor.

—Así lo creo yo, exactamente. Sabes, Jeeves, todo esto me recuerda a una película que vi de niño, *¡Que vienen los rusos!* Pero en este caso, los que vienen son los homosexuales.

—No estoy familiarizado con esa película, señor.

—Recuerdo haberla visto en televisión con mi padre, probablemente en los años setenta. Es una comedia de la Guerra Fría sobre un submarino ruso que se avería frente a Nantucket. Naturalmente, un marinero ruso se enamora de una joven de la isla,

lo que lleva toda la historia hacia una situación de Romeo y Julieta. Al menos así es como yo recuerdo la trama.

—Muy bien, señor.

—Salía Alan Arkin. A mi padre siempre le gustó Alan Arkin. Le gustaban la mayoría de los actores judíos.

—Sí, señor.

—La escena que recuerdo más vivamente es la de un niño (y yo era un niño cuando veía la película, así que debí identificarme con él) corriendo por la calle y gritando: «¡Que vienen los rusos! ¡Que vienen los rusos!»… Ya sabes, Jeeves, imagina lo gracioso que sería como título de una película porno *¡Que vienen los homosexuales!* O para una farsa. O, mejor todavía, para una farsa pornográfica. La comedia y el desnudo rara vez han ido de la mano, al menos no de forma interesante. Sabes, Jeeves, en lugar de abrir un hostal, quizá deberíamos rodar esa película. *¡Que vienen los homosexuales!* podría ser tan divertida como *Calígula*… Cuando termine la novela escribiré el guion. Como homenaje a *¡Que vienen los rusos!* la ambientaremos en Nantucket. Podría ir más o menos así: un grupo de teatro musical que sale en barco desde Provincetown embarranca en Nantucket y un niño saldría por las calles gritando «¡Que vienen los homosexuales!».

—Potencialmente muy divertido, señor.

—Y a la isla no le gustaría, igual que no le gustó cuando vinieron los rusos. Y además tendríamos también un romance a lo Romeo y Julieta… El hijo del alcalde de Nantucket podría enamorarse de uno de la *troupe*, quizá en una duna de la playa. Y otro miembro del grupo podría enamorarse de una chica y convertirse en heterosexual. Naturalmente, me gustaría incluir algunos desnudos femeninos. Creo que, como director y guionista, estoy en mi pleno derecho de hacerlo. Además, me gustaría que Alan Arkin tuviera un carneo, como un guiño amoroso a mi padre y a la anterior película.

—Creo que eso estaría muy bien, señor.

Justo entonces llegó mi comida y otra jarra de cerveza fresca, y pensé que era el momento de interrumpir mi conversación imaginaria. Si te has pasado un buen rato hablando solo, no hay ninguna duda de que estás muy borracho, así que decidí que lo mejor era reducir mi ritmo de intoxicación etílica dedicándome

temporalmente a la pechuga de pollo.

Para acompañar la comida saqué del bolsillo de mi americana el libro que había decidido leer durante la cena, una recopilación de relatos de Dashiell Hammett en los que aparecía su siempre anónimo detective privado, el detective de la agencia Continental. Me encanta Hammett. Es el mejor en las descripciones faciales y en las escenas de pelea, y también es extraordinariamente bueno en describir los adornos que la gente se pone en el cuello. Nadie ha escrito más poéticamente sobre corbatas que Hammett.

Después de una tercera jarra grande de cerveza, que me tomé en lugar del postre, no conseguí centrar mi atención en Hammett y su héroe, y me convertí en un candidato ideal para una operación quirúrgica destinada a extirpar impedimentos del habla. Pagué la cuenta y dejé una propina del treinta por ciento, compensando así, aunque fuera solo a mi modesta manera, el abandono de Sharon Springs por parte de mis correligionarios judíos.

A pesar de que estaba bastante borracho, quería seguir bebiendo en la barra, en la que ahora se congregaban varios clientes. Había cierto número de otros ancianos granjeros, colegas del tipo del cuello encendido, así como algunos hombres de mediana edad y una especie muy determinada, tipos calvos y gordos que llevaban gafas que habían comprado del catálogo de *Pistolas y rifles*. Eran hombres fiables, decentes, capaces de toda suerte de empresas masculinas: hacer chapuzas, cazar ciervos, levantarse temprano para ir a trabajar y beber café malo. Además de la esposa del camarero solo había otra mujer en la barra, una rubia de cincuenta años de edad y aspecto cansado que iba del brazo de uno de los caballeros de mediana edad.

Me uní al grupo del bar, donde fui recibido con gran camaradería. Cuando estoy borracho parece que le caigo bien a gente y yo creo que es porque, cuando estoy borracho, ellos me caen bien a mí. También me caen bien cuando estoy sobrio, pero soy demasiado tímido como para decírselo. Así que hubo no pocas bromas entre estos ciudadanos de Sharon Springs y yo.

—¿Por qué llevas corbata? —preguntó un tipo.

—La utilizo para limpiarme la boca —dije, y me llevé la corbata a la boca y me la limpié a fondo y a todo el mundo le hizo muchísima gracia. Era un grupo de hombres muy amistoso.

Hablamos sobre béisbol la mayor parte del tiempo, un tema en el que soy un experto, debido a que, como dije, memorizo diariamente las páginas de deportes y a que, además, había un partido en la televisión que podíamos comentar.

Bien, les invité a rondas, me invitaron a rondas y me alegró estar fuera de casa tras varios meses de reclusión y embriaguez solitaria en mi cuarto en Montclair.

Cuando se acercaba el final de las festividades solo quedábamos unos pocos en el bar y todo el mundo fue adoptando una actitud silenciosa y contemplativa. Dirigí mi atención a la televisión en la que se emitía un combate de lucha libre. Hacía años que no veía lucha libre, desde que era niño, pero sabía que su popularidad como entretenimiento crecía sin cesar. Intenté estudiar lo que estaba sucediendo para descifrar en qué consistía su atractivo, pero se me escapaban las virtudes de todo aquel manoseo ensayado y ficticio. Supuse que quizá se tratara de un gusto adquirido.

—¿Te gusta la lucha libre? —le pregunté al caballero que había a mi lado, cuya impresionante barriga era el doble de grande que la barriga del camarero.

—Me parece estúpida —dijo—, pero a mi hijo le encanta. Yo prefiero las peleas de verdad, como el *hockey* o el fútbol americano.

Dediqué un poco más de atención a la lucha. Dos tipos con el cuerpo depilado y vestidos con prendas muy parecidas a un bikini adoptaban juntos toda una serie de posturas homoeróticas. ¿Es que nadie ha visto nunca lo griego que resulta todo esto? Reflexioné unos instantes y luego me acometió una duda: ¿Por qué estoy tan obsesionado hoy con la homosexualidad? Primero me intrigan los provocativos textos de los aseos públicos, luego concibo toda una película orientada al público gay ¡y ahora veo un subtexto homosexual en la lucha libre! ¿Por qué siempre estoy tratando la Cuestión homosexual? Claramente, porque no le he dado respuesta. Ni a la Cuestión judía.

Bien, hice una nota mental ebria para canalizar mi deseo de respuestas a las cuestiones

H.

y

J.

en mi novela cuando llegara a la Colonia Rose y me pusiera a

escribir. Me enfrentaría a mi confusión a través de mi escritura, de mi arte.

Seguí mirando el combate y me pregunté, todavía rumiando sobre la Cuestión

H.

, si ver a hombres abrazarse unos a otros sobre un *ring* era de algún modo, para la psique estadounidense, una expresión segura de esta forma de sensualidad. Uno de los luchadores tenía unos pectorales que parecían bandejas y, en el momento cumbre de la lucha coreografiada, ahogó a su oponente entre sus formidables pechos. Eso supuso el guionizado fin del otro, porque poco después estaba tendido sobre el vientre, con la pierna levantada, listo para ser sodomizado a gusto, y entonces se acabó el combate.

—Creo que la lucha libre es como la pornografía —le dije al hombre con la barriga distendida a cuyos hijos les gustaba la lucha libre, aunque no le mencioné el aspecto griego del asunto—. Debe ser una fórmula. El porno y la lucha. En ambos casos hay gente con cuerpos absurdos que finge hacer algo. En un caso fingen luchar y en el otro fingen sentir atracción. La exageración de todo lo que provoca la lucha y el porno debe producir una catarsis en el público. ¿Entiende lo que quiero decir, caballero?

El caballero no respondió, sin embargo, a mi tesis sobre la lucha libre y la pornografía, y entonces el camarero anunció que era la última ronda y yo, ansioso por introducir un poco más de cerveza en mi organismo, no proseguí el debate sobre el significado de todo aquel magreo fingido.

Eran las 2

a. m.

cuando me apeé del taburete y todo el alcohol que había ido acumulando en mi proverbial pata de palo se me fue directo a la cabeza. Siempre es una revelación beber sentado durante horas y luego levantarse y descubrir que estás el doble de intoxicado de lo que creías. Por eso es bueno beber en la cama, como había hecho en Montclair. Así te ahorras sorpresas de este tipo.

Le di las gracias al camarero por una velada fantástica y salí de La percha de la gallina tambaleándome. Los demás clientes se subieron a sus camionetas y rancheras y desaparecieron en la oscuridad. Había llegado allí al anochecer y ahora el cielo estaba

teñido de tinta negra.

Crucé la calle hasta la gasolinera, que seguía abierta. Pensé que lo mejor sería comprar una botella de agua con la esperanza de mitigar un tanto la inevitable resaca del día siguiente, y en cuanto me acerqué a la entrada de la tienda de la gasolinera vi el teléfono público que había usado antes ese día. De repente deseé tener a alguien a quien llamar. Ya saben cómo es cuando uno está borracho: se es vulnerable y sentimental y lo que más se quiere es hablar con alguien por teléfono y decirle «Te amo».

Por desgracia, yo no tenía a nadie a quien llamar. Ciertamente no podía telefonear a la tía Florence dadas las circunstancias, pero en un golpe alcohólico de genio recordé la guía y todos los anuncios caligrafiados en ella.

Junto a donde yo había escrito el teléfono de la Colonia Rose —y pensé que quizá fuera mejor tacharlo antes de que alguien llamara a la colonia solicitando un encuentro de naturaleza ilícita— vi el mensaje que tanto me había interesado antes, aunque todo este asunto me resulte muy vergonzoso. Era la nota de Debbie, en la que decía lo que le gustaría que le hicieran, pero es una tontería que ahora me ande por las ramas, que dé rodeos, que intente ir con pies de plomo, así que, en caso de que lo hayan olvidado, reproduciré el mensaje de nuevo: «Me encanta que me den besos ahí abajo. Llama a Debbie,
222-4480».
De nuevo, fue el uso de la palabra *besos* lo que me pareció irresistible.

Saqué mi tarjeta de teléfono y la llamé, lo que resultó un poco egoísta por mi parte, dada la hora, pero es notorio que cuando se está borracho uno tiende a comportarse de forma egoísta. Pero incluso borracho, ¿en qué estaba pensando? Bien, me sentía terriblemente solo y además, siempre había querido probar uno de esos números que la gente deja en los lavabos y, en este caso, en la guía telefónica. Pero fue necesaria una notable reducción de mi coeficiente intelectual, fue necesario que la cerveza hubiera desactivado toda la parte superior de mi cerebro, para que me decidiera a satisfacer aquella curiosidad que se había reavivado al ver todos esos números escritos en los aseos entre Montclair y Sharon Springs.

—¿Dígame? —contestó una mujer con voz de dormida después del sexto tono.

—¿Puedo hablar con Debbie? —pregunté, consciente de que arrastraba las palabras.

—¿Cómo?

—Estoy llamando a Debbie —dije, intentando hablar de forma coherente.

—¿Quién llama? —Su voz ya no parecía dormida.

—Siento llamar tan tarde… He leído tu mensaje aquí en la gasolinera… Me llamo Alan. ¿Querrías venir para que nos viéramos? Te invito a un poco de vino con algo. A lo que quieras. El bar está cerrado, pero te puedo comprar algo aquí. Podemos sentarnos en alguna parte y hablar. Me encantaría hablar contigo…

Entoné la última frase como si fuera una pregunta, para no parecer tan intrusivo, si es que tal cosa era posible.

—¿Te han dado mi número de teléfono en la gasolinera?

Parecía enfadada.

—No, en la guía telefónica —dije, y mi intuición me dijo que lo que tenía que hacer era colgar inmediatamente, pero algún tipo de intuición borracha superior me ordenó no hacerlo. La intuición superior decía: «*Estás hablando con una mujer. No te rindas ahora. Nunca se sabe qué puede pasar*».

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Debbie.

—En la gasolinera.

—¿Y quieres invitarme a un poco de vino? —parecía que su voz se apaciguaba un poco.

—O lo que quieras. O si sabes de algún bar que esté abierto podemos ir allí, porque La percha de la gallina acaba de cerrar, y allí te invito a lo que te apetezca.

—Muy bien. Quédate ahí en la gasolinera. ¿Es la que está delante de La percha de la gallina?

—Sí.

—Quédate fuera de la gasolinera. Llego en un momento.

Y colgó.

La intuición superior, que estaba tan borracha como yo, dijo: «*¿Lo ves? ¡Vas a encontrarte con una mujer!*». La otra intuición, que de algún modo había conseguido mantenerse sobria, dijo: «*¡Echa a correr hacia el Adler ahora mismo! Esto es demasiado*

bueno para ser verdad, así que no puede ser verdad. ¡Sal de ahí por piernas!».

Naturalmente, no escuché a esta voz sobria y pusilánime y fui a la tienda a comprar chicles. No quería que el pestazo a alcohol de mi aliento espantara a Debbie. Me sorprendió que el mismo tipo que había estado trabajando allí por la mañana siguiera defendiendo el fuerte tantas horas después.

—¿Quiere otra tarjeta de teléfono? —me preguntó.

—Oh, no. Todavía me quedan muchos minutos. Gracias por preguntar. Solo quiero unos chicles.

Probablemente iba ya por el octavo paquete de cigarrillos del día, pues el humo dentro de la tienda era tan denso como el del bar, cosa que no me había molestado en absoluto mientras bebía. Bajo la influencia del alcohol no percibo el humo del tabaco hasta el día siguiente, cuando me molesta horrores ese olor impregnado en mis americanas.

Tuve la tentación de compartir con el cajero mi alegría, pero pensé que hacerlo quizá sería indiscreto: puede que conociera a Debbie. Aquella era, después de todo, una ciudad pequeña.

Salí fuera a esperarla junto a la cabina, pero tropecé con algo y caí sobre la acera. Me incorporé, al parecer de una pieza y sin más daños que arañazos en las manos.

«*¡Haz el favor de comportarte, hay una mujer que viene a verte!*», dijo la voz de la intuición más contundente. Para recuperar la compostura me eché un chicle a la boca, pero fuera por el sabor de la goma de mascar, por la bebida, por los nervios o por la combinación de todos esos factores, casi vomité y, aunque conseguí no hacerlo, escupí el chicle. Realmente me estaba viniendo abajo instantes antes de mi cita. Tenía las manos arañadas y la garganta irritada por la bilis estomacal que había subido como las llamas por un edificio y luego se había vuelto a hundir en las profundidades.

«*¡No la pifies, Alan!*», me advirtió la voz. La otra voz, la voz cuerda, estaba enfurruñada y guardaba silencio después de que la otra voz la obligara a someterse.

Me apoyé en la pared de la gasolinera, cerré los ojos, intenté centrarme y esperé a Debbie. Había pocas posibilidades de que viniera, pero quizá tuviera suerte y se portara bien conmigo. Era imposible que fuera el único en el mundo que se sentía solo.

Capítulo 9

Conozco a Debbie * Busco las palabras adecuadas * Conozco a una montaña * Hago cosas que no sabía que fuera capaz de hacer * Un arduo viaje

Puede que perdiera el conocimiento durante unos pocos minutos porque sentí como si hubiera pasado algo de tiempo, como si me despertara de un sueño. Entonces una enorme y alta camioneta paró delante de mí, enfocándome directamente con sus faros. Durante unos instantes, debido al deslumbramiento, no vi dónde estaba. Pero luego lo recordé: estaba en Sharon Springs, en la gasolinera, esperando a Debbie.

Las luces eran cegadoras; estaban al nivel de los ojos debido a la inusual y muy alta suspensión de la camioneta y a sus impresionantes e hipertróficos neumáticos. Alguien bajó del lado del pasajero de la camioneta. Por la silueta, parecía una mujer. Entonces la figura, ahora claramente una mujer, se puso frente a las luces y se detuvo allí, sin acercarse más. Yo avancé un paso desde la pared, pero me mantuve a una respetuosa y tambaleante distancia. Tenía que ser Debbie.

—¿Me has llamado por teléfono? —preguntó, y no diría yo que su tono era amistoso, pero tenía que asegurarse de que yo no era simplemente un idiota parado junto a la tienda de la gasolinera. Tenía que asegurarse de que yo era el idiota que la había llamado.

—Sí —dije—. Soy Alan.

Era una hembra robusta, no una belleza clásica como la chica de mi sueño, pero aun así me emocionó que hubiera venido a verme en mitad de la noche para darme una oportunidad. Se teñía el pelo de un rubio lacio bajo el que asomaban las raíces oscuras de los cabellos. Su pecho, embutido en un top que le dejaba la espalda desnuda, era formidable y muy atractivo, y su rostro algo regordete

estaba más hinchado de lo habitual, según pude observar, como consecuencia de haberse despertado en mitad de la noche. Parecía tener treinta y bastantes años. Debía ser agradable abrazarla. Hacía mucho tiempo que no tenía en mis brazos a una mujer, así que la idea de acurrucarme con aquella chica de aspecto duro me parecía sumamente tentadora.

—¿De dónde has sacado mi número?

—De la guía telefónica… He estado bebiendo… Sé que es una locura y siento que sea tan tarde, pero…

—¿Has mirado mi número en la guía telefónica?

—No, en la nota que dejaste…

¿Qué podía decir? Claramente desconfiaba de mí. Busqué las palabras románticas adecuadas, pero antes de que pudiera dar con algo seductor e ingenioso sobre las inusuales circunstancias de nuestro encuentro, ella dio un golpe a la capota de la camioneta y la puerta del conductor se abrió ominosamente.

No se me había ocurrido al verla salir del asiento del pasajero que quizá no estuviera sola, que alguna otra persona debía haber conducido, pero uno no puede estar en todo en estas situaciones tan delicadas que implican llamar a mujeres que dejan notas en cabinas de teléfono, especialmente cuando la cantidad de alcohol en sangre hace que el coeficiente intelectual dé un número inferior a la temperatura corporal.

Y tras esa puerta se bajó de la camioneta una bola enorme y malhumorada en forma de hombre que me lanzó una mirada terrible que debía llevar entrenando bastante tiempo, quizá los últimos cuarenta años de su vida. El tipo podía haber competido con la mirada de ostra congelada del tío Irwin. Vestía una camiseta azul y tejanos, y su cabeza era un enorme globo con algunas cerdas. Tenía una barriga muy distendida, según lo que parecía la moda en Sharon Springs. Le faltaban unos centímetros para el metro ochenta, pero lo compensaba sobradamente con su anchura. Parecía una montaña pequeña.

La montaña contempló las dimensiones de Blair —mido un metro ochenta y peso setenta y dos kilos, la mayor parte de ellos a causa de mis zapatos de cuero, me temo— y luego avanzó hacia mí con un saludo sencillo e históricamente poco amistoso:

—¡Hijo de puta!

Ver moverse a una montaña me paralizó. No fue muy diferente a aquella ocasión en que una rata ascendió por mi pierna. Me quedé congelado. Y entonces aquel continente humano se detuvo justo frente a mí.

—¿Por qué la has llamado?

—Lo siento… —empecé a decir, pero entonces él me golpeó a traición, lo que significa que me atacó sin previo aviso, hecho que me sorprendió a pesar de que habría sido extraordinariamente inusual que antes de hacerlo me advirtiera verbalmente.

La naturaleza de su golpe a traición consistió en que su puño, que era del tamaño de una tostadora pequeña, me golpeó exactamente en la nariz. Se escuchó un crujido agudo —me viene a la cabeza el sonido de un lápiz quebrándose— y el dolor fue cruel, desagradable, como si me hubieran atizado con un martillo.

No me caí, pero se produjo una especie de eclipse, aunque ya era de noche, porque todas las luces del mundo se apagaron. Vi solo la más oscura de las oscuridades y en ese mundo ciego me llevé las manos a la nariz, buscándola como alguien que lee en braille. Mi nariz, según noté, se había movido al lado derecho de mi cara tras descubrir que ya no la querían en el centro. Oí que alguien gritaba:

—¡Dios mío!

Ese alguien, comprendí, era yo. Pero no pasa nada. A los agnósticos se nos permite rezar bajo estas circunstancias, es una de las ventajas de nuestra postura.

Entonces algunas de las luces se volvieron a encender justo a tiempo para ver el puño de Montaña entrando en mi americana de lino azul por la región de mi estómago. Eso provocó que me subieran de nuevo a la boca la bilis y los vómitos que había tragado antes pero, heroicamente, no vomité.

Sin embargo, no podía respirar demasiado bien y, para ser sincero, tampoco veía mucho. Me sentía como si estuviera mirando a través del hueco de una pajita de beber. Vi una de mis manos en la acera. Eso era todo lo que mi campo de visión abarcaba. *Mi pobre mano*, pensé.

Era vagamente consciente de estar asustado y triste por lo que me estaba sucediendo. Pero existía también un curioso distanciamiento. Notaba que la Montaña seguía allí. Parecía estar descansando. Quizá ya me había castigado lo bastante. Me merecía

lo que me estaba pasando. Había cometido un terrible y egoísta error haciendo la llamada, así que la paliza que estaba recibiendo estaba justificada, pero quizá ya fuera suficiente. Mientras, arrodillado y encorvado, me esforzaba por respirar y un hilo de sangre cayó de mi nariz.

Ya no estaba borracho. Estaba otra cosa. No borracho. Ni sobrio. Apaleado. Los ruidos sonaban lejanos, amortiguados. Distinguí que la Montaña decía, «Joder, cómo te atreves a llamar a mi novia» y que Debbie añadía: «Es un pervertido. Machácalo bien». Y a través de la pajita que delimitaba mi campo de visión contemplé una bota acelerando contra mí, apuntando directamente al ojo que miraba, así que me giré y la patada me dio en el hombro. Eso casi no dolió comparado con la demolición de mi nariz y el aplastamiento de mi estómago, y me animó tanto que el dolor fuera menor que intenté arrastrarme lejos de allí.

El golpe en el hombro me había despertado un poco y mi visión funcionaba ahora casi con normalidad. Mientras me alejaba a gatas, humillado, volví la vista atrás y vi la parte inferior de la Montaña avanzando amenazadoramente. Observé lo que me pareció una rodilla, y no sé de dónde saqué una idea tan fantástica, pero justo cuando la Montaña estaba sobre mí, le di una coz con una pierna y con todas mis fuerzas —meses de yoga tenían sus ventajas—, de modo que la suela plana de mi zapato de cuero se encontró con la rodilla de la Montaña se produjo una escaramuza breve y mi zapato ganó.

La rodilla se hundió, que no es para lo que las rodillas están diseñadas, como estoy seguro que saben, y fue casi grotesco ver una rodilla doblarse de esa manera, aunque fuera una rodilla malvada unida a una peligrosa Montaña humana.

No podía creerlo. Había dirigido mi pierna como si fuera algo entrenado, como si fuera un servicio de tenis, y la Montaña gritó y luego cayó cuan largo era y acabó tirado sobre el asfalto junto a mí, con aspecto dolorido, vulnerable y humano. Incluso las montañas crueles le tienen cariño a sus rodillas y quieren que funcionen bien. Me horrorizó el haber hecho daño a alguien e intenté transmitir con la mirada —no creo que en aquel momento pudiera hablar— lo mucho que lo sentía. Pero por otra parte opino que fue un intercambio justo, casi bíblico: ojo por ojo y rodilla por nariz.

Entonces me levanté, pensando que ya había acabado todo, pero la Montaña se incorporó sobre su rodilla buena y me golpeó en la entrepierna, aunque por fortuna el sólido hueso de mi cadera desvió el golpe. Me quedé estúpidamente anonadado. ¿Es que no había visto mi mirada de disculpa?

Entonces, rápidamente, descargó otro golpe y me dio en la rodilla izquierda, intentando hacerme lo mismo que yo le había hecho a él, pero mi rodilla no se dobló hacia atrás, gracias a Dios, porque la golpeó de lado y no frontalmente. Y antes de darme cuenta, por puro acto reflejo, hice entrar de nuevo en acción a mi pie derecho, cubierto por la gruesa capa de cuero del zapato, que encontró una abertura que resultó ser una boca. La Montaña dejó escapar otro grito y sus labios se pintaron de rojo sangre. Es sorprendente lo rápido que la boca produce sangre, pero no debería asombrarme tanto, pues siempre que me paso el hilo dental sale tanta sangre que me dan ganas de salir corriendo hacia la Cruz Roja a hacer una donación.

Cuando saqué mi zapato de su boca, la Montaña y yo, en un momento íntimo —de hecho, pelearse es algo muy íntimo— cruzamos miradas de nuevo. Ninguno de los dos podía creer que yo estuviera ganando, y nuestros ojos lo expresaban con claridad. Entonces él escupió dos dientes teñidos de carmesí.

Pero todavía no había terminado. La Montaña era un digno oponente. Intentó ponerse en pie, llegó a medio incorporarse, y me lanzó un golpe ciego que no me alcanzó. Entonces yo descargué mi puño derecho —del tamaño de un buen diccionario de bolsillo, no tan grande como una tostadora, pero aun así no insustancial— en un lado de su cabeza, sobre la oreja, que me pareció blanda y carnosa, aunque el cráneo que había debajo era duro. Un dolor terrible ascendió desde mi mano y mi muñeca, y creo que también un dolor terrible le recorrió su oreja y su cabeza, pues se desplomó sobre la acera, llevándose una mano al oído y cubriéndose el rostro con la otra, como un niño que no quiere que le peguen más.

Entonces se apoderó de mí un terror incontenible —la consabida reacción retardada a cualquier experiencia traumática que sufro— y empecé a gritar y a correr. Tenía que largarme de allí, pero un feroz monstruo vestido con un top con la espalda al aire —¡Debbie!— me amenazó con sus garras. Pude apartarla de mi camino con el brazo,

como haría un atacante en fútbol americano con un defensa, y vi que se tambaleaba pero que no se hizo daño —una cosa es desmantelar montañas, otra muy distinta pegar a una mujer— y entonces el cajero salió de la tienda de la gasolinera con un bate de béisbol en la mano.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó, pero yo pasé corriendo a su lado, gritando como si estuviera loco.

Impulsado por una cantidad descomunal de adrenalina que llevaba años acumulándose y se liberó de golpe, corrí a toda velocidad en dirección al Adler, con la sangre todavía manándome de esa cosa que antes había sido mi nariz.

Temeroso de que la Montaña fuera a perseguirme en cuanto se levantase, corrí por la calle oscura, luego bajé el ritmo y, finalmente, cuando el efecto de la adrenalina se disipó, me escondí, agotado y muerto de miedo, bajo unos arbustos cerca de una casa no lejos de donde había visto a los niños hasídicos en bicicleta. Me tumbé en el suelo, incapaz de creer lo que me había sucedido. Con cuidado, me puse un poco de tierra en la nariz, pues se me ocurrió la demente idea de que quizá eso me ayudaría a curarme.

Me quedé allí quieto unos minutos, pero temía que me descubrieran, así que me obligué a levantarme y caminé un poco más por la calle oscura iluminada por unas pocas estrellas y una franja de luna hasta llegar a la casa de baños en ruinas, dentro de la cual me escondí. Pensé en pasar allí la noche, quizá en una de las bañeras; la luz de la luna era la justa para distinguir sus formas, pero el sitio me daba demasiado miedo.

Así que salí de la casa de baños y caminé y corrí; el trayecto se me hizo eterno, los tres kilómetros me parecieron cien, y constantemente temía que apareciera a mis espaldas la Montaña, quizá con un grupo de amigos, para acabar conmigo. O quizá la Montaña no había podido levantarse y Debbie había llamado a la policía y un coche patrulla iba a buscarme y arrestarme por agresión, por no hablar de lesiones, y sin olvidar una llamada de teléfono que quizá un jurado poco comprensivo podría calificar de acoso.

Pero no me persiguieron ni turbas vengativas ni la policía. Llegué sin mayor perjuicio al Adler y, con mis últimas fuerzas, subí la escalera de cemento. La puerta principal no estaba cerrada.

Gracias a Dios, la anciana la había dejado abierta para mí. ¿Cómo iba a llamar al timbre y dejar que me viera la cara?

Pasé de puntillas por el oscuro vestíbulo, subí rápidamente la escalera que llevaba a mi habitación, entré a toda pastilla y pasé frente a la mezuzá como un relámpago.

—¡Jeeves! ¡Jeeves! —grité.

Capítulo 10

Jeeves al rescate * Las cosas pintan mal para mi chaqueta y peor para mí * Unas pocas horas de sueño que algunos llamarían perder el conocimiento * Una discusión sobre mis defectos * Una última mirada y luego la partida

—¿Sí, señor?

—¡Jeeves! ¡Estoy herido! ¡Voy a morir!

—Parece que ha sufrido algún tipo de accidente, señor.

—¿Accidente? ¡Puede que un trozo de hueso de mi nariz me haya entrado en el cerebro! Me he metido en una pelea a muerte con un miembro de los Ángeles del Infierno y me busca la policía. Oh, Jeeves, ¿qué vamos a hacer? Esta vez sí que la he liado.

—¿Puedo sugerirle, señor, que se tienda en la cama y me permita curar sus heridas?

—¿Estoy desfigurado, Jeeves?

Antes de que pudiera responderme fui al baño a mirarme en el espejo. Con una toalla aparté cuidadosamente parte de la tierra con la que me había manchado la cara.

Bien, siempre había tenido una nariz huesuda con un bulto prominente en la parte superior, muy parecida a la nariz de George Washington, por si tienen una moneda de veinticinco centavos en el bolsillo y les apetece echarle un vistazo para ver lo que quiero decir, y ahora ese bulto, como había determinado anteriormente, se había desplazado un buen trecho hacia la derecha.

Tenía sentido que así fuera, puesto que el tipo con el que había peleado me había atizado con su tostadora derecha, lo que había enviado mi nariz, como si fuera una frase, de izquierda a derecha. Los orificios nasales, tozudos ellos, seguían en el centro. En la piel sobre el bulto había un corte. La sangre se había secado, pero la herida estaba sucia con pegotes de tierra. Toda la nariz estaba

horrible e inquietantemente hinchada, sangre coagulada obturaba los orificios nasales y el mentón estaba cubierto de sangre seca.

—Me he desgraciado, Jeeves… Me he mutilado —me toqué la nariz, pero su tacto me causó repulsión.

Contuve las lágrimas.

—Por favor, tiéndase, señor.

Jeeves demostraba mucha sangre fría al ver mi mucha sangre seca, y su calma ejerció un efecto hipnótico sobre mí. Como un niño pequeño, estiré los brazos hacia él y empezó a quitarme la ropa —las solapas de mi americana de lino azul favorita estaban manchadas de sangre, pero quizá la chaqueta se pudiera salvar—. Siempre había oído que no se puede lavar la sangre derramada, pero muchas veces sí se puede. Este asunto de las manchas de sangre permanentes en la ropa debe ser un rumor difundido para evitar que las personas se agredan las unas a las otras, aunque no es un rumor particularmente efectivo, puesto que de todas formas se produce un número de agresiones nada desdeñable.

Sea como sea, me quedé tendido en la cama y Jeeves me limpió gentilmente el rostro. Luego aplicó un paño húmedo a mi nariz para ejercer la función del hielo.

Superado por todo, perdí el conocimiento.

A eso de las seis y media de la mañana alguien llamó con violencia a la puerta, lo que me devolvió la consciencia de golpe. Pero la consciencia vino acompañada de un pánico total. Por Dios, es la policía, pensé.

Jeeves estaba a mi lado, con un paño húmedo en la mano.

—Jeeves, debe ser el *sheriff* —susurré— ¿no deberíamos escapar por la ventana?

—No hay escalera de incendios, señor.

Los golpes continuaron, seguidos luego de una voz.

—¡Eh! ¿Quiere el baño *shvitz* o no?

Era la anciana.

—Sí… por supuesto… muy bien… gracias… ¿Va bien si bajo en veinte minutos?

—Hay que calentar el agua. Venga en treinta minutos —dijo la anciana a través de la puerta.

—Está bien —dije. Hubo un silencio. Se había marchado.

—Solo lo he dicho para ganar tiempo, Jeeves. Tenemos que

poner pies en polvorosa inmediatamente. Estoy seguro de que pueden seguirme la pista hasta el Adler. Le dije a todo el mundo en el bar que me alojaba aquí y el cajero de la tienda de la gasolinera también lo sabe, pues le pregunté cómo llegar hasta el hotel.

Fui al baño para prepararme para partir y me miré al espejo. Tenía peor aspecto que hacía unas horas. Ahora la inflamación se había desbocado. Parecía que llevara la máscara de un boxeador. De un boxeador no particularmente bueno. El espacio entre mis ojos en el puente de mi nariz, que normalmente era una hendidura —de hecho, la mayor parte de la gente tiene una hendidura a menos que seas un caballo o pertenezcas a la familia equina, como las cebras y los burros—, ahora era un bulto carnoso e hinchado.

Había escuchado en alguna ocasión definir cierta disposición de las facciones faciales como unicejo; pues bien, ahora yo era *unicara*. Todo yo era gran hocico y a izquierda y derecha de este grotesco hocico había dos ojos morados. Y bajo el hocico estaba mi bigote estilo Fairbanks Jr. ¡Pero sin granos! ¡Los golpes que había recibido habían afectado a mis granos y los habían sometido! ¡Qué inocente! ¡Qué vano! ¡Qué tonto había sido el día anterior cuando lo que más me preocupaba en el mundo eran esos dos puntos en mi labio superior!

Verme el rostro diezmó mis fuerzas y me privó de la energía necesaria para huir. Huir, la mayoría de ustedes coincidirán conmigo, requiere una cantidad notable de energía. Así que, en vez de darme a la fuga, me senté en el borde de la cama e inspeccioné el resto de mi persona. Tenía una marca negra sobre el estómago —una especie de horrible hematoma— y dos cardenales rojos y azules en la cadera y el hombro. Además, mi muñeca derecha y mi mano estaban doloridas por el puñetazo que había dado, y tenía arañazos en las palmas de las manos de cuando me había enfrentado con la acera antes de hacer lo propio con la Montaña. Sentí piedad por mi cuerpo, como si fuera algo aparte de mí, algo que debería valorarse y cuidarse, pero que había sido vandalizado.

Me disponía a llorar y me incliné hacia delante para hundir mi rostro en las manos, pero se me llenó la nariz de sangre hasta un punto en que pensé que me iba a estallar la cabeza. Me volví a estirar, esperando que la sangre se fuera a otra parte del cuerpo. También tenía resaca. ¡Resacoso y molido! Después de todo, no

podía llorar. Dolía demasiado.

Jeeves se aclaró la garganta.

—¿Qué sucede, Jeeves? —dije quejumbrosamente.

—Si me permite preguntarle, señor, ayer no quise alterarle más los nervios con mi interrogatorio porque estaba usted histérico, pero tengo la mayor curiosidad acerca de cómo acabó intercambiando golpes con un Ángel del Infierno y sobre por qué le busca a usted la policía.

—No tiene sentido explicar las cosas, Jeeves. Simplemente me merezco morir. Deberían fusilarme.

—Quizá si me cuenta usted lo sucedido pueda aportarle algún consejo.

—Estoy demasiado hecho polvo.

—Solo serán necesarios los titulares, señor. Un breve resumen.

—Está bien —cedí.

No era justo mantener al tipo a oscuras sobre los acontecimientos de la noche anterior, así que le conté mi tragedia a Jeeves, sin omitir nada. Absorbió mi relato como si fuera un antiguo chamán y luego habló con extrema sobriedad y cordura. En primer lugar lanzó la hipótesis de que el mensaje escrito en la guía de teléfonos de la cabina telefónica fuera algún tipo de broma pesada perpetrada contra la *femme fatale* en cuestión, no obra de la propia Debbie y, por lo tanto, yo había cometido un error llamándola. Pero él tenía la sensación de que no teníamos mucho que temer de la ley, pues el tipo con el que me había peleado no parecía la clase de persona que acude a buscar ayuda a la policía y, aunque lo hiciera, siempre podríamos argumentar que mi actuación había sido en defensa propia. La mujer, sin embargo, sí podría tener fundamento para emprender acciones legales, pero todo el asunto era tan absurdo que las fuerzas del orden locales probablemente no sabrían qué hacer.

Sí creía, no obstante, que debíamos partir hacia Saratoga Springs esa misma mañana puesto que, como buen conocedor de mi psique, pensaba que si nos quedábamos en la ciudad yo me sentiría extremadamente angustiado. Podíamos buscar una habitación de hotel en Saratoga y presentarnos en la Colonia Rose al día siguiente, según lo previsto. Yo podría explicar mis lesiones diciéndoles que había tenido un accidente de coche de poca gravedad.

El tiempo se encargaría de reparar mi cuerpo, era su opinión general, y yo no debería volver a tocar el alcohol. Jeeves fue bastante severo en este punto («De verdad creo, señor, que muestra usted todos los indicios de ser un alcohólico, como el episodio de anoche hace patente, y, por tanto, la única opción es la abstinencia») mientras que en el pasado simplemente miraba hacia otro lado cuando el joven señor se dedicaba a saciar su sed con zumo de uva fermentado.

Acepté con humildad sus consejos de templanza, pero me pregunté si no podía hacer algo más:

—¿Crees que debería escribir una carta pidiendo disculpas al hombre y a la mujer? —le pregunté a Jeeves—. Quizá con su número de teléfono haya algún modo de conseguir su dirección.

—Sus intenciones son encomiables, señor, pero me temo que una misiva no tendría el efecto deseado. Cualquier cosa que tenga que ver con usted probablemente les causaría más dolor y una carta, me temo, sería malinterpretada por ambos destinatarios. Comprendo que usted desee reparar el daño causado, pero quizá lo mejor es que considere las lesiones que usted ha sufrido como una especie de disculpa. Como su penitencia, por así decirlo, señor.

—Sí, Jeeves —dije.

Me había metido en un buen lío, pero tenía que superarlo.

Recogimos nuestras pocas posesiones y nos marchamos sigilosamente del Adler. La anciana debía estar en el sótano atendiendo mi baño. Me sentí mal marchándome sin dar ninguna explicación, pero había pagado por dos noches, de modo que mi conciencia estaba más o menos tranquila.

Nos subimos al Caprice y encendí el motor. Con mis amoratados ojos le eché una última mirada al alto e inclinado Adler. A esa hora de la mañana emergía una ligera niebla de la hierba, de modo que los cimientos del hotel se desvanecían ocultos tras una nube que flotaba junto al suelo y el edificio parecía levitar en el aire. Era bonito y extraño, pero este no era el momento de meditar sobre la belleza, así que puse la marcha atrás en el coche y lo encaré hacia Saratoga Springs y la Colonia Rose.

Parte III

Saratoga Springs, Nueva York

Capítulo 11

Jeeves y yo nos recluimos en el motel Spa City * Sentimos empatía hacia los criminales * Me pongo hielo en la nariz y leo un poco de Anthony Powell * Depresión negra * Pensamientos suicidas * Jeeves me ayuda a recuperarme

Era el comienzo de la temporada de carreras en Saratoga, pero logramos encontrar habitación. El establecimiento estaba justo en Broadway, y era una especie de hostal de los años cincuenta con la fachada pintada de azul brillante, un cartel muy llamativo, un bar en el vestíbulo y una piscina en forma de riñón y del tamaño de un riñón. En suma, la clase de sitio en el que uno temería, con bastante acierto, pillar piojos en la cama. Motel Spa City era su *nom de guerre*.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el encargado de la recepción, un tipo pequeño y algo deforme.

—Un accidente de coche —respondí yo, y el tono seco de mi voz indicó que no me interesaba seguir la conversación.

Era un día infestado de sol de julio, pero cuando llegamos a la habitación, situada en el segundo piso, corrí las cortinas. Me sentía algo criminal, ya saben, como si aún esperara que el largo brazo de la ley de Sharon Springs fuera a agarrarme del hombro y arrestarme por romper la rodilla de otro ser humano y realizar una desafortunada llamada telefónica a altas horas de la noche para acosar a una mujer inocente.

Así que miré de reojo al exterior por entre las cortinas, echando un vistazo al aparcamiento que había bajo la habitación, y sentí un arrebato de empatia hacia todos los criminales que pueblan nuestro gran país, muchos de los cuales sin duda en aquel mismo instante estaban mirando nerviosamente, igual que yo, por entre las cortinas hacia otros exteriores, temiendo que los largos brazos de la ley les

alcanzaran, y así es como debería ser, porque estoy a favor de que se detenga a todos los criminales. Lo que pasa es que mi empatía llegaba solo hasta cierto punto: el punto en que uno se imagina cómo debe sentirse el criminal. De ninguna manera aprobaba el comportamiento delictivo.

—Oh, Jeeves —dije, agarrándome a la cortina—. La vida es tan difícil.

—Sí, señor.

En el aparcamiento frente a nuestra ventana vi una ardilla corriendo desde un cubo de basura hasta un árbol, al que trepó ágil y eficazmente. Qué criatura más perfecta y atlética, pensé. Luego imaginé que esa ardilla trepaba por mi pierna, y mientras lo pensaba caí en la cuenta de que no hay mucha diferencia entre una ardilla y una rata, solo un puñado de pelo en la punta de la cola. A continuación la ardilla saltó majestuosamente desde una rama del árbol hasta una línea telefónica. La miré con admiración. Sabía qué debía hacer exactamente en cada momento de su vida. A esa ardilla seguro que no la pillaban borracha en La percha de la gallina.

—Los animales nunca se meten en líos —observé, dirigiéndome a Jeeves—. Están mucho más centrados que los seres humanos.

—¿Por qué no se echa, señor? —me dijo Jeeves, que claramente no deseaba enzarzarse en un debate sobre las flaquezas del ser humano y las perfecciones de los animales—. Le prepararé una bolsa de hielo para la nariz.

Me pareció que era un sabio consejo, y solté la cortina para echarme en la cama más cercana. Jeeves abandonó la habitación, hizo un rápido uso de la máquina de hielo del motel Spa City y volvió con un pequeño cubo lleno de los ingredientes necesarios para preparar una compresa fría.

Así que allí estaba yo, con la nariz metida en hielo, lo cual también lograba apaciguar mi resaca. Me habría gustado echar una cabezadita, pero era imposible hacerlo mientras me aplicaba el hielo, así que con la mano libre abrí el volumen de Anthony Powell, olvidándome de Hammett, pensando que Powell encajaría mejor con la bolsita de hielo, puesto que su prosa es maravillosamente gélida, pero después de unos minutos tuve que dejar de leer; sentí que se apoderaba de mí la más negra de las depresiones. Empecé a hacer balance de mi vida:

Era un alcohólico y me habían dado una soberana paliza.

No tenía casa.

A lo largo de los años, había perdido a casi todos mis amigos.

Mis padres llevaban muertos más de una década y había conseguido alienar a los pocos parientes que me quedaban, mi tío y mi tía.

Lo más cerca que había estado de tener una novia había sido, literalmente, un sueño: la rubia que me había dicho «Te quiero, Blair».

Había publicado una novela, pero hacía ya siete años de eso.

Tenía treinta años y era un completo fracasado. Solo tenía dinero a causa de una demanda.

¿Había algo positivo en mí? Solo se me ocurría una cosa: me habían aceptado en una prestigiosa colonia de artistas, pero ¿con qué cara —literalmente— iba a presentarme allí al día siguiente?

Estaba, en definitiva, hecho polvo. O tan hecho polvo como podía sentirme, vamos. Así que con mi resaca a cuestas y la nariz rota, miré con lujuria la bolsita de plástico que estaba al lado del pequeño cubo de basura contiguo a la mesita de noche.

Un escritor al que admiro, Jerzy Kosinski, utilizó una bolsa de plástico para suicidarse, y desde que lo hizo, siempre que me siento abatido y desconsolado, pienso en ponerme una bolsa de plástico en la cabeza, simbolizando así el círculo de bajeza depresiva y autocompasión que me asalta cuando solo atino a pensar: «Merezco que me peguen un tiro».

Recorrí la fantasía con fruición: me imaginé la bolsa cubriéndome la cabeza, un extraño sueño después y no tener que aguantarme a mí mismo nunca más. Pero también pensé: no más suspense, no más dudas acerca de si me espera un final feliz, o al menos un plácido punto medio. Y luego, encima, el mayor elemento disuasorio que se me ocurría: el dolor que le causaría a unas pocas personas —bueno, quizás a una, la tía Florence— que me querían.

Y también estaba Jeeves. No quería dar por hecho que me quisiera, pero si me mataba estaba seguro de que le sentaría bastante mal. Además, si me decantaba por la opción Kosinski, seguro que dejaría una mancha en su trayectoria profesional. Supuse que el suicidio de un empleador sería una verdadera maldición para un ayuda de cámara y no quería hacerle eso a

Jeeves. Así que en lugar de emborronar su historial matándome, busqué su consejo.

—Jeeves —dije—, estoy aguantando por los pelos. Estoy desesperado, no sé si me entiendes. Así que te lo preguntaré sin ambages: ¿crees que hay algo en mí que valga la pena?

Era un grito bastante descarnado, una petición de ayuda y de halagos, pero es que estaba desesperado, como he dicho. Estaba de espaldas, y no dijo ni una palabra. Esperé. Esperé un poco más.

—¡Jeeves! —exclamé.

—Sí, señor.

—¿Has oído lo que te he preguntado?

—Sí, señor.

—Bueno, pues me gustaría que me contestaras. Es terrible dejar a alguien colgado de ese modo, y más ahora, que no me siento precisamente como si fuera Norman Vincent Peale[5]. Me siento más bien como una combinación de Norman Bates y Vincent Price.

De nuevo, Jeeves guardó silencio. Quizá lo desconcerté con mis referencias al séptimo arte. Conoce algunas cosas, como las grandes estrellas de cine de la talla de Clark Gable y Douglas Fairbanks Jr. y Errol Flynn, pero su capacidad de absorción de ese tipo de nociones básicas de la cultura moderna es, en el mejor de los casos, mínima. Pero no tenía tiempo para iluminarle acerca de los misterios de la historia del cine, ni siquiera para explicarme.

—¡Jeeves! —dije—. Por favor, ¡dime algo que al menos me redima en un cincuenta por ciento!

—Siento el retraso, señor. Hay tantas cosas de usted que valen la pena, que me resulta difícil escoger una única cualidad.

—¿De veras?

—Sí, señor.

—Basta de «Sí, señor», y deja que las alabanzas se abran paso hasta mis oídos. No quieras saber lo que he estado pensando acerca de esa bolsa de plástico que está en el cubo de basura.

—Bueno, señor, pues me parece que es usted una persona muy amable. Muy tolerante con los demás.

—¿De verdad piensas eso, Jeeves?

—Sí, señor.

—¿Y dirías que se trata de una característica noble?

—Sí, señor.

Eso me complació sobremanera, y luego analicé con mi ojo interior algunas de mis relaciones más recientes para comprobar que el dictamen de Jeeves era correcto. Rápidamente caí en una excepción mayúscula.

—¿Y también crees que fui amable y tolerante con mi tío Irwin, Jeeves?

—Diría que sí, señor. Usted sabía que su presencia incomodaba a su tío, así que hizo lo que pudo por evitarle, cosa que creo que muestra una gran deferencia y amabilidad para con la persona de su tío.

Pensé que a Jeeves se le estaba pasando por alto un punto esencial: a pesar de que mi tío no tenía ganas de disfrutar de mi compañía, yo tampoco me moría de ganas de estar con él. Así que ninguno de los dos se moría de ganas. Pero viéndolo desde la perspectiva de Jeeves, pude entender que no me había comportado de forma cruel con mi tío, así que me sentí libre para colocar el cumplido de Jeeves en el haber de mi contabilidad personal.

—Gracias, Jeeves. Te agradezco mucho que seas tan amable *conmigo*, y no te pediré más cumplidos, a menos que libremente te sientas impelido a compartirlos de nuevo, de vez en cuando.

—Su bigote, para mi sorpresa, está quedando bastante bien, señor.

—¡Oh, vaya! Muchas gracias, Jeeves.

—De nada, señor.

—Tus palabras son como aspirina para mi mente, Jeeves. Me calman. Me he tomado dos y gracias a eso llamaré al médico mañana por la mañana.

—Muy bien, señor.

—Creo que trataré de dormir un poco, Jeeves —dije—. Recuperar fuerzas y presentarme a revista mañana en la Colonia Rose. Esos artistas seguro que son un puñado de gente atroz, y tener la cara partida no me facilitará las cosas. Ayer me resultaba difícil imaginar cómo me enfrentaría al mundo con dos granitos.

—Es buena idea que intente descansar un poco, señor.

—Bueno, gracias por el hielo, Jeeves —le dije, devolviéndole la compresa—. Dejaremos que mi nariz se descongele durante la siesta, y luego volveré a enfriarla cuando me despierte.

—Sí, señor.

Eran las diez de la mañana, pero me quedé dormido hasta bien entrada la tarde, a pesar de que las mantas del motel Spa City parecían sucias y despedían un acre olor a cigarrillos. Pero estaba tan cansado que ni siquiera me importó el lecho manchado.

Cuando me desperté, pedimos que nos trajeran comida china a la habitación, vimos un rato la televisión y luego me dediqué a leer un poco; y mientras tanto, seguí aplicando hielo a mi nariz. Quizá a Jeeves le habría gustado explorar Saratoga, pero yo no tenía ganas, y él se quedó a mi lado generosamente. Después de terminar mi lectura, hablamos de Powell y de *Una danza para la música del tiempo*, pues habíamos vuelto a caer en nuestro hábito del club de lectura, y ambos estábamos de acuerdo en que el personaje de Widmerpool era una de las criaturas más repulsivas que había existido jamás en la literatura.

—No es que fuera intencionado —dije—, pero durante el periodo de guerra Widmerpool causa, más o menos, las muertes de Stringham y Templer. Son sus órdenes como superior militar las causantes de su destrucción, y debe ser porque se burlaron de él cuando iban todos juntos a la escuela… Las escuelas privadas en Inglaterra son genuinamente dañinas para las personas. Pero creo que todo ese sadismo escolar hizo de ellos grandes poetas. Los británicos son mucho mejores escritores de poesía que los norteamericanos. De todos modos no aguanto a Widmerpool.

—Me imagino, señor, que se hará justicia.

—¿Estás diciendo que al final Widmerpool pagará sus fechorías?

—Es lo que presiento, señor.

—Buena razón para seguir leyendo.

—Sí, señor.

Y así seguimos charlando. Luego volví a la cama hacia las nueve de la noche, me subí la manta hasta la barbilla y dije:

—Jeeves, me preocupa qué pensarán esos artistas de mi cara.

—Yo no me preocuparía demasiado, señor.

—Pero resulta difícil no preocuparse sobre lo que piensa la gente, puesto que pensarán de todos modos. No hay manera de evitarlo.

—Muy cierto, señor.

—Bueno, sea como sea, tengo que descansar.

—Estoy de acuerdo con eso, señor.

Así que seguí durmiendo a pierna suelta hasta la mañana siguiente, casi diez horas de un tirón, lo necesitaba. Mi episodio en Sharon Springs se había cebado en mi ánimo y mi físico. Había quemado la vela por ambos lados, y también por el medio.

Capítulo 12

A Jeeves se le escapa otra referencia fílmica * Pasamos delante del atractivo hipódromo de Saratoga * Los dos dientes delanteros de la Colonia Rose * Primera mirada a la Mansión y pensamientos de castillos y seducciones * Conozco brevemente a dos pacientes del asilo; quiero decir, artistas * Ciertos presagios, aunque no muchos * Fijando metas con Jeeves

Hacia las nueve en punto de la mañana estábamos en el Caprice. Era otro día soleado y risueño, bueno para el cáncer de piel y para jugar al tenis. Yo llevaba gafas de sol y un sombrero de algodón algo alicaído que había comprado en el Woolworth de Princeton hacía algunos años. Era el tipo de sombrero que los jubilados llevan en Florida y otros climas cálidos. Yo solo quería ocultar mis heridas y sentirme como el Hombre Invisible, exceptuando las vendas.

—Jeeves, me siento como el Hombre Invisible —dije, encendiendo el motor del coche.

—La gente se siente así a menudo —dijo Jeeves.

—¡No quiero decir en sentido psicológico! Quiero decir que me siento como el Hombre Invisible de las películas.

—Muy bien, señor.

Si me hubiera referido a mi estado *psicológico*, le habría comentado a Jeeves que estaba bastante animado. La desesperación del día anterior, como mi resaca, se había desvanecido. Hasta me sentía levemente esperanzado, aunque abrigaba un poquito de ansiedad. Para mí, presentarme en la Colonia Rose era como ir a la escuela por primera vez. ¿Lo haría bien? ¿Lograría encajar? ¿Les asustaría mi cara? Quizá mi ropa elegante les distraería y no repararían en mis hematomas, si tuviera que quitarme las gafas y el sombrero. Llevaba pantalones de caqui, mi chaqueta deportiva a cuadros, una camisa de color azul claro y una corbata verde

estampada con esferas de reloj. La vestimenta ideal para un primer día, tanto en la escuela como en una colonia de artistas.

La Colonia Rose estaba situada al otro extremo de la ciudad, unos cuatrocientos metros después del famoso hipódromo de Saratoga, que pudimos admirar con detalle mientras lo dejábamos atrás, y la verdad es que era un lugar encantador. El hipódromo estaba equipado con una tribuna de madera muy antigua —para lo que era habitual en Estados Unidos— de madera y por supuesto, el óvalo de tierra reglamentario de más de una milla, que tenía una extensión de hierba de color esmeralda en el medio, para las carreras en el «césped» y de obstáculos.

El hipódromo y la colonia de artistas estaban en Union Avenue y entre ambos había una franja de tupidos bosques. En mitad de estos se encontraba la entrada, bastante discreta, a la Colonia Rose, pues la privacidad era de la máxima importancia para los artistas; uno no quiere que el público, que paga sus impuestos religiosamente, sepa demasiado acerca del proceso creativo —de las siestas y de la procrastinación que implica— porque, de otro modo, alguien cerraría de golpe el grifo con la poca financiación que la colonia recibía.

Así que a menos que no se estuviera muy atento, o no se contara con un
GPS
tan eficiente como Jeeves, era muy fácil despistarse y perderse la sombría entrada, abierta como una boca. Había un cartelito de madera, diminuto y con letras borrosas, que rezaba Colonia Rose: Propiedad Privada. Detrás del cartel, en lo alto del camino que llevaba a la colonia, había dos columnas de piedra cubiertas de hiedra, como dos dientes incisivos, que en el siglo XIX debieron soportar una ornamentada puerta de entrada, de cuando la colonia era la propiedad de un barón del acero.

—A su derecha, señor —dijo Jeeves—, está la entrada, según creo.

Tuve que girar repentinamente el volante del Caprice, pero ejecuté la maniobra sin empotrarme en el barro que había en el lateral del camino, aunque me detuve con un sopetón brusco. Di marcha atrás para enfilar mejor la avenida de la entrada, de la manera en que uno debe entrar por una avenida como esa.

—Lo siento, Jeeves —dije—. Espero que no te diera una sacudida muy fuerte.

—Todo perfecto, señor —contestó Jeeves.

—Bueno, ha sido un auspicioso comienzo, sin duda, pero por eso se dice así, *auspicioso comienzo*, porque a menudo uno comienza así —dije, tratando de ocultar mi vergüenza por el brusco giro del volante.

—Muy bien, señor.

Seguimos avanzando por un paseo largo y punteado por frondosos árboles, pues a ambos lados del camino el bosque proseguía, con troncos tan altos que hasta tapaban el sol. Dejamos atrás un pequeño estanque lleno de agua verdosa y oscura, y luego el camino empezó un empinado y serpenteante ascenso, mientras los árboles seguían oscureciendo nuestra visión a derecha e izquierda, hasta que de repente alcanzamos la cima de una meseta. Ante nuestros ojos encantados se reveló una colina cimbreante como las olas del mar, del tamaño de un campo de fútbol, y encima de la colina estaba la Mansión, un castillo americano. Construida a partir de bloques de piedra salpicados de plata, importados de Italia, tenía cuatro pisos de altura y estaba repleta de ventanas de película, hiedra, aleros, un tejado de cobre, varios postigos de madera, unas cuantas veletas, un pórtico en la entrada y —si uno se fijaba— gárgolas depravadas.

Detuve el coche. Aún estaba pensando cinematográficamente. Siempre que uno ve una película sobre británicos de clase alta, que además casi siempre transcurre en una casa de campo gloriosamente enorme, hay una vista panorámica de la «residencia» o del «edificio». Así se ve en seguida y de un plumazo la majestad del lugar.

Luego hay una toma en primer plano, generalmente de un sirviente que abre la puerta de alguna despensa, llevando un ave recién cazada o una botella extraída de la segunda bodega de la casa.

A continuación, hay otra toma, también en primer plano y esta vez del dueño de la Mansión, de pie frente a una ventana, con expresión reprimida, hinchada, calculadora y preocupada. Después suele venir el plano interior de una mujer sentada frente a un espejo, cepillándose una melena larga y hermosa —puede ser rubia

o morena—. Por lo general, la cámara se acerca a ella por detrás, pero el espectador puede ver su rostro en el espejo, lo cual nos permite disfrutar del raro goce de ver, simultáneamente, la cara y la espalda de una mujer hermosa. Y toda la historia se narra en esas imágenes: riqueza, soledad y sexo. Se me ocurrió en seguida que la Colonia Rose encajaría a la perfección en una secuencia de tomas parecidas.

—Es glorioso, Jeeves —dije—. Como Brideshead.

—Muy elegante, señor —dijo Jeeves—. Una estructura preciosa.

Al otro lado del prado donde estaba la Mansión había una fuente con ninfas de mármol, y un chorro de agua las refrescaba bajo el sol matutino del mes de julio. Me llamó la atención el hecho de que la fuente, con su chorrito y su estanque de agua, sería un rincón de lo más adecuado para asignaciones románticas, si uno lograba atraer a las poetisas a un paseo nocturno.

Levanté mi pie del freno y me adentré aún más en los terrenos de la colonia. La carretera emprendió una curva y nos condujo hacia la parte de atrás y luego más allá de la Mansión. Cuando Doris, la asistente del director, me dio las indicaciones para llegar a la colonia me dijo que fuera a una construcción de madera blanca con un simple cartel que ponía oficina. Así que seguimos por el camino asfaltado, acompañados por un techo de árboles, y frente a nosotros vimos dos personas, presumiblemente artistas, avanzando a un lado de la carretera.

—Mis futuros colegas —le dije a Jeeves.

Cuando pude distinguirles mejor, vi que las almas creativas que me precedían eran un hombre y una mujer. Nos acercamos a ellos y ralenticé la marcha. Les obsequié con una amable sonrisa, bajando la ventanilla y reconociendo la presencia de mis compañeros de cuitas artísticas, confiado, porque mi disfraz ocultaba mis hematomas. Un especímen salido de Brueghel saludó mi sonrisa; era la mujer, de unos cincuenta años, y con la nariz larga y similar a una medusa, con dientes grises y pelo crespado y cobrizo que presumía de vida propia, aunque no parecía una vida muy feliz. Su acompañante era un tipo de hombros hundidos cuyos brazos caían a ambos lados de su torso de manera antinatural, como si estuviera muy sedado, y cuyas gruesas gafas estaban grotescamente torcidas. ¿Es que no se daba cuenta de que una de las lentes estaba casi

frente a su ceja?

Ambos se inclinaron para mirar por la ventanilla del coche y me observaron con curiosidad. Dije:

—Hoy es mi primer día.

Pero no parecieron entenderme. Traté de ir por otro camino:

—¿Pueden decirme dónde está la oficina?

El hombre levantó el dedo y dijo con voz átona:

—Ahí delante.

Se esforzó por añadir una débil y extraña sonrisa, y yo también sonreí y dije:

—Gracias.

Entonces la mujer también me sonrió. Era una orgía de sonrisas, pero también era muy raro, porque los ojos de la mujer parecían hundidos en el terror y el hombre tenía toda la pinta de estar al borde del colapso. Así que pensé que más valía poner fin a la conversación y apreté el acelerador. Me estremecí mientras un presagio se apoderaba de mí. ¿Qué clase de lugar era este? La pareja se parecía más a dos pacientes de un manicomio que a dos de los mejores artistas del país. ¿Había logrado escapar de la condena a la rehabilitación que me tenía preparada mi tía Florence solo para entrar de cabeza en una trampa para locos de atar?

Por fin llegamos a la oficina. Parecía que habían utilizado los antiguos establos, enormes, y los habían reformado para crear el centro burocrático de la colonia. A nuestras espaldas asomaba la Mansión.

—Esos dos eran gente herida, Jeeves —dije—. Espero que sean la excepción y no la regla de la Colonia Rose. ¡No es mi intención ser cruel, puesto que dijiste que era una persona tolerante, pero me parecieron claramente perturbados!

—Los artistas suelen ser temperamentales, señor.

—¿Así que *perturbados* es una exageración, Jeeves? Bueno, para ser justos, diré que probablemente serían poetas. Los poetas son los artistas más tocados por la tristeza. Sus corazones son como hornos y sus cuerpos se desintegran, a causa de la presión interna y del calor, aunque los hombres son bastante más desastrosos desde el primer momento, o de otro modo no se harían poetas.

—¿Le parece que entremos para inscribirle, señor?

—Necesito calmarme un momento, Jeeves. Estoy un poco

nervioso.

—Lo comprendo, señor.

Había algunos coches aparcados, pero no se veía a nadie. Todo estaba en calma y tranquilo. Los terrenos adyacentes eran una mezcla de prados y bosquecillos, y en la distancia se percibían algunos graneros con aspecto de estudios reformados para artistas. Traté de controlar mis nervios pensando plácidamente en la fuente de ninfas de piedra, y luego le pregunté a Jeeves:

—¿Crees que habrá jóvenes y atractivas poetisas en este lugar, Jeeves?

—Sin duda es una posibilidad, señor.

—Los jóvenes poetas aún no se han quemado. Solo es cuando siguen intentándolo; entonces se rompen en pedazos.

—Muy bien, señor.

—Quizá la chica de mis sueños esté aquí, Jeeves. ¿No sería increíble?

—Pues sí, señor. Más que increíble: notable.

—¿Sabes algo curioso, Jeeves?

—No, señor.

—La chica de mis sueños es realmente una chica soñada. ¿Ves lo que quiero decir?

—Sí, señor.

—¿No es curioso?

—Pues sí, señor.

—Bueno, espero que la chica de mis sueños y soñada esté aquí.

—Sí, señor.

—Tengo tres objetivos, Jeeves, para mi estancia en la Colonia Rose.

—¿De veras, señor?

—Uno, enamorarme. Quizá de la chica de mis sueños, o tal vez de una normal. Dos, mantenerme alejado de la bebida y tres, acabar mi novela.

—Son tres objetivos admirables, señor.

—También me gustaría encontrar a Dios. Pero este tipo de cosas van siempre de tres en tres, y uno no debería pedir una cuarta.

—Esa es la norma por regla general, señor, en efecto.

—Tal vez una manera de darle la vuelta es pensar que encontrar a Dios es un objetivo permanente, así que no hace falta incluirlo en

ninguna lista. ¿Sabes qué quiero decir, Jeeves? Es como un numeral romano permanente, un I, mientras que los demás son números árabes: 1, 2, 3. Ese numeral romano le da un aire ciertamente católico. Pero en fin, no pasa nada. Esencialmente, soy un agnóstico-panteísta. Adoro a numerosas deidades con el mismo volumen de confusión… Así que si estás escuchando, Dios, encontrarte es mi objetivo número uno y si quieres ayudarme con mis otros tres deseos, no pienso objetar. Espero que no te moleste que esté rezando delante de ti, Jeeves.

—En absoluto, señor.

—Bueno, supongo que debería ir entrando en la oficina. Pero aún tengo miedo, Jeeves.

—No tiene de qué asustarse, señor.

—Pero acuérdate de mi cara, Jeeves, y además esta es una colonia de artistas famosa, incluso si los poetas tienen aspecto de locos, y yo solo soy un aspirante a escritor, como mucho.

—Le han aceptado en la colonia, señor, así que habrán valorado su talento. Y simplemente puede decirles que ha sufrido un accidente, lo cual no está tan lejos de la verdad.

—Está bien, me lanzaré a ello, Jeeves. No quiero, pero tengo que hacerlo. Esta vida está llena de momentos en los que hacemos cosas que no queremos.

—Uno a menudo abriga esa impresión, señor.

—Perdona que esté gimoteando, Jeeves. ¡Allá voy!

—Muy bien, señor.

Capítulo 13

Me dan la bienvenida tres amables mujeres * Durante unos instantes se cuestiona mi cordura y por qué motivo: mi nariz fracturada o las consecuencias de mi abstinencia del alcohol * Recuerdo de los efectos psíquicos de la cirugía estética en la nariz de un compañero de instituto * Regreso a la cordura y un poco de discurso sobre la Universidad de Brown y los orígenes de su nombre * Un desenmascaramiento y unas cuantas verdades * Conozco al novelista Charles Murrin y entramos en la Mansión * Me enseñan mis gloriosas habitaciones * Una invitación a beber * Repito ciertas medias verdades, pero ahora ya estoy acostumbrado, a decir medias verdades, quiero decir

La oficina estaba compuesta por tres mujeres sentadas en sendos escritorios dispuestos en forma de pirámide —dos escritorios en la base y uno en la punta—. Era algún tipo de disposición jerárquica. Todas me miraron cuando entré.

—¿Está Doris? —pregunté—. Soy Alan Blair…

—¡Bienvenido a Rose! —dijo la mujer en la punta de la pirámide, presumiblemente la líder. Era una dama fornida y de pelo gris con mejillas sonrojadas y una sonrisa dulce—. ¡Yo soy Doris! ¡Y mírate! Hacía años que no se presentaba nadie aquí con chaqueta y corbata.

Me presentó entonces a las otras dos señoras, Barbara y Sue, que me saludaron también. Barbara era bastante mayor, debía rozar los setenta años y tenía el cabello blanco, mientras que Sue era muy joven, poco más de veinte años, y pelirroja. Era guapa, quizá fuera una universitaria haciendo prácticas.

Las tres mujeres irradiaban dulzura, aunque Doris tenía cierto aire curtido, de estar al mando. Se acercó a mí, me estrechó la mano vigorosamente y luego me hizo sentar en una silla frente a su escritorio.

—El doctor Hibben está de viaje y no regresará hasta dentro de unos días —dijo—. Habitualmente es él quien da la bienvenida a los nuevos, pero ya le conocerás cuando vuelva.

—¿El doctor Hibben?

—El doctor Hibben, nuestro director —dijo con una sonrisa, pero no me gustó cómo había sonado eso: ¡un doctor!

—¿Qué clase de doctor es? —pregunté y, por unos instantes, dudé de mi propia cordura. ¿Había quizá acabado en un psiquiátrico después de todo, engañándome a mí mismo para hacerme creer que era una colonia de artistas? Y, si eso era cierto, entonces estaba doblemente loco: ¡lo bastante loco como para creer que un psiquiátrico era una colonia de artistas, pero también lo bastante loco como para que me aceptasen en un psiquiátrico!

Doris no contestó mi pregunta sobre el doctor Hibben; estaba ocupada buscando algo en el cajón de su escritorio. Mi mente se disparó. Tenía que ser un psiquiátrico. El director era un doctor y el lugar era demasiado tranquilo e idílico, perfecto para un manicomio. Y aquellos dos con los que me había cruzado al entrar no eran poetas, sino pacientes, tal y como había sospechado. Por supuesto, podía tratarse de poetas que habían acabado siendo pacientes, pues la historia demuestra que muchos poetas han padecido enfermedades mentales. Sin embargo, aunque hubieran sido poetas ¡ahora eran pacientes!

Pero ¿cómo había sucedido? ¿Cómo había acabado en un manicomio? Había solicitado el ingreso durante el oscuro mes de enero, cuando estaba en las garras de aquella terrible depresión, antes de que mis ideas se aclararan y de que tanto Jeeves como la indemnización de un cuarto de millón de dólares entraran en mi vida. Así pues, ¿había sido mi solicitud de ingreso a lo que creía que era una colonia de artistas en realidad una petición de ayuda a un centro psiquiátrico de élite? ¿Una petición de ayuda que luego había olvidado debido a mi nebulosa y turbiamente? ¿Y ahora había quedado una plaza libre y por eso me habían sacado de la lista de espera?

—Disculpa —dijo Doris, entregándome el formulario que había sido el objetivo de su búsqueda—, no conseguía encontrar esto. ¿Qué era lo que querías saber? ¿Qué tipo de doctor es el doctor Hibben?

—Sí —susurré, y miré el papel que me había entregado—. ¡Era una hoja de historial médico! ¡Me había internado yo mismo!

—El doctor Hibben es doctorado en Historia del Arte —dijo Doris amablemente—. Estuvo en Brown durante unos años, pero ahora lo tenemos nosotros.

—Sí, claro —dije, sintiendo que recuperaba la cordura al instante; había sido un caso solo de locura transitoria, que es algo muy útil para cometer un asesinato pero poco práctico en otras situaciones. Pero gracias a Dios no estaba en un manicomio. Alguien con un doctorado en Historia del Arte tenía que dirigir una colonia de artistas, no un frenopático. Pero ¿por qué había llegado a sospechar lo contrario? ¿Qué era lo que fallaba en mi forma de pensar?

Bien, comprendí que tenía que ser indulgente conmigo mismo y no inquietarme si mi juicio estaba un poco descentrado. Llevaba sin beber solo veinticuatro horas… quizá estuviera padeciendo *delirium tremens*. Además, me habían reorganizado la nariz y eso inevitablemente afecta a cómo una persona percibe la realidad, al menos según unos psiquiatras del siglo XIX que creían que la estructura de la nariz determinaba la psique, una teoría a la que yo concedo cierto mérito pues, de lo contrario, ¿qué motivo podría tener tanta gente para operarse la nariz? Sus psiques están hechas un caos por culpa de narices excesivamente grandes. Una vez esas narices son recortadas, sus psiques mejoran, al menos cosméticamente.

Vi este cambio psíquico en una chica que conocí en el instituto. Era rubia y con buena figura, pero tenía una nariz enorme, una napia de proporciones catastróficas. Todo el mundo la ignoraba y no tenía amigos. Entonces, un verano, sus padres le pagaron una operación de cirugía estética. Cuando empezó el nuevo curso, nadie sabía a qué atenerse con ella. Entonces un jugador del equipo de fútbol le pidió una cita. De repente tenía amigos. Se volvió popular. Se la consideraba guapa, bonita, pero yo veía que en sus ojos seguía la mirada de la chica fea que una vez fue, un resquicio de miedo a perder todo aquello. Al final de ese curso ese resquicio casi se había extinguido por completo, pero todavía quedaba un rastro. Aun así, su psique se debía encontrar mucho mejor. Con una nariz corta a juego con sus demás atributos, estaba destinada a ser cortejada a

menudo y, en último término, a casarse y ser fecundada, que era el objetivo de la mayoría de las chicas en mi instituto de clase media de Nueva Jersey. Pero luego sus hijos tendrían narices grandes. No se puede escapar de uno mismo. Su marido se preguntaría de dónde habían salido esas narices de sus hijos. Quizá el matrimonio se rompiese. Puede incluso que sospechara que su mujer le había sido infiel. Y ella no podría decirle la verdad: *soy fea*.

Bien, la vida no es fácil, eso está claro. Pero *mi* vida estaba volviéndose ahora un poco más sencilla. Estaba en una colonia de artistas y no en un loquero. Eso era positivo.

—Así que el doctor Hibben estuvo en Brown —dije—. Siempre me he preguntado por qué esa universidad se llama así. Nunca lo he consultado. Supongo que será por alguien llamado Brown, porque no puede ser por el color marrón, ¿verdad? Sería interesante, sin embargo, poner a las universidades nombres de colores, como Universidad Roja. Por supuesto había que evitar Blanca y Negra. Y puede que Roja tampoco funcionase. El nombre se asociaría demasiado con Marx. Yo fui a Princeton. Nuestros colores eran el naranja y el negro.

Doris me lanzó una mirada y pensé que quizá lo mejor sería callarme. ¿Cómo se me ocurría lanzarme a charlar mientras mi personalidad estaba sufriendo una remodelación nasal y mi cerebro andaba mareado por falta de alcohol?

Así pues, cerré el pico y empecé a rellenar el formulario del historial médico, y mientras me dedicaba a anotar que no tengo alergias ni estaba tomando ningún medicamento, Doris me dijo:

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? ¿Has tenido un accidente?

Sentí que me miraba con más atención, notando que algo fallaba en una persona que no se quitaba las gafas de sol ni el sombrero a pesar de estar bajo techo. Además, los bordes de mis cardenales eran bastante obvios. Mi disfraz de Hombre Invisible solo me defendía de las miradas casuales, no de las penetrantes.

—Sí, he tenido un accidente —dije—. Nada grave.

—¿Qué pasó?

No estaba realmente preparado para un careo tan enérgico. No me gustaba tener que mentir; soy mucho mejor omitiendo que mintiendo. Pero reuní valor y me lancé.

—Una colisión —dije—. Me golpeó un coche por detrás —en mi

mente imaginé el puño de la Montaña viajando hacia mí—, me lanzó hacia delante y me rompí la nariz contra el volante, por tonto que parezca.

—¡Lo siento mucho! ¿Y cuándo te pasó? —preguntó Doris. La veterana Barbara y la joven Sue aguardaban en silencio, escuchando atentamente nuestra conversación.

—Hace dos días —dije—, después de que habláramos.

—¿Y te duele mucho?

—Hay una pequeña molestia pulsátil, pero no es nada, de verdad.

—¿Qué te dijo el médico?

—No fui al médico, pero estoy bien. La nariz está muy inflada y se ha movido un poco a la derecha, pero no es nada drástico. Puedo soportar bien un ligero desplazamiento a la derecha. Siempre he sido demasiado progresista en mis ideas políticas, aunque no estoy en contra de que se rece en las escuelas, pues creo que quizá ayudase con las notas de los exámenes.

—Déjame verte la cara —dijo Doris, con un tono a medio camino entre maternal y de sargento chusquero, pero en el que quizá había más de sargento que de mamá.

Era obvio que pensaba que era un artista loco incapaz de cuidar de sí mismo, y que creía que su trabajo era cuidar a ese tipo de artistas.

—No es nada —dije—, pero me da un poco de vergüenza que se vea. Por eso llevo estas gafas.

—No tienes que avergonzarte conmigo, yo fui enfermera. Así que quítate las gafas y el sombrero. Puede que tengamos que mandarte al hospital.

No me gustaba nada como sonaba todo esto. Mi experiencia me dice que si entras en un hospital tienen tendencia a querer que te quedes. Así es como acabé en la clínica de rehabilitación de Long Island. Haces una sencilla visita a urgencias del hospital Beth Israel por una intoxicación etílica y antes de que te des cuenta te han metido en una unidad de desintoxicación de la que no te dejan salir en diez días, y de ahí te envían a Long Island, donde te tienen encerrado todo un mes y conoces a psiquiatras de pesadilla como el doctor Montesonti.

Así pues, en ese momento, sentí que jamás debería haber venido

a la Colonia Rose, que debería haberme quedado en Sharon Springs… No, debería haberme quedado en Montclair… No, debería haberme quedado en Nueva York… ¿En qué estaba pensando? No tenía ningún otro sitio al que ir. Era terrible, había volado todos los puentes.

No dije nada ni hice gesto de quitarme mi disfraz. Estaba paralizado. Apenas acababa de tranquilizarme pensando que aquello no era un asilo cuando ya hablaban de ingresarme en un hospital.

—Deja que vea qué aspecto tienes, cariño —dijo Doris—. No te preocupes, que no me voy a asustar.

Esta vez había un poco más de madre y un poco menos de sargento chusquero en su tono, lo que me atrajo. Respondo bien a las madres. A algunos no les gustan las figuras maternas, pero a mí me encantan. Me quité el sombrero y las gafas. El haber dicho *cariño* había sido clave.

—Oh, Dios mío —dijo ella—. ¿No vas a demandar a los del otro coche?

La costra en el puente de la nariz, que las gafas de sol habían ocultado, era truculenta pero estaba curándose. Seguía teniendo los ojos morados, aunque es una tontería llamarlos así —el color de la sangre que se había acumulado en bolsas bajo mis ojos era más bien una gloriosa mezcla de azul, verde o incluso amarillo—, y el hocico seguía ahí, pero había pasado de ser el hocico de un caballo al hocico de un perro.

—Ya sé que no tiene buena pinta —dije—, pero se está curando bastante rápido. Lo más probable es que no los demande… Apenas hay daños en el coche. Simplemente me empujaron hacia delante. Casi es culpa mía. No llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Eso fue un ejemplo magnífico de agilidad mental. Si no hubiera dicho nada, puede que en algún momento Doris se hubiera dado cuenta de que mi coche no tenía ningún daño y habría descubierto que pasaba algo raro. Pero no me sentía bien. Había entrado en el círculo vicioso del que prevarica: las mentiras engendran nuevas mentiras. Por eso prefiero las omisiones. Para no complicar las cosas. Por supuesto, estaba también la verdad, pero no creo que decir que me había emborrachado y me había liado a puñetazos con un desconocido causara buena impresión.

—¿Qué tal respiras? —preguntó Doris.

—Perfectamente bien.

—Parece que el cartílago está bien. No te puedo obligar a ir al hospital, pero sí que creo que tendría que verte un médico. ¿Y si te llevamos a urgencias un momento?

—De verdad que no creo que haga falta. Pero si no sigue mejorando durante los próximos días, aceptaré el ofrecimiento.

Doris pareció resignarse. No iba a pelearse conmigo por eso. Casi podía leer sus pensamientos: *Hay que dejar que estos artistas locos hagan lo que quieran*. Me relajé un poco. Había mentido, pero había sobrevivido.

—Eres muy valiente —dijo Doris.

—Pobrecito —dijo Barbara, que parecía una abuelita, y la joven Sue, la atractiva becaria, bajó la mirada dulce y femeninamente.

Terminé entonces de rellenar el formulario de historial médico y me entregaron una hoja con el título «Nombre de la persona a contactar en caso de emergencia». Ahí anoté al tío Irwin, aunque si se producía una emergencia lo más probable es que pidiera que apagaran la máquina que me mantenía con vida, de modo que me dio cierto placer morboso escribir su nombre.

Doris archivó mis formularios y luego, utilizando un *walkie-talkie*, contactó con uno de mis colegas artistas, cuya labor en el campus era dar la bienvenida a los nuevos el primer día. Me puse el sombrero y las gafas de sol y dos minutos después de que Doris terminara su transmisión, entró en la oficina un tipo diminuto con una mata de pelo plateado y unos ojos intensamente azules para llevarme a mis habitaciones. Tendría más de sesenta años y era un novelista del que yo no había oído hablar llamado Charles Murrin. Por su aspecto parecía un gnomo, pero un gnomo con cierto atractivo. Nos dimos la mano y le dije a Doris:

—Muchas gracias por aceptar mi solicitud. Estoy muy contento de estar aquí —y, dirigiéndome a Barbara y Sue, añadí—: Ha sido un placer conoceros.

Y una vez dispensadas las formalidades, Murrin y yo salimos de la oficina.

Jeeves se quedó en el coche y le indiqué con la mirada que esperara allí. Me pareció que a Murrin le podría parecer raro conocer a mi ayuda de cámara e incluso podría despertarle celos. La

mayoría de los escritores no se pueden permitir tener criados. Murrin y yo caminamos hacia la Mansión.

—¿Dónde has dejado las maletas? —preguntó Murrin—. ¿Te las han llevado ya a la Mansión? ¿Has venido en taxi desde la estación?

—Están en mi coche, vine conduciendo. Las recogeré después.

—Puedo ayudarte con ellas, si quieres —se ofreció, muy amablemente, aunque el portatrajes en el que llevaba mis americanas pesaba más que él.

—Oh, no, gracias, de verdad que no importa. Ya las cogeré luego —dije—. Ahora me muero de ganas de ver mis habitaciones.

Mientras caminábamos, Murrin me puso al día de las horas de las comidas: el desayuno era de ocho a nueve en el comedor; el almuerzo era más solitario —cada día me dejarían una tartera y un termo de café en el cuarto de las botas (se hacía lo mismo para todos los artistas)—, y la cena se servía desde las seis y media hasta las ocho.

—¿En qué trabajarás? —preguntó entonces Murrin mientras paseábamos bajo una techumbre de ramas de árboles. Mis pies cruzaban estrías de luz solar y sombra. Entonces levanté la mirada y vi frente a mí la Mansión, que se elevaba frente a nosotros como una gigantesca y extraterrestre nave espacial hecha de granito.

—En una novela —dije, respondiendo la pregunta de Murrin—. ¿Y tú? ¿En qué estás trabajando?

—También en una novela.

—Mi más sentido pésame.

Murrin sonrió.

—Me alegro de conocer a un compañero de sufrimiento —dijo.

—Preferiría ser un compañero de ruta. ¿Los compañeros de ruta eran comunistas o masones? Siempre me confundo. Estaría bien, no obstante, que ser escritor fuera como ser masón. Sería divertido llevar un anillo especial.

—Oh, sí —dijo Murrin, y me miró con dulzura. Quizá había sido un error dejar entrever que me gustaban los anillos. Quizá había enviado el mensaje equivocado. Este Murrin, que era totalmente encantador, era evidentemente homosexual. ¡De nuevo se planteaba la Cuestión Homosexual!

Conjeturé rápidamente que la diminuta estatura de Murrin —medía aproximadamente metro cincuenta y cinco— es lo que

había definido su sexualidad, pues había dificultado excesivamente la competición por conseguir mujeres y le había hecho entrar en un campo en el que podía ser amado, lo cual resultaba perfectamente comprensible. Todos debemos encontrar nuestro campo. Por supuesto, los motivos por los que prefería a los hombres podían ser muy distintos, pero a lo largo de mi vida he observado que frecuentemente los hombres menudos son homosexuales, aunque, por otro lado, también he observado que los enanos suelen ser arrogantemente heterosexuales. Bueno, es muy difícil entender estas cosas, hacer afirmaciones tajantes sobre la sexualidad humana.

Entramos en la Mansión por una puerta lateral que daba al cuarto de las botas que, a pesar de su nombre, era en realidad un salón de casa de campo muy agradable con sofás estampados de flores, grandes y viejas sillas y varias mesas literalmente cargadas de revistas literarias y de arte.

—Después de cenar —dijo Murrin—, la gente viene aquí a leer el periódico, jugar al Scrabble o al ajedrez o a las cartas. En la Rose no tenemos televisión, pero a veces la gente va al cine del centro comercial.

—Ya veo.

Tuve la impresión de haber llegado a un lugar y un tiempo más sencillos en el que los adultos se reunían en las noches de verano para jugar a cartas.

En la habitación adjunta había dos largas mesas, una para el correo de los colonos y la otra llena de anticuadas tarteras metálicas y de termos. Murrin localizó mi tartera y un termo, ambos objetos ya con mi nombre en una pequeña etiqueta. Ese pequeño detalle me hizo extraordinariamente feliz. ¡Hay que ver cómo cuidaban las pequeñas cosas! Cogí los dos objetos con alegría y luego Murrin me llevó a una escalera trasera y subimos un piso hasta el pasillo en el que me iba a alojar yo, que era largo y oscuro. El silencio de la Mansión era patente, una tranquilidad que en sí misma adquiría la cualidad de sonido de fondo.

—Esta es la antigua ala de los criados —dijo Murrin—, pero no hay nadie más que tú en ella, así que te resultará agradable y muy íntima. —Avanzamos por el pasillo; había puertas cerradas a izquierda y derecha—. Estas otras puertas son habitaciones que utilizamos para almacenar cosas, y este es tu baño privado.

—Señaló la habitación, que tenía una antigua bañera con patas culminadas en garras talladas—. Tienes suerte, eres uno de los pocos que tiene un baño para él solo.

Desde luego, me sentía afortunado. Compartir inodoro con extraños acaba siempre en crisis nerviosa y desastre. Tales cosas es mejor dejarlas para estudiantes universitarios, soldados y presos, gente que es joven y fuerte y puede soportar los rigores de la vida comunal.

Al fondo del pasillo estaban las dos habitaciones que me correspondían, una junto a la otra: un dormitorio y un estudio para escribir.

—No son las instalaciones más cómodas del mundo —dijo Murrin al ponernos en pie en lo que sería mi estudio—. Se suele poner aquí a los jóvenes escritores varones la primera vez que vienen. En la parte principal de la Mansión algunas de las habitaciones son enormes, pero a mí siempre me han gustado estos dos pequeños cuartos. Muy espartanos. Perfectos para hombres jóvenes.

—¿Y dónde te alojas tú? —pregunté.

—Yo estoy en el cuarto piso, en un dormitorio minúsculo, pero mi estudio es una cabaña en el bosque. Unos pocos tenemos cabañas.

En mi estudio había un gran escritorio de madera de roble, una estantería vacía y un catre en el que podía dormir Jeeves. El suelo era de madera oscura antigua; había vigas de madera en el techo. Mi escritorio daba a una ventana con vistas a un prado que descendía hacia la fuente con las ninfas y, a lo lejos, podía distinguir las montañas. Puse mi tartera y mi termo sobre el escritorio. Iba a trabajar bien en esa habitación.

Fuimos a mi dormitorio. Tenía una cama vieja e individual, un pequeño escritorio para escribir cartas y un armario antiguo para guardar la ropa. Sentí que todo aquello era un honor. Me daban todo aquello para que yo pudiera escribir. Me sentí muy agradecido.

Murrin señaló un mapa de la colonia en el escritorio de escribir cartas y lo estudiamos juntos. Mostraba claramente lo que podía encontrar en las instalaciones de doscientas cuarenta hectáreas —graneros convertidos en estudios para artistas y compositores, otras tres casas en las que también había habitaciones para artistas,

una piscina, una pista de tenis, un célebre jardín con rosales (de ahí el nombre de la colonia) y un bosque con senderos para pasear y varios estanques.

—Esto es el cielo —dije.

—Sí, es maravilloso —dijo Murrin—. Llevo treinta años viniendo aquí… he hecho muchos amigos… Si te apetece, muchos nos reunimos en la terraza de atrás para tomar una copa antes de cenar. Más o menos a las seis. Sería una buena ocasión para conocer a gente.

—Gracias por la invitación —dije, y sentí un escalofrío de preocupación por la mención a la bebida. *Una copa antes de cenar*. Tenía que ser fuerte—. Supongo que no habrá problema si solo consumo bebidas carentes de alcohol.

Era una admisión innecesaria, pero quería mantenerme alerta para no beber.

Murrin ser rio por cómo había dicho *carentes de alcohol*, pero luego me miró de arriba abajo, intentando determinar si hablaba en serio o no y puesto que no sonreí ni me uní a su risa y las gafas me ocultaban los ojos, no pudo estar seguro.

—Por supuesto, no tienes que beber si no quieres —dijo, jugando sobre seguro—. Pero ven igualmente para conocer a todo el mundo. La casa está completamente llena, así que somos cuarenta. Es un grupo muy divertido.

Entonces Murrin me miró más intensamente; igual que Doris, había penetrado mi fachada de Hombre Invisible.

—¿Te ha pasado alguna cosa? —preguntó—. Parece que tienes los dos ojos morados.

—He tenido un accidente de tráfico —dije—. Por eso llevo este disfraz con las gafas y el sombrero. Ahora mismo mi cara es un poco espeluznante. Otro coche me embistió por detrás y me rompí la nariz contra el volante y eso es lo que me ha puesto los ojos morados.

Esta repetición de mi anterior mentira me resultó notablemente fácil. He observado que si repites lo bastante una mentira empieza a darte la sensación de que es verdad. Cuando generas nuevas mentiras, es un problema, pero por sí sola, simplemente repetida, la mentira acaba resultando completamente natural.

—¿Sientes mucho dolor? —preguntó Murrin.

—Solo mental.

—Ya, yo también —dijo Murrin, sonriendo. Era un buen tipo y sentí que era alguien en quien se podía confiar. Era anciano, amable y gracioso.

—¿Puedo preguntarte tu opinión sobre una cosa? —dije.

—Claro, por supuesto —dijo Murrin con generosidad.

—En fin, ¿crees que será correcto que lleve el sombrero y las gafas durante la cena? ¿O parecerá raro? La alternativa es lucir mi rostro lleno de hematomas.

—¿Por qué no vienes con tu disfraz? —dijo—. Te dará un aire de misterio.

—Pues entonces eso haré —dije, y me sentí aliviado de que, aparentemente, Murrin no sintiera la menor curiosidad por inspeccionar mis heridas.

—Bueno, pues te dejo para que te instales —dijo Murrin—. Pero siempre me gusta sugerir a los nuevos que se relajen durante el primer día. Hazte una impresión del lugar y ya empezarás a trabajar mañana. Sal a dar un paseo o a nadar un poco en la piscina.

—Lo cierto es que tengo muchas ganas de ponerme a trabajar.

—Vale, cualquier cosa que decidas estará bien. Eso es lo principal de la Colonia Rose. Uno hace lo que quiere… Así que quizá te veamos para tomar una copa carente de alcohol a las seis —dijo Murrin, gastándome una pequeña broma.

—En ocasiones, también las tomo con —dije, con mi alcoholismo de repente proclamándose a los cuatro vientos, ansioso por dejar una puerta abierta a la posibilidad de una bebida. Murrin sonrió de manera cómplice, ¿o quizá no tan cómplice? La gente nunca se toma en serio el alcoholismo de los demás, y ¿por qué iban a hacerlo?

—Haz lo que quieras —dijo Murrin—, esa es la única regla.

Entonces me dejó en mi habitación. En mi propia y acogedora habitación en la Mansión de la Colonia Rose.

Capítulo 14

Ordeno mi escritorio, preparándome para un arrebato de escritura * Reúno mis notas y materiales, encontrándome cosas extrañas sobre la brevedad de la vida y las causas de la caída del cabello * Una nota conduce a una conversación sobre experiencias extracorporales con Jeeves, a quien pongo como probable candidato a tener una de esas experiencias * Escribo una escena sobre los clubes de Nueva York, que lleva a que Jeeves y yo discutamos, por este orden, la Cuestión Racial, la Cuestión Judía, Fitzgerald, la Gran Novela Americana y mis propios planes como novelista

No seguí el consejo de Murrin. En cuanto Jeeves terminó de colocar mis cosas, me senté en el escritorio y me dispuse a trabajar.

Tenía el ordenador abierto y mis bolígrafos, cuadernos y termo de café a mano. Mi *Diccionario Conciso Oxford*, edición de 1960, lleno de formas inglesas de escribir las palabras estaba allí para darme apoyo moral y espiritual, aunque soy demasiado cobarde como para incluir palabras escritas a la inglesa en mis obras.

En fin, ahí estaba yo, como un piloto en la cabina de su aeroplano. Mi escritorio era mi panel de instrumentos y el estar en el segundo piso de la Mansión ayudaba a esta ilusión aérea.

Me recreé un rato en las encantadoras vistas que tenía desde mi ventana: el prado verde, las ninfas de mármol, los viejos árboles, el cielo azul y las lejanas montañas. Un pájaro, oculto en el árbol que estaba más cerca de mi ventana, cantó una vez, y luego una segunda vez para asegurarse de que lo había hecho bien. Otro pájaro le respondió en una clave ligeramente distinta. ¿Una madre llamando a su hijo para que viniera a comer y la respuesta del hijo? El mundo iba bien. ¡Los pájaros cantaban! ¡El cielo era de un azul amable! ¡Yo estaba sentado frente a un escritorio!

Me serví una taza de café de mi termo. Me bebí el café. Era flojo, suave, poco más de un caldo marrón, pero no importaba. Para mí el café es un placebo: basta con que esté ahí, independientemente de su sabor. No puedo escribir sin él.

Lo primero que hice fue sacar mis notas, que guardaba en una caja de zapatos grande. Para que estuvieran ordenadas, las había metido en unos cincuenta sobres tamaño carta, tantos que la caja estaba llena a rebosar. Mis notas —que tomaba en trozos de papel de distinta condición y tamaño— eran mis observaciones y apuntes sobre las cosas, pero en su mayor parte eran cosas que se me ocurrían espontáneamente o largos discursos hechos por Charles, mi compañero de habitación.

En los sobres había escritos mensajes muy claros para mí mismo sobre lo que podría encontrar dentro como, por ejemplo:

> Charles sobre la sociedad de Nueva York
> La vez que nos colamos en la ópera
> Charles sobre las mujeres
> Charles sobre la familia real
> Los problemas con las cucarachas, las pulgas y las palomas
> Mis pensamientos sobre Charles
> Mis pensamientos sobre el sexo

Mirar los sobres me entristeció. Echaba de menos a Charles. Pero él no quería tener nada que ver conmigo. La bebida me había convertido en un compañero de habitación intolerable. Me echó mientras estaba en rehabilitación, así que no tenía la menor esperanza de que consiguiera mantenerme sobrio.

Y ahora aquí estaba, intentando mantenerme sobrio —sin haber tocado el alcohol en las últimas veinticuatro horas— y todo seguía igual. Estaba escribiendo una novela sobre él, que esperaba publicar algún día, y sabía perfectamente que no me lo perdonaría nunca, por muy amable que fuera el retrato que hiciera de él. Le resultaría humillante que yo revelara lo corto que iba de dinero siempre y lo mucho que dependía de las mujeres a las que acompañaba. Pero sentía un impulso inmisericorde e implacable de escribir el libro. Charles era un personaje demasiado fantástico como para abandonarlo. Además, era una cuestión de egoísmo. Era o él o yo. El dinero de la indemnización no me iba a durar para siempre. Tenía que escribir una segunda novela para sobrevivir y para

demostrarme a mí mismo que en el primer libro no había sonado la flauta por casualidad, que yo era, después de todo, un auténtico escritor. Y todo escritor necesita un tema y mi tema era Charles.

Así que me puse la coraza y me preparé para ser despiadado. Dejé a un lado, como siempre, mis reticencias y mi sentimiento de culpa y continué con el libro para aprovechar como era debido este glorioso estudio que la Colonia Rose me había dado. Además, en cuanto empezaba a trabajar todo aquello que me preocupaba o me hacía sentir mal se desvanecía y experimentaba un extraño placer al revivir y dar nueva forma a mis experiencias con Charles a quien además, en mi opinión —y esto hacía que me sintiera menos culpable—, estaba convirtiendo en un héroe, aunque él jamás fuera a verlo así.

Metí la mano en la caja de zapatos, escogí un sobre al azar y quiso la casualidad que diera con uno que tenía escrito: «Pensamientos míos sobre temas diversos que quizá se puedan atribuir al narrador».

Saqué uno de los trozos de papel que había dentro, como si fuera una notita de una galleta de la fortuna y, aunque no recordaba haberlo escrito, decía, de mi puño y letra:

Sigo repitiéndome a mí mismo: la vida es corta. La vida es corta. La vida es corta. ¿La acorto todavía más repitiéndolo sin cesar? Hacer que el personaje basado en mí lo piense.

No era de gran ayuda, así que saqué otro trozo de papel. En este segundo también aparecía una letanía:

> *Ojalá no me estuviera quedando calvo. Ojalá no me estuviera quedando calvo. Ojalá no me estuviera quedando calvo. Bueno, no ha funcionado. Esos tres deseos me recuerdan al Mago de Oz. ¿No tiene Dorothy que decir algo tres veces?*
>
> *Debería cantar* Si tan solo tuviera cabello *con la melodía de* Si tan solo tuviera un cerebro. *También podría cantar esta última canción, puesto que no tengo cabello ni cerebro.*
>
> *Probablemente se me cae el pelo debido a la cantidad de sexo conmigo mismo que practico. Produce pérdida de minerales. Cuando miro a otros hombres calvos sé que a ellos les ha sucedido lo mismo. La calvicie es la marca de Caín de la masturbación. Lo más sorprendente es que todos los hombres con cabello consiguen no practicarla, a pesar de que muchos de ellos parecen bastante*

depravados. Bueno, nunca se sabe de verdad cómo son las vidas de los otros. Puede que algunos parezcan depravados y en realidad sean bastante agradables. Así que el narrador puede asumir que Charles no se toca puesto que conserva toda su mata de cabello.

Tampoco estaba seguro de cuándo había escrito esa nota. Era extraño recibir todos aquellos mensajes de una versión anterior de mí. No obstante, sí que constaté, con cierta alegría, que había un frente en el que había avanzado: últimamente me sentía mucho mejor respecto a mi cabello. La despoblación capilar de mi cúpula había llegado a un elegante punto de equilibrio, o al menos eso me decía a mí mismo.

Saqué otra nota:

Me gustaría tener una experiencia fuera del cuerpo. Quizá el personaje basado en mí pudiera tener una. Puesto que probablemente no puedo tener ninguna en la vida real, mi personaje sí podría tenerla.

—Jeeves —llamé.

Jeeves se transfirió del dormitorio al estudio.

—¿Sí, señor?

—¿Has tenido alguna vez una experiencia fuera del cuerpo?

—¿Se refiere, señor, a una experiencia extracorporal?

—Sí, Jeeves, tienes razón… *Extracuerpo* suena a cuerpo de repuesto. En fin, ¿has tenido alguna?

—¿Alguna qué, señor?

—¿Tú qué crees? ¡Alguna experiencia extracorporal! ¿Te has elevado alguna vez por encima de tu cuerpo y has ido a alguna parte? Me pareces el tipo de persona que podría tener talento para esa clase de cosas. Si es así, podrías contarme cómo es abandonar el propio cuerpo y yo podría escribir sobre ello. Me gustaría incluir ese fenómeno en mi libro.

—Lo siento, señor, pero no he tenido nunca una experiencia extracorporal.

—¿De verdad? Me sorprende. ¿Te gustaría tener una, Jeeves? Me encantaría conseguirte una, si pudiera.

—No, señor, gracias, no quiero tener una experiencia extracorporal.

—Pues a mí sí que me gustaría tener una, Jeeves. Uno se figuraría que con todo mi yoga ya debería haber tenido una, pero quizá diez saludos al sol no sean suficientes… Sería un alivio salir de mi cuerpo de vez en cuando. Muchas veces me siento como si estuviera yendo de un lado para otro metido en un disfraz que no me sienta bien.

—Siento oír eso, señor.

—No hay nada que sentir, Jeeves. En estos momentos me parece que mi cuerpo me sienta de maravilla, aunque me duele un poco la nariz. Estaría bien que mi nariz pudiera tener una experiencia extracorporal, me dejara con una nariz de repuesto adecuada y regresara una vez estuviera curada. Sería como darle un giro positivo a aquel cuento de Gogol. ¿Me sigues, Jeeves?

—A cierta distancia, señor.

—Bien, eso es todo, Jeeves. Estoy muy contento de poder ponerme a trabajar, aunque sea con una nariz un poco dolorida.

—Muy bien, señor.

Bebí un poco más de café, regresé a la caja de zapatos y tomé el sobre marcado como «Charles sobre la sociedad de Nueva York». Saqué un trozo de papel grande en el que había recogido una extraordinaria conversación entre Charles y yo mismo sobre los clubes de Nueva York. Me parecía que ese diálogo podía constituir la escena del día siguiente después de la discusión sobre el desfile del día de San Patricio. Así que tecleé lo siguiente:

> *—Ojalá fuera socio del Yale Club —le dije a Charles.*
>
> *Estábamos tomando una copa de vino temprano por la noche. No nos habíamos hecho cócteles, porque no teníamos ningún licor fuerte. Él estaba sentado en el sofá azul, que era también su cama. Yo me senté en el sofá blanco, cruzando las piernas a la altura de las rodillas, intentando mantener una pose al estilo Douglas Fairbanks Jr.*
>
> *—Tantos relatos de Fitzgerald están ambientados en el Yale Club —continué—. Sería romántico tener un club al que ir a tomar una copa y conocer amigos.*
>
> *—Estoy seguro de que el Yale Club ha sido destruido —dijo Charles—. Probablemente admitan mujeres como socias. Los mejores clubes no admiten mujeres. Los mejores clubes siguen siendo bastiones del fascismo. Randall Chatfield, un viejo amanerado, abandonó el Players Club porque dejaron entrar a*

mujeres. Él habría preferido que dejaran entrar a chicos. El Explorers Club está bien, pero hay que ser un explorador para entrar.

—No sé, quizá sea una tontería mía el imaginarme estos clubes como lugares románticos —dije—. La verdad es que no quiero ser socio ahora, sino ser socio en la década de 1920, cuando Fitzgerald andaba por ahí. El problema es que si pudiera viajar en el tiempo a los años veinte no me dejarían entrar porque soy judío.

—Bueno, si puedes viajar en el tiempo entonces también puedes cambiar de religión. Yo diría que viajar en el tiempo te confiere poderes extraordinarios.

—Pero a mí no me gustaría cambiar de religión.

—Entonces no te quejes —dijo Charles, reprendiéndome—. Y deja de idealizar esos clubes. No admitían judíos. Tienes que aceptarlo. Así eran las cosas. En los años veinte, en muchos de los mejores hoteles había carteles que decían NO SE ADMITEN JUDÍOS, NEGROS NI PERROS *no se admiten judíos, negros ni perros. Y eso molestaba a mucha gente a la que le gustaba viajar con sus perros. A los ricos todavía les gustan los perros. Les gustan más que sus hijos. Les cuestan menos dinero.*

—Si son ricos, ¿qué les importa lo que les cuesten?

—No seas idiota. Cuanto más rico eres más tacaño te vuelves, y nadie es más brutal con sus hijos que los ricos.

—Bien, entonces supongo que no quiero viajar atrás en el tiempo hasta los años veinte. Es una época demasiado racista. Ahora también hay racismo, pero no tanto.

—Odio esa palabra. Les dije a mis estudiantes que me parecía que las mujeres escandinavas eran las más bellas y me llamaron racista, y les expliqué que era una preferencia, no racismo. También les dije que sentía una gran admiración por los negros. Son una de las primeras familias de Estados Unidos.

Me llevó una hora producir ese texto y arreglar el diálogo para que sonara natural. Cuando conseguí llevarlo a un nivel aceptable, llamé a Jeeves.

Se insinuó desde el pasillo.

—¿Sí, señor?

Le leí el resultado de mis esfuerzos.

—Muy bueno, señor —dijo cuando terminé.

—¿De veras lo crees, Jeeves?

—Sí, señor.

—Sí que parece que tenga una obsesión con Douglas Fairbanks Jr. *Gunga Din* debió haberme hechizado en algún momento. Pero quizá sea una fase pasajera. Aunque lo cierto es que me está gustando lucir este bigote. Bien, siempre puedo eliminarlo en la siguiente revisión. No creo que haya muchos lectores que sepan qué es una pose al estilo Douglas Fairbanks Jr. No estoy seguro de saberlo yo mismo.

—Muy bien, señor.

—Jeeves, ¿has notado que, sutilmente, intento tratar la Cuestión Racial y la Cuestión Judía? Y también hay un amago de la Cuestión Homosexual, con la mención a Chatfield.

—Sí, señor. Su tratamiento de estas cuestiones es de lo más sutil.

—Hay tantas Cuestiones, Jeeves. ¿Te has dado cuenta?

—Sí, señor.

—También hay muchos Problemas. El Problema de la Monogamia, el Problema del Cuerpo y la Mente, el problema del Bateador Designado en el béisbol… Naturalmente, yo siento más curiosidad, por puro egoísmo, por la Cuestión Judía. Para los nazis consistía en qué hacer con nosotros, pero para mí la

C. J.

es: ¿Por qué nos odian?

—Una cuestión extremadamente compleja, señor.

—A nosotros, los judíos, nos gustaría descubrir cómo hacer para no ser odiados, ya fuera cambiando nosotros o cambiando a los que nos odian, pero quizá simplemente debamos aceptar que somos odiados, igual que en Alcohólicos Anónimos te dicen que tienes que aceptar que eres un alcohólico. Quizá resulte que los judíos simplemente tenemos que aceptar que somos odiados y pasar a otro tema… Me pregunto si hay algún grupo para judíos con un plan de doce pasos para ayudarnos en este asunto, aunque supongo que para eso está la sinagoga, lo que tiene perfecto sentido porque, ahora que lo pienso, la mayoría de las reuniones de Alcohólicos Anónimos se celebran en iglesias. Así que es lógico que las reuniones del Alcohólicos Anónimos judío, que supongo que es lo que conocemos como judaísmo, se celebren en sinagogas y que en vez de doce pasos uno tenga los Diez Mandamientos.

—Es posible, señor.

—Bien, en mi novela, Jeeves, simplemente plantearé estas Cuestiones. No ofreceré Respuestas, lo que no importa porque todo el mundo sabe que en las novelas que tratan sobre la condición humana nunca se llega a conclusiones. Cuando se escribe la Declaración de Independencia o la Constitución o las instrucciones para realizar neurocirujía, entonces se tiene que ser firme y preciso, pero si se escriben novelas, basta con formular las Cuestiones. La gente no espera mucho de la literatura. Les basta con ver que no son los únicos que están confundidos.

—Una astuta observación, señor.

—¿Sabes lo que me ha molestado un poco, Jeeves? Al escribir ese trozo sobre el Yale Club y Fitzgerald me he dado cuenta de que la mayoría de los escritores a los que admiro odiaban a los judíos. Fitzgerald incluido. No se deberían publicar las cartas de las personas. Inevitablemente detectas un comentario antisemita de alguno de tus héroes y te parte el corazón… Bueno, en fin. Incluso si Fitzgerald era antisemita, *El gran Gatsby* es la Gran Novela Americana. La gente sigue hablando de la Gran Novela Americana como si estuviera por escribir, pero no lo está. La escribió Fitzgerald. Tiene todo lo americano: dinero, sexo, coches, licores, la forja de una nueva identidad, prosa como música de cóctel, Nueva York… ¿Tú qué opinas, Jeeves?

—Sus argumentos son extremadamente convincentes, señor.

—Gracias, Jeeves… Creo, sin embargo, que aunque Fitzgerald escribió la Gran Novela Americana, se *equivocó* cuando dijo que en la vida, en Estados Unidos, no había segundos actos. Creo que lo dijo porque murió demasiado joven y se perdió su propio segundo acto: su elevación de ser un escritor sin éxito a formar parte del canon… Bien, quizá sí que demostró que tenía razón, puesto que su segundo acto llegó después de su muerte, no en su vida, pero creo que ahora la gente vive tantos años gracias a las vitaminas, que sí tienen segundos actos.

—Muy posiblemente, señor. La esperanza de vida ha aumentado.

—¿Sabes, Jeeves? Yo *no* voy a intentar escribir la Gran Novela Americana. Mis ambiciones no son tan altas. Pero quizá mi libro sea la Gran Novela de Nueva Jersey, puesto que cuenta cómo me voy de Nueva Jersey a Nueva York, pero sabiendo siempre en el fondo de mi corazón que regresaría algún día a Jersey, como en efecto

sucedió cuando me mudé con la tía Florence y el tío Irwin a Montclair. Quizá ese sea el final de *El caminante*, que se mude a Montclair y el tío Irwin lo mate de un tiro. Sería como el final de *El gran Gatsby*, pero en lugar de una piscina, puesto que no tienen ninguna, podría dispararme en la bañera porque estoy malgastando el agua caliente… Me gustaría que me mataran al final de mi novela… ¿Te parece demasiado morboso, Jeeves?

—Toda tragedia acaba con la muerte, señor.

—Lo cierto es que pretendo que sea una comedia, pero quizá el final podría ser trágico.

—Muy bien, señor.

—Bien, pues dicho: no voy a escribir la Gran Novela Americana. Eso seguro. No tengo que escribir el mejor libro sobre todo el país; con un estado me basta. Por supuesto, mi primera novela también iba sobre Nueva Jersey y sobre la pérdida de mis padres. Quizá estoy trabajando en un ciclo de novelas sobre Nueva Jersey, como Wagner y su ciclo del *Anillo de los nibelungos*.

—Suena prometedor, señor.

—Eres muy paciente, Jeeves. Siento aburrirte con tanta charla sobre mis planes literarios.

—En absoluto, señor. Disfruto escuchándole.

—Gracias, Jeeves… y gracias por escuchar lo que he escrito.

—Ha sido un placer, señor.

—Bien, lo mejor será que me vuelva a poner a ello.

—Entonces le dejo, señor.

—Espera, Jeeves, ¿has oído algo? Una voz, pero como si fuera la voz de Dios… lejana y profunda.

—Sí, señor.

—Esto es increíble… ¿Es posible que ambos estemos compartiendo algún tipo de alucinación auditiva?

—No, señor. Creo que lo que estamos oyendo es el altavoz del hipódromo. Pasamos frente a él cuando nos acercábamos a la colonia y ahora deben haber dado inicio las carreras.

—Tienes razón, Jeeves. Gracias por aclarármelo. Bueno, no resulta demasiado molesta, esa voz; no puedo fingir que es mi Musa… Quizá dentro de unos días, si trabajo bien, pueda acercarme al hipódromo y perder un poco de dinero…

—Muy bien, señor —dijo Jeeves, y luego salió de la habitación

como si fuera una ráfaga de aire para permitir que su joven amo reemprendiera su labor.

Y así pasé mi primer día en la Colonia Rose —rebuscando feliz en mi caja de notas como quien busca en un pollo asado la carne mejor hecha o la piel más crujiente; tecleando escenas; sorbiendo mi café marrón; escuchando la lejana voz del locutor del hipódromo; comiendo la comida de mi tartera; ignorando el pulsante dolor de mi nariz, y, de vez en cuando, perdiendo la vista en la bella e inexplorada propiedad cubierta de verde que se extendía al otro lado de mi ventana.

Capítulo 15

Me doy un baño, pero me pone muy nervioso la idea de presentarme ante mis colegas de la Colonia Rose * Me pongo mi armadura, dispuesta por Jeeves, pero no me siento particularmente valiente * A Jeeves se le ocurre un sistema científico para mejorar la autoestima, lo que eleva mi moral considerablemente * Hago una salida abajo

A las cinco me eché una siesta rápida y a las cinco y media ya estaba en la bañera para prepararme para la reunión en la terraza de atrás. Me encanta bañarme, pero mientras me mecía en el líquido sentí que la inquietud se apoderaba de mí. El agua caliente estaba expandiendo más mi nariz, lo que parecía peligroso, pero todavía más importante es que me estaba poniendo nervioso al repetir una y otra vez en mi cabeza mi conversación con Murrin: «una copa carente de alcohol a las seis». «En ocasiones, también las tomo con…».

¿Por qué le había contestado eso? Ahora iba a ponerme una bebida en la mano en cuanto llegase, estaba seguro. Debería haberme mantenido firme en mi abstinencia total, pero había sido débil. ¿Por qué en mi vida siempre acababa debilitándome con el tiempo y nunca fortaleciéndome? Debía ser por la gravedad. Siempre tira de nosotros hacia abajo, nunca hacia arriba. Pero tenía que ser fuerte. Tenía que idear una manera para no beber.

Había asistido a varias reuniones de Alcohólicos Anónimos durante la rehabilitación y a unas cuantas más al llegar a Montclair, pero había dejado de ir por un sencillo motivo: no estaba listo para dejarlo, me gustaba demasiado beber. Bueno, quizá sean dos motivos. En todo caso, ahora sí quería dejarlo. Me habían hecho astillas la nariz por culpa de la bebida y en el origen de todo lo que me había ido mal en la vida estaba el alcohol. Y si me emborrachaba en la Colonia Rose seguro que iba a meter la pata.

Así que intenté recordar alguna de las cosas que había oído en las reuniones, a pesar de todos mis esfuerzos por no oír nada, y algunas nociones de
AA
, tal y como yo las entendí, me vinieron a la mente:

1. La vida sin bebida era mejor. Era alentador pensarlo y, además, debía ser cierto, especialmente si la bebida llevaba siempre a pérdidas de conocimiento, narices rotas y desgracias similares.
2. Que yo padecía una alergia física a la sustancia que me hacía imposible controlar cuánta ingería. Esto, sin duda, parecía ser exactamente lo que me pasaba. Casi nunca tomaba una o dos copas, a no ser que no hubiera más disponibles, lo que resultaba profundamente frustrante.
3. Que si no tomaba la primera copa, no me emborracharía. Este último pensamiento se quedó un buen rato dando vueltas por mi cerebro, pues parecía de vital importancia. Está bien, Blair, me dije a mí mismo, limítate a no tomar una copa y no te meterás en líos aquí, en la Colonia Rose.

Pero eso eran matemáticas avanzadas. Una especie de física de la conducta humana. Si no tomabas la primera copa, no te emborracharías. Pero ¿cómo lo haces para no tomar esa primera copa?

No recuerdo que se tratara este asunto en las reuniones. Me devané los sesos intentando forzar la memoria. Sin duda no se les podía haber pasado ese detalle, pues era esencial. Pero, a pesar de todos mis esfuerzos, no conseguí recordar nada al respecto. ¡No había prestado la atención necesaria! Me había perdido la lección más importante: ¡*No sabía cómo* no *tomar la primera copa*! ¡Esto era una pesadilla! Era como ese sueño terrible que tienes en el que debes hacer un examen pero te has olvidado de ir a clase en todo el semestre, lo que resulta todavía peor porque ya no estás en la universidad, así que en algún tipo de lógica onírica demente crees que el título que has tenido todos esos años es fraudulento, lo que confirma una de tus ideas más asentadas sobre ti mismo: que por naturaleza eres un farsante.

Hundí el rostro entre mis empapadas manos. Tenía los dedos

arrugados, como los de un niño. ¡Yo *era* un niño! Una cosita desamparada. Mi propia estupidez me infantilizaba. No tenía ni idea de cómo no beber. Deseé que alguien pudiera ayudarme. Me sentí profundamente consternado.

Pero acto seguido la angustia se disipó porque empezaron a presentarse diversas soluciones: todo lo que tenía que hacer era saltarme la primera copa e ir directamente a la segunda. O simplemente llamar a la primera copa «segunda copa». Sencillamente cambiarle el nombre. Yo era escritor: me estaba permitido jugar con el lenguaje. Después de todo, en
AA
decían «No cojas la primera copa». No decían nada de la segunda copa. O simplemente podía coger dos de golpe y bebérmelas a la vez. De esta forma no contravendría sus consejos.

Entonces me volví a agobiar. ¿Ven a qué me enfrentaba? ¡Pensamientos enfermos! Había empezado intentando reforzar mi determinación de *no* emborracharme y había acabado diseñando un plan *para* emborracharme. ¡Era una locura! Pero todas aquellas deducciones irracionales tenían una misma raíz: ¿Cómo podía enfrentarme a esta gente de la Rose sin beber? Me esperaba un rotundo fracaso:

1. Les parecería aburrido.
2. No sería capaz de hablar.
3. No encajaría.
4. Verían que soy tonto y feo.

Pero si tomaba una copa sería encantador, en absoluto aburrido y, para colmo, sería atractivo, o al menos eso me diría mi empapado cerebro. Pero mi empapado cerebro tenía munición: yo *era* feo. Tenía una nariz hinchada y dos ojos morados. ¡Y allí habría mujeres! Quizá estuviera la chica de mi sueño.

Bueno, desde luego me enfrentaba a una disyuntiva de gran calado. Las cosas pintaban muy mal. Mi mente estaba dividida: quería beber, pero sabía que no debía hacerlo. Era una tortura estar partido en dos bandos.

Emergí de la bañera y fui hasta mi habitación envuelto en mi toalla. Jeeves había dispuesto mi ropa sobre la cama: americana a

cuadros, camisa verde clara de Brooks Brothers, corbata azul con estampado de colibríes y pantalones de caqui.

—Excelente combinación, Jeeves —dije, intentando mostrarme fuerte.

—Gracias, señor.

Me puse mi disfraz. Eso me levantó un poco el ánimo. Puede que la corbata de colibríes estuviera tejida con antidepresivos. Una buena corbata, además, al restringir el flujo de sangre al cerebro, muchas veces contribuye a mejorar el humor de uno.

Me ajusté bien la nariz, llevé el nudo de la corbata a una dudosa perfección y me dispuse a hacer una valiente salida fuera de mis murallas. Pero entonces, en el último momento, descubrí que no podía. La corbata no había cortado lo bastante el flujo de sangre. Mi mente seguía funcionando. Me senté en la cama.

—No quiero ir, Jeeves —dije.

—¿Por qué, señor?

—Estoy muy desanimado. No me siento a gusto conmigo mismo.

—Siento oír eso, señor.

—Y eso me da ganas de beber. No creo que pueda enfrentarme con toda esa gente sin alcohol.

—Creo que es muy importante, señor, que no beba. Fue la conclusión a la que llegamos después del incidente en Sharon Springs.

—Lo sé, Jeeves, pero no es fácil. Me siento atrozmente inseguro.

—Lo lamento, señor.

—Verás, Jeeves, no sé cómo comportarme en un entorno de grupo. Cara a cara con una persona puedo manejarme bastante bien, pero añade unas cuantas personas más y haz que la situación parezca una fiesta y me derrumbo. No sé cuál es mi papel, a pesar de que me gustaría que fuera un papel como de película. Eso me atraería. Eso me haría sentir protagonista de una manera erótica, europea… Pero no sé cómo conseguir que me asignen ese papel… Así que me temo que beberé. Pero al menos cuando bebo puedo hablar con la gente… Oh, Jeeves, de nuevo estamos metidos hasta el cuello. ¡Otra vez!

—No tiene usted por qué beber, señor. La bebida es absolutamente prescindible.

—¡Pero no les gustaré!

—Si me permite la sugerencia, señor, ¿por qué no trata de cultivar una actitud más imperiosa? Imagínese a sí mismo como infinitamente superior a todos aquellos a los que conocerá esta noche.

—¿Te parece prudente, Jeeves? Los tipos altivos no resultan muy agradables.

—Mi esperanza, si me permite continuar, señor, es llevarle a un término medio. Al pensar usted que es superior compensará su bajo estado de ánimo y quizá se descubra relacionándose con los demás de igual a igual, sin creerse que vale más que nadie, pero tampoco menos.

—¿Se trata de una especie de sistema de poleas, Jeeves? ¿Intentar subir mi odio hacia mí mismo con un contrapeso de egolatría para llegar a un punto de equilibrio de humildad normal?

—Precisamente, señor.

—Eres una auténtica maravilla. Lo sabes, ¿verdad, Jeeves?

—Simplemente intento serle de utilidad, señor.

—Bien, pues si nadie te lo ha dicho antes, lo haré yo: eres una maravilla. Me gustaría regalarte una experiencia extracorporal para tu cumpleaños, sea cuando sea. Pero sé que no quieres tener ninguna. Así que tendré que pensar en otro regalo… ¿Un limpiador de zapatos automático…? Sea como sea, me has ayudado muchísimo. ¡Esta idea de las poleas es brillante! Voy a ir ahí abajo y a conocer a toda esa gente. Pensaré que soy mejor que ellos sabiendo secretamente que soy peor, y así les pareceré un tipo la mar de agradable. Y el resultado será que no beberé, disfrutaré de una cena decente y de la conversación con otros artistas y luego, cuando la cena haya terminado, volveré aquí y leeré algo de Anthony Powell o quizá de Hammett o puede que de Raymond Chandler, ya que tengo un libro suyo aquí, y me iré a la cama temprano. Y mañana, vuelta a trabajar en la novela. Eso es lo que importa de verdad: ¡la novela! Tengo que vivir para la novela. Todo lo demás no importa.

—Muy bien, señor.

—Bien, pues me marcho —me levanté de la cama—. Oh, gracias Jeeves —dije, cuando me entregó mis gafas de sol y mi flexible sombrero de Woolworth—. Estas cosas *son* necesarias. Ese Murrin dijo que me darían un aspecto misterioso. Quizá eso sea bueno.

—Una cosa más, señor.

—¿Sí, Jeeves?

—Su bigote, señor, mejora con cada día que pasa.

—¡Gracias, Jeeves! Es muy amable por tu parte decirme eso. Esa información me ayudará sin duda a desplegar mi nueva actitud imperiosa. Creo que mi bigote es como la Torre Eiffel: al principio muchos se opusieron a ella y ahora gusta a todo el mundo.

—Diría que así es, señor.

—Bien, gracias Jeeves, como siempre, por levantarme la moral.

—De nada, señor.

—Voy a efectuar una salida abajo, Jeeves… ¿Crees que Salida Abajo sería un buen nombre artístico para una actriz erótica?

—Un nombre excelente, señor.

—Estoy de acuerdo. Si alguna vez encuentro a una actriz erótica con un nombre horrible, le sugeriré que se lo cambie por Salida Abajo. De hecho, quizá fuera adecuado para cualquier mujer con un nombre horrible. No tiene por qué ser solo para actrices eróticas.

—Muy bien, señor.

Capítulo 16

Murrin me recoge y profiere un comentario favorable * Nos vamos al salón principal y me impresiona su elegancia propia de un museo * Conozco una pareja poética y soy testigo de un beso musculoso * Me presentan a todo el mundo, incluyendo a tres ciudadanos de la tercera edad y un escritor cuyas obras admiro que resulta tener aspecto de un pirata de alta mar * Una joven me hace señas y yo la sigo

Hice una salida hasta el final de las escaleras, empecé a temblar de forma descontrolada y estaba ya a punto de volver a subirlas para hundirme en el pecho de Jeeves, y sugerirle que nos escabulléramos de la Mansión y fuéramos a cenar a la ciudad, cuando al pie de las escaleras me interceptó el diminuto Murrin.

—Justamente iba a por ti, por si te daba un ataque de timidez —dijo, y sus claros ojos azules eran bastante electrizantes, hasta que uno se acostumbraba a la fijeza de su mirada—. La primera noche siempre suele ser la más dura, como muchas cosas en esta vida.

No estaba seguro de si hablaba epigramática o coquetamente. Sea como fuere, cambié de táctica y avancé —con mi propio adverbio— diplomáticamente.

—Muy amable por tu parte —dije, aunque interiormente le maldije por haber venido a buscarme. No me veía capaz de resistir la primera noche, con su primera cena y sus primeras copas. El sistema de poleas de Jeeves me resultaba demasiado difícil de aplicar: mis inclinaciones nunca han sido del tipo mecánico.

—Solo quería recordarte que no debes estar nervioso —continuó Murrin—. Todo el mundo está un poco asustado en su primera noche. Pero nadie va a morderte, no te preocupes. Y tienes muy buen aspecto, con la gorra y las gafas de sol. No te lo había dicho antes, pero me gusta tu bigote. No había visto uno tan fino en

mucho tiempo.

Este cumplido, tan cercano en el tiempo a los de Jeeves, me fue tan bien como una inyección de B12: mi columna, que había estado tan próxima a la disolución, volvió a enderezarse de repente. Dejé de maldecir interiormente a Murrin. Era una persona generosa; un comentario amable de otro ser humano es uno de los mayores regalos que una persona puede recibir. Necesito ser más generoso con mis elogios, ahora que lo pienso. El precio es sin duda razonable.

—Sí —dije—. Mi bigote parece atraer reseñas muy positivas por parte de la mayoría de los críticos. ¿Has visto *Gunga Din*? Imité el estilo de pelo facial de Fairbanks Jr. en esa película.

—¿De veras? Seguro que vi *Gunga Din* de niño, pero no me acuerdo de Douglas Fairbanks Jr. en este momento, bueno, ni de Douglas Fairbanks
Sr.
, si vamos a eso. Anda, vamos a presentarte a la gente.

Murrin procedió a acompañarme por un pasillo lateral de paredes forradas, que dio varios giros en un momento u otro del recorrido, el tipo de cosa que sueles esperar de los pasadizos de servicio en las grandes mansiones, hasta que fuimos a parar a una sala enorme, que era el salón principal y tenía el tamaño de dos pistas de baloncesto de cabo a rabo, por decirlo en terminología deportiva básica.

Preciosas alfombras antiguas cubrían el suelo y el techo era altísimo, con vigas de madera lacada. También vi una escalera forrada con una alfombra roja, en comparación con la cual el resto de escaleras que había visto en mi vida parecían salvajemente desnutridas. De las paredes colgaban gigantescos óleos de escenas pastorales, y también había divanes y sillones lujosamente antiguos y cómodos; una fuente de mármol que tintineaba, situada al lado de la puerta de entrada original, de madera de roble; jarrones antiguos con rosas y lirios recién cortados; y todo ello, excepto por las flores, por supuesto, preservado desde finales del siglo XIX para que los artistas de finales del XX pudieran socializar. Era como las escenas de un museo, pero por una vez se podía cruzar la cuerda roja que separaba a los visitantes de la exposición, y vivir en el pasado.

Murrin señaló que un poco más allá del salón principal había

una capilla con los bancos de madera originales que ahora se utilizaba para los conciertos, y que también había un salón bar donde la gente se reunía para jugar al Scrabble o a cartas si no les apetecía reunirse en el vestíbulo. El comedor estaba al otro lado de la capilla, pero no podía divisarlo aún porque las enormes puertas correderas de madera no se abrirían hasta las seis y media, momento en que sonaría el gong de la cena. Subiendo por la escalera principal, siguió contándome Murrin, había una biblioteca, una serie de saloncitos y una docena de dormitorios, y sendas docenas de estancias más en el tercer y cuarto piso.

Al otro extremo del salón principal había una silla de madera esplendorosa, parecida a un trono. Hasta tenía un pequeño palio, con delicadas esculturas ornamentales: era algo inusual ver una silla con techo propio. Al lado de la silla había un enorme ventanal —del tamaño de media pista de tenis— que daba a la terraza posterior.

Pero lo más notable del trono era que instalados en sus cojines de terciopelo rojo había dos hombres de pelo negro y de igual tamaño, uno sentado en el regazo del otro, y sus bocas estaban unidas en un beso bastante apasionado.

A pesar de mi frecuente exploración de la Cuestión Homosexual, hasta ese momento preciso nunca había visto dos hombres besándose de esa manera. Quizá había entrevisto un besito rápido, en un rincón de una calle del West Village, pero un beso francés ejecutado por dos amantes de las artes griegas era algo completamente nuevo para mí. Lo que más me chocó del intercambio fue el elemento gemelo. No era como cuando un hombre besa a una mujer: lo mayor abarcando a lo menor, lo rudo jugando con lo delicado. En lugar de eso, era como un combate de lucha libre entre dos oponentes igualmente equipados. Llevando la metáfora un poco más allá, tenían el aspecto de un bíceps humano chupándose mutuamente, y quizá se me ocurrió esa imagen porque ambos iban enfundados en camisetas muy ajustadas, y sus brazos musculosos abrazaban al otro con fuerza.

—Esos son Luc y Chris —dijo Murrin con cierto desdén—. Acaban de conocerse. Van un poco fuerte, y hay gente a quien no le ha sentado bien.

Entonces, las dos personas que había visto antes bajaron por la escalera con la alfombra roja, cogidos de la mano. Era el tipo con

las gafas torcidas y los hombros caídos, y la mujer de pelo cobrizo y rostro atormentado.

Murrin nos presentó.

—Este es Alan Blair, un joven novelista. June e Israel Greenberg, ambos poetas.

Mi presentimiento inicial era correcto: ¡los dos *eran* poetas! ¡Una pareja de poetas casados!

De cerca parecían mucho menos desequilibrados que cuando los había visto desde el Caprice, aunque la dureza física y psíquica de la vida artística seguía siendo obvia en ellos. Pero al menos se tenían el uno al otro, lo cual imaginé debía ser un gran alivio. Incluso si la vida les había vencido, no estaban solos, y desde luego se portaron muy amablemente conmigo, dándome la bienvenida y dedicando amigables sonrisas a mi persona. Así que no debería haberles juzgado por el desastroso accidente que eran sus cuerpos, puesto que sus almas, según saltaba a la vista, eran amables y dulces, probablemente a causa de los palos que habían recibido. A menudo, una vida prolongada de golpes e infortunios conduce a una naturaleza más humilde, aunque también puede desembocar con la misma probabilidad en amargura y rabia vencida.

Los cuatro fuimos hacia fuera, pasando frente al trono donde Chris y Luc seguían dándole, aunque ninguno de los cuatro los miró directamente, como si les otorgáramos la privacidad y la discreción que ellos habían rechazado.

En el exterior había un grupito bastante alegre, el aire era cálido, pero cargado de dulzura y la luz del crepúsculo infundía a las cosas un murmullo de color, un rojo veraniego. Casi todos los colonos, unas cuarenta personas, estaban allí. La terraza trasera era ancha y larga, como una piscina olímpica —es difícil, según creo, dar noción de la medida de algo sin referirse al mundo del atletismo— y estaba hecha de baldosas grises. Había sillas de plástico verdes y varias mesas a juego pobladas de botellas de vino y torres de vasos de plástico transparente. También había bancos de piedra en los bordes de la terraza y la gente languidecía en ellos sentada en diversas posturas o estaba en pie charlando con otros. Todo el mundo tenía un vaso de plástico en la mano, lleno de un líquido amarillo: ¡vino blanco ictérico!

Murrin me paseó por la terraza, presentándome a gente, y yo

procedí tan bien como pude a pesar de mis nervios; estaba demasiado ocupado sobreviviendo como para sentirme superior. Murrin quería presentarme a todo el mundo, así que no nos quedábamos a charlar con nadie, solo una sonrisa, un breve intercambio de nombre y oficio —novelista, escultor, compositor, poeta, pintor, ensayista— y eso era todo, aunque después que nos separáramos de cada uno de los artistas plásticos, Murrin me daba una breve descripción de su trabajo. Parecía que todos los pintores y los escultores tenían un estilo característico, un ardid, por así decirlo —el escultor que montaba juguetes de niños sin seguir las instrucciones, el pintor que hacía retratos de retratos, el escultor que hacía esculturas a partir de pinturas, el pintor que creaba lienzos con las zonas numeradas y dejaba que los clientes pintaran cada número de un color, etcétera.

Vi que no había ningún otro hombre vestido con chaqueta y corbata y, de hecho, ni siquiera con chaqueta, pero no me sorprendió demasiado, puesto que la mayoría de los hombres no tienen americanas del tejido adecuado para una tarde cálida de verano. Pero a pesar de que todo el mundo vestía de modo informal, el lugar y la atmósfera eran indudablemente *glamourosos*: la luz del sol se desvanecía poco a poco y la Mansión se elevaba a nuestras espaldas. Casi todo el mundo estaba recién duchado, con el pelo mojado, los ojos brillantes y la piel resplandeciente. Y la luz nos sentaba bien a todos, hasta el punto que incluso los dulces Greenberg estaban fantásticos. Todo el mundo estaba animado y se palpaba cierta tensión sexual. Todos estaban contentos de salir de sus vidas durante un rato e interpretar el papel de vivir como vivían los ricos cien años atrás: tomando una copa antes de cenar en la terraza de una mansión.

Y a pesar de que no utilicé el sistema de poleas de Jeeves, me estaba desempeñando bien. En lo que atañe a los apretones de mano, de hecho, estaba comportándome de forma excelente: ni una sola vez quedaron mis dedos estrujados de una forma que me pareciera vergonzosa, que es lo que suele preocuparme cuando doy la mano a alguien.

Más aún, no parecía que mi disfraz de sombrero y gafas molestase a nadie. De hecho, había un tipo alto y melancólico, un escritor de mediana edad, que llevaba un parche en un ojo. Tenía

una pinta ciertamente más extraña que la mía, lo que, creo yo, hizo que todo fuera más fácil para mí. Iba vestido de forma nada pretenciosa —tejanos y una camisa blanca de tejido Oxford— pero como uno rara vez se cruza con gente con parches hoy en día, yo en comparación, con mi sombrero y mis gafas, debía parecer relativamente cuerdo y normal. Fue solo después de que Murrin me hubiera apartado de aquel pirata-escritor cuando me di cuenta de que su nombre —Reginald Mangrove— me resultaba familiar. Había un libro suyo, *El infierno son los demás*, que había leído y me había gustado mucho, y eso que yo casi nunca leo literatura contemporánea debido al retraso que llevo en la lectura de los antiguos maestros. Así que tenía muchas ganas de hablar más con R.
Mangrove.

Al saludar a todo el mundo me sorprendió observar que yo era una de las personas más jóvenes de la reunión. La mayoría de los artistas y escritores estaban entre los cuarenta y los sesenta años —Murrin, por ejemplo, tenía sesenta y pico— y había dos intrigantes ciudadanos de la tercera edad que parecían estar rozando los ochenta o incluso superándolos ligeramente. Una era una anciana con altos pómulos y una bonita melena de cabello blanco. Llevaba un vestido azul largo y suelto y suficiente maquillaje como para pintar un yate pequeño, pero era obvio que de joven había sido una belleza. Llevaba los labios pintados de rojo sangre y se apoyaba en un bastón. Era pintora, aunque según Murrin estaba legalmente ciega, concepto que jamás he conseguido entender. ¿Acaso se detiene a los legalmente ciegos si salen de casa sin gafas? El otro anciano era un tipo con el cabello plateado y una nariz excepcionalmente larga y gloriosa. Por lo visto, era un poeta que había ganado el Pulitzer.

Había también un pequeño contingente —unos diez— de jóvenes en mi abanico de edad, de los veintimuchos a los treintaypocos, divididos de forma equilibrada entre los dos géneros, pero solo había una joven poetisa, cuando yo esperaba a todo un escuadrón. Resultó que todas las demás jóvenes eran artistas visuales.

La solitaria poetisa, sin embargo, era muy linda —con un tipo de bailarina abandonada con pelo rubio rojizo—, y hablaba con una

guapa y joven fotógrafa cuando Murrin nos presentó.

Una al lado de otra, estas dos jóvenes —ninguna de las cuales, debo decir, era la chica de mi sueño— parecían trabajadoras de una tienda de comida sana, vestidas como estaban al estilo *hippie* posmoderno. La poetisa llevaba un fino vestido y la captadora de imágenes una blusa teñida de forma psicodélica y una de ellas desprendía un distintivo aroma de pachulí.

Murrin me presentó a unas cuantas personas más y cuando hube conocido a casi todos mis compañeros de colonia —los únicos que quedaban eran los pocos que no habían bajado a tomar algo—, Murrin dijo:

—No bebes nada, ¿no?

—Sí, así es —dije, con entereza y resolución.

—Me temo que hoy no hay gaseosa —dijo—, pero veré si podemos traer algo para mañana por la noche. Y quizá algo de jugo de arándanos. ¿Te parece bien?

—Eres muy amable, pero no hace falta que te molestes.

—Bueno, veré qué puedo hacer… Y ahora, si me permites, *yo* sí querría tomar algo.

—No, por supuesto que no —dije, y me alegré de que Murrin, a pesar de lo mucho que me había preocupado en la bañera, no me presionara en absoluto en este asunto de la bebida.

Me dejó entonces para procurarse una botella y un vaso de plástico de una de las mesas. Comprendí que quería que me valiera por mí mismo, como cuando se deja a un animal en el bosque con la esperanza de que se adapte a la vida salvaje y sobreviva.

Así que mi primer movimiento fue irme al borde de la terraza, sin hablar con nadie, y me aseguré de que nadie hablara conmigo dándole la espalda a la multitud.

A mis espaldas todo el mundo charlaba alegremente y para demostrarles que yo era una persona autosuficiente y reflexiva, fingí estar admirando el suntuoso jardín y las ninfas de mármol que se veían en la distancia.

Y fingí tan bien que de hecho empecé a admirar de verdad el suntuoso jardín y las ninfas de mármol que se veían en la distancia. Me pareció muy pastoral y tranquilo, así que me sobresalté un poco cuando sentí que alguien me daba un golpecito en el hombro. Me volví, suponiendo que sería Murrin que venía a rescatarme.

Pero era la fotógrafa joven. Se llamaba Diane. Tenía el cabello negro y unas facciones bonitas —grandes ojos castaños con largas pestañas, una nariz recta y perfecta, pecas graciosas y labios carnosos y seductores—. Su mandíbula estaba un pelín demasiado marcada y sus dientes se montaban un poco, pero hasta esas pequeñas imperfecciones eran atractivas. A juego con su blusa psicodélica llevaba una falda corta de un rosa pálido. Sus pechos eran pequeños y firmes y tenía unas preciosas piernas bronceadas que terminaban en unas sandalias de goma. Mi nariz determinó que no era ella la que estaba empapada de pachulí.

—¿Quieres un vaso de vino? —me preguntó. Sostenía una botella y un vaso de plástico.

—Oh, no, gracias —dije.

Eso pareció detenerla momentáneamente, pero se recuperó:

—¿Qué te parece todo esto hasta ahora? ¿No es flipante estar aquí?

Reconocí por su argot que pertenecía a mi generación. Hice una pausa, y luego dije:

—Ya basta de hablar sobre mí. ¿Cómo estás tú?

Un amigo me había dado en una ocasión esta respuesta cuando le pregunté cómo estaba y siempre había querido utilizarla yo, pero el humor de la réplica pasó desapercibido a Diane. No sé si no tenía sentido del humor o si lo que pasaba es que yo no era gracioso. Al parecer, lo único que mi *boutade* le dio a entender es que yo necesitaba desesperadamente un poco de alcohol.

—¿Estás seguro de que no quieres una copa? —repitió—. Sé que se hace todo muy raro la primera noche —me sonrió. Era muy guapa—. ¿Estás seguro de que no quieres?

Era demasiado guapa. Sentí que la soledad me apuñalaba. Era incapaz de hablar con aquella chica. Un chiste que había guardado durante años había fracasado terriblemente. Ella sostenía en alto la botella y el vaso. Me dije a mí mismo: le diré que no puedo beber, que estoy tomando medicación.

—Estoy tomando antibióticos —dije, y avergonzado de sonar como un mequetrefe, bajé la vista hacia sus sandalias de goma y sus dedos cortos y sucios, que me parecieron irresistiblemente eróticos. ¡Era una hembra *sexy*! ¡Quería besarle esos asilvestrados dedos! Quería besarla por todas partes—. Sabes, sí que tomaré un vaso de

vino —dije de repente—. Lo de los antibióticos era broma.

Sentí la subida de adrenalina que acompaña habitualmente a este tipo de decisiones. Pero el vino, lo sabía bien, era el camino hacia esos dedos. Si me relajaba y me dejaba llevar, tendría una oportunidad de conseguirla. Así que de nuevo, como en Sharon Springs, el impulso alcohólico fascista había tomado el mando y hablado en mi nombre. ¿Por qué los fascistas eran siempre tan elocuentes? Mussolini y Hitler, por ejemplo, realmente sabían cómo cautivar al público. Si tan solo los progresistas fueran igual de buenos.

JFK

y Martin Luther King y Lenny Bruce lo eran, pero todos sabemos lo que les pasó a esos tres. Supongo que para los liberales es peligroso hablar bien. Probablemente eso les provoca inhibición.

—*Deberías* beber —dijo Diane—. Deberías celebrar estar aquí —llenó el vaso y me lo dio—. Yo me he dejado el mío en la mesa.

Echó a andar hacia una de las mesas, a través de la feliz nube de colonos y sus flotantes vasos de vino. Quería que la siguiera. Yo sostenía mi vaso de nitroglicerina amarilla. Recuperé parte de mi fuerza de voluntad. Me limitaré a sostenerlo, pensé. Así me integraré mejor en el grupo, pero no beberé. Seguí a Diane. Sus pantorrillas estaban bronceadas y tenían una forma hermosa. Me llevé la copa a los labios.

Capítulo 17

Se demuestra que Cervantes y Pavlov tienen razón * Muestro una conducta tipo Bajo el volcán * Una impresión general del comedor * Me siento con una pintora, Sigrid Beaubien, el novelista Mangrove, un escritor de ficción llamado Alan Tinkle y una poetisa llamada Lenora * La conversación empieza con novelas pero se centra primordialmente en el problema que hay en la Mansión con los murciélagos * Retorna brevemente la vieja cuestión del psiquiátrico o colonia de artistas * Represento una batalla * Una fuerza de la naturaleza, en forma de mujer, que posee una nariz notable, hace su aparición

La campana que anunciaba la cena tañó justo cuando yo estaba acabando de tragar ese primer vaso de vino, y desencadenó una estampida general hacia la Mansión. Pensé en algo que había leído en el *Quijote* sobre los artistas y la comida, sobre cómo son incapaces de controlarse cuando se les presenta la oportunidad de comer gratis. Bien, ese era el caso en la Colonia Rose —todo era gratis, la comida incluida—, de modo que cuando la campana tañía, los artistas echaban a correr hacia el comedor, y yo habría hecho lo mismo, pero mis necesidades en ese momento no eran de alimentos sólidos.

Así que mientras se apresuraban hacia la mesa, yo me hice astutamente con otro vaso de vino, que me bebí sin compañía en la ahora desierta terraza. Cierto que consideré detenerme tras ese segundo vaso y no beber más durante la velada, pero ese pensamiento fue como un globo que un niño deja escapar en un parque. ¡Procedí a beber un tercer vaso!

Esta maniobra etílica, aunque logró anestesiarme, me perjudicó en lo que se refiere al lugar en que me senté para cenar. Había una mesa muy larga que recorría el centro de la sala, en la que cabían

unas veinte personas, y luego había tres mesas satélite con sitio para ocho comensales cada una. Yo acabé en un extremo de la mesa larga, mientras que Diane y la poetisa, que se llamaba Lindy, se situaron en una de las mesas más pequeñas. Había empezado esta última campaña de ingestión de alcohol con la idea de intimar con Diane —habíamos charlado un poco durante mi primer vaso de vino: ella estaba tomando una serie de fotografías de sí misma disfrazada de varios animales, lo que parecía encajar bien con el aspecto feral de su pie— pero ahora estaba, temporalmente, fuera de mi alcance. Por beber esos vasos de vino de más en la terraza había perdido la oportunidad de sentarme con ella, pero el alcohol era una amante complaciente por derecho propio. Sus primeros besos —esa primera oleada de intoxicación— eran, como siempre, deliciosos aunque, inevitablemente, el vino acabaría por volverse contra mí.

Pero fuera cual fuera el sino alcohólico que me aguardaba, en ese momento estaba de buen humor —solo llevaba tres vasos de vino— y el comedor era un sitio espléndido. Un candelabro apagado colgaba en el centro como si fuera un enorme pendiente de diamantes, y la luz del sol entraba por las vidrieras de las ventanas, infundiendo a la sala una belleza áurea. Las paredes estaban cubiertas de paneles de madera y había vitrinas de cristal que exhibían antiguos platos que parecían obras de arte.

La mesa principal, en la que me senté después de coger un plato de comida de la cola del bufé, era increíblemente vieja y pesada, y las sillas que la rodeaban eran auténticas antigüedades de respaldo alto con pequeñas gárgolas hambrientas talladas en la madera.

Me encontré sentado directamente frente a Mangrove, el novelista con un parche. A mi derecha había un escritor de ficción bajito y enjuto que debía tener más o menos mi edad, un tipo llamado Alan Tinkle. Tenía una profusión de pelo rizado y una mandíbula bastante masculina. Compartíamos el mismo *prénom*, pero a él le habían dado un golpe bajo en la región del apellido [6].

Esa primera noche cenamos filete de salmón, puré de patatas, espinacas al vapor y ensalada, y todo estuvo delicioso. Había más botellas de vino distribuidas a lo largo de la larga mesa, como si fueran conos de tráfico; muy convenientemente, había una justo delante de mí.

A mi izquierda tenía a una pintora llamada Sigrid Beaubien; rozaba los cincuenta y era bastante guapa, de ese tipo de belleza en el ocaso, con manos elegantes y expresivas y hombros desnudos expuestos por su túnica sin mangas, rostro pálido y alargado y cabello negro como el carbón que llevaba recogido de forma muy tirante. Entró rápidamente en conversación conmigo.

—Siempre es un placer conocer a los recién llegados, así que te doy la bienvenida —dijo, mientras le quitaba las espinas a su salmón—. Cada pocos días hay alguien nuevo, pero también alguien se va. Alguien nace y alguien muere.

—Decir que alguien muere es verlo desde un punto de vista un poco dramático, ¿no crees? —dijo Mangrove, desde el otro lado de la mesa.

—A mí me parece como si murieran —dijo—. Yo odio cuando me tengo que marchar cada verano. No puedo creer que esto siga adelante sin mí… Aquí Alan es nuestro recién nacido.

Sonreía de una forma inquietante y hablaba en voz muy baja. La gente que habla en voz muy baja casi siempre está loca. Quieren que te acerques a ellos para poder matarte. Bebí mi cuarto vaso de vino.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó Mangrove, intentando salvarme de Beaubien. Había tensión entre ellos dos. Quizá tuvieron una aventura en algún momento, imaginé, y ahora eso colgaba entre ellos como un sedal atrapado en las ramas de un árbol. Era fácil ver por qué se debieron sentir atraídos: ella estaba demente de una forma dramática y susurrante y él, dramáticamente, solo tenía un ojo. Pero mi aguda intuición me decía que ya no eran pareja.

—Una novela —dije, contestando a Mangrove y, sintiéndome muy locuaz a causa del vino, continué—: No quiero avergonzarte, pero leí *El infierno son los demás* y me gustó mucho. Soy un gran fan del *noir*. Tu personaje que mata a la gente sin prestarle atención es brillante.

—Gracias —dijo, y pareció a la vez encantado e incómodo de que alabaran su obra en público. Sus pálidos labios rosas se curvaron momentáneamente en una sonrisa, pero las expresivas aletas de su nariz se agitaron de forma extraña, y entonces sus facciones recobraron un aspecto más normal y adusto. Tenía el cabello de color negro, del mismo color que su parche, y lo llevaba

muy corto. No había ni rastro de gris, aunque parecía que debía tener cuarenta y muchos. El único ojo que se veía era castaño.

—¿En qué estás trabajando ahora? —pregunté.

—En unas memorias —dijo—. Pero las llamo *Me-noir-ias*, ya que explico mi vida como si fuera un asesinato.

—Eres tan deprimente, Reginald —dijo Beaubien—. ¿Por qué no disfrutas un poco de la vida?

—Tú eres la que ha dicho que marcharse de aquí es como morir —dijo Mangrove.

Este pique entre Mangrove y Beaubien era otro indicio de que habían tenido una relación. Pero antes de que Beaubien pudiera contestar, Mangrove se puso a hablar con la mujer que tenía a su lado sobre el tema de los murciélagos. Esta mujer, una poetisa de cincuenta y pico bastante rotunda llamada Lenora, se acababa de sentar tras haber ido a repetir de espinacas y no se había dado cuenta de que interrumpía una discusión. Así que Mangrove se puso a hablar con Lenora, Beaubien se centró en su salmón y yo estiré el cuello para mirar a Diane, que, desde luego, no estaba estirando el cuello para mirarme a mí, lo que me resultó vagamente decepcionante. Estaba ocupada comiendo y hablando con Lindy. Cuando uno se esfuerza en estirar el cuello hacia el objeto de sus afectos, lo mínimo que espera es que también le estén intentando mirar, pero el hecho de que Diane no me estuviera mirando no quería decir, racionalicé, que no tuviera ninguna posibilidad de ganarme su afecto.

Volví a mi salmón y me llegó algo de la conversación sobre murciélagos que sostenían Mangrove y Lenora. Parecía que la Mansión estaba plagada de murciélagos por la noche y que Mangrove era experto en atraparlos utilizando una red y guantes, lo cual era una gesta que demostraba no poco valor, puesto que era posible que los murciélagos tuvieran la rabia.

—Es horrendo —me dijo Beaubien—. Hace dos noches uno estuvo volando sobre mi habitación. No pude dormir, ni siquiera después de que Reginald lo capturase.

—A mí me gustan los murciélagos —dijo Tinkle—. Son criaturas incomprendidas.

—¿Es cierto que cuando una persona contrae la rabia grita cuando ve agua? —preguntó Beaubien.

—El nombre científico de la rabia es hidrofobia, por lo que la gente la asocia con el miedo al agua, pero creo que se llama hidrofobia por la espuma que provoca —dijo Mangrove—. De todos modos, no estoy seguro de que los humanos echen espuma por la boca cuando tienen la rabia. Creo que mueren bastante rápido. Los murciélagos *pueden* matarte, si te muerden.

—¡Ves lo morboso que eres! Ahora no podré dormir ni una noche durante el resto del verano —dijo Beaubien—. Como si no fuera suficiente con el fantasma de la Mansión…

—No hay ningún fantasma —dijo Mangrove.

—En mi casa tuve una plaga de ratones —dijo Lenora, a quien, me pareció, le faltaban un par de tornillos. Tenía una sonrisa fija, permanente, y se me antojaba que era una de esas conversadoras unilaterales: gente que hace comentarios que tienen vagamente que ver con el tema del que se está hablando pero que no se producen en respuesta a ningún comentario anterior de ningún interlocutor.

—No soporto a los murciélagos. Parecen ratas con alas —dijo Beaubien—. Ratas voladoras.

—Una vez, en Nueva York, una rata me subió por la pierna —dije, en cierta manera lanzándome yo mismo al arte de la conversación unilateral, pero cuando se trata de esa historia de la rata, me resulta imposible reprimir el impulso de conmocionar a los oyentes relatándola y reviviéndola.

—Dios mío —dijo Beaubien.

—Estaba corriendo por la acera y, presa del pánico, me confundió con una farola o algo parecido, y llegó hasta la rodilla antes de darse cuenta de que yo era un humano. Por suerte no me mordió, aunque le habría resultado difícil hincarle el diente a mi rótula. No sé si jamás me recuperaré de aquella impresión.

Mangrove levantó la ceja sobre su parche mientras yo contaba mi historia de la rata y quise preguntarle entonces cómo había perdido el ojo, pero la buena etiqueta impedía esa pregunta.

—A mí me gustaría ser un murciélago —dijo Tinkle, sin comentar mi historia sobre la rata—. Entonces podría colarme en las habitaciones de la gente.

—Yo estoy muy contenta con mi habitación este año —dijo Lenora.

Beaubien soltó una risita ante este comentario, que le debió

parecer gracioso, y yo seguí bebiendo de mi quinto vaso de vino y me estremecí internamente durante unos instantes cuando se apoderó de mí el pensamiento de que quizá *sí* estaba en un psiquiátrico, después de todo, pero que estaba tan loco que pensaba que estaba en una colonia de artistas. La gente a mi alrededor estaba definitivamente desequilibrada. La risita de Beaubien parecía sacada directamente de *Nido de víboras*, había algo surrealista en Tinkle, Mangrove solo tenía un ojo y el rostro de Lenora tenía esculpida una especie de mueca de felicidad.

Estiré el cuello y miré a Diane. Seguía sin buscarme con la mirada, pero al menos, por lo que yo sabía, no estaba loca. Simplemente era guapa y tenía los pies sucios. Y estaba Murrin, departiendo en la otra punta de mi mesa con el poeta que había ganado el Pulitzer, y ninguno de los dos parecía particularmente lunático. Así que el estremecimiento se desvaneció. *Estaba* en una colonia de artistas, no en una casa de locos. Pero iba a tener que hablar de todo esto con Jeeves. Seguía las pautas de otro gran Problema o Cuestión. El viejo Dilema entre la Apariencia y la Realidad que solía aparecer en las preguntas de los exámenes sobre Shakespeare en Princeton.

Acometí el puré de patatas para disponer sacos de tierra en mi interior que contuvieran el efecto del vino. Lenora seguía felicitando a Mangrove por su habilidad para proteger a todo el mundo de los murciélagos y en el aire flotaba el rumor constante de conversación y sonido de cubiertos, y entonces Mangrove se dirigió a mí.

—¿Te has metido en algún tipo de pelea?

—Sí —dijo Beaubien—. ¡Tus gafas de sol y tu sombrero ocultan algo!

Su susurro tenía cierto tono de excitación; tenía sed de distracciones e intriga.

Tomé una buena dosis de mi sexto vaso de vino y dije:

—Es bastante vergonzoso pero sí, me vi implicado en una pelea en un bar.

Este era un caso de *in vino quasi-veritas*. Le había dicho a Murrin y a Doris que el origen de mis heridas había sido un accidente de tráfico, pero ahora, bebido, había soltado una media verdad, porque no estaba todavía lo bastante borracho como para

soltar la verdad entera, para decir que me había metido en una pelea en la acera opuesta a un bar, que no es exactamente lo mismo que una pelea en un bar.

—¿Qué pasó? —preguntó Mangrove, con curiosidad de novelista.

Definitivamente estaba de mi lado, puesto que yo había elogiado *El infierno son los demás*, así que su pregunta no era invasiva sino una auténtica expresión de interés e incluso de preocupación. Y eso me llevó a pensar que, cuando llegase el momento adecuado, podría descubrir qué era lo que le había pasado a él para perder el ojo, pero en este momento el centro de atención era yo, así que dije:

—Bueno, hace dos noches estaba en una ciudad llamada Sharon Springs, en un bar llamado La percha de la gallina…

—¡Qué nombre más gracioso! —dijo Beaubien.

—Y estaba bebiendo y viendo un partido de béisbol, y hubo un borracho al que le caí mal, quizá porque yo era un extraño y aquel era un bar de pueblo. Sea como sea, fui al aseo de caballeros y cuando regresé a la barra, se había sentado en mi taburete. Cometí el error de decir «Yo estaba sentado ahí» y me empujó. Entonces cometí el error de pensar que si alguien te empuja, debes devolverle el empujón, y eso hice, imaginando que ahí acabarían las cosas. Le hice caer del taburete pero, desde luego, no resultó herido. Lo siguiente que sé es que se incorporó y me dio un puñetazo en la cara, cosa que me cogió totalmente por sorpresa, y me rompió la nariz inmediatamente.

—Esto es peor que lo de la rata —dijo Beaubien—. No puedo soportarlo.

—¿Te tumbó? —preguntó Mangrove.

—No perdí la consciencia, aunque el puñetazo me hizo caer de rodillas, pero me levanté y le lancé un golpe cruzado de derecha.

Me puse en pie para ilustrar el movimiento. Me estaba tomando mi historia como un auténtico juglar —estaba un poco borracho y eso me hacía más extrovertido— y di un viril puñetazo al aire, recreando el momento en que había derribado a la Montaña con mi golpe decisivo.

—Le di en la oreja, esta vez sí hiriéndole, momento en el que todos los demás parroquianos convergieron sobre nosotros y nos separaron.

Toda la sala se había quedado en silencio, pues todo el mundo había notado que sucedía algo inusual, al captar mis colegas artistas por el rabillo del ojo mi figura con sombrero y gafas poniéndose en pie e imitando un derechazo de Joe Louis. Por un momento fui el centro de atención. Luego me volví a sentar. Las conversaciones se reemprendieron a lo largo del comedor.

—Yo nunca he estado en una pelea —dijo Mangrove.

—Vamos a ver qué aspecto tienes —dijo Beaubien.

—¿Puedes acercarme esa botella de vino? —le pedí a Lenora. Me había acabado la botella que tenía frente a mí y ella era la que estaba más cerca de la siguiente botella de la mesa.

Me serví un vaso.

—Realmente le estás dando —dijo Tinkle.

—Es un analgésico —dije—. Para que no me duela la cara.

—Me parece muy bien —dijo Tinkle, sonriéndome. Era un tipo curioso: tan pequeño como Murrin, pero con la mandíbula de Zeus.

—¿Nos lo enseñarás? —dijo Mangrove.

—Por favor —dijo Beaubien.

—Por eso estoy bebiendo —dije—. Para reunir valor.

Llené los vasos de Tinkle, Mangrove, Lenora y Beaubien, mis nuevos cuatro amigos. Aunque estuvieran locos, ahora sentía ternura y amor hacia ellos; era en parte por el alcohol y en parte por el puro hecho de que nos hubiera tocado sentarnos juntos —que todos hubiéramos acabado en aquel extremo de la mesa—, pero lo cierto es que me caían muy bien. Entrechocamos nuestros vasos sin brindar por nada. Luego me quité las gafas y el sombrero de Woolworth. De nuevo se hizo el silencio en el comedor. El sonido de los vasos chocando había alertado a los demás de que en nuestra zona seguían pasando cosas extrañas. Los otros artistas estiraron el cuello para verme, captaron algo de mi deforme nariz y mis ojos morados, y luego volvieron a sus charlas.

—Pues a mí me pareces muy *sexy* —dijo Beaubien—. Muy masculino.

Y aunque era de las que susurran, y con las que susurran no se puede bajar la guardia, no pude evitar que su halago me excitara. La mayoría de los hombres no sabemos resistirnos a un elogio. Además, ella no carecía de atractivos: un bonito rostro, hombros esbeltos y un cuello elegante.

—¿Te dio también en los ojos? —preguntó Mangrove, pues obviamente los ojos eran un área que le interesaba.

—No —dije—. Los ojos morados son consecuencia de la hemorragia de la nariz.

—Ciertamente te dio con ganas —dijo Mangrove.

—He estado pensando en operarme un poco, solo las patas de gallo —dijo Lenora—. Pero ¿y si la operación sale mal?

—No te irás a operar tú también, ¿verdad? —me preguntó Beaubien—. Una nariz rota en un hombre es signo de virilidad.

—No, no creo que me la opere —dije y entonces, en ese preciso instante, una mujer entró en la habitación acompañada de una corriente de aire. Su presencia era tan poderosa que por tercera vez se apagaron las conversaciones mientras todos contemplábamos la entrada de aquella rezagada. Fue directamente hacia la comida.

—Ava —dijo Beaubien con celos femeninos.

Calibré las dimensiones de aquella criatura, y debo decir que todo pensamiento sobre Diane y mi breve momento de atracción hacia Beaubien quedaron apartados, desplazados e ignorados. Nunca en mi vida había visto una mujer más impresionante. Llevaba un sencillo vestido de algodón blanco que apenas podía contener metro ochenta de piernas de amazona, gloriosos pechos y una nariz. ¡Una nariz! La nariz más increíble que se pueda concebir. Enorme, abultada, ganchuda, con aletas al viento de tamaño de vasos de chupito. La nariz parecía una especie de nudo enloquecido de un árbol, pero estaba en el centro de su rostro, que era un rostro italiano, un rostro de óvalo romano. Su cabello era de un castaño oscuro que se derramaba en cascadas de rizos y, cuando balanceaba los brazos, se podía ver atractivo vello emergiendo de sus axilas, junto a sus pechos grandes como los de Sophia Loren.

Pero fue la nariz. La nariz fue la causa. Hay una expresión francesa que describe la experiencia de enamorarse en un instante de alguien; se dice *coup de foudre*, que yo siempre he traducido, quizá incorrectamente, como un flechazo al corazón. Bien, lo que yo experimenté cuando vi a Ava fue exactamente eso, pero con un elemento añadido: fue un *coup de foudre par le nez*. Su nariz se me había clavado en el corazón. Me había enamorado. Estaba locamente enamorado.

Llenó su plato de comida y caminó por el comedor hasta la mesa

que estaba a mi espalda. Yo me volví para mirarla. Se detuvo junto a su silla antes de sentarse y me miró directamente a los ojos. Los rayos del sol que entraban por las ventanas atravesaron su fino vestido blanco iluminando la parte superior de sus piernas y no sé si fue una alucinación o no, pero a contraluz creí distinguir, sobre la silueta de su monte de Venus, algunos preciosos hilos de vello público, lo que quería decir que no llevaba bragas. Real o alucinada, esta visión prohibida de la silueta de su *mons Veneris* era lo más bonito que jamás había visto. Por unos instantes había disfrutado de visión de rayos
X
. Entonces se sentó. Conmocionado, apuré mi octavo vaso de vino.

Capítulo 18

En el salón bar con Beaubien * En algún momento de la velada, cambiamos de vino a oporto * Me cuentan la historia de una vida, mientras ansío más oporto * Mi bigote obtiene otra reseña cinco estrellas * Estoy a punto de tomar medidas decisivas * Tinkle hace su aparición

No había bebido tanto, solo un par de botellas de vino en total, pero poco después de la visión de esa nariz, casi perdí una hora y media. No resultaba una experiencia insólita en mi carrera como bebedor; pero mi hígado debía estar notablemente hecho papilla para que me pusiera en modo automático después de una cantidad de alcohol tan reducida.

Cuando me recuperé del apagón me encontré con que me había quedado solo con Beaubien en el salón bar, sorbiendo una copita de oporto. Eran las ocho y media y fuera reinaba la oscuridad. La sala estaba en penumbra, con dos lámparas en sendas esquinas encendidas; las paredes estaban pintadas de un color rojo oscuro y sombrío, ideal para que los millonarios del siglo XIX se tomaran un vasito de *whisky*. Había varias sillas y sofás haciéndose compañía. Rebusqué en mi mente para encontrar una pista de lo que había sucedido en los últimos noventa minutos. No encontré nada. Debí haber terminado de comer; después vino el café y el postre, y luego en algún momento me había quedado a solas con Beaubien. Ella parecía estar desgranando un monólogo, quizá contándome la historia de su vida:

—… y a causa de lo que había pasado, me fugué de casa muchas veces. Luego, a los veinte años, viví en una comuna en los bosques de Oregón. Allí todos éramos vegetarianos, y todo el mundo tenía muchos amantes.

Asentí educadamente; lo que contaba se parecía mucho a la obra

de Shakespeare *Como gustéis*, pero yo trataba de hacerme cargo de la situación y no podía prestarle toda mi atención. Comprobé mi americana, por si tenía vómitos. Ni rastro. Eso era bueno. Mi sombrero estaba en el suelo, pero eso no parecía señal de que hubiera ocurrido nada raro. Tenía las gafas de sol metidas en el bolsillo delantero de mi chaqueta. Me sentía bastante sobrio, lo cual sí era raro, como si el apagón involuntario hubiera hecho las veces de siesta alcohólica; pero en el fondo me estremecí, preocupado. Tendría que confesarle a Jeeves que me había caído del vagón de la abstinencia casi sin resistirme, y que encima ya había sufrido el primer apagón con pérdida de memoria. Ni siquiera había tratado de ejecutar la mascarada de tomar una copa para socializar. Dios, estaba perdido. El alcohol me mataría. Para apartar esos pensamientos de mi cabeza, y capturar de nuevo la sensación alcohólica, me terminé el vaso de oporto de un trago, pero necesitaba más.

Beaubien y yo estábamos instalados en un diván de color oliváceo, y ella se había sentado sobre sus piernas, desnudas y atractivas. Llevaba una falda de color gris muy elegante, y una túnica sin mangas de color melocotón. Sus hombros desnudos seguían desnudos. Noté que estaba sentada muy cerca de mí. Necesitaba desesperadamente echarle el guante a más oporto, pero no veía la botella por ningún lado. Ella seguía inmersa en su susurrado monólogo, que no parecía fácil interrumpir:

—… fue mi primera exposición en París, que fue un gran éxito, pero a mis treinta y pico estaba histérica, así que fui al psicólogo. Me acosté con *muchísimos* jovencitos. Resultó halagador. Ahora, con cuarenta y pico ya no estoy histérica y quiero casarme. Reginald y yo salimos durante un tiempo, pero somos demasiado parecidos… Muchas mujeres de mi edad tienen hijos. Dicen que los cuarenta son los nuevos treinta… En una ocasión, mi psicólogo tuvo que salir del despacho y leí sus notas. Había escrito solo una cosa y la había subrayado varias veces: «Trastorno límite de la personalidad». Consulté qué era eso en la biblioteca y no estuve en absoluto de acuerdo con él, así que dejé de ir. Pero a veces lo echo de menos. Las cosas que te pasan en tu niñez nunca te abandonan. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Creo que sí —dije—. ¿Queda más oporto?

Señaló un aparador detrás de mí en el que había varias botellas.

—¿Quieres un poco más? —pregunté.

—Sí —dijo.

Al levantarme y caminar hacia el aparador comprobé que mis funciones motoras respondían bien. Las piernas estaban firmes y mi mano sostuvo el oporto con firmeza y resolución. Le di las gracias mentalmente a mis miembros por comportarse tan bien. Regresé con la botella y rellené nuestros vasos.

—Gracias, Alan —dijo.

Bebí un trago y sentí que recuperaba un poco del anterior y bendito atontamiento.

—Hablabas de tu infancia —dije.

—Mi padre era un hombre horrible. Yo era una niña particularmente guapa.

Me puso la mano en el hombro. Esta era la seducción más extraña que jamás había experimentado, especialmente porque yo estaba llegando más o menos en el penúltimo momento. Aunque mis sentidos estaban un poco embotados, me dio la impresión de que se había referido veladamente al incesto y a abusos sexuales —«cosas que te pasan en tu niñez», «hombre horrible», «niña particularmente guapa»— mientras, al mismo tiempo, me hacía un pase. Quería que la compadeciera y la deseara a la vez. Deseé que regresara el apagón. No debería haber dejado de ir al psicólogo. Mi mente entró en barrena. ¿Por qué hay tanta gente de la que han abusado sexualmente? A mí, por ejemplo, los niños no me atraían sexualmente en absoluto. Bueno, en una ocasión, en la playa, las nalgas de una chica muy joven me parecieron extraordinariamente bellas bajo su bañador; puede que la niña tuviera solo nueve años, pero lo mío fue una reacción puramente estética, aunque, eso sí, poderosa, porque todavía la recuerdo. Pero a pesar de todo no soy un pedófilo y si tuviera una hija no se me ocurriría entrar en su habitación, como imaginaba que había hecho el padre de Beaubien, y cometer ninguna atrocidad. ¡Pobre Beaubien!

—Tu bigote es tan atractivo —susurró Beaubien, y me apretó el brazo—. Me encanta. Me encantan los hombres con bigote.

Realmente tenía un trastorno límite de la personalidad, aunque no estaba seguro de cuáles eran los síntomas exactos de esa patología. Pero supuse que debían tener algo que ver con un

problema para delimitar y separar las cosas, como hacía obvio su majareta confesión/seducción. Me estaba contando demasiadas cosas sobre sí misma y se había puesto en una situación demasiado vulnerable: no tenía límites. Pero su mano sobre mi brazo me excitaba. La caricia de una mujer, incluso de una mujer que está como una cabra, es muy poderosa. Y el deseo de consolarla —sexual y emocionalmente— activó mi propio sentido quijotesco de la caballerosidad. Alguien debía salvar a aquella belleza demente. ¿Por qué no yo?

Pero presentí que se avecinaba un dilema clásico: ¿Te quedas con la mujer que puedes tener o intentas ir a por la mujer que realmente quieres tener? Yo quería a Ava y a su nariz y, si Ava no podía ser, quedaba todavía Diane y sus pies sucios.

Pero podía tener a Sigrid Beaubien. Con ella no corría el riesgo de ser rechazado. Su mano no se levantaba de mi manga. Había alabado mi bigote. Sus ojos estaban húmedos y suplicantes. Tenía las pupilas tan dilatadas que el iris se había convertido en un fino aro castaño. Estaba loca. Quizá drogada. Tenía unas piernas bonitas. Era de las que susurran. Sus hombros pedían a gritos que los asieran unas manos masculinas. Imaginé que debía ser bastante buena en la cama de una forma histérica y sucia, aunque también la imaginé cogiendo un abridor de carta o unas tijeras y sacándome un ojo mientras estaba en la cama con ella. No sé por qué acudió a mi mente esta imagen en particular, pero a continuación me pregunté, inevitablemente, si le habría sacado ella el ojo a Mangrove.

Así que a pesar de todas las alarmas —los susurros, la confesión fuera de lugar, la admisión de un diagnóstico psiquiátrico, el fanfarroneo sobre sus numerosos amantes—, esa mano en mi brazo era un canto de sirena al que tenía que responder. Siempre he sido un desastre escogiendo a mis compañeras románticas y ahora no era el momento de cambiar. La vida es circular y repetitiva. Tanto Nietzsche como Shakespeare lo confirmaron.

—Me alegro de que te guste mi *bigote* —dije, en un tono de voz íntimo y seductor que indicaba, gracias al énfasis, que estábamos hablando sobre mucho más que bigotes, y supe que a continuación podía inclinarme sobre ella y besarla. Estaba a punto de meter la mano en su cabello negro, para apartárselo del rostro como movimiento inicial. Esa sería mi primera caricia, seguida por una

inclinación hacia mis labios con sabor a oporto, pero Tinkle entró en la habitación justo cuando había enviado la orden a mis terminales nerviosas de que empezaran la acción. Su intrusión, sin embargo, detuvo todos los avances militares-sexuales. Me sacudí un poco en el diván, balanceándome hacia delante como si hubiera sufrido un tirón mioclónico, ese espasmo que sucede justo antes de dormirse, y los labios de Beaubien, que habían estado visiblemente entreabiertos, ahora se habían reagrupado en una tensa sonrisa.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Tinkle.

—No —dijo Beaubien, aunque estaba claramente molesta.

—Quería dar a Alan la bienvenida a los cigarros puros de la Colonia Rose —dijo Tinkle—, si es que le gusta fumar —y, a continuación, dirigiéndose a mí directamente, añadió—: es decir, si te apetece un puro.

—Sí, un puro estaría bien.

—Tendremos que fumar fuera. No está permitido fumar en la Mansión —dijo—. Pero si estáis hablando puedo venir más tarde.

—Sí, estamos hablando —dijo Beaubien con notable frialdad.

—¿Podríamos continuar luego? —pregunté—. He bebido bastante y quizá me siente bien salir a dar un paseo y fumarme un puro.

Era mentira, por supuesto. El puro me iba a poner enfermo, pero había percibido inmediatamente que la llegada de Tinkle era una señal de los dioses de que besar a Beaubien en mi primera noche en la Rose era cortejar el desastre. Dejando aparte el tema de las mujeres que quieres en contraposición a las mujeres que puedes tener, en este caso Ava contra Beaubien, era perfectamente consciente de que Beaubien era demasiado para mí. Era mayor y *sexy* y bella, pero antes de que mis labios la hubieran siquiera rozado, supe que todo saldría horriblemente mal, algo que, naturalmente, era parte fundamental de la atracción que sentía. Era poner la mano en el fuego. Así que Tinkle me había salvado. Me levanté antes de que Beaubien pudiera concederme permiso para marcharme, lo que, de hecho, le obligó a hacerlo.

—Está bien —dijo—. Ve a fumar tu puro. Pero quiero seguir hablando contigo. Estaré en la sala de las botas. Ve a buscarme.

En sus ojos vi que le había hecho daño, que estaba dolida, pero si seguíamos adelante las cosas solo podían ir a peor. Yo estaba

borracho, pero todavía me quedaba algo de cerebro. No iría a buscarla luego, pero ella se olvidaría pronto de mí. Y yo me había comportado, más o menos, como un caballero, así que estaba a salvo. Me agaché a recoger mi sombrero y salí del salón bar con Tinkle.

Capítulo 19

Bebiendo y fumando con Tinkle * Doy consejo, y adopto el rol de Ernest Hemingway * Tinkle trata de matarme

Me encontraba en la habitación de Tinkle, en la tercera planta de la Mansión, fumando uno de sus cigarros y bebiéndome su *whisky*. Después de que dejáramos a Beaubien, mencioné casualmente que necesitaba beber más alcohol, así que subimos a su habitación para fumar, en lugar de dar un paseo, puesto que solo allí podía presentarme formalmente a su botella de Wild Turkey, que no es uno de los *whiskies* más caros, pero que bajo la luz adecuada puede parecer muy atractivo. Y la habitación de Tinkle contaba con la luz adecuada.

Al principio me negué a aceptar el cigarro, pero después de un sorbo del Wild Turkey de Tinkle ya me había puesto uno en la boca y recordé la afición que Hans Castorp sentía por los cigarros en *La montaña mágica* que, como puede que haya mencionado antes, es uno de mis libros favoritos de todos los tiempos. Cuando Hans finalmente besa a Claudia Chauchat allí por la página seiscientos, el libro literalmente salió disparado de mis manos de puro placer eyaculatorio. ¡Durante seiscientas páginas Mann nos había puesto la miel en los labios, tentándonos con la atracción entre esos dos! Se lo había tomado con una calma rayana en el sadismo. Pues bien, valió la pena esperar. Solo en otra ocasión me ha salido un libro volando de las manos, y fue cuando Sancho Panza vomitó en la boca de Don Quijote justo después de que Don Quijote hubiera vomitado en la suya. Recomiendo encarecidamente leer el *Quijote* aunque sea solo por ese pasaje.

De todas formas, las ventanas con vidriera de la habitación de Tinkle estaban abiertas y teníamos encendido un ventilador que empujaba el humo de nuestros cigarros directamente hacia el

exterior, pues en la Mansión no estaba permitido fumar debido al riesgo de incendio que suponía para un edificio tan antiguo. Por la ventana veía el cielo nocturno. Me sentí en paz. Estaba controlando la bebida y todos aquellos pensamientos desagradables sobre abandonar mi corta abstinencia habían desaparecido. El cigarro me sentaba bien y no me provocaba náuseas. Todo era perfecto.

Igual que mis propios aposentos, la habitación de Tinkle era bastante monástica: una cama, un escritorio con una máquina de escribir (Tinkle, deduje, debía ser un escritor chapado a la antigua) y un sillón en el que en estos momentos estaba sentado yo. Tenía una palanca a la derecha para sacar el reposapiés, así que tiré de ella, estiré las piernas y admiré mis zapatos. Dejé el sombrero en el suelo. Tinkle estaba sentado frente a su escritorio.

—Gracias por salvarme de Beaubien —dije.

—¿Salvarte? Parecías estar en una posición ideal. Me sentí muy mal por interrumpir. Yo iría a por ella sin pensármelo un segundo.

Lo que había dicho había estado fuera de lugar: casi había mancillado el carácter de Beaubien. Para recuperarme, lo compensé con una confesión:

—Bueno, verás, resulta que le tengo echado el ojo a Ava. Su nariz es extraordinaria.

—¿Te pone su nariz?

—Creo que sí.

—Yo también tengo problemas sexuales —dijo Tinkle.

—No estoy seguro de que mi atracción por la nariz de Ava pueda calificarse de problema sexual. Es una nariz muy hermosa.

—Discúlpame —dijo Tinkle.

—No pasa nada —dije yo.

—Pero, de verdad, yo tengo problemas sexuales —dijo Tinkle.

—Comprendo —dije.

—¿Puedo hablarte de algo muy personal?

Estaba disfrutando del tabaco y del *whisky* del hombre, así que lo menos que podía hacer era aportarle algún consejo, aunque me asaltó la duda de si todo el mundo en la Rose era así de abierto. Primero Beaubien y ahora Tinkle. Pero tenía sentido: era el nuevo del campus y probablemente estaban desesperados por tener un amigo. Bajé el reposapiés para demostrar que me tomaba en serio lo que me iba a decir y que tenía toda mi atención y simpatía.

—Cuéntamelo todo —le dije a Tinkle.

Él se inclinó hacia delante en una postura casi de confesionario.

—Soy como una pistola de agua rota —dijo—. Disparo de lado.

—¿Has ido a ver a un urólogo? —pregunté, y no lo dije, pero me pregunté si, subconscientemente, el apellido de Alan le había hecho sufrir dolencias de este tipo. Cuando era joven conocí a una chica que se apellidaba Tetilla y eso probablemente condicionó su destino. La recuerdo cantando un solo en el coro del cuarto curso cuando alguien gritó burlonamente «¡Tetilla!». Todo el público del auditorio se rio y la pobre chica perdió completamente el ánimo. Hasta ese punto había cantado magníficamente. Recuerdo incluso que, por un momento, con una especie de intuición de niño de nueve años, llegué a pensar que su preciosa voz llegaría a borrar todos los años de burlas que había recibido. Pero algún abusón debió sentir lo mismo —*¡Tetilla!*— y le robó su victoria. Me pregunto qué se habrá hecho de ella. Su familia se mudó cuando estábamos en quinto. Quizá se fuera a un país extranjero en el que el apellido Tetilla no fuera un inconveniente. Eso es lo mejor que podría haber pasado. Un nombre puede determinar muchas cosas. Miren a Jeeves, pobre hombre. Le resulta muy difícil que la gente le tome en serio.

—Mi problema no es físico —dijo Tinkle—. No es algo que un urólogo pueda solucionar.

—Bueno, disparar de lado me parece a mí bastante físico… Tomaré un poco más de ese *whisky*.

En mi mente mi situación era análoga a cuando Fitzgerald consultó a Hemingway sobre el tamaño de sus genitales —los de Fitzgerald—, o al menos eso es lo que Hemingway explicó en *París era una fiesta*. Así que interpreté el papel de Papá Hemingway y otorgué a Tinkle el de Scott. Me sirvió un poco más de licor.

—Ahora explícame cómo puede ser que disparar de lado no sea un problema urológico —pregunté, y me pregunté si debería traer a colación, después de todo, la historia de Tetilla y hacerle ver la posible raíz psicosomática del problema en relación a su nombre, pero también se me ocurrió que quizá su órgano estaba doblado por algún motivo. ¿Quizá un accidente de bicicleta? O quizá una tapa de inodoro descendiendo rápida e implacablemente le había arrollado. Había oído que esas cosas pasaban y yo mismo había

evitado esa cruel guillotina por muy poco en varias ocasiones. Cada cierto tiempo la gente comete la suprema estupidez de poner algún tipo de encaje o funda en la tapa del inodoro, y ese recubrimiento provoca que las tapas sean impredecibles y dadas a los espasmos. Solo mis reflejos, rápidos como el rayo, me habían salvado durante esas crisis. Quizá los reflejos de Tinkle no eran tan buenos.

—Creo que es más bien que me disparo sin provocación previa —dijo Tinkle—. Hay cosas que me hacen estallar. Tengo orgasmos sin pretenderlo.

—Entonces, ¿no disparas torcido?

—No.

—Pues entonces, ¿por qué has dicho que disparabas torcido?

—Quizá porque sucede cuando llevo pantalones y estoy constreñido a un lado.

—Así que la torcedura juega un papel en el asunto, pero no debido a un daño estructural… ¿Y qué es lo que te hace estallar? ¿El perfume de mujer? Eso a mí me excita mucho. ¿Quizá captar un asomo del olor corporal de una mujer?

—No. El olor corporal seguramente bastaría, pero por lo general nunca estoy lo bastante cerca de una mujer como para percibirlo.

—No siempre hay que estar tan cerca. En una ocasión fui a una papelería y la chica tras el mostrador tenía las axilas al descubierto y estaba fumigando el local. Pero me encantó el olor. Respondí con priapismo. Casi me disparo yo también allí mismo. Me quedé mucho tiempo, fingiendo estar interesado en una pluma que era también un mechero. Ella tenía un aspecto corriente, pero su olor era increíble. Puede que ella lo supiera y no se duchara para compensar el hecho de que sus facciones no eran nada del otro mundo. Regresé allí al menos dos veces, solo por respirar de nuevo aquella fragancia, excitarme y a continuación volver corriendo a casa. Pero no la volví a ver. Es muy frustrante cuando suceden cosas así. A veces es muy difícil adivinar los horarios de una desconocida.

—Como he dicho, un olor puede ser la causa. Pero ni siquiera tiene que ser algo tan obvio. ¿Ves la tapa de ese termo? —preguntó Tinkle.

Había, desde luego, una tapa de termo en el suelo. Estaba boca arriba y podía usarse como vaso.

—¿Eso te enciende?

—Podría.

—¿Y qué es lo que te enciende? ¿La forma? ¿El hecho de que es un receptáculo?

—No. La forma no importa. Lo sexualizo todo. Hasta un cordón de zapato. O una lámpara.

Le eché un vistazo a la tapa del termo, sometiéndola a un examen de belleza para ver si padecía la misma dolencia que Tinkle, pero me pareció que era sencillamente una tapa, aunque me intrigó la noción de que todas las cosas le parecieran eróticas. No sé si fue la bebida, pero casi deseé que a mí también me atrajeran las tapas de los termos. La volví a mirar. Su naturaleza oval era bonita, pero no pasaba de ahí. Miré la lámpara del escritorio. Nada. Continué mi sesión de asesoramiento a Tinkle.

—¿No estarás teniendo un orgasmo ahora mismo, verdad? —le pregunté sin juzgarlo, como un científico.

—No, el *whisky* lo atenúa. Por eso bebo tanto.

—¿Cuántos orgasmos diarios consigues producir?

—Combinado con mucha bebida, me masturbo preventivamente cuatro o cinco veces al día para poder salir a la calle.

Todo eso me sonaba extrañamente familiar. Pero me tranquilicé: puede que compartiera algunos de los síntomas, pero lo mismo podía decirse de la mayoría de las enfermedades mentales.

—¿Por qué crees que te pasa? —pregunté—. Quizá deberías ver a Oliver Sacks. Podría tener una causa neurológica. Como el hombre que confundió a su mujer con una camarera de un bar.

—No practico nada de sexo. Ese es mi problema. Tengo treinta y un años y llevo nueve sin sexo.

¿Qué podía decir para consolarle? Nueve años era muchísimo tiempo. Rara vez uno está ocho años sin hacer algo, excepto quizá viajar a Oriente Medio. Así que nueve años sin algo tan relevante para el bienestar de una persona como el sexo era una situación grave. ¡Pobre Tinkle! Yo recientemente había pasado siete meses —la duración de mi estancia en Nueva Jersey— a pan y agua, pero eso no era nada comparado con lo que Tinkle había tenido que soportar.

—¿Has pensado en requerir los servicios de una prostituta? —pregunté.

—No. Me enamoraría.

—Eres un romántico. Eso es admirable. Pero será mejor que lo dejes. Ir con una prostituta es mejor que ir por ahí y que te provoquen orgasmos las tapas de los termos y las lámparas y los cordones de los zapatos.

—Sería demasiado deprimente pensar que la única forma de la que dispongo para tener sexo es pagando.

—Escucha, si todo el mundo pensara como tú, toda una industria se hundiría. ¡No es deprimente! Bueno, puede que lo sea durante unos pocos minutos después del acto, pero vale la pena. Especialmente en tu situación.

—No puedo. Me sentiría mal por la mujer.

Tinkle era muy terco en este asunto. ¿Qué diablos podía hacer por él? Me habría gustado tener cerca a Jeeves para que me ayudara a solucionar este problema, aunque no creía que el sistema de poleas pudiera aplicarse en un caso tan grave.

—¿Tienes citas con mujeres? —pregunté.

—A veces, pero nunca consigo llegar a la segunda cita, o si salen conmigo es solo porque les doy pena. Y ahora resulta que puede que me corra solo con que estén a mi lado o con que las vea manejar un tenedor. Así que hace un año que no salgo con nadie. Soy demasiado peligroso.

—Eres un tipo atractivo —dije—. No me lo explico.

Tinkle se me quedó mirando, suplicándome con la mirada que no lo obligara a hablar del tema de su altura. Era bastante atractivo —tenía un cabello bonito y rizado, la mandíbula de un estibador y el cuerpo fornido y compacto de un luchador— pero, como Murrin, *era* terriblemente bajo, aunque, hasta donde yo podía ver, eso no lo había convertido en homosexual; todo lo que me contaba apuntaba a que deseaba mantener relaciones con hembras. Sin embargo, sí pensé en sugerirle a Tinkle la posibilidad de probar la homosexualidad, aunque fuera como solución temporal, pero de algún modo me pareció que la propuesta podría ofenderle. Además, solo porque fuera bajo no quería decir que no pudiera conseguir a ninguna mujer, aunque sin duda le complicaba las cosas. Después de todo, es casi imposible para una persona de altura normal conseguir una mujer. Pero tenía que hacer algo para ayudar a Tinkle. Decidí seguir remachando el tema de la prostituta. Le hacía falta estar seguro de que podía funcionar como un hombre y no solo

como una pistola de agua con un escape. Ese sería el primer paso en su recuperación.

—De verdad que creo que ir a un prostíbulo sería lo mejor que podrías hacer —dije—. Desmitificaría el acto y te recalibraría, de modo que solo encontrarás atractivas a las mujeres y no a los objetos. Y te haría recobrar la confianza en ti mismo. Si el dinero es un obstáculo, será un placer avanzarte quinientos dólares. Recibí una indemnización hace unos meses y en estos momentos tengo la cartera bien repleta. Busquemos uno bueno. Esta ciudad tiene un hipódromo. La temporada de carreras ya ha empezado. Estoy seguro de que habrá mujeres guapísimas que se encargarán de ti y te revisarán y pondrán en perfecto estado de funcionamiento. Anoche me alojé en un lugar bastante cutre, pero en la avenida principal vi bastantes hoteles con muy buena pinta. Iremos a uno de esos sitios, nos sentaremos en el bar, beberemos y preguntaremos discretamente al camarero cómo debemos proceder.

Me vi junto a Tinkle, mi pequeño compañero, en un bar elegante y con dos mujeres muy bellas acercándose a nosotros. Quizá yo también echara una cana al aire. En el pasado, cuando me mudé a Nueva York, había tenido algunas experiencias en ese campo, la mayoría de ellas desastrosas, pero al principio siempre es agradable ir directamente al grano con una mujer. Aun así, Tinkle tenía razón: lo sentías por la prostituta, no importa lo curtida que estuviera, y después siempre te acometía una horrible depresión. Pero quizá esta vez, en Saratoga, fuera distinto. Esa es siempre la trampa, sin embargo, *esta vez será mejor, esta vez será diferente*, ese es el gancho con el que funcionan la mayoría de los vicios. El juego, el sexo, el alcohol, las drogas, la comida china: siempre les das una segunda oportunidad o una centésima oportunidad, pero las cosas saludables, como ir en kayak, si no te gustan a la primera, nunca las vuelves a intentar.

—No puedo ir con una prostituta —dijo Tinkle—. Sé que me enamoraría de ella. Soy patético. Además, tengo otro problema que debería contarte… Las corridas *son* cada vez peores. Tengo sueños húmedos cada noche, sin importar lo mucho que beba o me masturbe. Anoche soñé que veía dos perros follando y eso hizo que me corriera. Tengo miedo de irme a dormir esta noche. ¿Qué sucederá si sueño con pinzas de langosta?

—Más *whisky* —dije. Mi capacidad de empatizar se estaba apoderando de mí; no iba a poder aguantar muchas más miserias de Tinkle. Sentí que una negra depresión avanzaba por los bordes de lo que hasta ese momento había sido un ánimo excelente. ¡Pinzas de langosta! La psique de aquel hombre era un campo minado. Me puso cinco centímetros más de Wild Turkey.

—¿Eras tú uno de los perros o solo mirabas? —pregunté.

—Solo miraba. Y cuando el perro se corrió, me corrí yo también.

—¿Cuál es tu otro problema? —susurré. Interiormente me preparé para recibir otro golpe; no me cabía en la cabeza cómo Freud y Jung hacían esto para ganarse la vida.

—Sufro hiperhidrosis —dijo Tinkle.

—¿Qué es hiperhidrosis? —pregunté yo.

—Sudo demasiado.

—¿Te lo ha diagnosticado un médico?

—Sí.

—¿Cómo se contrae hiperhidrosis?

—Los genes. Y el estrés. Parece que el estrés activa los genes.

—Está bien, pues sudas mucho. Duchas extra y desodorante, eso es todo. Quizá una pequeña pastilla. A los incontinentes les dan pastillas para que no se les escape. Quizá te pudieran dar una de esas.

—Nada funciona. Pero no es solo que suden las axilas. Mis manos están increíblemente húmedas. Es desagradable. Si toco a una mujer, creerá que soy una esponja.

—¿Y qué hay de hace nueve años? ¿Quién durmió contigo?

—Una mujer mayor. Lesbiana.

—Si estuvo contigo es que era bisexual, no lesbiana.

—Era más lesbiana que bisexual. Nunca había estado con un hombre. Yo fui un experimento de seis meses. Ahora ha vuelto a ser una lesbiana.

—Bueno, pues no hizo más que regresar a su preferencia original tras pasar seis placenteros meses contigo. ¿Qué pensó de lo de tus manos?

—Dijo que no le importaba.

Tinkle parecía totalmente derrotado al recordar su aventura. Me pregunté si aquella era toda la experiencia sexual que había tenido.

—¿Es la única mujer con la que has estado?

—Sí. La única mujer con la que he estado era lesbiana.

—Escucha, hay muchísimos hombres que matarían por poder decir eso… Tienes que centrarte en los aspectos positivos: no le importó lo de tus manos. Todo eso de la hiperhidrosis no puede ser tan malo. Deja que te dé la mano.

Negó con la cabeza.

—Vamos, por favor. Quiero ver si exageras.

Hizo gesto de secarse la palma en el pantalón.

—No —dije, deteniéndolo—. Quiero recibir todo el impacto.

Nos dimos la mano. Su mano, en efecto, *estaba* muy húmeda y fría. Parecía una esponja. No dije nada. No creía que el tipo pudiera soportarlo. Yo, desde luego, no pude soportarlo. Sentí que me desmoronaba mentalmente. Apuré mi *whisky* y Tinkle me sirvió un poco más.

—Tengo que utilizar bolígrafos cuya tinta no se disuelva en el agua —dijo—. Intento evitar dar la mano siempre que puedo o, si no puedo evitarlo, me la seco rápidamente en los pantalones antes del apretón… Una vez estaba en una cita, era invierno, y estaba en el coche de una mujer. Ella no dejaba de preguntarme por qué mi lado del parabrisas se empañaba. Le dije que debían haberse estropeado las lunetas térmicas. Ese es el mundo en el que vivo.

—¿La hiperhidrosis empañó el parabrisas?

—Sí.

—Eres como un superhéroe —dije, intentando convocar un ápice de entusiasmo por su dolencia—. Haces que las ventanas se empañen y que la tinta se corra. Eres una fuerza de la naturaleza. Esa es una forma positiva de verlo.

—No, si ya pienso sobre ello de forma positiva. Es una maldición pero también es un don… Dios sabía que iba a estar siempre solo así que me dio la capacidad de autolubricarme.

Tinkle esbozó una sonrisa sensiblera y luego añadió:

—Hay una cosa más.

Me hundí en el sillón y asentí, como un esclavo recibiendo estoicamente otro latigazo de su amo romano.

—El otro día vi un bulto en el glande —dijo Tinkle, soltándolo todo, sin contenerse lo más mínimo. ¡Qué cruel era Tinkle! Yo no estaba hecho para que me maltrataran así—. Creo que tengo cáncer de pene. Cuando se abusa de alguna parte del cuerpo, las células se

fragmentan. Creo que puede que eso sea lo que me ha sucedido.

—Tienes que ir a ver a un médico —farfullé. Mi voz apenas era audible.

Tinkle me había derrotado. Estaba físicamente destruido. Yo no era ningún Hemingway. Este último anuncio había sido la gota que había colmado el vaso.

—Probablemente tendrán que amputarme el pene —dijo Tinkle, recreándose en su martirio y ensañándose en mi demolición mental—. Mi vida habrá acabado antes de que haya tenido una vida de verdad.

—No digas esas cosas; no es bueno —croé.

—No te preocupes. Tengo un plan —dijo Tinkle—. Voy a convertirme en un murciélago. Voy a quemar un corcho y a tiznarme la cara, como Al Johnson. Me escurriré en las habitaciones de las mujeres aquí en la Mansión y no me verán.

—Por favor, dime que estás bromeando —supliqué. O bien Tinkle estaba loco o increíblemente borracho o ambas cosas.

—No, voy a convertirme en un murciélago. Será una actuación memorable. Aquí todo el mundo le tiene miedo a los murciélagos.

—No irás a propasarte con nadie, ¿verdad?

—No, solo me quedaré entre las sombras sin ser visto. Ahora ya soy invisible para ellas, así que será más o menos lo mismo.

—Escucha, eso es una locura. Olvídate de todo eso del murciélago y del cáncer de pene. Estoy seguro de que estás bien. Yo también imagino cosas en mi pene que no están ahí. A todo el mundo le pasa. Es algo que viene con tener pene… Por favor… no tienes por qué tener cáncer y no tienes por qué convertirte en un murciélago. Debes pensar en tu trabajo, en tu escritura —agité la mano en dirección a la máquina de escribir—. Vive para eso. Yo mismo he tenido cierto número de contratiempos últimamente (mírame la cara), pero mientras pueda seguir trabajando en mi novela, sé que todo irá bien. Así que olvídate del sexo y de las *performances* extrañas. ¿En qué estás trabajando ahora?

—Es como el libro de Mangrove, pero un poco distinto.

—¿Qué es? Dímelo —le supliqué. La vida de este tipo tenía que tener algún sentido.

—Es una novela en forma de nota de suicidio.

El dolor se terminó más o menos entonces.

Empezó el apagón.

Capítulo 20

Una charla con Jeeves acerca del desprendimiento del amor en contraposición con el desprendimiento de retinas * Doy un discurso sobre la posible aplicación interpersonal de la divisa del socorrista

—Oh, Jeeves —dije. Estaba en la cama. Era de buena mañana. Mi cerebro era una ampolla y mi boca una cartera de piel vieja sin dinero.

—¿Sí, señor?

—Oh, Jeeves…

—¿Sí, señor?

—Por favor, Jeeves. No lo hagas más. Estoy enfermo. No estoy para duetos.

—Sí, señor.

—Por favor, Jeeves. No más «Sí, señor».

—Muy bien, señor.

Cerré los ojos. Pensé que me venían arcadas. Me concentré en tranquilizarme con respiraciones de yoga.

—Tráeme agua, Jeeves.

Jeeves se desvaneció. Se fue al baño y volvió con un vaso lleno de agua. Me incorporé sobre un codo y me tragué el nutriente cóctel de dos partes de hidrógeno y una parte de oxígeno. El sol iluminó los bordes de mis delgadas cortinas blancas y confirió a la estancia un brillo amarillento de primera hora de la mañana. Miré mi reloj de viaje: solo eran las siete y media. Me dejé caer y me estiré en la cama cuan largo era.

—Bueno, Jeeves. El desastre ha vuelto a cebarse conmigo.

—Me lo imagino, señor.

—No he podido resistir.

—Lo sé, señor.

—¿Me odias, Jeeves?

—Por supuesto que no, señor.

—Pero es que deberías. He vuelto a caer en la bebida. Ni siquiera han pasado cuarenta y ocho horas.

—Su comportamiento, señor, es innegablemente propio de un alcohólico.

—Entonces deberías odiarme, Jeeves.

—No, señor. Me desprendo del apego.

—¿Igual que las retinas? ¿No quieres mirarme, siquiera?

—No exactamente, señor. Una vez oí que su tía Florence le hablaba a su tío Irwin acerca de la filosofía que había detrás de las reuniones de Alcohólicos Anónimos a las que asistía. Le dijo que así se desprendía del apego que sentía por usted.

—¿Qué crees que quería decir con eso, Jeeves?

—Que lo quería, señor, pero que no podía hacer demasiado por usted. Su tía reconocía que se sentía impotente e incapaz de ayudarle, pero que su comportamiento autodestructivo no le impedía quererle, a una distancia segura.

—¿Así que no me odiaba por mi alcoholismo?

—Correcto, señor.

—¿Y tú tampoco?

—Sí, señor.

—¿Sí me odias o sí no me odias?

—No le odio, señor.

—Siento pedirte que seas tan explícito, Jeeves. He dividido mi coeficiente intelectual por dos gracias a todo el licor que me he metido entre pecho y espalda.

—Lo comprendo, señor.

Me sentí desanimado. Nauseabundo. Con el cerebro encogido por la deshidratación. Moralmente derrotado. Con la nariz palpitante.

Jeeves se quedó de pie, pacientemente, a mi lado. La luz del sol seguía iluminando el borde de las cortinas, como una llama retorciendo la punta de un pedazo de papel. Inspiré al ritmo del yoga, tratando de sanar mi mente.

Pero entonces, un terrible aguijón de miedo se clavó en mi conciencia. No podía recordar cómo había vuelto a la habitación ni lo que había sucedido después de que el loco de Tinkle me

condujera hasta el colapso. ¿Me habría metido en algún lío? Ya me había sucedido alguna vez cuando se producían mis proverbiales apagones. En la universidad, según mis amigos, me había golpeado la cabeza contra la luna de cristal de un precioso reloj de pared antiguo en uno de los restaurantes más elegantes de Princeton, para decir a continuación: «¡El tiempo no tiene ningún efecto sobre mí!». De estar sobrio, jamás habría causado daños en un reloj antiguo, ni tampoco habría emitido una sentencia tan vanidosa.

Y otra vez, en Nueva York, me encontraba en un bar en la zona East Sixties, viendo un combate de boxeo alrededor de las diez de la noche, y eso es lo último que recuerdo hasta que recobré la lucidez poco después de las cuatro de la madrugada, cuando me encontraron debajo de un coche aparcado en la calle Eldridge, cerca del Lower East Side. Era noviembre y la noche era gélida y yo había perdido mi abrigo. Todo lo que me protegía de los elementos era mi fabulosa y fiel chaqueta de *tweed* gris de Brooks Brothers. Pero qué comportamiento: ¡perder un abrigo, dormir bajo un coche!

El encargado del bar de la calle Eldridge cuyo bar había estado promocionando —o eso me contaron después— había cerrado el establecimiento y se disponía a irse con su novia islandesa cuando divisó mis pies asomando cómica y trágicamente tras la matrícula del coche, como si fuera una bruja borracha.

Me despertó, me sacó de debajo del coche —tarea nada fácil— y me dijo que podía haber muerto por congelación. Luego yo vomité, aunque logré evitar milagrosamente manchar al amable señor, y él y su novia me acompañaron a su casa, donde seguí vomitando durante un par de horas por lo menos, agarrado al inodoro con la poca energía y fuerza vital que me quedaban. El barista se fue a dormir y su dulce novia rubia se quedó cuidando de mí. Yo seguía disculpándome, y me acuerdo que ella dijo, mientras limpiaba mi cara con una toalla húmeda: «No tienes que decir que lo sientes. Soy de Islandia. Allí hacemos estas cosas constantemente».

Unos meses más tarde leí en la sección de ciencia de *The New York Times* que Islandia, un país de maravilloso nombre, tiene uno de los porcentajes de alcoholismo más altos del mundo. Así que los dioses cuidaron de mí, porque me mandaron a una islandesa para que me ayudara cuando más lo necesité.

Nunca sabré cómo fui desde East Sixties hasta la calle Eldridge,

que es una distancia notable en términos de Manhattan, o lo que hice durante casi seis horas. Esa parte de mi vida está perdida para siempre, como muchas otras noches. Y jamás volví a ver al encargado del bar, ni a su preciosa novia, nunca más.

—¿A qué hora llegué, Jeeves? —le pregunté, inquieto.

—Un poco antes de las diez, señor. Bastante temprano.

Eso era buena señal. Por lo que podía recordar, había ido a la habitación de Tinkle a las nueve menos cuarto. Estuve con él durante al menos media hora, quizá incluso cuarenta minutos. Eso no dejaba mucho tiempo para perpetrar nada vergonzoso durante mi apagón. Tendría que preguntarle a Tinkle qué había pasado. No me apetecía nada verle de nuevo, tan pronto, después de lo que me había hecho, aunque no le consideraba un mal tipo, solo tremendamente desafortunado en la vida y la naturaleza.

—Un poco antes de las diez; eso es muy buena noticia —le dije a Jeeves—. Creo que perdí la memoria cerca de las nueve y media. Así que aún hay esperanzas, quizá no cometí ninguna locura… ¿Puedes comprobar si tengo alguna herida reciente, o moratones?

—No, señor.

—Oh, Jeeves. Cuánto siento que tengas que conocerme. Soy un dipsomaníaco sin esperanza. ¿Te dije algo vergonzoso?

—No, señor. Simplemente quería irse a la cama. Logró contarme que un señor llamado Tinkle se había portado muy mal con usted, pero no especificó qué tipo de acción llevó a cabo.

—No es que se portase mal, Jeeves. Pero el pobre tipo está aún peor que yo, si es que puedes llegar a creértelo. Yo quizá tenga la nariz rota y un problema de alcohol, pero Tinkle está en un buen aprieto. No creo que tu sistema de poleas funcionase con él. Quizá si llevase alzas en los zapatos… Pero por lo que he leído, ese tipo de trucos no funcionan. Pues Tinkle confió en mí, Jeeves. Me contó todos sus problemas. Fue como un ataque de radiación. Deshizo todas mis defensas interiores. Psíquicamente, habría necesitado una de esas capas de protección que te dan en el dentista, para las babas.

—Ya veo, señor.

—¿Me traerías un poco más de agua, Jeeves?

—Sí, señor.

Me tragué otro vaso reforzante de H_2O y luego me levanté de la

cama. Estaba bastante estabilizado. Miré por la ventana; prometía ser un día precioso. Quizá todo acabaría bien… Bueno, tan pronto como Tinkle me informara acerca de mi media hora perdida. Me dejé caer de nuevo en la cama y consulté mi nariz, palpándola con los dedos. Aún estaba algo blanda y pulsante, pero la hinchazón había bajado un poco. Medité sobre lo que había ido mal con Tinkle y traté de explicárselo a Jeeves:

—Sabes, Jeeves, el problema con Tinkle es que probablemente debería haberme desprendido del apego, si hubiera oído hablar del concepto. Pero en lugar de desprenderme, terminé prendido y succionado.

—Qué desafortunado, señor.

—Debería haberlo visto. Durante mis años de entrenamiento como socorrista, cuando era joven, me advirtieron acerca de esto. La divisa del socorrista es «Alcanza. Lanza. Rema. Ve». Lo primero que tienes que hacer es tratar de alcanzar a la víctima con un palo largo o uno de esos ganchos. Si eso no funciona, le lanzas una de esas cosas redondas que flotan. El impulso que uno siente siempre es la de tirárselo al que se ahoga a la cabeza, como si fuera una herradura de caballo y hubiera que acertar un palo, pero no se hace así. Hay que lanzarlo junto a ellos, no encima. Pero si la cosa redonda no funciona, entonces hay que subirse a un bote y cascarles con un remo y luego subirlos a bordo. Y si no tienes bote ni lancha ni nada, entonces es cuando *vas*. Lo último, último que tienes que hacer con alguien que se está ahogando es meterte en el agua con él. El instinto de muerte les ha dominado, e intentarán matarte a ti y hundirte con ellos. La mayor parte de lo que aprendí como socorrista fueron artes marciales, y cómo someter a una persona para poder salvarla. Así que recuerda, Jeeves: «Alcanza. Lanza. Rema. Ve». Creo que este teorema puede aplicarse también a las relaciones humanas fuera de las piscinas.

—Muy interesante, señor.

—Es exactamente como ese asunto del desprendimiento del amor. Me pregunto si en Alcohólicos Anónimos elaboraron sus principios inspirándose en los estatutos del sindicato de socorristas. Pero con Tinkle me olvidé de todo lo que me habían enseñado allí. Me metí en el agua, y el tipo me arrastró con él. Oh, Jeeves, no te haces a la idea de lo mucho que luchó. Y al principio de la velada se

me había acercado una loca muy atractiva, Sigrid Beaubien… Y luego hay otra mujer notablemente hermosa que se llama Ava, con una nariz de lo más peculiar… En resumen, fue una primera noche extraña. ¿Crees que se trata de un manicomio en realidad, y que todos estamos engañados y pensamos que es una colonia de artistas? Sigo pensando que es una posibilidad, y llevo un rato queriendo preguntarte qué opinas.

—Estoy bastante seguro, señor, de que estamos en un centro de desarrollo artístico.

—¿Qué te hace estar tan seguro, Jeeves?

—Simplemente lo estoy, señor.

—De acuerdo, Jeeves. Te creo. La falta de personal médico, o al menos de presencia visible de personal médico, es sin duda un punto a favor de tu argumento.

—Sí, señor.

—Aunque no me importaría algo de asistencia médica, con la resaca que llevo, y no es que sea terrible. Los informes preliminares eran lúgubres, pero me estoy recuperando bien.

—Señor, le sugiero que se tome un baño, y si puede comer algo, debería desayunar y tomarse huevos. Las proteínas y los minerales de los huevos, como usted sabe, son muy buenos tras una noche de alcohol.

—Sí, estaría bien desayunar huevos.

Jeeves recogió mi toalla de baño.

—Gracias, Jeeves.

—De nada, señor.

—Ah, Jeeves, voy a volver al vagón, te lo prometo —dije, pero en cuanto pronuncié esas palabras me di cuenta de la fragilidad de lo dicho, de mi propia resolución, y estoy seguro de que Jeeves también se dio cuenta.

—Muy bien, señor.

—¿Estás desprendido, verdad, Jeeves?

—Sí, señor.

—No te culpo. Es la posición más correcta. Ojalá pudiera desprenderme yo también. Pero no parece que uno pueda aplicar los principios del buen socorrismo o de

Al-Anon

a uno mismo. El único recurso que me queda si me ahogo es

obligarme a nadar.

—Una conclusión lógica, señor.

—Bueno, pues iré a practicar a la bañera.

—Muy bien, señor.

—Me haré el muerto.

—Sí, señor.

—Era un intento de humor negro, Jeeves.

—Lo comprendo, señor.

Capítulo 21

Se llega a otra división del mundo occidental * Paso en falso con Tinkle, pero luego se produce un buen debate * Me uno a una mesa y me entero de dos cotilleos * Me acusan falsamente, ¿o tal vez no?

La mitad de los residentes de la colonia bajaron a desayunar, mientras el resto debían ser abstemios de desayuno, detalle en el que reparé con cierto interés. En la búsqueda de uno mismo por dividir el mundo incesantemente, creo que se puede afirmar con cierta seguridad que dicho mundo se divide entre los que bajan a desayunar y los que prescinden del desayuno.

Tan pronto como entré en el salón medio vacío, divisé a Tinkle avanzando en dirección a la jarra de café. Todos los demás estaban instalados en una constelación de mesas, y ya habían saqueado las bandejas de huevos recién hechos, las patatas, el *bacon* y los copos de avena. Había grandes boles de fruta fresca, de *muesli* y yogur que también se peleaban por la atención de los comensales.

Me dirigí de cabeza a Tinkle. Tenía que aclarar el asunto de la media hora que había perdido. Crucé el salón y me di cuenta de que mis compañeros de colonia me miraban de reojo —después de todo, era el nuevo, el objeto de curiosidad—, pero yo estaba mucho menos nervioso que la noche anterior, cuando les había conocido mientras tomábamos unas copas. No llevaba sombrero ni gafas de sol, pues llegados a este punto pensaba que resultaría más raro proseguir con la mascarada; casi todo el mundo me había visto la cara o al menos la había entrevisto fugazmente durante la cena.

—Buenos días, Tinkle —dije tímidamente, alcanzándole frente a la mesa del café.

—Prefiero Alan —me dijo, parpadeando. Le resultaba difícil ponerse duro, lo vi enseguida, pero lo de su apellido debía ser una

de las cosas por las que estaba dispuesto a plantar cara a cualquiera, sin importar lo difícil que fuera. Me sentí estúpido por ser tan insensible—. Espero que no te parezca mal —continuó—, a menos que se te haga raro usar tu propio nombre.

—No, no, en absoluto… Lo siento.

—No hay problema —respondió, y sonrió mientras se servía una taza de café. Me había perdonado, lo cual era bueno; tendría que apretarle para obtener información.

—Bueno, ¿y cómo estás? —pregunté, empezando sutilmente, mientras me ocupaba de administrar mi propia taza de café.

—Algo resacoso, pero bien —dijo.

Lenora se acercó a la cafetera y todos dijimos:

—Buenos días.

A lo que ella añadió:

—Antes solo bebía té de gingseng.

Absorbimos ese nuevo dato y luego Tinkle se puso leche y cuatro cucharadas de azúcar en su café, lo cual resultó algo enervante. Yo me tomo el café solo y sin azúcar. Entonces, Tinkle se fue a la mesita de panecillos y yo le seguí hábilmente, y le observé poner dos rebanadas de pan integral en la tostadora, que emitía un ruido de *tic tac* bastante elevado, como un cruce entre un metrónomo y un aparato nuclear. Esperamos a que su tostada saliera.

—Muchas gracias por el cigarro y el *whisky* de anoche —intervine mientras los dos contemplábamos la tostadora—. Aunque hay *algo* que me preocupa un poco. Creo que en algún momento perdí la noción del tiempo, casi como un apagón mental… ¿Pasó algo inapropiado?

—¿Un apagón mental?

—Sí, a veces me pasa. Es que tengo el hígado flojo. Bueno, ¿hice algo de lo que tenga que arrepentirme?

—No lo creo. Yo te hablaba y entonces es verdad que hubo un momento en que parecías muy distraído, como si estuvieras ausente. Dijiste que sería mejor que te retiraras, pero que querías otra copa. Así que nos tomamos una más. Quizá fue entonces cuando te pasó eso del apagón mental.

—Tal vez ese fuera el momento decisivo, sí.

—Tenías los ojos un poco raros. Dijiste que estabas leyendo a Anthony Powell para tu club de lectura, y te dedicaste a

sermonearme un poco, insistiendo en que Powell era el Proust británico pero mejor que Proust. ¿Te acuerdas de eso?

—No, no me acuerdo de que mencionara a Powell para nada. Me disculpo si fui terriblemente aburrido.

—No, no, si fue interesante, está claro que el tema te apasiona. Soy yo quien te pide perdón si te hice beber demasiado y siento si me fui de la lengua y te conté todos mis problemas… Yo también estaba muy borracho.

Tinkle me miró. Estaba un poco avergonzado, pero también era valiente y directo, y estaba preparado para aceptar el hecho de que me había confesado su secreto más turbador.

—Por favor, no te preocupes de lo que pasó anoche —dije, y entonces me pregunté mórbidamente si había soñado con pinzas de langosta agarrándole, pero pensé que sería mejor no preguntarle nada—. Fue un placer charlar contigo. Espero haber ayudado un poco…

—Sí, fuiste muy amable —dijo Tinkle. Era una persona bastante distinta de la noche anterior: más normal y reservado. Era enteramente comprensible. Todos tenemos múltiples personalidades, especialmente los que bebemos mucho. Por ejemplo, yo soy una persona distinta con todas y cada una de las personas que conozco. Trato de conjuntar mi personalidad con la suya, como si fuéramos calcetines y pantalones.

—Así que seguramente fui derecho desde tu habitación hasta la mía, ¿no? —pregunté, y el *tic tac* de la tostadora era atronador, contando los segundos de nuestras vidas en permanente decadencia, al tiempo que medía el calentamiento del pan de Tinkle.

—Sí, te acompañé a tu habitación. No estabas seguro de poder encontrarla. La Mansión *es* un poco laberíntica, la verdad sea dicha.

—Oh, gracias por tu ayuda.

Estaba ahora bastante seguro de que no había sucedido nada vergonzoso durante mi apagón y ese fue el momento que la tostada de Tinkle escogió para salir disparada de la tostadora y darme un susto de muerte. Pero Tinkle, con gran aplomo, reunió las dos rebanadas cuadradas y las puso en un plato junto con un poco de mantequilla.

—¿Te importa si me siento contigo? —le pregunté. De repente sentía una gran necesidad de estar con Tinkle: ir a sentarme solo en

una de las otras mesas se me antojaba como algo más allá de mis posibilidades, aunque no había ninguna mujer presente, Ava incluida, cosa que habría complicado más las cosas.

—Por supuesto —dijo, sonriendo, indicando que aunque lo que habíamos hecho la noche anterior nos avergonzara a ambos, habíamos bebido juntos y eso significaba algo, posiblemente amistad.

Así que le seguí a una de las mesas más pequeñas en la que Charles Murrin era el centro de atención de cinco de los residentes más veteranos de la colonia, entre ellos los poéticos Greenberg, que se estaban hinchando alegremente de *muesli* y yogur. Imaginé que debían estar muy preocupados por sus intestinos —¿quién no lo está?— y a partir de ese pensamiento me los imaginé individualmente en el inodoro y me estremecí cuando ciertas imágenes cruzaron la pantalla de mi mente. Mi cerebro muchas veces sigue esa dirección, lo que resulta una tendencia asquerosa, y creo que lo hace para torturarme.

No sé si es muy común, pero me estoy autodiagnosticando: creo que tengo un problema mente/mente. La mayoría de las personas, incluyendo a muchos filósofos famosos, tienen un problema cuerpo/mente, y de eso yo también tengo, pero además está el problema mente/mente, es decir, que la mente tortura a la mente. Es muy enojoso. Los dioses, claramente, me están poniendo a prueba. Bueno, intentaré no fallar.

A pesar de la pesadilla escatológica que estaba proyectando temporalmente en el interior de mi cabeza, tomé asiento y saludé a Murrin y a los otros ancianos de la tribu. Todo el mundo me saludó y sonrió, y también obsequiaron a Tinkle con una cálida bienvenida: éramos oficiales primerizos, pero nos habían dado la bienvenida a la manada. Tomé unos sorbos de café, y luego volví a levantarme para servirme un plato de huevos con tostadas.

Toda la comida tenía un sabor especialmente delicioso, lo cual suele suceder después de una noche de parranda, y mientras metabolizaba rápidamente mis carbohidratos y mis proteínas, presté atención a la conversación de la mesa y mezclé mis huevos con una buena pizca de cotilleo. Al parecer, la noche había dado lugar a dos escándalos. El primero implicaba a Sigrid Beaubien, la cual, tal y como Murrin había relatado, bajó pronto a desayunar y en un

estado bastante histérico afirmó que se había cometido un crimen. Todo el asunto era bastante misterioso, pero trataré de resumir los hechos básicos del caso, tal y como me los contaron:

Por algún motivo, Beaubien dejaba sus zapatillas frente a la puerta de su dormitorio cada noche —quizá tenía ese fetiche japonés y escandinavo, que prohíbe con mucho tino el conservar los zapatos en la habitación de uno, aunque por qué se extendería esa prohibición a las zapatillas era algo severo y bastante inexplicable— y cuando se dispuso a recogerlas esa mañana, un extraño ladrón se había llevado las interfectas y dejado dos pedazos de papel sobre los cuales estaba dibujada la silueta de las zapatillas desaparecidas. La silueta se había confeccionado con pedazos de papel más grandes, recortados con unas tijeras, para capturar mejor la forma exacta de las zapatillas robadas; como el perfil de los cadáveres en la escena de un crimen.

Esto me resultó interesante y divertido, aunque también me estremecí con algo de preocupación intuitiva, puesto que Beaubien casi había sido objeto de mis encantos, o más bien me había seducido, la noche de autos.

—Está muy disgustada —dijo Murrin a los comensales—. Creo que va a contárselo al doctor Hibben. Aunque yo preferiría que no lo hiciese. Es una tontería, una broma estúpida.

—Debe ser cosa de un artista visual —dijo el poeta mayor, dueño de un Pulitzer y de una nariz deslumbrante, cuyo nombre era Kenneth; el del poeta, no su apéndice nasal. Hasta donde yo sé, su nariz no tenía nombre, pero sin duda era elegante, una especie de nariz a lo Dorian Gray, mucho más joven que el resto de su cara, y casi una réplica en forma y expresión a la nariz de Peter
O'Toole
en *Lawrence de Arabia*, quizá la nariz masculina más grande de la historia del cine.

—Dejar atrás una réplica de las zapatillas no es propio de un escritor —declaró Kenneth—. Una nota, quizá. Pero un recortable de papel, no.

—Creo que un escritor sabría utilizar un par de tijeras —dijo June Greenberg, con su cabello cobrizo brillando con la luz del sol.

—Tiene que ser un compositor. Son muy dados a las bromas —dijo un escultor algo bruto, arrasado por el acné, de nombre Don,

que solo trabajaba con acero y al que le faltaba medio pulgar.

El siguiente cotilleo se refería a los dos amantes, Chris y Luc, la pareja que había visto la noche anterior besándose en el trono. De nuevo, un resumen:

Devorados por la pasión que sentían el uno por el otro, Chris y Luc habían empezado a vivir más o menos juntos, después de arrimar dos colchones individuales en el suelo de la habitación de Chris. Para el equipo de limpieza de la colonia esto había representado un problema; la mayoría eran matronas de Saratoga, algo mayores, y desacostumbradas a ver a dos hombres cohabitando. Se rumoreaba que tuvieron que retirar condones de la papelera. Y luego, esa mañana las limpiadoras tuvieron que soportar el descubrimiento de una sábana en el Contenedor de basuras que había detrás de la oficina. Si con eso no bastaba —tirar una sábana, tirar dinero y recursos de una asociación sin ánimo de lucro—, cayeron en la cuenta de que la sábana tenía un enorme agujero, como si alguien la hubiera quemado. Bueno, como todas las sábanas están marcadas con el número de la habitación de la cual proceden, quedó claro: la prueba incriminatoria señalaba la habitación de Chris como su origen. Así que dos de las mujeres de la limpieza se habían presentado en la habitación de Murrin a primera hora de la mañana para comunicarle que pensaban informar acerca de la sábana quemada.

Murrin había recibido el privilegio de la noticia porque, pensé, si la colonia guardaba similitudes con una prisión, entonces Murrin era algo así como un «recibidor», el prisionero más respetado de la institución, y el personal —es decir, el equivalente de los guardias— quería avisarle personalmente acerca de la posibilidad de altercados. El fuego era lo que más preocupaba a la administración de la Colonia Rose —el edificio era como una antigualla de madera— así que era seguro que habría repercusiones en nuestras tranquilas vidas artísticas. Mientras estaba sentado en la mesa, reflexioné sobre la analogía carcelaria que había podido elaborar gracias a mis extensas lecturas de novelas que transcurrían en prisiones, uno de mis géneros favoritos a causa de su retrato metafórico de nuestra crisis existencial universal: todos nos sentimos prisioneros y todos queremos escapar de algo.

—Después de que las señoras de la limpieza me contaran lo de la

sábana, fui a la habitación de Chris —dijo Murrin, concluyendo su historia— y desperté a esos dos chicos malos. Les pregunté acerca de la sábana. ¡La habían tirado encima de una lámpara, para suavizar la luz mientras estaban follando esa noche! Estaban tan ocupados con lo suyo que ni siquiera se dieron cuenta de que se había prendido fuego. ¡Podían haber quemado la Mansión entera!

—Eso es romántico por su parte, pero también peligroso —dijo Sophie, una pintora de sesenta y tantos, cuyas telas solo tenían un color, el negro. Era muy conocida porque había producido cientos de cuadros totalmente negros, obligando a reevaluar ese color, aunque quizá después de la reevaluación se había llegado a la misma conclusión: muy oscuro. Tenía el pelo plateado y la figura atractiva de una mujer mucho más joven. Llevaba la camisa muy abierta, revelando un escote que me interpelaba edípicamente.

—¿Cómo es que no saltó la alarma de incendios? —preguntó—. Podríamos haber muerto todos.

—Me pregunto si el círculo quemado en la sábana no responde a algún tipo de ritual —sugirió Kenneth con cierta ironía. Sonrió malévolamente. Le gustaba pensar en Chris y Luc fornicando. Era un viejo homosexual con una hermosa nariz.

—He oído el rumor —intervine yo, queriendo sumarme a la conversación— que jamás he podido contrastar, de que los hasídicos, por razones religiosas, utilizan sábanas con agujeros.

—Ese es el rumor más antiguo y estúpido que existe —dijo Israel Greenberg, cuyas gafas seguían tan torcidas como el día anterior—. ¡Eso es como los que dicen que bebemos sangre por Pascua!

Parecía creer que yo quería criticar a los judíos, pero no sabía que yo era judío y, además, mi comentario no había sido ofensivo o, al menos, a mí no me lo había parecido. Puede que mi atuendo gentil hubiera confundido a Israel —llevaba mi chaqueta de tejido *seersucker* y mi corbata de colibríes—. Hubo un momento de silencio incómodo durante el que no supe qué decir.

Tinkle, que era un buen hombre, intentó rescatarme e intervino diciendo:

—Un fuego habría matado a todos los murciélagos. Hay gente a la que eso le habría hecho muy feliz.

Nadie supo cómo interpretar esa declaración, y Tinkle me miró con tristeza. ¿Había hablado en código? ¿De verdad quería que un

incendio acabase con él? ¿No me había dicho que quería disfrazarse de murciélago y que su libro era una larga nota de suicidio? Pero entonces acudió a mi mente un pensamiento agradable: ¡esta noche lo arrastraré a un burdel y eso lo arreglará todo! Este pensamiento fue seguido de cerca por la idea de que tendría que estar borracho para hacerlo, y mi cerebro no pareció registrar ninguna protesta ante este nuevo dato. ¡Mi pensamiento alcohólico fascista ya estaba haciéndose de nuevo con el poder y ni siquiera se me había pasado del todo la resaca!

Entonces, para intentar suavizar las cosas, le dije a Israel Greenberg:

—No quería mostrarme desconsiderado hacia los hasídicos. Les admiro mucho y recientemente casi me uno a su clan.

—¿En serio! —dijo June Greenberg, e Israel Greenberg me miró con escepticismo a través de la única lente de sus gafas que le quedaba frente a un ojo.

Me habían atrapado exagerando. No había tenido intención de magnificar mi relación con los hasídicos, sino que había hablado con la intención de compensar mis comentarios aparentemente antisemitas.

—Bueno, por decirlo de alguna manera —dije, retractándome como pude—. Fui a Sharon Springs, un enclave hasídico con mucha vitalidad, e iba a darme una cura de aguas allí y estudiarlos y caminar entre ellos, más como un periodista que como otra cosa, pero entonces recibí la llamada de la Colonia Rose y tuve que venirme aquí.

Los Greenberg parecieron apaciguarse y a Murrin todo aquello le pareció fuera de lugar y llevó la conversación a un tema más relevante para el grupo:

—Así que el doctor Hibben va a tener que hacer algo con Chris y Luc. Va a ser muy poco agradable. Puede que tenga que expulsarlos, o al menos amonestarlos. Por eso no quiero que ahora Sigrid vaya a quejarse del tema de sus zapatillas. El doctor va a pensar que aquí nos estamos desmadrando todos.

Beaubien, sin saberlo, aprovechó que le daban pie, entró en ese momento en el comedor y se dirigió directamente a nuestra mesa.

—Aquí viene —le susurró Kenneth a Murrin, para advertirle de que no hablara más de ella.

Cuando se acercó, vi que traía en la mano dos trozos de papel: ¡la silueta de sus zapatillas!

Vino directamente hacia mí, agitando los dos papeles en forma de suela, y realizó una sorprendente acusación:

—¡Esto es cosa tuya!

Pronunció su frase con gran dramatismo. Era un

«*J'acusse!*»

real. Mis compañeros de mesa, Israel y June

G.

, Kenneth, Don, Sophie, Tinkle y Charles, y todos los demás comensales en la sala clavaron sus ojos en mí.

¡Primero me habían acusado de antisemita, y ahora de ser un ladrón!

Beaubien era una mujer desdeñada. Solo porque no había vuelto a finalizar aquel beso ahora era el Sospechoso Número 1 del crimen de las zapatillas. No sabía qué decir.

—¡Me has robado las zapatillas! —me acusó, o, mejor dicho, reacusó, puesto que yo no había respondido a su primera acometida.

—No —conseguí decir al fin—. Te juro que nunca tocaría tus zapatillas.

Pareció tomárselo mal.

—¡No me insultes! —dijo.

—Sigrid, siéntate —la apremió Murrin—. Alan no se puede haber llevado tus zapatillas.

—¿Por qué no? —exigió saber Beaubien.

—Porque acaba de llegar —dijo Murrin, y parece que eso no bastó para limpiar mi nombre en la mente de nadie, ni en la de Beaubien ni en la de mis compañeros de mesa, que acababan de pillarme una media mentira sobre mi relación con los judíos hasídicos. Si era capaz de mentir, quizá era capaz también de robar zapatillas. Claramente, ningún jurado en el mundo consideraría como argumento válido a favor de mi inocencia la explicación que había dado Murrin. Si acaso, mi condición de novato, el hecho de que nadie conociera mi carácter y mi rostro maltrecho eran argumentos contra mí.

—Te juro que yo no he robado tus zapatillas —dije, con sincera desesperación, aunque en el fondo de mi mente había un resquicio

de duda. Tinkle me había dicho que me había acompañado a mi habitación durante mi apagón, pero quizá no me había acompañado hasta la puerta o quizá luego yo había vuelto a salir… pero yo no sabía en qué habitación se alojaba Beaubien y no tenía acceso a unas tijeras. Aun así…

—Sigrid, por favor, siéntate —dijo Murrin—. Lo único que pasa es que alguien te está gastando una broma estúpida. Alan es un buen chico. Estoy seguro de que no ha tenido nada que ver con lo de tus zapatillas.

Pero Beaubien, a pesar del ruego de Murrin, siguió en pie. Estaba lívida.

—A mí me encantaría que alguien se llevase mis zapatillas —dijo June Greenberg, en un intento de consolarla.

—Pues a mí no me gusta. Y he ido a ver al doctor Hibben y le he mostrado esto —dijo Beaubien, agitando los recortes de papel—. Dice que se asegurará de que recupere las zapatillas. ¡Esto es lo último que necesito cuando estoy intentando pintar!

—Por supuesto —dijo Sophie, mostrando amablemente su apoyo a una colega pintora, mientras al mismo tiempo trataba de calmarla.

—Todo acabará bien —dijo Murrin.

—Sé que fue él —dijo Beaubien, señalándome y provocando que el azúcar en mi sangre se comportara diabéticamente. El miedo se apoderó de mí y me sentí muy débil, hasta el punto de que me pareció que iba a desmayarme. Y entonces Beaubien se dio la vuelta y salió de la habitación.

Capítulo 22

El alto número de diabéticos en nuestro país aumenta en uno * Se aporta una coartada * El alto número de diabéticos desciende en uno * Mi cuello se vuelve de goma y luego se endurece * Demasiada testosterona puede provocar la caída del cabello * Mangrove compite en el Tour de Francia * Se toca una corbata * Serotonina más testosterona puede ser igual a euforia, si se combinan de la manera adecuada

—Cada verano pierde la cabeza —dijo Murrin—. No dejes que te afecte.

—Habitualmente por un hombre —dijo June Greenberg—. Y tú eres su *objet* de este año.

—Está un poco histérica —dijo Sophie—. Los murciélagos la afectan mucho y además no deja de decir que hay un fantasma en la Mansión.

Mi nivel de azúcar en la sangre se había vuelto loco: estaba en zona de en grave peligro diabético. Puede que en cualquier momento necesitase que me amputaran un miembro. La acusación de Beaubien me había destrozado. Me sentía frágil como una mariposa. No estoy hecho para las confrontaciones. Apenas puedo enfrentarme a una ligera y educada oposición.

—Pero ¿quién se llevó las zapatillas? —preguntó Kenneth.

—¿Reginald Mangrove? —sugirió Sophie—. Sigrid estuvo loca por él hace unos años.

—No. Reginald es demasiado egocéntrico como para hacer una broma así —dijo Murrin—. Ni siquiera se le pasaría por la cabeza.

—¿Fuiste *tú*? —me preguntó Donald, el escultor sin medio pulgar.

—No, yo no fui, lo juro —dije—. Ni siquiera sé en qué habitación se aloja.

—Estuvo bebiendo conmigo anoche —dijo Tinkle— y tuve que acompañarlo de vuelta a su habitación porque no sabía encontrarla. Si hubiera cogido las zapatillas, yo lo habría visto.

Gracias a Dios por Tinkle. No era el testigo más fiable —su comentario sobre la muerte de los murciélagos calcinados en un incendio que devastase la Mansión había mermado su credibilidad—, pero hablaba con autoridad y claridad en lo referente a mi paradero. Él sabía secretamente que la coartada que me había brindado no era perfecta —mi apagón y mi casi beso con Beaubien le tenían que haber hecho cuestionarse mi inocencia— pero, sin embargo, había salido a defenderme. ¡Era buena persona! Su declaración pareció despejar cualquier duda que mis compañeros de mesa hubieran podido albergar sobre mí, lo que fue un gran alivio. Se debatieron otros posibles sospechosos y mi diabetes entró en fase de remisión.

Todavía estaba un poco conmocionado, pero conseguí engullir unos huevos revueltos y echarme al coleto un poco de café. Había sido un inicio de día pésimo. Peor que cualquier encuentro matinal con el tío Irwin. De hecho, me hubiera gustado azuzar al tío Irwin contra Beaubien. Sería un rival a su altura, y, por extraño que parezca, mientras masticaba con indolencia los huevos, sentí algo parecido al cariño por aquel barbudo imitador de Pío. Me lo imaginé blandiendo una pistola y gritándole a Beaubien: «Mi sobrino político jamás le robaría a usted las zapatillas».

Terminé el desayuno y me retiré de la mesa. Estaba agotado. En mi mente el tío Irwin era mi paladín, alguien que podía enfadarse por mí, una figura airada vicaria, pero mi respuesta real a la situación de Beaubien fue saltarme la ira y pasar directamente a la depresión. Quería arrastrarme de vuelta a la cama y empezar el día de nuevo. Mañana.

—Hasta luego —dijo Tinkle cuando me levanté.

—Sí, hasta luego —dije, y con la mirada le di las gracias por haberme ayudado.

Empecé a alejarme renqueando, pero Murrin me tiró de la manga.

—No te preocupes por Sigrid —dijo—. Quienquiera que se haya llevado las zapatillas probablemente se las volverá a dejar en la puerta hoy y todo esto se quedará en nada. Tú quédate tranquilo,

dedícate a tu escritura y olvídate de todo este asunto de las zapatillas.

—De acuerdo —dije.

Salí del comedor y caminé tambaleándome en dirección a la sala de las botas para recoger mi fiambrera. Iba a esconderme en mis habitaciones todo el día. No quería ver a ninguno de aquellos locos durante un tiempo. Dormiría todo el día y me saltaría la cena. Invitaría a Jeeves a cenar en algún buen restaurante de la ciudad.

En la sala de las botas mi nivel de azúcar recibió otra fuerte sacudida.

Ava estaba allí.

Estaba buscando su fiambrera entre las cuarenta que había sobre la mesa. Para coger la mía tendría que acercarme mucho a ella. No me sentía capaz de hacerlo. El ataque de Beaubien había acabado con toda mi energía. Si ahora me acercaba demasiado a Ava, puede que el cuello fuera incapaz de sostener mi cabeza y que acabara colgando a un lado y a otro, como si hubiera perdido el control sobre mis músculos. Así que o bien tenía que retirarme y subir por la escalera trasera hasta mi habitación, lo que parecería estúpido, o pasar de largo de ella, salir de la Mansión y fingir que iba a dar un paseo matutino. Escogí esta última maniobra y me dirigí a la puerta. Con la fiambrera en la mano, Ava se apartó de la mesa, se volvió hacia mí y me dijo:

—No nos conocemos. Debes ser nuevo.

—Sí —dije, y desde luego me pareció como si mi cabeza estuviera sostenida solo por una fina goma de borrar.

Me pregunto si los demás también sienten que su cuello pierde la capacidad de sostener su cabeza cuando su sistema nervioso se sobrecarga y su nivel de azúcar se descontrola.

Su nariz, vista de cerca, era espectacular; era demasiado para mí. En el departamento de las narices, hacía que Shylock pareciera una Barbie. Y sus voluptuosos pechos, que su top amarillo de espalda abierta apenas podía contener, solo quedaban segundos frente a su nariz en el asunto de clavarse en mi corazón.

Vestía, además, unos pantalones cortos de deporte hechos con muy poca tela que en otras culturas podrían haberse usado como vendaje de una herida pequeña. Había estado corriendo —los atractivos pelos de su axila, que ya había podido entrever antes,

estaban húmedos. Yo estaba húmedo. Tenía la misma fuerza que un charco.

También tenía los ojos verdes. No hay nada mejor que unos ojos verdes. Los ojos azules, los castaños, los grises moteados… con todos ellos puede uno lidiar de una u otra manera. Pero dale a alguien unos ojos verdes y puede dominar el mundo.

—Soy Ava Innocenzo —dijo. Yo era al menos siete centímetros más alto que ella, pero me parecía como si ella me sacara una cabeza. Las mujeres altas tienen ese efecto en mí. Quizá la altura de las mujeres, como sus tallas de zapatos, están en una escala distinta. Ava medía metro setenta y cinco, pero en altura masculina medía uno noventa y cinco.

—Soy Alan Blair —dije.

Me ofreció su mano. Su apretón era poderoso y yo lo recibí con la misma fuerza. Eso me satisfizo. No había perdido por completo el control sobre mis músculos, después de todo. Y el contacto con ella pareció infundirme vida. Mi cuello dejó de comportarse como una goma de borrar.

—Ya tenemos un Alan —dijo—. Alan Tinkle.

—Sí, lo conozco.

Era capaz de dar la mano con fuerza y mi cuello funcionaba, pero mi lengua, en lo que atañe al discurso inteligente, no estaba todavía a pleno rendimiento. Es precisamente en los momentos en la vida en los que quiero ser más encantador cuando resulto más aburrido. Podría haber dicho algo gracioso sobre que había múltiples Alan o aprovecharme del apellido de Tinkle y decirle que yo era Alan Tinkle-Dos, y que yo era de Inglaterra y que allí mucha gente tiene apellidos con guion.

—¿A qué te dedicas? —preguntó.

—Soy escritor.

Eso fue todo lo que logré decir. Pero al diablo con la conversación amena. Mis sentimientos estaban desbocados. Esta mujer alteraba la química de mi sangre. Quería lanzarme sobre ella, agarrarle la nariz con una mano, como si fuera una especie de asa, y amamantarme en sus pechos. Mis deseos eran una mezcla de violencia e infantilismo. En otras palabras, me sentía muy masculino.

—Yo no sé escribir. Hago unas faltas horribles —dijo ella.

—Lo siento.

Me imaginé dándole la vuelta, tapándole la boca con la mano y montándola desde atrás. Mi anterior desequilibrio diabético había sido reemplazado por una sobredosis de testosterona, que dicen que causa calvicie. A alguna gente el cabello se le vuelve gris en un instante; pues bien, mi cabello estaba saltando de mi cabeza debido a la inundación de hormonas masculinas en mi sistema. O eso o iba a dispararme allí mismo como Tinkle.

—Pero a mí no me importa —dijo—. Envié mi solicitud para que me aceptaran con faltas en todas y cada una de las palabras, pero nadie me ha dicho nada al respecto. Nadie espera que los pintores sepan escribir.

Yo estaba al borde de una calvicie catastrófica y de una emisión pública de fluidos corporales, pero canalicé esos impulsos interiores en forma de tormenta verbal, especialmente notable en comparación con mis escuetas intervenciones anteriores. Aparentemente había recuperado mi labia, con creces:

—Bien, muchos escritores hacen faltas de ortografía terribles. Se supone que la ortografía de Fitzgerald era horrible… Sería interesante ver un concurso de deletreo entre escritores que pusiera de manifiesto sus carencias… El gremio de escritores debería organizado como medio para recaudar fondos o ayudar de algún modo a los escritores que están encarcelados, aunque a la mayoría de los escritores les gustan las prisiones por el material que les aportan y puede que no quieran ser liberados; Jean Genet escribió sus mejores obras entre barrotes. Por supuesto, a él le gustaba la cárcel también por otros motivos… No me importaría pasar una temporada en prisión, aunque los apuñalamientos en el patio le quitan parte de su atractivo… Espera un momento. ¿Por qué se llama deletrear y no *letrear*? ¿Lo sabes?

—Pues no lo sé. Sí que es raro. ¿Por qué se llama «deletrear»? ¿Por qué no simplemente se *letrea*?

Cuando habló, mantuve mis ojos apartados de sus pechos, pero eran tan imponentes que no necesitaba verlos para sentir su presencia, no sé si me entienden. Los detectaba como si tuviera un sónar. Y, por supuesto, su increíble nariz estaba directamente frente a mí —las convenciones sociales sí me permitían mirarla directamente— y deseaba inundarla de besos mientras le agarraba

su espeso cabello.

—*Letrear* es más directo —dije yo—. Aunque *deletrear* suena elegante, en realidad no tiene sentido… Nadie dice «concurso de *descritura*», por ejemplo… Puede que a mí me fuera bien en un concurso de deletrear palabras, aunque siento predilección por la forma inglesa de escribir las palabras, por mucho que me falte la convicción necesaria para usarla.

—¿Has estado en una pelea? —me preguntó, obviamente perdiendo interés en el tema de la ortografía de las palabras. Estaba estudiando mi nariz y mis ojos. Una nariz capaz de codearse con su nariz, al menos en cuanto a su carácter inusual.

—Sí, me vi envuelto en una pelea —dije orgulloso. Vi un rastro de respeto e interés en sus ojos. Sentí que mi rostro salvaje, con sus atributos cavernícolas, le atraía, y rápidamente diagnostiqué que le gustaban los tipos brutales. Tenía sentido, pues sería necesario un cavernícola para reducirla, ya que era físicamente impresionante. Y sentí que yo estaba a la altura del desafío. Ahora casi era ya tan alto como ella. ¡Estaba creciendo! Había pasado de una altura interna de uno sesenta a casi uno setenta y cinco. Si tan solo pudiera alcanzar mi altura natural de metro ochenta y dos quizá pudiera tenerla.

Ya sé que esto no tiene sentido midiendo ella, como medía, uno noventa y cinco en altura masculina, pero esa era una teoría cuyos detalles no había acabado de pulir. Creo que lo que sucede es que yo me encojo y las mujeres crecen. Me atraen incluso las mujeres bajas. Si una mujer mide metro sesenta, a mis ojos se convierte en metro setenta y algo… Bueno, es todo muy confuso. Esencialmente, de algún modo tiene lugar una distorsión enorme, y eso es todo lo que hace falta saber.

—¿Y con quién te peleaste? —preguntó.

—Fue una pelea en un bar con un desconocido. Me pegó fuerte, pero yo también le di fuerte a él.

Lancé un puñetazo al aire para alardear de forma masculina. Por desgracia entró entonces en la sala Reginald Mangrove con su parche y me vio hacerlo. Me miró con cierta curiosidad, pillándome, por así decirlo, mientras me jactaba de la misma manera que lo había hecho durante la cena. Qué embarazoso.

Pero detecté también un asomo de sonrisa en su rostro, y supe que había comprendido generosamente lo que sucedía. Intuyó que

me comportaba como un pavo real con el propósito de intentar conquistar a una mujer y, siendo un hombre de mundo con un solo ojo, no me juzgó mal por ello.

—Buenos días, Alan —dijo, y vi que vestía como un corredor del Tour de Francia. Lucía una diminuta gorra blanca, una camiseta amarilla y unos pantalones de *lycra* que llegaban hasta la rodilla y parecían obscenos. Poca gente puede llevar ese tipo de pantalones y no parecer un depravado. Mangrove, me temo, caía en el lado depravado de la balanza, aunque no parecía darse cuenta de ello. La mayoría de los aficionados al deporte de mediana edad, al parecer, se engañaban a sí mismos de igual manera en lo relativo a su atuendo.

—Buenos días —dije yo.

Él saludó a Ava, ella le saludó a él, y luego Mangrove claqueteó por la habitación. Llevaba ese tipo de zapatos que se encajan en los pedales de las bicicletas de carreras caras.

—Que pedalees a gusto —dijo Ava.

—Gracias —dijo él, y dejó la Mansión.

—Hace cincuenta kilómetros cada día antes de empezar a escribir… Bueno, será mejor que yo también empiece *mi* jornada —dijo Ava.

—De acuerdo —dije, y sonreí débilmente mientras la mirada se me quedaba clavada en la articulación de las aletas de su nariz. Y de sus aletas pasé a sus carnosos labios. Tenía la nariz de Durante y la boca de Bardot. Me sentí derrotado e inútil: ya no quería hablar conmigo y, puesto que no podía atacarla, no tenía otra opción que suicidarme.

Cuando las mujeres te deslumbran de verdad, quieres morir. Es una inversión de la violencia lúbrica que uno siente. El deseo se ha convertido en dolor, lo que es, según los budistas, el curso natural de las cosas. Deseo = Dolor. Lo aprendí leyendo la parte de atrás de una caja de té de jengibre. La mayor parte de lo que sé sobre el budismo —y mis movimientos de yoga— lo he aprendido de las cajas de té.

Así que tenía que suprimir el deseo para suprimir el dolor. En el caso de Ava, tenía dos opciones para lograrlo: el método Tinkle de autoalivio o el método del cavernícola conquistador. En este momento, la opción Tinkle parecía la más viable, y por eso me

sentía inútil. Cuando se ha recurrido a ella más o menos seis mil veces a lo largo de una vida, la opción del autoalivio como medio para superar el dolor empieza a parecer un poco deprimente.

—No pareces el tipo de persona que se mete en una pelea en un bar, pero me gusta tu corbata —dijo Ava, alargando un poco más nuestra conversación, después de todo. Cogió entre sus dedos mi lazo de Brooks Brothers—. Me encantan estos pájaros.

Jeeves había repetido los colibríes, devolviéndolos a la rotación antes de lo habitual, y le estaba increíblemente agradecido por ello: Ava me estaba tocando. Bueno, estaba tocando mi corbata. Pero mi corbata era como parte de mí, mucho más de lo que sucede a la mayoría de la gente. Entonces la soltó. Había alabado las imágenes de los pájaros como artista visual, pero además la había tocado, me había tocado, y yo había acelerado mi crecimiento. ¡Había recuperado toda mi altura y ya era más alto que Ava!

—Es mi corbata favorita —dije.

—¿Llevas corbata todos los días?

—Lo intento.

—¿Por qué?

—Me gusta. Hace que parezca que mi vida tiene un propósito.

—Bueno, me alegro de conocer a alguien interesante por aquí… Nos vemos esta noche en la cena.

Este fue otro final abrupto para nuestra conversación, pero esta vez no me hirió. Nuestro encuentro me había alegrado. Ella se había dado cuenta de que existía, me había tocado y me había elogiado. ¿Qué más podía pedir en un primer encuentro?

—De acuerdo —dije—, nos vemos esta noche.

Ella sonrió y salió de la sala de las botas hacia el salón principal. Tuve completa libertad para contemplar su espalda y sentí que la válvula de la serotonina también se abría. Mi flujo sanguíneo estaba cargado de ingredientes y yo me sentía feliz, eufórico y jocundo. Y ya que estaba de tan buen humor, añadiré al menú del día que me sentía extático.

Recogí mi fiambrera y subí las escaleras de dos en dos hacia mi habitación. Mi ánimo alicaído provocado por Beaubien había cambiado por completo. Tenía mucho que contarle a Jeeves. Lo que había sentido anoche al ver a Ava por primera vez quedaba confirmado. ¡La amaba!

Por supuesto, sabía que quizá fuera solo pura atracción física. Pero ya saben cómo es eso. Uno cree que es amor y, en ocasiones, una o dos veces en la vida, lo es.

Capítulo 23

Una meditación sobre el amor, probablemente equivocada * Le doy a Jeeves los titulares; la página de cotilleos y la ficha policial * Un complot para atrapar al ladrón de zapatillas, pero ¿ha sido también robada, por error, una perversión?

Jeeves estaba acabando de hacer la cama de su joven señor. Me daba la espalda y estaba tan absorto en realizar a la perfección su tarea que no me oyó entrar en la habitación, lo que no era nada propio de Jeeves —el que yo le tomara por sorpresa, pues casi siempre sucedía lo contrario.

Así pues, yo rezumaba amor hacia todo el mundo y allí estaba Jeeves haciéndome la cama —siendo generoso y amable conmigo, pensando en mí, queriendo satisfacerme—. Bien, casi me echo a llorar de la emoción.

Verán, cada cierto tiempo veo a una persona en mi vida durante lo que dura un parpadeo, y siento tanto cariño hacia ese otro ser humano —en este caso, Jeeves—, que se me antoja una revelación, y mi amor por esa persona deviene tan obvio y transparente, sin que lo empañen juicios, miedos o distracciones —el devenir de la vida—, y es un sentimiento muy bello, y me gustaría decírselo a esa persona, pero no estoy seguro de poder expresarlo bien, quizá la asuste, o quizá me asuste a mí decirlo, o quizá suene vacío y falso, y junto a este sentimiento de amor, como algo al otro lado de una brecha, está la conciencia de la fragilidad de todo, de la mortalidad de todo, de la inutilidad de todo, y siento la pérdida que se avecina antes de que haya acontecido, y entonces mi mente se ofusca y vuelvo a estar pendiente de lo siguiente que me pasa.

Todo es muy confuso. Uno de mis problemas es que mezclo el amor con la piedad. Realmente soy incapaz de distinguir entre las dos cosas, pero quizá es porque van de la mano, pues en cuanto

amas a alguien, no quieres que sienta dolor. Pero sabes que lo sentirán. Ves las endebles ilusiones de las que se rodean para seguir adelante, lo fácilmente que podrían ser heridos y aplastados, y te apiadas de ellos del mismo modo y por las mismas razones por las que, en el fondo de tu ser, sientes piedad por ti mismo.

Pero por sombría que sea la situación, debería decirle a la gente que la quiero y no lo hago lo bastante a menudo. Cuando vivía en Princeton, le diagnosticaron un tumor cerebral a un amigo y le dieron solo seis meses de vida, y por teléfono me dijo, en lugar de adiós: «Te quiero». No iba a ser nuestra última llamada y yo no era ni de lejos su amigo más íntimo, pero percibí en su voz que se lo iba a decir a todo el mundo; ya no tenía ninguna necesidad de contenerse. Pensé que debería adoptar la misma política con la gente que había en mi vida, pero no fui capaz, aunque a mi amigo sí se lo pude decir siempre que hablamos durante los meses siguientes, hasta que murió.

De todas formas, miré a Jeeves y sentí un enorme afecto hacia él. Mi adoración no se había oscurecido todavía en mi mente —no se había convertido en piedad— y él debió sentir algo porque de repente salió de su trance de gurú hacedor de camas, se volvió y dijo:

—¿Sí, señor?

Creo que Jeeves se habría sentido incómodo si de repente le hubiera espetado «Te quiero». Pero en este caso quizá no hacía falta explicar las cosas ni decirlas en voz alta. Así que, a pesar de que mi motor sentimental funcionaba con los ocho cilindros a pleno rendimiento y de que estaba pisando a fondo el acelerador, decidí no sacar el tema de nuestra relación y pasar directamente a anunciar las noticias del día.

—Prepárate, Jeeves.

—Muy bien, señor.

—¿Estás ya preparado?

—Creo que sí, señor.

Me senté en la cama recién hecha y le indiqué a Jeeves que se sentara en la silla que había frente al pequeño escritorio. Me dispuse a darle el relato completo de lo que había sucedido.

—Tengo titulares, Jeeves.

—Muy bien, señor.

Hice una pausa efectista y luego se lo solté:

—¡Estoy enamorado! Puedes imprimirlo en letras bien grandes. Que llene toda la primera página.

—Excelente noticia, señor. Le felicito.

—Me siento fantástico, Jeeves. Estoy lleno de vida y energía… ¿Es así como se dice?

—No lo sé, señor.

—¿Y qué hay de deletrear? ¿Por qué se llama así?

—Lo siento señor, creo que no entiendo bien su pregunta.

—No importa, Jeeves. Esos misterios ya no me torturan, solo me incordian momentáneamente.

—Es comprensible, señor… Si me permite preguntárselo, ¿podría saber de quién se ha enamorado?

—¡De Ava! Ya te he hablado de ella en alguna otra ocasión. Es la mujer del extraordinario perfil.

—¿Está seguro de que se ha enamorado, señor?

—¿Quieres decir que podría tratarse solo de algo pasajero?

—Quizá, señor.

—No te creas que no lo he pensado, Jeeves, y es altamente probable que lo sea. Pero enamorarse es lo más grande. Y lo más prometedor es que parece que a ella le gusto. No creo que vaya a ser uno de esos amores no correspondidos.

—Muy bien, señor.

—Le ha gustado mucho mi corbata, por lo que debo darte las gracias. Estoy muy contento de que esta mañana escogieras repetir los colibríes. La ha cogido con la mano. Una mujer no hace eso si no se siente atraída por ti. Estaba admirando el estampado pero por fuerza, en cierto modo, debía querer tocarme o al menos no ha sentido una repulsión que le llevara a *no* querer tocarme. Cuando consigues no causarle repulsión a una mujer, tienes media batalla ganada.

—Me complace que la corbata de colibríes resultara una elección satisfactoria, señor.

—¡Más que satisfactoria! La corbata la sedujo… Sabes, Jeeves, te voy a decir una cosa: no es la chica de mis sueños que sale en mi sueño. Es casi un negativo fotográfico de ella. Lo que resulta interesante, ahora que lo veo de ese modo. Quizá el subconsciente es algún tipo de negativo telepático inverso del futuro. ¿Ves lo que

quiero decir, Jeeves?

—Creo, señor, que entiendo, hasta cierto punto, el concepto que desea usted expresar.

—Yo mismo no concibo el concepto en su totalidad, Jeeves, pero de algún modo lo capto. Me he dado cuenta de que muchos de mis conceptos son así, lo que resulta un tanto frustrante. No están pensados a fondo. Parece que carezco del intelecto necesario para llegar hasta el final. Me estrello contra una pared mental.

—Lo hace muy bien, señor.

—¿De verdad lo crees, Jeeves?

—Sí, señor.

—Gracias, Jeeves… Sea como sea, ¿qué opinas del nombre de Ava? Además de que se trata de un obvio palíndromo. «Hago unas faltas horribles», dijo. Pero me gusta su terrenalidad.

—Muy bien, señor.

Me tendí de espaldas en la cama y Jeeves se sentó con elegancia y compostura en el escritorio. Cerré los ojos y en el cine de mi imaginación me vi a mí mismo tomando a Ava en brazos, pasando las manos por su espesa melena… pero entonces una sombra oscura pasó frente a esa imagen, como si el celuloide mental se hubiera quemado. Me incorporé y me volví a sentar al borde de la cama.

—Hay otro titular, Jeeves.

—¿Sí, señor?

—Este viene de la sección de sucesos, me temo. He sido acusado por esa tal Sigrid Beaubien de haberle robado sus zapatillas. Montó una escena tremenda durante el desayuno. Me acusó frente a todo el mundo. Intentó organizar un linchamiento. Mi nivel de azúcar se descontroló totalmente. La diabetes casi me deja ciego.

—Muy molesto, señor. ¿Afirma que usted robó sus zapatillas?

—Sí… Los demás parecen estar de mi parte; la tienen catalogada como una histérica que ve fantasmas. Pero no estoy completamente a salvo. Estoy seguro de que todos sospechan un poco de mí después de su acusación… Y mi apagón me da qué pensar. ¿No volvería anoche a la habitación con un par de zapatillas, verdad Jeeves?

—No, señor.

—Y si alguien lo hubiera visto, ese serías tú.

—Sí, señor.

—Y no estamos en posesión de ningún tipo de tijeras ni cuchillas, ¿verdad, Jeeves?

—No, señor. ¿Por qué lo pregunta?

Le expliqué a Jeeves los detalles del delito que nos ocupaba, sin omitir que alguien había trazado la silueta de las zapatillas de Beaubien, la había recortado y la había dejado frente a la puerta, así como el hecho de que Beaubien dejaba sus zapatillas fuera de su habitación, junto a la puerta, todas las noches. Jeeves lo escuchó todo de golpe sin decir nada, pero al final comentó:

—Muy extraño, señor.

—Sí, es muy extraño. Es extraño que deje las zapatillas fuera de su puerta y es extraño que alguien las coja. No la culpo por estar molesta, pero creo que su reacción fue desmesurada. Parecía dispuesta a matarme. Es muy incómodo que te odien, Jeeves, especialmente en un entorno como este, en el que no hay forma de escapar de ella. Quiero decir que es peor que vivir con el tío Irwin. Yo no era la persona favorita del tío Irwin, pero no se puede decir que me odiara. Simplemente yo le irritaba un poco. Pero esta mujer, lo noto, me odia. Quiero poder concentrarme en mi escritura y en mi enamoramiento de Ava sin preocuparme por Beaubien y sus malditas zapatillas robadas… Sabes, si atrapáramos al ladrón podríamos limpiar mi nombre definitivamente ante ella y todos los demás.

—Eso establecería firmemente su inocencia, señor.

—¿Tienes alguna idea sobre cómo podríamos lograrlo, Jeeves?

—Bien, podríamos dejar sus zapatos fuera de la habitación hoy, señor, e intentar atrapar a quien sea que intente huir con ellos.

—¡Excelente idea, Jeeves!

—Gracias, señor.

—Pero ¿no crees que sería mejor que dejara las zapatillas fuera de la puerta? Puede que el ladrón vaya solo a por zapatillas y no le interesen los zapatos.

—Una distinción muy relevante, señor.

—Podría tratarse de un bromista o de un auténtico fetichista de las zapatillas. Tenemos que cubrir todas las bases. Mejor errar por exceso, así que le tentaremos con zapatillas, asumiendo que sea un hombre. Podría ser una mujer, pero la mayoría de los sociópatas son hombres. Las mujeres, generalmente, resuelven sus problemas

cargando contra sí mismas en lugar de contra los demás.

—Sí, señor.

Reflexioné sobre nuestro plan para atrapar a este posible fetichista de las zapatillas, y distraídamente me pasé el dedo por el bigote. Era bastante sensual acariciarme de ese modo y eso me llevó de vuelta a mi cine interior y a la película que había empezado a proyectar: Ava en mis brazos.

Pero cómo se besan dos personas es siempre un gran misterio. Cuando pienso sobre ello no logro encontrarle el sentido. Una inclina la cabeza y de algún modo las dos bocas se unen. Aun así, intenté visualizar nuestro beso —la parte puramente mecánica—, pero me salía como un churro, mi coreografía era horrible. Aparte del asunto de la boca, imaginé que nuestras considerables narices colisionarían con la cara del otro y entonces realmente me hice un lío con la cámara —la mente rueda y exhibe la película al mismo tiempo— y vi que su nariz se metía en mi boca. Pero eso me excitó. Disfruté un instante, de ese momento de atrevimiento nasal y luego, sintiéndome culpable, apagué el proyector y la cámara mentales. De repente me sentía bastante preocupado sobre este asunto de las narices y quise exponerle a Jeeves los motivos de mi ansiedad.

—Hay un elemento de mi historia de amor que me inquieta, Jeeves.

—¿Es posible, señor?

—Es un poco vergonzoso… —Jeeves me miraba con calma; su rostro inspiraba confianza. Le ofrecí mi confesión—: Creo que me siento excesivamente atraído por la nariz de Ava, Jeeves. Nunca me había pasado antes. Nunca me había sentido tan atraído por una nariz. No puedo explicarlo.

—En efecto, es algo inusual, señor.

—Si comprendiera a Freud o, de hecho, hubiera leído a Freud, diría que es algún tipo de transferencia a raíz de la dramática y reciente alteración que mi propia nariz ha sufrido.

—Quizá, señor.

—Pero esa explicación no me satisface por completo… Puede ser porque su nariz tiene la forma de un cuerpo femenino. Las aletas son como las caderas.

—¿De verdad, señor?

—Lo siento, Jeeves, no tenía intención de ser vulgar. Solo

intento comprender el poder que ejerce sobre mí. Quizá es como tener dos mujeres en una.

—Esa es, ciertamente, una explicación psicológica plausible, señor. Pero ¿ha considerado usted la posibilidad de que simplemente se trate de una nariz atractiva y que por eso le guste a usted?

—Va más allá de eso, Jeeves… Sabes, en una ocasión leí sobre un fetichista de las narices en *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing. No recuerdo los detalles, pero sí recuerdo que me fascinó… Me pregunto si al leer aquel texto hace tantos años me he provocado la misma dolencia. He oído hablar de novelistas y de guionistas que leen algún libro de niños, y luego, con el tiempo, lo olvidan y años después escriben una novela u obra de teatro que es casi idéntica a él, sin darse cuenta de que han plagiado toda la trama y el tema.

—Yo también he oído hablar de ese fenómeno, señor.

—Quizá he hecho lo mismo con el caso de ese fetichismo con las narices, es decir, quizá he robado una perversión, un problema mental… ¡Soy tan idiota! Habría sido mucho más lucrativo robar un libro. ¡Todo lo hago mal! Solía leer a Krafft-Ebing de niño para excitarme. Quizá no fuese lo más saludable, andar leyendo casos de psicosis sexuales para ese propósito, y ahora esté pagando el precio. Yo era un niño judío del siglo XX en Nueva Jersey leyendo sobre desviaciones sexuales de alemanes del siglo XIX. Es casi como si hubiera leído *Mein Kampf*.

—Lo comprendo, señor.

—No puedo creer que esto me haya pasado a mí, Jeeves. Es peor que lo que tuvo que soportar Oscar Wilde. El suyo era un amor que no osaba pronunciar su nombre. Mi amor ni siquiera tiene un nombre que pueda pronunciarse… ¿Amor de narices? ¿Sexo nasal? Suena ridículo… Ni siquiera quiero pensar en las implicaciones de la palabra *nasal*… Me gustaría tener aquí el *Psychopathia*… lo perdí hace algún tiempo. Me gustaría leer ese caso de nuevo y llegar al fondo de este asunto.

—Podría ser muy instructivo, señor.

Intenté valientemente recordar los detalles específicos del caso del fetichismo de la nariz, pero no tuve éxito. Todo lo que conseguí recuperar de la niebla del olvido fue una agresión en un tranvía,

pero eso fue todo. Y entonces tuve una idea magnífica.

—Jeeves, vamos a la biblioteca —dije— y busquemos el Krafft-Ebing. Si voy a enamorarme de esa mujer y de su nariz, necesito comprender todos los elementos que me empujan a ello. Espero que la biblioteca tenga el libro y que no lo haya robado ningún adolescente para usarlo del mismo modo que lo usé yo… Si no lo tienen aquí, la Universidad Skidmore tiene que estar a la vuelta de la esquina.

—Muy bien, señor.

—Quizá pueda incorporar esto a mi novela de algún modo. Hacer que uno de mis personajes sienta un fetiche por las narices.

—Muy bien, señor.

Y con eso echamos a andar hacia el Caprice y luego condujimos hasta la ciudad en busca de la biblioteca y de la obra maestra del doctor Richard von Krafft-Ebing sobre la sexualidad humana, *Psychopathia Sexualis*.

Capítulo 24

Un extracto de Psychopathia Sexualis, de Krafft-Ebing * Una discusión con Jeeves sobre fetiches y Alcohólicos Anónimos * Leo un poco y Jeeves desaparece entre las pilas de libros * Una contemplación de mi ignorancia, pero entonces me doy un golpecito en la espalda * Jeeves y yo debatimos una idea para una nueva novela

Caso 88. (Binet, op. cit.)

X.

, edad treinta y cuatro, profesor en un instituto. Sufrió convulsiones durante la infancia. A la edad de diez años empezó a masturbarse, con sentimientos lujuriosos relacionados con ideas muy extrañas. Le gustaban particularmente los ojos de las mujeres, pero puesto que deseaba imaginar algún tipo de coito, y era totalmente inocente en asuntos sexuales, para evitar alejarse demasiado de los ojos desarrolló la idea de convertir los orificios nasales en órganos sexuales femeninos. A partir de entonces su vívido deseo sexual giró alrededor de esa idea. Dibujó perfiles de cabezas femeninas griegas, perfectamente correctos con la excepción de que la nariz era lo bastante grande como para que fuera posible la inserción del pene.

Un día, en un autobús, vio a una mujer en la que creyó ver plasmado su ideal. La siguió hasta su casa e inmediatamente le propuso matrimonio. A pesar de que le invitó a marcharse, regresó una y otra vez hasta que

fue arrestado. X nunca había mantenido relaciones sexuales.

El fetichismo en relación a la nariz es un fenómeno muy inusual. El siguiente peculiar poema procede de Inglaterra:

¡Oh! dulce y pequeña nariz, que derramas tus encantos sobre mí;
¡Oh!, si yo fuera la rosa más dulce, te daría mi aroma.
¡Oh!, que estuviera llena de dulce miel que yo pudiera sorber;
sería para mí un gran festín, un auténtico banquete.
Qué dulce y nutritiva parece la nariz de tu amada;
sería más deliciosa que las fresas con nata.

Los fetichismos relativos a las manos son mucho más numerosos. El caso siguiente no es realmente patológico. Se ofrece como ejemplo de transición:

Caso 89. B, de una familia neuropática, muy sensual, mentalmente intacta…

Le mostré este notable fragmento a Jeeves. Estábamos solos en un escritorio en la Biblioteca Pública de Saratoga.

—¿Qué opinas? —le pregunté.

—Es un retrato amable, señor, de una persona con graves problemas.

—¡Y el poema! Brillante, ¿no te parece?

—Sí, señor.

—¿Y no es la prosa magnífica?

—Está muy bien escrito, señor.

—Te concedo que es una traducción, pero aun así… Dios, me encanta. No me extraña que esta perversión se imprimiera en mi mente y ahora sufra por ello… Pero mi caso no es tan grave como el de ese tipo. Quiero decir que yo me siento atraído por la totalidad del cuerpo de Ava. Y tan pronto como conozca su personalidad, también me sentiré atraído por ella. O al menos eso espero. Así que no estoy tan mal como

X.

, ¿verdad, Jeeves?

—No, señor, no creo que sufra usted una dolencia tan grave como la persona descrita en esta historia.

—Creo que lo que yo tengo es el tipo de fetiche con el que se puede vivir, ¿sabes? Del tipo que no domina toda tu vida y sexualidad y te fuerza a ir a grupos de apoyo y convenciones e incluso votar por ciertos políticos. Los travestís, los sadomasoquistas y los hombres que aman a los niños son el equivalente sexual de la Asociación Nacional del Rifle… Los fetichistas de los pies no están tan bien organizados, según creo. Y, además, les basta con ir a una playa para darse un hartón. Pero respecto a los otros tres grupos, hay una multitud de reuniones, boletines, tasas legales, *gadgets* caros, cuotas… Tener un fetiche serio es, imagino, agotador. Quiero decir, fíjate en el tío Irwin. La Asociación Nacional del Rifle le ha lavado el cerebro. Yo solo tengo un caso leve de fetichismo con las narices. No tengo que cambiar toda mi vida por ello.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Así que ahora me siento mejor sobre este asunto de la nariz, pero sí que necesito cambiar parte de mi vida, Jeeves. Gracias a Dios no tengo resaca, pero tengo que poner freno a esto de beber. Realmente se me está escapando de las manos. Primero una nariz rota y ahora un apagón. Y ahora que lo pienso, también tuve un apagón la noche que me rompieron la nariz. Eso no es normal. Tengo que aceptarlo y dejar la bebida. Se acabaron las promesas vanas sobre dejar el alcohol. No estoy en la frontera de la adicción. ¡Soy un alcohólico!

—Estoy totalmente de acuerdo, señor.

—Debería llamar a Alcohólicos Anónimos o a algo parecido. Quizá debería asistir a una reunión aquí en Saratoga. Cuando fui a aquellas pocas reuniones en el gulag de Montesonti y luego en Montclair me perdí algo clave. Todo el tema de cómo no tomar la primera copa. ¿Sabes algo de eso, Jeeves? Si es así, podría ahorrarme llamar a Alcohólicos Anónimos.

—Me temo, señor, que no. Creo que una llamada a Alcohólicos Anónimos podría serle de ayuda. Creo que sus métodos son eficaces para conseguir abstenerse del consumo de licores.

—Está bien, les llamaré luego. Seguramente están en la guía

telefónica. Fueron listos llamándose AA. Me pregunto si
AA
va antes de todas las empresas con tres aes. ¿Crees que lo hicieron por eso, Jeeves, para estar bien posicionados en la guía telefónica?

—Parece poco probable, señor, pero es una posibilidad.

—¿O acaso dos aes van después de tres aes?

—Tendría que consultar una guía telefónica, señor.

—No te molestes. Lo miraré luego… Sabes, si tienes un accidente de tráfico por ir borracho, es muy cómodo porque puedes mirar a la vez
AA
y la Triple A, la Asociación Americana del Automóvil, y matar dos pájaros de un tiro… Debería llamarlos Doble A en lugar de AA. Es más pegadizo… Ahora bien, puede que entonces eso recuerde a pedir un doble, como un *whisky* doble, lo que quizá fuera contraproducente.

—Sí, señor.

No eran todavía las 10
a. m.
y pasé las dos siguientes y deliciosas horas leyendo *Psychopathia*, aunque me aseguré de mantener su cubierta plana sobre la mesa, lo que me resultó un tanto difícil porque era un libro encuadernado en rústica y bastante grueso, pero no quería que algún anciano de Saratoga o un niño impresionable vieran la cubierta y leyeran lo que estaba escrito sobre el título: «La única traducción nueva y completa del gran clásico sobre aberraciones sexuales». Eso podría darle a la gente una impresión equivocada sobre lo que estaba haciendo en la biblioteca un viernes por la mañana. Desde luego, era inevitable que mi rostro magullado despertase suspicacias, aunque probablemente mi chaqueta y mi corbata actuaban como agente neutralizador hasta cierto punto, aportándome el aspecto de persona en la que se podía confiar, que era lo que yo era, o al menos aspiraba a ser.

Mientras yo leía, Jeeves se perdió también entre los libros; probablemente estaba refrescando sus conocimientos de botánica y fauna de la región de Saratoga o algo igualmente edificante. Mientras tanto, yo estaba teniendo una experiencia proustiana con el Krafft-Ebing. Al leer de nuevo los casos me sentí transportado al

hogar de mi niñez y a las noches que había pasado siendo adolescente con una linterna encendida bajo las sábanas, absorbiendo las deliciosas historias de *Psychopathia Sexualis*. Los extraños deseos de los pacientes de Krafft-Ebing me habían apasionado de adolescente, pero también me gustaba mucho cómo Krafft-Ebing explicaba majestuosamente y con gran eficiencia y economía de lenguaje las vidas de los pacientes.

Ahora veo que existe un cierto paralelismo entre mis lecturas de los historiales de los casos y la afición que las precedió —mi adoración infantil por los cromos de jugadores de béisbol—. Por el reverso de un cromo, que incluía las estadísticas del jugador, se podía saber si era bueno, malo o mediocre; si había mostrado potencial pero no lo había desarrollado y siempre estaría decepcionado por ello; si había florecido tarde en su carrera y con eso podría vivir con la conciencia tranquila una vez se hubiera retirado; si había tenido un año extraordinario y luego no había vuelto a hacer nada notable; o si sus números se acumulaban de forma admirable, quizá digna de figurar entre las leyendas.

La trayectoria de la vida del jugador y su carrera estaban plasmadas en el reverso del cromo, igual que Krafft-Ebing intentaba mostrar en su libro qué le sucedía a la gente a lo largo de sus vidas, con el transcurso del tiempo. En ambos casos me atrajo la noción de la vida humana como narración inteligible, pues desde una edad muy temprana yo intentaba, como la mayoría de la gente, hacer que mi propia historia, mi propia vida, tuviera algún sentido, y en mi subconsciente debía desear verla explicada en el dorso de un cromo de béisbol —el sueño de mi infancia— o en el historial de uno de los casos —potencialmente mi realidad de adulto.

Me habría gustado haber leído a Freud tanto como leí a Krafft-Ebing. Es interesante pensar que Krafft-Ebing fue el superior de Freud en Viena y que fue contra él contra quien se rebeló Freud. Krafft-Ebing se limitaba a recopilar los relatos de distintas perversiones, como si fuera un coleccionista de sellos; en realidad no investigaba por qué la gente padecía aquellas obsesiones, más allá de teorizar de vez en cuando que un cráneo mal formado o un hígado débil podrían haber provocado tal o cual comportamiento. Sus explicaciones eran de ese estilo. Así que Freud miraba por encima del hombro a Krafft-Ebing y en último término lo superó.

En consecuencia, debería conocer a Freud de arriba abajo. Todo escritor debería. En cambio, poseo solo un conocimiento diluido de sus teorías a través de la difusión que han tenido en el ámbito de la cultura, que es el equivalente intelectual al juego del teléfono, en el que una historia se transmite a otra persona, esa persona a una tercera y así sucesivamente hasta que la historia que se está explicando no tiene nada que ver con la original. Lo mismo me sucede con Jung y con Darwin. Especialmente con Darwin. No he leído una sola línea de los escritos de ese buen hombre, mientras que de Freud al menos poseo una edición de bolsillo de *La interpretación de los sueños* y al menos en una ocasión intenté leer el primer párrafo y, sin embargo, el darwinismo está en los cimientos de buena parte de mi visión del mundo. No es sorprendente que siempre la pifie. ¡Todo lo baso en rumores, insinuaciones e informaciones de oídas! Todo lo que sé de una de las principales religiones del mundo, el budismo, procede de las cajas de té. Debo decir, no obstante, que comprendo mejor el budismo gracias a esas cajas de té de lo que comprendo a Freud, Jung y Darwin. Ojalá condensaran las teorías de esos caballeros en las cajas de té.

Dicho esto, me doy cuenta, y me avergüenza decirlo, de que puede que lo que leyera todos esos años no fuera sobre el budismo. Es perfectamente posible que fuera sobre el hinduismo. No se oye hablar mucho del hinduismo, así que supuse, mientras bebía todo ese té, que debía ser budismo. Pero a menudo hay una imagen de un yogui en la caja de té, y en China no hay yoguis. Los yoguis son de la India y creo que la religión de la India es el hinduismo. Y estoy prácticamente seguro de que el budismo lo inventaron en China, como muchas otras cosas, aunque el Buda, la verdad, no tiene aspecto de chino. Confucio sí que parece chino, pero ¿qué le pasó? ¿Cuándo pasó de moda en su tierra? ¿Y qué hay de los coreanos? ¿Qué religión practican? Parece que se sabe muy poco sobre ellos, lo que puede explicar por qué les atacamos en la década de 1950: por miedo a lo desconocido.

Bien, debo decir que acabo de demostrar que soy mucho más idiota de lo que creía. Soy la peor clase de idiota. Creo que sé cosas, pero no sé nada. Mi estupidez es tan colosal que puede que mi coeficiente intelectual sea negativo. En Princeton, un amigo mío se

emborrachó y a oscuras, por la noche, chocó con la estantería y tiró al suelo un enorme volumen del *Diccionario Oxford de inglés* y por la mañana descubrió que había matado a su gato. Así debería ser mi sentencia de muerte: deberían dejar caer sobre mi cabeza todo el peso del *Diccionario Oxford* o de la Enciclopedia Británica.

De todas formas, sería mejor no ser tan duro conmigo mismo. Al menos yo me esforzaba por reflexionar sobre las cosas. Tenía que concederme cierto crédito por ello.

A mediodía Jeeves regresó a la mesa de la biblioteca en la que yo estaba. Yo, más o menos, había terminado de darme un banquete de *Psychopathia* y se me había ocurrido una idea para una nueva novela que quería contarle.

—¿Sabes qué es lo más interesante del libro de Krafft-Ebing, Jeeves?

—No, señor.

—Acaba con el caso 238. Me encanta que los numerase. ¿No te parece que *Caso 239* sería un título fantástico para un libro? Lo escribiría como si el 239 fuera un historial perdido hacía tiempo, como los Manuscritos del Mar Muerto, y este caso 239 fuera la respuesta definitiva al enigma humano de por qué todo el mundo está tan loco por el sexo. Sabes, nos reímos de los conejos, pero hay muchas más personas que conejos.

—Muy cierto, señor.

—Lo convertiré en una gran novela filosófica, disfrazada de historial clínico. Como harían George Bernard Shaw o Thomas Mann, con personajes poco realistas que representen cosas o posiciones filosóficas. En este caso, representarían también posturas sexuales. El libro sería una especie de combinación del *Kama Sutra* y *La montaña mágica*. También me lo imagino adaptado como musical, del mismo modo en que *Pigmalión* se convirtió en *My Fair Lady*, El paciente sería Cualquiera. Lo llamaríamos por su inicial,
C.
Escribiría el libro al estilo de Krafft-Ebing… o podría ser casi autobiográfico. Podría escribir la historia de mi propio caso, explicar que mi aberración sexual fue leer excesivamente a Krafft-Ebing siendo adolescente, lo que, más adelante en mi vida, me llevó

a tener un fetiche por las narices. O algo así. Lo que hace que todo sea circular, pues leer un libro sobre perversiones se convierte en una perversión que a su vez provoca una perversión secundaria. En la literatura es muy bueno que las cosas sean circulares. Eso hace que parezcan profundas.

—Ya veo, señor.

—Lo escribiría como una carta a Krafft-Ebing. Algunos de los casos que describe son cartas que ha recibido de personas que le cuentan su conducta anormal y le piden ayuda. Y mi carta sería extra desoladora, ya que él está muerto. Escribiría la carta sabiendo que no habrá respuesta ni podrá ayudarme.

—Excelente, señor.

—Después de terminar *El caminante*, escribiré rápidamente el guion de *¡Que vienen los homosexuales!* y luego me pondré con el *Caso 239*. Es bueno pensar en proyectos futuros. Le da a uno esperanza.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Existe la posibilidad, sin embargo, de que no haya una novela entera en el concepto. O un musical. Puede que solo sea un título. Muchas veces sucede eso. Si es así, no está todo perdido. Podría hacer que el narrador de *El caminante* pensase en sí mismo como el Caso 239, en una especie de lacerante broma sobre sí mismo… Claro que el narrador se basa en mí durante los años en que estuve viviendo con Charles y este asunto del 239 se me acaba de ocurrir ahora, pero puedo tomarme ciertas libertades puesto que se trata de ficción… Y esto de Krafft-Ebing será bueno, puesto que en *El caminante* me presento como un narrador chiflado y poco fiable, que es el mejor narrador que uno puede tener, Jeeves. Te permite hacer impunemente casi cualquier cosa como, por ejemplo, no comprobar los hechos. Pero como narrador no es totalmente un desastre: es puntual y escribe notas de agradecimiento.

—Rasgos admirables, señor.

—Volvamos a la Rose, Jeeves. Ya he investigado bastante por hoy. Creo que nadaré un rato en la piscina. El agua fresca le irá bien a mi nariz. Luego pasaré la tarde trabajando industriosamente. Mi recompensa será ver a Ava en la cena.

—Un plan muy saludable, señor.

—Eso creo, Jeeves.

Saliendo de la biblioteca hice una parada en el aseo y me encontré con un pequeño grafiti sobre el urinario: ¡LIBERTAD PARA LOS PERIÓDICOS ENCUADERNADOS! Me sorprendió la brillantez de esa proclama y cuando salí del baño se la conté a Jeeves.

—Muy interesante, señor —dijo Jeeves.

—Saratoga es más profunda de lo que parece —dije mientras salíamos y nos dirigíamos al Caprice—. Existen elementos subversivos. Un grafiti como ese es mejor que cualquier anuncio de una inmobiliaria. Deberíamos considerar instalarnos aquí después de que finalice nuestro período en la colonia.

—Una noción de lo más prometedora, señor.

—Cualquier ciudad que promueva ese tipo de pensamiento es el sitio adecuado para nosotros.

—Muy bien, señor.

Capítulo 25

Un debate religioso * Una carta envenenada * Un impulso cobarde; una respuesta valiente * Un impulso valiente; una respuesta cobarde * ¿Hombre, mujer, animal, fruta o vegetal? * Un riguroso interrogatorio

Los dioses no permiten que mis nervios estén relajados demasiado tiempo. No sé por qué sucede esto. Me concedieron unos momentos de paz en la biblioteca, pero habían pasado casi cuatro horas desde que Beaubien me había disparado el ansia de insulina, de modo que el siguiente desastre iba con retraso y finalmente llegó en forma de nota. Había aparcado el Caprice, Jeeves estaba dando un paseo por los bosques y yo cruzaba feliz la sala de las botas, dispuesto a subir rápidamente a mi habitación a ponerme el bañador para darme un chapuzón en la piscina, cuando reparé en un sencillo sobre en la mesa de la correspondencia con mi nombre escrito en él.

Mi bueno y viejo cerebro segregó inmediatamente un poco de serotonina en mi sistema al ver el sobre, pues parecía una carta, y las cartas, como los perros, siempre me hacen instantáneamente feliz. Por desgracia, he tenido muy poco contacto con perros y casi no recibo cartas. Probablemente debería iniciar correspondencia con una perrera y combinar ambos placeres.

Así pues, recogí el sobre y me lo llevé a mis habitaciones, demorando el placer de saber quién me escribía. Era algún tipo de sistema de correo interno de la colonia —no había remitente ni tampoco dirección bajo mi nombre—. Así que podía fantasear con que quizá Ava me había escrito una nota, confesándome su profunda atracción y amor hacia mí e invitándome a su habitación… allí me estaría esperando desnuda sobre la cama, con una rosa en una de sus fosas nasales. Era poco probable, pero hasta el momento en el que abrí el sobre podía esperar lo mejor, así que

mantuve a raya mi curiosidad hasta que llegué a mi escritorio.

Felizmente sentado, me imaginé corriendo hacia el tocador de Ava, abrí el sobre con cuidado, como si fuera una lata de sardinas; no creo que lo haya mencionado antes, pero sucede que toda mi vida he sido propenso a cortarme con el papel. Basta con colocarme cerca de algo afilado y es como si mi piel quisiera que la agredieran. No me creerían si les contase la cantidad de cicatrices que tengo en mis manos consecuencia de abrir latas de sardinas y de arenque ahumado, lo cual es otro de los motivos por los cuales es fantástico tener a Jeeves siempre cerca: se acabó el lacerarme las muñecas con esos cacharros. Tuve que dejar el tenis a una tierna edad porque abrir una lata nueva de pelotas suponía un riesgo enorme, pero quizá ahora, con Jeeves, pudiera volver a practicar ese deporte.

De todas formas, por desgracia, no era una nota de Ava para que fuera a su habitación, a pesar de que las cosas empezaron bastante bien —la misiva estaba escrita en papel con el membrete de la Colonia Rose, que tenía, estampada en relieve, una larga rosa roja que envolvía un dibujo de la Mansión. Pero después de este ejemplo de arte papelero, las cosas tomaron un rumbo decididamente horrible y trágico. Fue como si los dioses me hubieran golpeado con un rayo. ¡Malditos sean! Créanme cuando les digo que entiendo bien a lo que el viejo y bueno Hamlet se refiere cuando dice aquello de «los mil sobresaltos naturales que son patrimonio de la carne». Solo con los recibidos en la Colonia Rose yo ya iba camino de completar mi cuota. Los pacientes ingresados en instituciones mentales en los años cincuenta no sufrían tanto como estaba sufriendo yo en esta supuestamente tranquila colonia de artistas.

A continuación reproduzco el rayo que me partió, menos la rosa y el dibujo, me temo:

> COLONIA ROSE
>
> *Alan,*
> *Por favor, pásate por mi oficina en cuanto puedas, me gustaría hablar de las zapatillas de Sigrid Beaubien.*
>
> *Dr.*
> *Roderick Hibben*

Como bien pueden imaginarse, todo me dio vueltas al leer esas palabras. Mi escritorio, conmigo sentado en él, se vio de súbito envuelto en un tornado y juntos dimos vueltas por los rincones del techo y vi muy de cerca las molduras. Luego volvimos de golpe a nuestra posición frente a la ventana.

Mis pensamientos fueron entonces inmediatamente a las dos botellas de vino que había puesto en mi bolsa cuando salimos de Nueva Jersey. ¿Qué había hecho Jeeves con ellas? Fui a mi dormitorio y miré en las maletas de ambos, pero no había ni rastro de las botellas. Jeeves las debía haber escondido en alguna parte o compartido con el personal de la cocina. Este es el problema de tener ayudas de cámara: son ellos quienes hacen y deshacen las maletas. Puede que me hubiera salvado las manos de las inclemencias de las latas de sardinas y arenques, pero ahora no podía encontrar mis botellas justo cuando más las necesitaba. Al diablo con AA. Al diablo con la vida de pionero de la abstinencia. Para enfrentarme al doctor Hibben necesitaba alcohol.

Luego, la otra alternativa racional, además de beber, se hizo patente: huir. Empezaría a hacer las maletas y cuando Jeeves regresara de jugar a ser Daniel Boone en los bosques, nos marcharíamos de la colonia como almas que lleva el diablo.

Miré por la ventana para ver si veía a Jeeves viniendo hacia la Mansión y así podía acelerar nuestra partida, pero no le vi. A la que sí vi fue a Ava, sin embargo. Avanzaba a grandes zancadas en dirección a los establos, uno de los cuales era probablemente su estudio. Llevaba el mismo vestido de algodón de la noche anterior. Desde mi privilegiado mirador del segundo piso me pareció más bella que nunca. Bueno, en realidad igual de bella que las otras dos veces en que la había visto.

De repente abandoné la idea de huir. El ver a Ava hizo que me armara de valor. No estaba dispuesto a tirar la toalla, no estaba dispuesto a tirar ni siquiera un trapo del polvo. No iba a marcharme de la Rose y perder la oportunidad de conseguir a Ava. Así que iría a ver a este tal Hibben y proclamaría mi inocencia. Incluso le contaría mi plan —bueno, el plan de Jeeves— para cazar al ladrón de zapatillas.

Con gran valor, hice una salida de mi habitación y me dirigí a las líneas enemigas. Yo era un amante clásico —no confundir con

un amante de los clásicos, aunque es cierto que los clásicos que he leído me han gustado mucho— con una misión. Era Romeo, Cirano, Tristán y el caso 88 combinados en una sola persona. Nada iba a interponerse entre mí y Ava y su nariz.

En la oficina, las tres damas estaban en sus escritorios. Levantaron la cabeza al unísono cuando realicé mi valiente entrada. Me quedé en pie en el umbral.

—Alan —dijo Doris, utilizando mi nombre como saludo. Luego preguntó—: ¿Cómo estás? ¿Cómo va la nariz?

—La nariz va mejorando —dije, y entonces añadí con voz decidida—. He recibido una nota del doctor Hibben para que venga a verle.

—De acuerdo —dijo—, déjame ver si está ocupado.

Se levantó de su escritorio. Yo sabía perfectamente que era consciente de lo que había pasado con Beaubien —probablemente había sido ella la que había escrito la nota que tenía en el bolsillo, puesto que el nombre de Hibben estaba escrito a ordenador y no firmado—, pero fue discreta y no dijo nada. Yo vi en el rostro de las otras dos mujeres, la anciana Barbara y la joven Sue, que también ellas tenían conocimiento de las zapatillas desaparecidas y de los cargos presentados contra mí. La Colonia Rose, como ya he mencionado, era como una prisión, todo el mundo conocía los asuntos de todos los demás casi antes de que sucedieran y ahora yo tenía una reunión con el director. Probablemente estábamos bajo algún tipo de ley marcial. Si Hibben pensaba que yo había robado esas zapatillas probablemente me echara y perdería mi oportunidad con Ava. Tenía que demostrarle que era inocente. ¡Lo hacía por amor!

Doris me acompañó por el corto pasillo que partía a la izquierda de su escritorio. Ese corredor mal iluminado terminaba en una puerta la mitad de la cual era cristal translúcido. Llamó, abrió la puerta un poco y dijo:

—Alan Blair está aquí.

No escuché ninguna respuesta, pero Doris abrió la puerta de par en par. Claramente su jefe le había dado algún tipo de señal.

—Entra, Alan —dijo Doris, así que yo me adentré valientemente en la oficina del doctor Hibben, con la imagen del perfil de Ava clavada en el corazón para darme coraje, igual que Don Quijote

luchaba sus batallas por su dama Dulcinea.

Doris cerró la puerta a mis espaldas.

Bien, no estaba preparado para lo que vi entonces. No sé si alguna persona cuerda podría haber estado preparada. Todo mi valor se me cayó al suelo y el mismo camino siguió mi nivel de azúcar en sangre. El tuétano de mis huesos se tornó mantequilla. De nuevo alcé el vuelo y di vueltas por el techo, limpiando las telarañas, y luego regresé a mi posición frente a la puerta.

Lo que tenía ante mí no era un hombre. En pie tras un gran escritorio antiguo había una especie de híbrido entre hombre, mujer; animal, fruta y vegetal. ¡Si tan solo hubiera encontrado aquellas dos botellas de vino!

Empezaré con las dimensiones. El doctor Hibben medía dos metros quince, si es que se puede imaginar una pera de ese tamaño. Tenía las caderas inusualmente anchas y unos hombros increíblemente estrechos.

En la cima de la pera había una cabeza enorme, en forma de pelota de *rugby*, y esa pelota de *rugby* de cabeza estaba desastrosamente cubierta de pecas de un marrón anaranjado, como si fuera un plátano demasiado maduro. ¿Es que este hombre no había oído hablar nunca del cáncer de piel?

Tenía brotes de pelo anaranjado a ambos lados de la cabeza y más arriba, cerca de la cima de la pelota de *rugby*, había dos amables puntos azules que supuse eran sus ojos. Era difícil distinguir su nariz, perdida como estaba en la galaxia de pecas. Un pequeño agujero rosa, como el ano de una estrella de mar, se abrió, y de muy lejos me llegó una voz profunda que decía:

—Alan, es un placer conocerte.

Rodeó su escritorio y se movió hacia mí, con un brazo largo como una serpiente pitón extendido en mi dirección. Corría peligro de sufrir una embolia; no solo era un espécimen increíble y aterrador, sino que ¡había envuelto su prodigioso organismo en tejido *seersucker*! No solo la chaqueta, como la que yo llevaba, sino también los pantalones. Yo no tengo pantalones de *seersucker* y, como en esa ocasión, confío en los pantalones de caqui para que hagan conjunto con mi chaqueta. Y por eso, ver tanto *seersucker* junto sobre el doctor Hibben —metros y metros de tejido— fue como mirar fijamente una de esas bolas de discoteca que causan

ataques de epilepsia a la gente con mentes débiles, y mi mente desde luego era débil a causa del abuso de alcohol y de leer sin gafas con poca luz. Pero el abuso de alcohol resultó tener su aspecto positivo. En lugar de un desmayo, el verlo hizo que mi hígado excretara la reserva de etanol que debía tener guardada para emergencias. Así que ese chute de bebida añeja almacenada durante un largo periodo en mi organismo me calmó y pasé de estar paralizado por el terror a estar simplemente asustado.

En dos zancadas estuvo sobre mí y me tendió una mano pecosa en la que me podría haber sentado. Yo alargué lo que, comparada con la suya, parecía una mano de juguete y la vi desaparecer, ingerida hasta la muñeca, y me pregunté si volvería a verla. Apretó mi mano engullida en el saludo y puede que extrajera de ella algo de zumo de naranja del que había bebido en cuarto curso, y entonces los dedos del doctor Hibben, que eran del tamaño de latas de aerosol, se dispersaron y yo recuperé mi mano y me alegré inmensamente de volverla a ver.

—Estamos muy contentos de que estés con nosotros en la Colonia Rose.

—Gracias —conseguí susurrar e intenté mirarle a la cabeza, pero no había hecho yoga en varios días y mi cuello no estaba muy flexible.

Entonces se retiró al otro lado de su escritorio y me indicó que me sentara en la silla que había frente a su escritorio. La habitación estaba fría, un aparato de aire acondicionado zumbaba en una ventana y en las paredes había pinturas, obviamente obras de colonos presentes y pasados —la mayoría abstractos, entre ellos una pintura totalmente negra que debía haber sido perpetrada por Sophie, con quien yo había desayunado. También en las paredes había fotos en blanco y negro de la colonia durante los últimos cien años. Y, como sucede con la mayoría de las fotografías antiguas, hay muchos menos árboles visibles que en la actualidad. En algún punto de la historia de Estados Unidos, los árboles se volvieron a poner de moda mientras, por supuesto, sufrían grandes reveses en otros lugares. Pero por qué nadie comenta nada sobre la enorme cantidad de árboles que tenemos por todas partes me parece un misterio. Parece que es un último fragmento de pensamiento positivo ilusorio al que podríamos aferrarnos mientras todo lo

demás se desmorona.

—¿Cómo te va hasta ahora? —preguntó el doctor Hibben—. ¿Has podido instalarte bien?

—Muy bien, gracias —dije, sintiéndome aprensivo, esperando que terminara con las trivialidades y abordara el tema de las zapatillas. Evité su vigilante mirada y perdí la mía en el vibrante campo visual de su *seersucker*. Creo que estaba reflejando mi propio *seersucker*. Rara vez, excepto quizá en Newport, Rhode Island, puede encontrarse en la misma habitación a dos personas vestidas de *seersucker*; sucede con la misma frecuencia que un eclipse solar y es probablemente igual de peligroso para el ojo humano desnudo.

—Tengo entendido que has tenido un accidente de coche antes de llegar aquí.

—Sí… No me puse el cinturón de seguridad, me golpeé la nariz contra el volante.

Me pregunté si los otros reclusos habrían hecho llegar hasta aquí el rumor de que había estado presumiendo de haber tomado parte en una pelea de bar. Bueno, sería mejor que me atraparan mintiéndoles a ellos que a Doris. Si me llamaba la atención sobre el tema de las dos historias divergentes —el accidente de tráfico y la pelea de bar—, le diría que, literal y figurativamente, había intentado salvar la cara con mis colegas, mientras que a Doris le había dicho la verdad. Aunque, por supuesto, había mentido a Doris y explicado algo más cercano a la verdad a los colonos. Bueno, todo era un desastre.

—¿No necesitas que te vea un médico?

—No, creo que se está curando bien, gracias.

Me arriesgué a mirar su rostro, lo que provocó un nuevo sobresalto a mis nervios y me obligó a aferrarme a los brazos de la silla. Alguien tenía que impedir que ese hombre se expusiera al sol; necesitaba salir al exterior encapuchado, como un halcón, en todo momento. Desvié de nuevo la mirada hacia su *seersucker* y las líneas oscilaron y casi esperaba que convergieran y se convirtieran en una emisión de televisión.

—Me alegro de que estés bien —dijo el doctor Hibben, e hizo una pausa, destapó y volvió a tapar un bolígrafo y entonces tiró de la cuerda de la guillotina y cayeron las zapatillas—. Hay algo de lo

que quiero hablarte… Sigrid Beaubien ha venido a verme esta mañana bastante alterada.

—Sí, sé que ha sucedido algo extraño.

—Dice que le han robado las zapatillas. Y… esto es muy incómodo… sabes, pero dice que se las has cogido tú, así que tengo que preguntarte: ¿te llevaste tú sus zapatillas? Estoy seguro de que no, pero tengo que preguntarlo. Tenemos que proteger a todos los artistas que se alojan aquí para que puedan trabajar.

—Yo no me he llevado sus zapatillas. Lo juro. Aireó este tema durante el desayuno y a mí me dio un ataque de azúcar. No sé por qué cree que yo podría hacer algo así.

Le miré directamente a la cara, encontré las dos canicas azules que eran sus ojos e intenté convencerlo de mi inocencia. Me estaba acostumbrando rápidamente a su apariencia, como una enfermera que trabaja en la unidad de quemados.

—¿Un ataque de azúcar? —preguntó.

—Cuando estoy alterado es como si me hubiera tomado una caja de helados; me siento débil… Hubo una ocasión en Nueva York en la que estaba caminando por la acera y una rata me confundió con un cubo de basura y me subió por la pierna. Llegó hasta la rodilla antes de darse cuenta de que era un ser humano. Supongo que si hubiera sido un niño hubiera intentado comerme. Pero simplemente dio media vuelta y fue a contárselo a todas sus amigas. Pues bien, después de que se fuera, grité y todo el azúcar desapareció de mi sangre. Tuve que comprarme un refresco y bebérmelo entero para conseguir recuperar las fuerzas.

Me arrepentí de haber contado la historia de la rata inmediatamente, pero no puedo contenerme cuando se trata de ese relato; soy como un veterano de guerra que grita «¡A cubierto!» en los momentos menos apropiados. Pero el doctor Hibben no parecía molesto.

—Siento lo de esa rata, suena terrible —dijo, con empatia. Y luego preguntó—: Así pues, ¿no te llevaste las zapatillas?

—No, lo juro, ni siquiera sabía que Sigrid tuviera zapatillas… Pero desde que me he enterado del hurto, he estado pensando en dejar mis propias zapatillas frente a mi puerta, quizá atadas con un cordel a mi muñeca o algo así, de modo que si me duermo, siga pudiendo atrapar al ladrón… Estoy en un pasillo, no obstante, en el

que hay muy poco tráfico, pero aun así es un buen plan.

—Eres muy amable… pero no creo que haya nadie que vaya por ahí robando zapatillas. He hablado con Charles Murrin y él cree que es solo una broma estúpida y, francamente, estoy de acuerdo, pero quería, ya sabes, hablar contigo, y ahora puedo tranquilizar a Sigrid y asegurarle que no tiene nada de lo que preocuparse.

—Lamento que se haya molestado tanto conmigo.

—Todo el mundo responde de forma distinta al estrés —dijo.

—Sí, el estrés es muy estresante —opiné como un perfecto cretino, y luego continué con algunas ideas más interesantes—. Me he dado cuenta, al menos en las novelas antiguas, de que la gente suele decir que está sofocada, angustiada o agobiada, pero hoy en día la gente es tan moderna que ha convertido el agobio en estrés… Creo que nos iría mejor tener un abanico de palabras más diverso y preciso que gritarnos los unos a los otros. Creo que el lenguaje es más efectivo que los malos modos.

Estaba, por supuesto, criticando el ataque que Beaubien había lanzado contra mí aquella mañana, pero el doctor Hibben no contestó. Se limitó a mirarme. No podía defender el comportamiento de aquella mujer, de modo que habíamos llegado al fin del diálogo en el asunto de Beaubien, y nadie tenía carteles detrás de las cámaras con nuevas cosas que decir. Las buenas noticias eran que parecía que todo iba a acabar bien. Aparte de su apariencia, había sido un interrogatorio muy sencillo. Ahora podíamos abordar con libertad otros temas, si así lo deseábamos, y lo que yo realmente quería preguntarle era si había consultado a algún dermatólogo, pero no quería extralimitarme en nuestra primera conversación. Decidí, en consecuencia, practicar el arte del cumplido, del mismo modo que Jeeves y Murrin habían elogiado mi bigote.

—Me gusta tu traje de *seersucker* —le dije—. Entre los dos creo que no ha habido tanto *seersucker* en un mismo lugar desde que los británicos colonizaron la India.

—Eso es muy gracioso —dijo el doctor Hibben—. Y a mí también me gusta tu chaqueta… ¿No tienes pantalones a juego?

—Cuando compré la chaqueta no podía permitirme los pantalones —dije, y era cierto, pero también lo era que creo que todo un traje de *seersucker* es simplemente excesivo, se parece

demasiado a un pijama y resulta demasiado ostentoso. Por supuesto, en el caso del doctor Hibben era mucho más que excesivo; no me hubiera sorprendido saber que Doris, Barbara y Sue habían desarrollado glaucoma e iban a presentar una demanda conjunta pidiendo una indemnización por los perjuicios causados por aquel traje.

—Ya veo —dijo el doctor Hibben—. Bueno, los pantalones de caqui conjuntan muy bien con el *seersucker*, Y me gusta tu corbata. ¿Son colibríes los pájaros del estampado?

—Sí. Esta corbata le gusta a todo el mundo… Por cierto, ¿sabes de dónde procede la palabra *seersucker*? Tras tantos años teniendo esta chaqueta me acabo de dar cuenta de que es una palabra muy rara. ¿Qué opinas? ¿Qué puede ser *seersucker*? ¿Quizá un visionario al que se engaña fácilmente?

—No lo sé —dijo el doctor Hibben—, pero puedo consultarlo.

Abrió un diccionario y leyó en voz alta:

—«Nombre. Tejido de lino con rayas azules y blancas originario de la India. Del persa *shir-o-shakar*», que, según el diccionario, significa «leche y azúcar».

—Muy interesante —dije—. Sabía que el *seersucker* procedía de la India, pero no era consciente de que tuviera esa relación con Persia… Me pregunto si en Irán piden café con *seersucker*.

El doctor Hibben escogió ese preciso momento para abrir bastante su pequeña boca, revelando un impresionante juego de dientes amarillos y superpuestos que parecían robados del museo George Washington, y se rio bastante fuerte, con algunos resoplidos de orden heroico. Cuando alguien del tamaño del doctor Hibben se ríe, es como si un gigantesco bramido desencadenara una gran reserva de aire comprimido, pues el volumen de su cavidad pectoral es mucho mayor que el de una persona de tamaño corriente.

Bien, resultaba obvio que estábamos divirtiéndonos con el tema del *seersucker*, y tenía que reconocer que todo el mérito era de Jeeves. Realmente se había superado con la selección de ropa de ese día. Tanto Ava como el doctor Hibben habían caído bajo mi influjo gracias a mi atuendo. Mi destino podría haber sido completamente distinto si me hubiera puesto mi *blazer* y mi corbata de plumas estilográficas. Con el doctor Hibben sentí que había pasado de ser un prisionero en el corredor de la muerte a tener el estatus de hijo

predilecto.

Cuando los resoplidos remitieron, sonrió y dijo:

—Bueno, ha sido un placer conocerte, Alan, y siento, ya sabes, haber tenido que preguntarte por esas zapatillas, pero lo que hacemos aquí es muy frágil, en cierto sentido, el crear arte, así que tenemos que mimarnos los unos a los otros.

—Yo estoy totalmente a favor de los mimos.

Entonces el doctor Hibben se levantó y el estómago me dio un vuelco; me había acostumbrado a verle solo medio cuerpo, y ahora ver de nuevo el cuerpo entero resultaba sobrecogedor. Pero me puse en pie y cuando alargó su mano sacrifiqué la mía para que la exprimiera de nuevo.

—Puede que no lo sepas —dijo el doctor Hibben al soltarme la desecada mano—, pero los viernes mi mujer y yo invitamos a todo el mundo a una copa después de comer. Estamos en la casa que hay en el camino de tierra detrás de la piscina. Verás que todo el mundo echa a andar hacia allí. Espero que puedas venir.

—Iré… muchas gracias —dije, y salí de su oficina, sacudiendo la mano para intentar recuperar el flujo sanguíneo en los dedos. El doctor Hibben debía ser la persona ideal para tener cerca si se necesitaba a alguien capaz de arrancar pernos sin llave inglesa. Me despedí de Doris, Barbara y Sue, caminé de vuelta a la Mansión y contemplé el futuro que me esperaba:

> Beber antes de cenar.
> Beber durante la cena.
> Beber después de cenar.

No era lo que se dice un programa ideal para alguien con problemas para mantenerse sobrio.

Capítulo 26

Preocupaciones de los artistas * Una franja de pavimento * Un claro verde esmeralda con una piscina azul * Una charla inspiradora con Kenneth acerca de la homosexualidad

Jeeves no estaba en nuestras habitaciones cuando regresé. O bien estaba comiendo en la cocina, o aún continuaba su comunión con la naturaleza. Me pregunté si estaba tratando de alcanzar una experiencia extracorporal para pavonearse frente a mí, más tarde. En cualquier caso, tendría que esperar para entretenerle con la historia de mi entrevista con el doctor Hibben.

Me concentré en seguir con el plan que había previsto, así que me puse el bañador, me puse una toalla al cuello, agarré el volumen que estaba leyendo de *Una danza para la música del tiempo*, y una vez más salí de la Mansión. En la distancia, me llegaba el locutor del hipódromo, e hice una nota mental para que Jeeves y yo fuéramos un día a perder un poco de dinero.

Mientras me dirigía a la piscina, la colonia parecía desierta: todo el mundo debía estar en sus estudios, trabajando o echando una siesta u odiándose a sí mismos, las preocupaciones habituales que acuciaban a los artistas.

Adivinaba qué se traería Tinkle entre manos en ese momento, y estaba seguro que no sería el único que se había buscado esa ocupación, porque también es otra de las cosas que acucia a la gente creativa, además de ser una consecuencia colateral de un trabajo solitario. No quiero decir que a la gente que no es creativa no le vaya el tema, pero lo habitual es trabajar en una oficina con otras personas, y la autosatisfacción en público no es tolerada, aunque por supuesto también se da.

No me crucé con nadie por el camino, avancé por la franja de

pavimento que serpenteaba alrededor de la colonia, entre prados, pedazos de bosque y edificios exteriores, y así alcancé la piscina, que disfrutaba de su propio claro particular, rodeada por una espesa oleada de pinos protectores.

Brillaba el sol, aunque no con luz castigadora; una amable brisa contribuía a mantener la temperatura agradable. Y la piscina, con el agua de un vibrante color azul, era increíblemente hermosa, rodeada, como estaba, por el esmeralda de la hierba y de los árboles.

Había tumbonas de playa dispersas alrededor del reborde de cemento de la piscina, y un pequeño vestuario para cambiarse. El gran poeta Kenneth, el de la nariz hermosa, que completaba una especie de triángulo nasal de la colonia junto a mí y a Ava, estaba sentado al borde de la piscina. Era el único que se encontraba allí, y cuando me acerqué me hizo un gesto para que me sentara a su lado.

—Hola —saludó con una sonrisa. Era una bonita sonrisa, que seguramente le había servido bien a lo largo de su larga vida. Tenía un aire innegablemente glamuroso; hay gente que lo tiene y punto. Se llama encanto. Parecen desprender una especie de campo magnético. Pero no es que atraiga, sino que repele. Lo que pasa es que nos sentimos atraídos por los objetos repelentes, así que al final sí terminan atrayendo. Al verle sentado ahí, me acordé de un cotilleo que había leído en un artículo publicado en la *New York Review of Books* sobre la biografía de Leonard Bernstein, y de repente caí en que Kenneth era el poeta que, según se rumoreaba, era el amante homosexual secreto de Bernstein.

—Has descubierto —me dijo— lo mejor de este lugar: la piscina.

—Es preciosa —dije tímidamente, sentándome en la tumbona que había a su lado.

—¿Alguna novedad sobre el escándalo de las sandalias?

—No, pero creo que lo que habían robado eran zapatillas.

—Prefiero *sandalia* porque suena mejor junto a *escándalo*.

—Pues es verdad, el escándalo de las sandalias suena mejor —le dije, mirándole de reojo, y vi que su viejo cuerpo no tenía pelo y era blanco, y que aunque sus músculos ya no eran firmes y su piel tampoco, aún se distinguía el contorno de un físico que había sido atractivo, incluso ideal, en el sentido griego de la palabra. Me resultó extraño, no obstante, que sus piernas no tuvieran ningún

pelo. ¿Acaso después de siete décadas de llevar pantalones se cae el pelo de las piernas, o se las depilaba? ¿Era eso lo que le había gustado a Bernstein de Kenneth, sus suaves piernas? Por contraste, mi propio cuerpo parecía casi simiesco. Tenía el pelo del pecho rojizo y rizado, y mis piernas parecían un jersey de angora en proceso de fabricación.

Sostuve el pesado libro de Powell en mi regazo, por encima de mis piernas de angora; era el tercer volumen de cuatro (cada volumen, que Powell titula «movimiento», contiene tres novelas; el tercer movimiento cubre los años de la Segunda Guerra Mundial). Kenneth echó un vistazo al libro y dijo:

—No creía que quedara nadie que leyera a Powell, aunque casi nadie le leía cuando la gente leía a Powell.

—Aún tiene unos cuantos seguidores locos por ahí —dije.

—Unos cuantos libros son buenos pero todo el engendro es un aburrimiento mortal, y él era un hombre desagradable.

—Tero me encanta.

—No te lo tendré en cuenta —dijo Kenneth. Comprendí que era una de esas personas que poseen fuertes convicciones acerca de las cosas, de lo que es bueno y de lo que no. A menudo eso forma parte de su encanto, aunque no siempre. Y generalmente, cuando estoy con personas así me cuesta hablar, porque temo que me corrijan continuamente, que me pongan en mi lugar en lo relativo al maquillaje estético del mundo. Pero ese día casi me sentía capaz de dialogar de tú a tú con Kenneth. La brisa era tan agradable y el sol me sentaba tan bien que no me parecía posible que Kenneth me destruyera intelectualmente. Además, había sobrevivido a mi encuentro con el doctor Hibben: ¡era un campeón!

—Bueno, pues la verdad es que a mí me gusta mucho *Una danza para la música del tiempo* —dije, sin ceder—. Creo que ha cambiado mi vida. Me hace notar cómo se repiten las cosas: mis sentimientos, la gente, lo que sucede. Powell a menudo menciona la teoría del eterno retorno de Nietszche. Yo no he leído a Nietszche, pero creo que entiendo lo que dice…

—¿Eres homosexual? —preguntó Kenneth, cortando por lo sano lo que iba camino de ser mi disertación de defensa de mi tesis de doctorado.

Realmente, era la Cuestión Homosexual de todas las Cuestiones

Homosexuales, no queriendo decir con ello que haya más de una Cuestión Homosexual, pero ya saben lo que quiero decir. Vacilé un momento, sin saber si debía contestar, pero no hacerlo parecía peor, así que dije:

—No, no soy homosexual.

Sentí que decía la verdad, pero que también había una parte de insinceridad en mi respuesta, y me pregunté si Kenneth se daría cuenta y me acusaría de mentir. Después de todo, ¿podía ser un heterosexual de carnet si a lo largo de los años había tenido una fantasía recurrente —hablando del eterno retorno de Nietszche— acerca de la vida carcelaria? Todo empezó cuando, siendo adolescente, leí *Papillon*, más o menos en la misma época en que Krafft-Ebing dejó su marca en mí. El autor, Henri Charrière (apodo: Papillon) describe un romance entre dos prisioneros en la isla donde se encontraba cautivo, un romance en el que uno de los dos hombres había adoptado el rol femenino; algo de eso me había excitado mental y eróticamente, lo que me había preocupado, periódicamente, desde entonces. Allí estaba yo, de adolescente y también durante la edad adulta, totalmente atraído por las mujeres, pero en algún lugar de mi psique acechaba el deseo de que me hicieran prisionero y me obligaran a adoptar un rol femenino.

—Espero que no te moleste que te lo pregunte —dijo Kenneth—. Siempre que conozco a un hombre joven, me gusta aclarar ese tema. Generalmente, casi siempre salta a la vista, pero hay personas como tú que no lo ponen tan fácil. Estás machacado después de una paliza, pero es que además emites una señal extraña. No creía que fueras homosexual, aunque es difícil ver un bigotito como el tuyo y tus ropas excéntricas y no pensar… Bueno, yo, por supuesto, soy homosexual de pies a cabeza. No me gusta la palabra *gay*, pero la utilizo si hace falta.

—No tenía la menor intención de emitir una señal confusa —dije—. Esperaba que mi bigote transmitiera un cierto estilo que fuera una combinación de Douglas Fairbanks Jr. y de Errol Flynn. Y también de William Powell, ahora que lo pienso.

—William Powell no era mal actor, de hecho tenía una gran capacidad cómica, pero Fairbanks Jr., como la mayoría de actores, no tenía el menor talento. Pero eso sí, tenía una cara. Eso es todo lo que hace falta para las películas: tener una buena cara… Bueno, así

que estás un poco confuso, como todos los que estamos aquí, pero te creo cuando me dices que no eres homosexual.

—No digo que sea ciento por ciento heterosexual… ¿No es Jung el que sostiene que esencialmente todos somos bisexuales?

Probablemente trataba de conseguir la aprobación de Kenneth —uno siempre quiere la aprobación de la gente encantadora— admitiendo la posibilidad de que fuera homosexual, pero mi comentario no tuvo el efecto deseado.

—Todo el mundo dice Jung, Jung, Jung, y sus chorradas bisexuales. No he pensado sexualmente en una mujer ni una sola vez en mi vida. Soy la persona menos bisexual que existe. Siempre he sido homosexual de cabo a rabo, incluso antes de la pubertad… A los doce perdí la virginidad, con un hombre de treinta años. Estábamos en un parque. En Chicago, donde me crie. Me llevó tras unos matorrales, y me encantó. Aún me encanta. Al menos psicológicamente, claro. Ya no puedo hacerlo físicamente. Me duele demasiado. Pero aún busco al tipo que me violó. Setenta y ocho y buscando. No creo que le encuentre.

Me quedé callado. Había algo muy triste y humano en lo que decía. Por un instante, me pregunté estúpidamente si el tipo del parque seguía vivo, y si de alguna manera él y Kenneth podrían reunirse alguna vez.

—Volví a ese parque durante años —continuó—, pero nunca volví a verle. Era moreno. Desde entonces me gustan los hombres morenos. Conocí a otros hombres en ese parque… Y siempre buscaba lo mismo: que me llevaran detrás de los matorrales y me lo hicieran. Eso me hacía el tipo más feliz del mundo. Seguí así durante décadas, pero a los cincuenta, dejé el sexo. No tenía sentido seguir. Tenía hemorroides y era muy doloroso. No tuve relaciones durante otros veinte años, pero el año pasado fui a Inglaterra para dar unas conferencias y conocí a un hombre más joven, más o menos de tu edad. Volvió conmigo a Estados Unidos, sin trabajo. Le estuve dando sexo oral durante ocho meses. Nada más. Pero me gustó. Era un sucedáneo de lo que quería de verdad. De hecho, lo intentamos una vez, pero no pude hacerlo.

Mientras Kenneth hablaba, experimenté un momento de lucidez intelectual, una chispa de comprensión acerca de mi propia sexualidad, y tenía que ver con la palabra *violar*. Quise volver a mi

estudio y escribirla antes de que se me olvidara, pero me pareció que sería maleducado dejar a Kenneth en ese momento, a pesar de que no sabía cómo seguir con la conversación.

Antes de mi charla con Kenneth, estaba bastante seguro de que todos los residentes de la Colonia Rose estaban locos por el sexo, pero esto lo confirmó. Quiero decir que estaban tan locos por el sexo como el resto de la población humana normal, tanto como yo, pero había algo en ese lugar que impelía a la gente a confesarme sus vidas eróticas al poco rato de quedarse a solas conmigo. Primero fue Beaubien con su insinuación de incesto, luego Tinkle y su problema con la pistola de agua, y ahora Kenneth.

—Te he dejado sin palabras —dijo.

—Solo me siento mal porque no has vuelto a encontrar a ese hombre —dije, y pensé que Kenneth debió haber sido un chico muy guapo cuando estaba en ese parque, con todo su cuerpo tan hermoso como su preciosa nariz.

—No te preocupes —dijo—. No creo que nadie encuentre a ese hombre.

En lugar de añadir nada más, me levanté y puse el pie en el agua, para probar. Para probar el agua, digo, no el pie. Aunque quizá también probaba mi pie: si sería capaz de aguantar la temperatura del agua. Dios, no sabía qué era más difícil, si la vida o el lenguaje.

—¿Está fría? —preguntó Kenneth.

—Un poco, pero está bien —dije—. Creo que voy a meterme dentro. Será bueno para la circulación de mi nariz.

Kenneth asintió comprensivo, y a través de los árboles del bosque se oyó al locutor del hipódromo, anunciando el principio de otra carrera. Me metí en el agua e hice diez piscinas, compitiendo conmigo mismo. El ejercicio me sentó bien, y la terapia acuática era buena para mi nariz; casi notaba la hinchazón reduciéndose por momentos. Cuando salí, Kenneth me observó secándome. Me sentí como Tadzio con su Aschenbach.

—Tienes un físico delgado y esbelto —dijo Kenneth—. Musculado pero sin pasarse.

—Gracias —dije—. Practico un poco de yoga.

No mencioné que las cantidades de alcohol que bebía parecían tener un efecto de disolución en mi persona, aunque en sentido

positivo, pues deshacían cualquier capa de grasa. Hay gente que con el alcohol engorda, y los hay que se esfuman.

—Tienes moratones por todas partes —dijo. Las marcas en mis hombros y mi estómago empezaban a desaparecer poco a poco, pero aún eran visibles.

—Me caí —dije, recogiendo mi libro. Ahora parecía un buen momento para irme—. Bueno, voy a ver si trabajo un poco —dije, agarrándome mentalmente aún a mi descubrimiento—. Ha sido un placer hablar contigo.

—El placer ha sido *mío* —dijo Kenneth con una sonrisa seductora. Supe por esa sonrisa que durante toda su vida la gente había respondido a su poder y su atracción, y que era capaz de empujarles para que intentaran destruirle. Quizá era su forma de mantener su ego a raya. Y no me había pasado del todo desapercibido que la mención del sexo oral y su joven amante, un hombre de mi edad, quizá era una velada oferta. Pero ese ofrecimiento no me atraía. Así que su sonrisa no era seductora, solo me hacía sentir que no podía salvarle. Es que, francamente, no quería violarlo. Se habría muerto del disgusto si se lo hubiera dicho, pero no quedaba mucho que destruir.

Capítulo 27

Le explico a Jeeves con detalles mi descubrimiento acerca de la Cuestión Homosexual * Tocamos Eros y Tánatos * Más quejas por mi parte porque no he leído ni a Freud ni a Jung * Contemplación de la soledad que representa ser un gemelo siamés * Incluso si estoy ligeramente derrotado, hago acopio de valor y exhibo espíritu de lucha y sigo con mi trabajo

Jeeves había regresado de su momento de comunión con la naturaleza, y yo me cambié el bañador y volví a pegarme a mi americana de algodón y mis pantalones de color caqui.

Me sentía vital y gregario después de mi chapuzón, así que invité a Jeeves a que se sentara conmigo en el estudio. Pensé que si ventilaba oralmente mi descubrimiento mental, me resultaría más fácil volcarlo en prosa, con la esperanza de encontrar un punto en el cual deslizado en mi novela.

Yo me instalé en mi escritorio y Jeeves se sentó en su catre. Teníamos un ventilador que nos agasajaba con aire fresco, y era una delicia. Yo había recogido mi fiambrera y los termos en el vestíbulo, al entrar en la Mansión, así que sorbí un poco de café para excitar aún más mi intelecto.

—Jeeves, no vas a creer lo que me ha pasado en las últimas dos horas.

—¿De veras, señor?

Rápidamente, le conté mi entrevista con el terrible y sin embargo civilizado Hibben. Pero esto ya parecían las noticias de ayer, en comparación con mi conversación con Kenneth. Entonces, le detallé a Jeeves lo que había hablado con Kenneth. Le conté que había deseado durante toda su vida que lo violaran.

—Una confesión muy franca, señor.

—Bueno, cuando me contó eso, tuve una iluminación con

respecto a la Cuestión Homosexual.

—Qué bien, señor.

—Pero antes de contártelo, déjame que te pregunte cómo te fue por el bosque.

—Fue muy agradable, señor.

—¿No estarías teniendo una experiencia extracorporal, verdad?

—No, señor.

Eso me decepcionó un poco, pero lo oculté.

—Entonces, ¿te lo pasaste bien?

—Sí, señor.

—Me alegro. Quiero que seas feliz, Jeeves… Tendríamos que ir al hipódromo un día de estos, y si logro descansar lo suficiente, iré a dar un paseo por los bosques yo también. Pero esta Colonia Rose me tiene muy ocupado.

—*Es* un entorno estimulante, señor, muy cierto.

—Especialmente porque todos están en alerta roja sexual. No sé si alguien lo está haciendo pero, desde luego, están pensando en sexo constantemente… Espera, están esos dos tipos, seguro que lo hacen, me olvidaba de ellos. Heme aquí intelectualizando toda la Cuestión Homosexual y esos dos están quemando las sábanas, literalmente… Bueno, que cada cual haga lo que quiera. Ellos lo hacen, yo pienso en ello… Así que el tema con la Cuestión
H.
es que nunca he sabido realmente en qué consiste esa Cuestión. Ni siquiera sé si existe, pero una vez oí que alguien hablaba de la Cuestión Homosexual, así que supuse que debía haber una. Podría ser como la Cuestión Judía: ¿por qué odian a los homosexuales? Pero no creo que les odien tanto como a los judíos, aunque sin duda no están entre los colectivos favoritos de muchos. Me pregunto si los homosexuales judíos tenían que llevar un triángulo rosa además de la estrella en la Alemania nazi. ¿O bastaba con un emblema, para no pasarse con la decoración? Quizá llevaban una estrella de color rosa… Bueno, lo que he comprendido, Jeeves, es que la Cuestión Homosexual es primordialmente, al menos para mí, la siguiente pregunta personal: ¿por qué tengo *yo* pensamientos de naturaleza homosexual? ¿Y qué significan? ¿Te molesta si hablo de estas cosas?

—Por supuesto que no, señor.

—Gracias, Jeeves. Eres muy amable… He aprendido tanto de mí

durante el día de hoy, que es increíble. Primero el asunto del fetiche nasal, y ahora este descubrimiento sobre el tema homosexual. Uno podría pasarse años sin descubrir nada sobre sí mismo, y un día de repente varios misterios se resuelven… Trataré de ser más coherente, Jeeves… Bueno, pues desde que leí *Papillon* a los quince años, siempre tuve la fantasía ocasional de que estaba en la cárcel y me obligaban a adoptar un rol femenino en una relación homosexual… La fantasía solía aparecer cuando me sentía deprimido y me odiaba a mí mismo, y como suelo sentirme así, la fantasía homosexual era de lo más recurrente. Pero el tema es que no es fácil ni deseable que lo metan a uno en la cárcel, así que además era una fantasía poco práctica. Y como no era capaz de llevarla a cabo ni siquiera fingiendo, me seguía generando dudas. No podía desmitificarla, ni tampoco saber a ciencia cierta si me gustaría o no. Así que durante años me ha hecho dudar sobre si era homosexual o no. Sabía que no era probable, porque los hombres no me parecen atractivos y eso siempre es un componente clave para la homosexualidad masculina, pero de todos modos tenía mis dudas. Y desde luego, preferiría no tener dudas, especialmente ahora que estoy al borde del romance con Ava… Así que cuando Kenneth dijo que deseaba ser violado, comprendí que eso era también lo que yo quería, al menos en los momentos en que peor me siento. ¿Me sigues, Jeeves?

—A cierta distancia, señor.

—Bueno, casi hemos llegado… Voy a intentar ser más claro… De todos modos, como sabes, no he leído a Freud de verdad, pero he leído una novela en la que los personajes hablan de las teorías de Freud, y uno de ellos dice que hay dos pulsiones en el espíritu humano: Tánatos y Eros. La muerte y el sexo. La destrucción y la creación. Algo así como el Polo Norte y el Polo Sur para los exploradores… Lo observamos en los niños, en su más tierna infancia: el motivo de la construcción-de-un-castillo-de-arena-y-luego-la-destrucción-del-mismo… Bueno, pues cuando estoy desanimado, ¡me siento atraído por los *dos*! Sexo y muerte. Así que combino los dos. Estoy pensando en llamarlo Tánateros. La muerte a través del sexo. La muerte de uno mismo. ¡El adoptar el rol femenino en la cárcel es una forma que utiliza mi psique para castigarme y matarme! ¡Para *violarme*! Para matar a mi yo tal y

como yo lo concibo.

Me ayudó pronunciar en voz alta el concepto de matar al propio yo que tanta confusión me había causado en la vida.

—En este sentido, señor, parece que usted carga contra sí mismo.

—Gracias, Jeeves… Ahora, la cuestión es que me odio a mí mismo más visceralmente cuando me siento débil, vencido e inadecuado. Y, para bien o para mal, seguramente pienso en la parte femenina como la más débil de ambos sexos, y por eso cuando me siento débil surgen las fantasías sobre el rol femenino en la cárcel. Es denigrante, pero quiero ser denigrado porque no me gusto… Así que mi descubrimiento es el siguiente: ahora comprendo que la fantasía carcelaria que tenía es en realidad algo positivo, y no algo de lo que avergonzarme. Si te das cuenta, mi mente ha buscado un escenario en el que me querrían incluso siendo débil e inútil. Porque en *Papillon* el que hace de hombre en la pareja quiere mucho a su mujer. Eran felices en la isla, incluso aunque estuvieran en una prisión. Eso era lo que más me emocionaba… Eros también significa amor, y eso también hay que considerarlo… Así que quiero morir, pero también vivir, y mi fantasía ha sido la manera de combinar ambas cosas. *Tanateros*. Vivir a través del ser amado, pero ser amado mediante la violación y la destrucción de mi yo. Pero se crea un nuevo yo, uno femenino… ¿Entiendes algo de lo que estoy diciendo, Jeeves?

—Buena parte de ello, señor, si bien no todo.

—Tienes razón, Jeeves, aún no lo tengo perfilado… Creo que la conclusión principal es que mis pensamientos homosexuales son enteramente psicológicos o metafóricos, lo cual explica por qué, a mis treinta años, aún es hora de que necesite fisicalizarlos… Y no son pensamientos nocivos, puesto que la raíz que los provoca es el deseo de ser amado. Ves, mi mente siempre está pensando en esa dirección, incluso cuando no me soporto a mí mismo.

—Muy bien, señor.

—Debería leer un poco a Freud, sin embargo, para asegurarme de que no me estoy haciendo un lío. Y probablemente también tengo que leer a Jung. Una vez leí una novela que trataba de análisis junguiano. La mayor parte del libro analizaba la búsqueda masculina del *anima*, palabra que se parece demasiado a enema.

Pero el *anima* es el yo femenino o algo parecido, así que probablemente es lo que estoy buscando en Ava, aunque se supone que tengo que encontrarlo yo en persona. Y creo que también las mujeres van en busca de sus *animas*. No hay nadie que las encuentre, no obstante. Nos pasamos años buscándolas haciendo el amor y teniendo un montón de niños por error, lo cual seguramente hace que Darwin esté muy contento, y luego nos hacemos viejos y ya no podemos hacerlo más, y seguimos sin entender nada… Vaya lío más enorme, de verdad.

—Estoy de acuerdo en que se trata de un lío, señor.

—Pero me mantiene ocupado.

—Indudablemente, señor.

—De hecho nos mantiene a todos ocupados, a mucha gente… Pero estamos tan solos debido a que es todo un lío morrocotudo. Es muy frustrante.

—Ciertamente, señor.

—Ojalá no lo fuera, pero no hay forma de evitarlo. Creo que incluso esos tipos chinos con dos cabezas se deben sentir solos. Uno de los dos era alcohólico, cosa que entiendo perfectamente, y el otro era lo que en rehabilitación se llama *codependiente*. Así que hasta los hermanos siameses lo tienen crudo. ¿No opinas lo mismo?

—No le había dedicado mucha reflexión a este punto, señor.

—Mejor así. Tu cerebro nunca parece lleno de cosas, como le pasa al mío. Te envidio, Jeeves.

—Su mente está en una forma excelente, señor.

—Gracias, Jeeves… Pero es como si mi descubrimiento no fuera gran cosa, después de todo. Bueno, fue un casi descubrimiento, lo cual no está mal. Hay gente que ni siquiera piensa en descubrir cosas.

—Sí, señor.

—En fin, voy a introducir este descubrimiento parcial en la novela. Inhalaré el resto de los termos de café y teclearé hasta que me salga artritis en las manos.

—Muy bien, señor.

Capítulo 28

Los pasos * Intento escribir un guion * Una boda * Todos somos reprendidos * Una interesante historia sobre tazas de té y vino * Solo con Tinkle y Mangrove * Otra historia de un corazón desolado * Beaubien está en racha * Mangrove, el héroe * Conversación sobre la transubstanciación

Los Pasos del Alcoholismo que estaba siguiendo eran:

1. Tener la sincera intención de permanecer sobrio.
2. No hacer absolutamente nada para permanecer sobrio.
3. Beber.

No llamé a AA, como dije en la biblioteca que haría, y cuando me ofrecieron un vaso de vino blanco en la terraza trasera, sucumbí de inmediato.

Este es el aspecto que tendría la versión guionizada:

TERRAZA TRASERA DE LA MANSIÓN. COPAS ANTES DE CENAR – VIERNES POR LA NOCHE.

OTRO RESIDENTE DE LA COLONIA
¿Quieres un vaso de vino?

ALAN BLAIR
No… ¡Sí!

Alan Bebe.

Iluminación y vestuario similar al de la noche anterior Cantidades similares de vino blanco disponible. Mismo reparto, con la cámara enfocando a los miembros de reparto más importantes, como Mangrove, Tinkle, Murrin y

Kenneth. Notablemente ausentes: Ava y Beaubien. Diane, la fotógrafa salvaje, es observada por Alan, que admira su belleza, pero su corazón pertenece a Ava.

Conforme Alan sigue consumiendo rápidamente varios vasos de plástico de vino, emborrachándose, sus ojos se recrean en el grupo de bebedores, sus colegas artistas. Es como si siempre hubiera estado allí. Se le unen Mangrove y Tinkle.

Solo llevaba dos días en la Colonia Rose pero ya existía una familiaridad con todo el mundo que resultaba sorprendente. Basta con comer unas pocas veces y acudir a un par de cócteles con la gente y ya sientes que los conoces.

Además de comportarme como un alcohólico, lo que me estaba sucediendo en la Colonia Rose es exactamente el mismo fenómeno que tiene lugar durante una boda que dura varios días: te sientes muy cercano a algunas personas y hay otras a las que no puedes ver ni en pintura, pero en cualquier caso los *conoces* a todos, compartes con ellos tu intimidad de un modo que no es habitual en tu vida normal.

Así que mis dos miembros favoritos de la Colonia Rose eran Mangrove y Tinkle. Los tres hombres nos buscamos unos a otros de forma natural en la terraza trasera y luego cenamos juntos en una de las pequeñas mesas satélite, donde se unieron a nosotros Sophie y Don, mis dos compañeros de desayuno, y la anciana pintora Janet, que parecía no tener ningún problema para ver su comida, lo que me dejó todavía más perplejo acerca de la naturaleza de su ceguera legal. Tinkle estaba sentado a mi lado y yo lo consideraba como el hermano menor y diminuto que nunca había tenido, a pesar de que era un año mayor que yo.

La Colonia Rose, como acabo de intentar explicar con mi analogía de la boda, era un invernadero de emociones. Aquí las cosas crecían más deprisa que en el mundo real. Puede que me hubiera llevado años sentirme cercano a Tinkle si nos hubiéramos conocido en el mundo real, pero aquí, en la Colonia Rose, en nuestra tercera cena juntos, casi era ya un amigo del alma.

Beaubien, que se había saltado el festival de copas de antes de la

cena, estaba sentada en la mesa grande, y de vez en cuando yo sentía que me lanzaba un dardo psíquico. Obviamente estaba dirigiendo picadores de hielo mentales en mi dirección. Ava no bajó a cenar, lo que me dolió, pero bebí mucho vino y tenía esperanzas de verla luego.

Cenamos pollo de corral con puré de patatas y ensalada, y el comedor zumbaba con los sonidos habituales del yantar, además de con las conversaciones sobre una nota que el doctor Hibben había dejado en la mesa del correo antes de la cena. A continuación, reproduzco íntegramente el texto:

> *Queridos colonos:*
> *Nuestras instalaciones son antiguas y el mayor PELIGRO para ellas es el fuego. Necesitamos que todo el mundo actúe de forma cuidadosa y responsable. Además, si alguien se llevó las zapatillas de Sigrid Beaubien, por favor, que se las devuelva. Esta es una comunidad cuyo propósito es brindar el marco para que se lleven a cabo trabajos importantes. No debemos olvidarlo. Volvamos a recuperar ese espíritu con un agradable cóctel en mi casa después de cenar. Venid alrededor de las 8:30.*
>
> *Doctor Hibben*

Por lo que me comentaban, aquello no tenía precedentes. Nadie recordaba que jamás un director de la Colonia Rose se hubiera visto obligado a tomar una medida similar. De vez en cuando se había tenido que amonestar a colonos individuales o incluso llegar a expulsarlos, pero nunca se había reprendido a la colonia entera. Y, por tanto, se percibía cierto temor en el rebaño de que si no nos comportábamos, todos seríamos castigados, incluso si éramos inocentes de los delitos que se habían cometido hasta entonces: incendio de sábanas y hurto de zapatillas.

Como medio de contrarrestar esta ansiedad del grupo, o quizá para darle alas, el tema principal de conversación en nuestra mesa durante la cena fue un relato de mal comportamiento de los colonos que formaba parte del folclore de la colonia. Mangrove contó una historia particularmente colorida, aunque su voz de narrador era seria y plana, sin inflexiones. Era la voz de un depresivo de marca mayor.

—Hace unos años, en invierno, vino un escritor inglés que

estaba como una cabra —dijo solemnemente. El parche relucía y su ojo bueno emitía destellos compuestos a partes iguales de inteligencia y desesperación—. Se colaba en los dormitorios de la gente y les dejaba debajo de la cama tazas de té llenas de su orina.

—He oído hablar de eso —dijo Sophie, que llevaba una camiseta negra, su color favorito—. ¿Cómo se le debió ocurrir hacer algo así?

—Vaya idiota —dijo Don, el escultor desfigurado por el acné, a quien resultaba interesante contemplar. El relieve de su cara era absorbente y su medio pulgar también resultaba un acierto visual—. Si yo lo hubiera encontrado en mi habitación le hubiera partido la cara. ¿Cómo se llamaba?

—Philip Goldberg —dijo Mangrove.

Por supuesto, un judío, pensé para mí. Siempre locos de atar.

—Me parece repugnante —dijo Sophie—. ¿Cómo se permitió a una persona así alojarse aquí?

—¿Estás de broma? Llevan años dejando entrar chalados —dijo Janet.

—Acabó publicando una novela que fue bien recibida en Inglaterra —dijo Mangrove.

—¿Y cómo supieron que era él quien dejaba la orina? —preguntó Tinkle.

—No estoy seguro —dijo Mangrove—. Yo llegué unas pocas semanas después de que le hubieran pedido que se marchara. Pero lo que creo que pasó es que una persona descubrió una de las tazas, se lo dijo a otra y entonces todos se pusieron a mirar debajo de sus camas y descubrieron que también tenían tazas.

—Pero ¿cómo supieron que había sido él? —preguntó Don.

—Lo repito, no lo sé —dijo Mangrove—. Pero simplemente supieron que había sido él. Era un tipo extraño. Y creo que confesó ante Hibben cuando le planteó la acusación.

—Me pregunto qué estará haciendo ahora —dije.

—¿Por qué? —preguntó Sophie.

—Siempre que oigo hablar de personas interesantes, incluso si son interesantes por motivos bastante enfermizos, me pregunto qué estarán haciendo en este preciso instante. Aunque ese tipo probablemente estará durmiendo, si es que está en Inglaterra, lo cual no resulta especialmente fascinante pero quiere decir al menos que el mundo entero está a salvo de su capacidad disruptiva.

—El tema de las tazas de té parece bastante inglés —dijo Tinkle con no poca astucia.

—Algo enfermo —dijo Don.

—Creo que tienes razón con lo de las tazas —dije, dirigiéndome a Tinkle—. Quizá esa era la pista que dejaba, una auténtica pista inglesa, para que le atraparan, como el asesino en serie que quiere que le descubran.

Entonces la conversación pasó a otros personajes desesperados que habían perdido la cabeza en la colonia, y la lista resultó bastante extensa, cosa que a mí no me alteró en absoluto, habituado como estaba a lo mucho que se parecía la colonia a un psiquiátrico.

Después de cenar, Mangrove, Tinkle y yo fuimos a las habitaciones de Tinkle a conferenciar con su botella de *whisky*. Teníamos más o menos una hora antes de volver a reunirnos con todo el mundo *chez* Hibben para beber más vino blanco —aunque se suponía que, en ocasiones, también ofrecía ginebra—. Tenía la esperanza de que Ava hiciera acto de presencia allí. Yo seguía llevando mi corbata de colibríes y mi chaqueta de *seersucker*, convencido de que lo mejor era mantener la combinación a la que había respondido favorablemente antes ese mismo día. Podía haberme dejado llevar por la amarga decepción de no verla en la cena, pero estaba flotando feliz y ebriamente junto a mis dos nuevos amigos.

Mangrove, siendo el mayor y un líder natural, se sentó en el sillón de la habitación de Tinkle, el que tenía la palanca del reposapiés y en el que yo me había aposentado la noche anterior. Yo me adueñé de la silla del escritorio de Tinkle y Tinkle se sentó en la cama. Cada uno nos servimos un generoso vaso de *whisky*, que sorbimos lentamente como caballeros, y Tinkle nos ofreció cigarros. Encendió el ventilador, que empujó el humo por la ventana.

Disfrutamos en silencio de la compañía masculina de los demás. Yo le eché un vistazo a nuestro alto y melancólico líder, Mangrove. Parecía digno y majestuoso con sus piernas largas y su parche en el ojo. Estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, pero los kilómetros en bicicleta le mantenían en forma.

Así que ahí estaba yo, mirando su parche, cuando, incapaz de contenerme por más tiempo, le pregunté:

—¿Cómo perdiste el ojo?

Mi intención no era espetarle la pregunta, pero no pude evitarlo.

—No he perdido ningún ojo —dijo Mangrove con calma.

La sorpresa me impidió preguntar nada más, pero no le sucedió lo mismo a Tinkle.

—Entonces ¿por qué llevas el parche?

Tinkle había asumido su yo más firme y borracho, en oposición a su yo más reservado y sobrio con el que me había encontrado por la mañana.

—Estoy aplicándome una cura radical para la depresión —dijo Mangrove—. Veo a un psiquiatra holístico en Nueva York. Está intentando que pase a utilizar la parte izquierda de mi cerebro. Me he habituado a utilizar casi exclusivamente la parte derecha, que es la parte creativa, y al depender excesivamente de ese lado me he vuelto vulnerable a padecer graves depresiones cuando padezco traumas emocionales. El doctor dijo que era la persona más deprimida que conocía que seguía con vida.

—Pero llevas el parche en el ojo izquierdo —dije.

—El lado derecho del cerebro controla la parte izquierda del cuerpo —dijo Mangrove.

—Me había olvidado de ese detalle del funcionamiento del cerebro —dije—. Es como navegar. Odio cuando la derecha es la izquierda y la izquierda la derecha. Sería más lógico, sin embargo, que fuera la parte izquierda la que controlase la creatividad, pero supongo que me lo parece así por mis tendencias progresistas. Debo decir, en cualquier caso, que todo esto es muy confuso.

—¿Y funciona? —le preguntó Tinkle a Mangrove, y me pregunté al oírle si un parche en el ojo ayudaría a Tinkle a no dispararse. Me asaltó la curiosidad, no obstante, de qué parte del cerebro controla el pene. Imaginé que, puesto que está en el centro, ambas partes del cerebro lo controlan, lo que tendría sentido, porque te gustaría que el pene siguiera funcionando aunque una parre del cerebro se averiase. Quizá Tinkle tuviera que llevar parches en ambos ojos.

—No estoy seguro de que esté funcionando —dijo Mangrove—. Llevo solo unas pocas semanas haciéndolo.

—¿De modo que lo que intentas es canalizar actividad a un lado, al lado izquierdo… con la esperanza de alcanzar algún tipo de equilibrio, como si fueras un balancín? —pregunté.

—Sí —dijo Mangrove—. Hay partes de mi cerebro que hace años que no conocen lo que es la serotonina —hablaba con tanta seriedad que todo cuanto decía tenía el peso de la seriedad y la verdad, y me resultaba fascinante contemplar la idea de un cerebro que tenía áreas desnutridas de serotonina.

—Tu cerebro debe ser como Marte —dije yo apasionadamente—. Debe tener canales desiertos y secos.

—¿Y qué fue lo que causó que se te secara el cerebro? —preguntó Tinkle quien, por supuesto, tenía el problema opuesto: el exceso de líquidos.

—Una joven —dijo Mangrove—. Una estudiante de Columbia. Estaba en mi clase de escritura. Me enamoré de ella. Ella se enamoró de mí. Durante un semestre. No me he recuperado todavía.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó Tinkle.

—Hace diez años.

—¿Llevas diez años deprimido por una chica? —pregunté.

—Sí.

—¿Estás en contacto con ella de algún modo? —preguntó Tinkle.

—No la he visto ni hablado con ella en unos nueve años. Pero la he estado acosando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tinkle—. ¿Cómo la vas a haber acosado si no la has visto?

—La he estado acosando en mi imaginación. Allí a donde voy, siempre la busco. Creo que se fue a California, pero cuando monto en bicicleta aquí en Saratoga, estoy buscándola. Si alguien llamara a la puerta ahora mismo, durante unos instantes desearía que fuera ella. Eso es lo que ha llevado mi cerebro a anquilosarse.

—Más *whisky* —le dije a Tinkle. En lo que se refiere al *pathos*, esta era una confesión casi tan terrible como la de Tinkle la noche anterior y era extrañamente similar en cuanto a tema a la búsqueda de Kenneth del hombre que le había violado. Pensé en mencionar que Kenneth se hallaba en una situación parecida, pero, era una cuestión demasiado complicada para abordarla a la ligera y, además, no estaba seguro de que a Mangrove le hiciera gracia que estableciera un paralelismo entre el violador de Kenneth y su joven estudiante.

—Sí, más *whisky* —dijo Mangrove—, aunque probablemente yo

no debería beber mucho más, puesto que solo el dos por ciento de mi cerebro está activo y no quiero deshacer lo que el parche esté consiguiendo.

—Quizá si lo tragas solo por el lado izquierdo de la boca… —sugerí yo—. Eso es lo que hago yo cuando me salen llagas.

Tinkle vertió generosamente más medicina en nuestros vasos.

—Yo necesito beber para contener mi problema —le dijo Tinkle a Mangrove—, así que, por favor, no os sintáis presionados a acompañarme.

—Mi problema *es* la bebida —dije, pues no quería quedarme fuera de esta conversación sobre dolencias, aunque ninguno de mis dos compañeros pareció escuchar mi confesión.

Mangrove le dijo a Tinkle:

—¿Cuál es *tu* problema?

—Es un problema sexual —dijo Tinkle, y para mis adentros pensé, Oh, no, ahí va otra vez, y me preparé para volver a oír la historia, pero antes de que Tinkle pudiera darme una segunda ración de sus temores sobre el cáncer de pene alguien llamó frenéticamente a la puerta. Nos sorprendió a todos, especialmente por suceder tan poco después de que Mangrove hablara de que la estudiante de la que se enamoró hacía tiempo podría llamar a esa misma puerta. Nos quedamos congelados. ¿Era posible? ¿Lo habría localizado ella en la Colonia Rose después de tantos años?

Estábamos lo bastante borrachos como para considerar en serio la posibilidad de que así fuera y, de hecho, en el fondo de nuestro corazón todos *deseábamos* que fuera ella, pues, unidos por las extrañas fuerzas que operaban en el invernadero que era la Colonia Rose, en ese momento nuestros tres corazones latían y soñaban como si fueran uno solo. El deseo de un amigo era el deseo de todos. Tinkle dejó su cigarro sobre el alféizar de la ventana y caminó lentamente hacia la puerta para responder al persistente golpeteo. Mangrove le siguió con su ojo deprimido y expectante.

Tinkle abrió la puerta y ante nosotros no apareció la chica de Columbia de la que se había enamorado Mangrove sino, más bien, su antítesis espiritual: ¡Beaubien! Tenía la luz del pasillo a sus espaldas y su pelo oscuro brillaba como si fuera una erupción solar. No era la primera vez que una persona parecía estallar en llamas frente a mí. Un recuerdo del tío Irwin se sobreimpresionó sobre

Beaubien y esta ración doble de némesis se añadió a mi considerable incomodidad.

Pero no me buscaba a mí.

—¡Reginald! —gritó—. ¡Hay un murciélago en mi habitación!

Para ser un hombre con el cerebro seco que hasta hacía un instante había esperado que al otro lado de su puerta estuviera el amor de su vida que por fin venía a buscarle, Mangrove se movió con una agilidad asombrosa. Dejó la bebida en el suelo, el cigarro en el alféizar y salió corriendo de la habitación. Todos lo seguimos, aunque yo me mantuve a cierta distancia, pues no quería acercarme demasiado a Beaubien.

Mangrove subió los escalones de dos en dos y sujetándose a las barandillas, como un gimnasta, voló hasta el segundo piso, entró en su habitación y salió con unos gruesos guantes de lona y una enorme red caza-murciélagos. La red era absurdamente grande, del tipo que se ve en las películas de los tres chiflados cuando un empleado vestido de blanco intenta cazar a gente para meterla en un loquero. Tinkle, Beaubien y yo seguimos a Mangrove por un pasillo alfombrado y con paredes de madera hasta que llegamos a la habitación de Beaubien. Por el momento, al menos, habían cesado sus hostilidades contra mí, pues ahora teníamos un enemigo común.

Los cuatro entramos en su habitación y me pregunté si estaba bien que nadie se quitara los zapatos, pero quizá Beaubien no tenía política fija respecto a los zapatos y solo eran las zapatillas lo que debía dejarse junto a la puerta antes de entrar, lo cual sería muy poco lógico. Acto seguido se me ocurrió que fuera cual fuera su política sobre el calzado, lo más probable es que la suspendiera en un caso de emergencia como este.

Su tocador era muy grande y estaba dominado por una cama antigua con dosel cubierta con una colcha de un rosa desteñido. Una serie de lámparas y cómodas también antiguas completaban la imagen de un encantador dormitorio estilo de principios del siglo XX.

—¿Dónde está? —preguntó Mangrove con urgencia.

Revisamos la habitación y Tinkle fue el primero en verlo:

—En la esquina, contra la pared.

Y, desde luego, allí, pegado a la pared, como un pegote de barro marrón claro, había un murciélago con las alas plegadas. Mangrove

se acercó a él con gran sigilo, pero el murciélago sintió algo y echó a volar de súbito, lanzándose directamente contra nosotros. No sé si los demás gritaron, pues mi propio alarido agudo ahogó todos los demás sonidos. Por una vez había respondido con inmediatez al peligro. Está claro que desde que estaba en la Colonia Rose tenía mejor acceso a todas mis emociones, incluido el terror.

Por fortuna, Mangrove, con la concentración de un samurái, no se dejó distraer por mi grito. Hizo oscilar la red en un movimiento elegante y armonioso y arrancó al murciélago del aire. Entonces, girando eficientemente la empuñadura, hizo que la red se cerrase sobre sí misma, creando una bolsa de la que el murciélago no podía escapar.

—¡Lo has cazado! —exclamó Beaubien.

—Intenta no hacerle daño —dijo Tinkle, mostrando su simpatía hacia los murciélagos.

—Eres increíble —le dije a Mangrove.

Mangrove sonrió humildemente y luego, con intenciones humanitarias, salió de la habitación de Beaubien, con nosotros tres siguiéndole a una distancia segura, para liberar a la criatura en el exterior.

Pasamos por la sala de las botas, donde cierto número de colonos leían periódicos antes de ir al cóctel en la casa de Hibben. Todos prorrumpieron en exclamaciones al ver al murciélago. Entonces, una vez fuera de la Mansión, Mangrove abrió heroicamente la red con otro diestro giro de muñeca y luego la dispuso en el suelo dejando una pequeña abertura. El murciélago, aturdido, no se movió y luego, sintiendo cercana la liberación, correteó unos pocos centímetros y levantó el vuelo, adentrándose en el cada vez más oscuro cielo nocturno para unirse con sus hermanos y hermanas murciélagos.

Beaubien se acercó a Mangrove, que ahora sostenía su red como si fuera el tridente de Neptuno, y le puso su bonita mano sobre el brazo. En ese contacto se podía apreciar que habían sido pareja.

—Gracias, Reginald —dijo. Estaba muy guapa en ese momento. Luego regresó a la Mansión, sin mirarnos ni a Tinkle ni a mí.

Los tres hombres nos quedamos fuera durante unos momentos, disfrutando del aire nocturno y del triunfo de Mangrove, y luego regresamos dentro para una última sesión de terapia con el *whisky*

de Tinkle.

De vuelta en nuestras posiciones de salida y con los vasos en la mano, le dije a Mangrove:

—Para alguien que solo tiene activo el dos por ciento del cerebro, eres espectacular. Imagina lo que serás capaz de hacer cuando la serotonina circule libremente.

—Gracias —dijo.

—Creo que solo utilizamos un diez por ciento del cerebro en el mejor de los casos —dijo Tinkle—. Así que solo tienes que recuperar ese ocho por ciento resecado.

—A eso aspiro —dijo Mangrove.

—Me pregunto qué diría Darwin sobre ese noventa por ciento de cerebro que no se utiliza —dije—. ¿Lo usamos en algún momento de nuestra evolución? Quizá lo usáramos y ahora no seamos conscientes de ello. Quizá estamos teletransportándonos a alguna parte y viviendo varias vidas a la vez. Quizá la población mundial es bastante reducida, solo un puñado de cerebros que se transubstancian a lo largo y ancho del orbe. Me pregunto, sin embargo, si la gente puede chocar en el éter mientras está teletransportándose de esa manera. ¿Qué creéis vosotros?

Bien, hay que ir con cuidado con lo que se desea —una moderación que nuestros líderes espirituales no dejan de recomendar y recordarnos— y, en este caso, la máxima se cumplió. Justo después de pronunciar mi discurso sobre la transubstanciación, sufrí un apagón.

Por suerte, esta vez no fue muy largo, de apenas unos treinta minutos, y volví en mí en el cóctel del doctor Hibben. A mi propia y alcohólica manera, me había teletransportado de un lado a otro de la colonia.

Y cuando recobré la consciencia en la fiesta, estaba solo, aunque entre un gran grupo de gente. Estaba frente a la repisa de una chimenea durmiente, y miraba directamente a los ojos muertos de Ava. Alargué la mano y palpé el contorno de su nariz muerta y mi alma se estremeció. Verán, sobre la repisa había un busto de bronce a tamaño natural de la mujer de la que me había enamorado.

Capítulo 29

Me encuentro con un pescado, y luego una criatura mitológica * Intento sobrevivir a una encendida conversación con el doctor Hibben * La idea de utilizar un equipo de buceo para sobrellevar los cócteles es algo que merece ser ponderado * Charles Murrin efectúa una breve aparición y conozco a la señora Hibben; me produce bastante impacto * Kenneth expresa sus preferencias * Mangrove propone algo que, para ser sinceros, me asustan

Mientras tocaba las facciones de bronce de mi ser amado, un enorme pez muerto, probablemente un mero de Alaska de notable tamaño, me golpeó en el hombro. Alguien debe estar gastándome una broma, pensé, y estaba a punto de darme la vuelta y decirle a Mangrove o a Tinkle o quienquiera que fuese que lo dejara estar, que iban a poner mi chaqueta de algodón perdida a base de atizarle pescadazos, cuando luego resultó que el pez estaba vivo y que me pegó un mordisco en medio del hombro derecho, casi partiéndolo.

El dolor era inmenso y no podía gritar; me giré para enfrentarme al mero y vi dos pequeñas aberturas lejanas, como branquias, y luego otro agujero más grande se abrió y vi colmillos de perro amarillentos y apretados. Me asaltó una brisa repugnante que olía a ajo y animales descompuestos. Cerré mis ojos y me dispuse a morir, para unirme a Ava en algún distante cielo de bronce. Obviamente, me estaba atacando un pez-perro que quería arrastrarme a los infiernos. Debe ser ese perro de Hades, pensé. Cerbero. Pero nadie sabe que es mitad pez.

—¿Te gusta la escultura de Ava? —preguntó una voz, y puesto que no podía ver nada, con los ojos cerrados, presentí que procedía de las cercanías del pez-perro y no pude recordar si Cerbero podía hablar. Para colmo, estaba seguro de que había oído esa voz en alguna parte, lo cual acrecentaba mi confusión.

No dije nada y entonces el perro de aliento fétido me soltó el hombro y dijo:

—Creo que es una obra maravillosa. Me encanta tenerla.

A medida que se oyeron esas palabras, un chorro de aire caliente cargado de más ajo y animales muertos me noqueó, y me obligó a abrir los ojos. En ese preciso momento, algunas células de mi cerebro debieron nacer para compensar las que había estado matando durante toda la noche, y con esta breve mejora de mi capacidad cerebral y la sobriedad, comprendí que el que se dirigía a mí era el doctor Hibben, y no una criatura surgida del Hades. Debió ser su gigantesca mano la que golpeó mi hombro derecho, amigablemente, y luego me propinó un apretón afectuoso, pero como desconocía su fuerza prodigiosa me había hecho polvo la articulación del hombro, como si fuera una nube de azúcar. No sé qué hacía dirigiendo una colonia de artistas. Debería estar trabajando en una mina, como una especie de maravilla humana.

Liberado de su garra, aunque ahora estaba seguro de que jamás jugaría en las ligas mayores ni tampoco sería capaz de volver a peinarme, solo fui capaz de responder:

—Sí, es una escultura maravillosa. —Entonces nacieron otras mil células en mi cerebro, todo un detalle por su parte multiplicarse así, y continué—: Me encanta. Nunca he visto nada tan hermoso.

—Me la regaló hará unas semanas. La vi en su estudio y la alabé, y ya sabe, me la dio. Traté de rechazarla, pero ella insistió. Fue muy generoso por su parte.

Traté de retirar mi cuello sin que el gesto fuera obviamente insultante, para no seguir inhalando el terrible aliento del doctor Hibben, quien seguía proyectándolo en mi dirección desde su considerable altura. Imagino que mi postura corporal debía resultar algo rara: mi brazo derecho había muerto, y mi cuello probablemente se parecía a esas cosas que uno ve colgando en el escaparate de un restaurante chino.

He descubierto que las fiestas y los cócteles son siempre un campo de minas para la halitosis. Si alguna vez me hago famoso y frecuento un circuito social que me obligase a asistir a un montón de cócteles, quizá utilizaría un tubo de submarinista. Así la gente no tendría que respirar mi aliento, que a veces me preocupa, ni yo tampoco tendría que aguantar el suyo.

Pero como no tenía nada parecido en ese momento para filtrar el aliento del doctor Hibben, miré la cabeza de Ava para hacer acopio de valor.

—La verdad es que la escultura me gusta muchísimo —dije, que era una expresión de sentimiento más que honesta.

—A mí también —dijo el doctor Hibben, que había cambiado su propia americana por una chaqueta inofensiva de color verde que le sentaba mal y que, de ser necesario podría convertirse en una funda de sofá de buen tamaño y todavía sobraría tela suficiente para un par de cortinas—. Y este busto es especial; literalmente, rompió el molde después de hacerlo, así que solo hay una copia. Dijo que lo dejó caer al suelo.

—Tienes mucha suerte de ser el propietario de esa escultura —eché mi cuello hacia atrás con otro estirón que habría alarmado a un quiropráctico pero habría impresionado a un maestro de yoga.

—Sí, yo también lo creo —dijo el doctor Hibben, sonriendo.

—¿Te la puedo comprar? —dije yo, empujado por una repentina inspiración.

—No, no —dijo y se rio de buena gana—. No podría vender un regalo. Además, adoro esa escultura y mi mujer también, aunque estoy seguro de que a Ava le gustará mucho saber que te gusta tanto su obra. Quizá haya otra escultura que puedas comprar. Creo que es fantástico, sabes, que os apoyéis entre vosotros.

—Espero poder visitar su estudio y ver toda su obra —dije, y luego pensé que en lugar de comprar un busto con la cabeza de Ava, sostendría su cabeza de verdad en mis manos, y la besaría. Toda ella, su nariz también. ¡Su nariz, mil veces! Traté de mirar más allá del enorme cuerpo del doctor Hibben para ver si Ava estaba en el cóctel, pero no pude verla. Si hubiera asistido, seguro que la habría visto de inmediato. Sin embargo, casi todos los demás estaban allí. Nos encontrábamos en lo que debía ser el salón del doctor Hibben. Había un sofá y varias sillas y butacas, y había dos paredes enteras, impresionantes, completamente llenas de estanterías con libros.

Pero sobre todo, el salón estaba lleno de gente. Todos mis locos compañeros de colonia estaban allí. La estancia hervía de conversaciones y melodías de *jazz* fluían de altavoces ocultos. Tinkle y Mangrove estaban en un rincón, tomando una copa. Me

moría de ganas de unirme a ellos, tanto por la compañía como por la posibilidad de un trago, pero no resultaba fácil dejar al doctor Hibben así como así, aunque las fuerzas del cóctel iban a separarnos, indefectiblemente: así lo dictan las leyes de las fiestas. Pero ignoraba cuánto tiempo tardaría en suceder, y ese era el factor que me preocupaba. Así que mientras tanto, tenía que ser valiente y seguir. Para distraerme, le planteé una pregunta, relacionada con la cabeza de Ava:

—¿La escultura de uno mismo es una autoescultura?

—No lo sé —dijo, y por algún motivo se acercó a mí. No me quedaba ningún espacio para retirarme, ni con el cuello ni con el resto de mi cuerpo. Estaba arrinconado contra la chimenea, sin escapatoria posible. Prosiguió—: Nadie me ha preguntado algo así antes. Autoescultura. Eres bueno con ese tipo de preguntas.

Cuando terminó su frase, un resoplido fresco de ajo caliente me quemó las pestañas hasta sus diminutas raíces foliculares. Traté de consolarme con la idea de que el ajo es bueno para el sistema inmunitario, quizá también cuando se absorbe de segunda mano.

La marea del cóctel trajo al diminuto Charles Murrin a nuestra pequeña y ardiente isla para dos. Le guiñé con mis ojos despestañados.

—Estamos hablando del busto de Ava —dijo el doctor Hibben, dirigiéndose a Murrin.

—Espero que no le importe —dijo Murrin, travieso, aunque no muy brillante.

El doctor Hibben se echó a reír y yo les miré alternativamente, lo cual era todo un ejercicio físico dado que Murrin apenas le sacaba una cabeza al cinturón del doctor Hibben. Mirar a uno y después a otro era como hacer un *travelling* desde Miami Beach hasta la bahía de Fundy y luego volver. Es decir, que mi cabeza se agitaba bastante de norte a sur.

La fiesta sufrió otro espasmo y me presentaron a la esposa del doctor Hibben. Era una pareja adecuada para él. Tenía altura suficiente como para formar parte del equipo de voleibol olímpico —el masculino— y sus hombros eran tan anchos que podían haber sido un colgador de trajes en Barneys. Si necesitan números, medía unos dos metros y pico en términos masculinos y uno ochenta en escala femenina. Llevaba un vestido muy poco sofisticado de color

marrón que en una vida anterior quizá había sido una tienda en la guerra hispanoamericana. Hacía conjunto con el marrón de sus ojos, de su pelo, de su piel y de su lengua, que pude entrever cuando dijo suavemente:

—Es un placer conocerte, Alan.

Entonces me ofreció su mano derecha y yo la mía, que procedió a machacar en un apretón que no fue tan violento como el del doctor Hibben de esa mañana, ni tampoco como el zarpazo pez-perruno que su marido le había propinado a mi hombro. De todos modos, seguía siendo un apretón de manos terroríficamente fuerte. Esa mujer podría haber arrancado la pata trasera de un elefante con su mano derecha. Ella y el doctor Hibben seguro que practicaban el uno con el otro. Entonces, me devolvió mi mano muy educadamente, y contemplé el futuro de mi miembro como un producto gelatinoso.

Los dioses de las fiestas, presintiendo que estaba llegando al límite de mis fuerzas, me liberaron de la tortura, pues de alguna manera me desplazaron lejos del doctor Hibben y su señora y Murrin. Ahora me encontraba mirando al rincón donde Mangrove y Tinkle chupaban sus copas de vino. Me propuse avanzar en esa dirección. Convenientemente, estaban justo al lado de un mostrador con bebidas. Por alguna razón relacionada con mi apagón mental, no me había hecho con ninguna bebida. Debí ver la cabeza de Ava y me lancé hacia ella: su capacidad de atracción era mayor que el licor, buena señal.

A medio camino hacia Mangrove y Tinkle, mientras me abría paso entre el gentío, Kenneth me detuvo.

—Vi que Hibben te había atrapado —dijo—. Lo sentí mucho por ti, pero no podía hacer nada.

—Creo que he sobrevivido —dije—. Pero no estoy muy seguro.

—Parece que sigues respirando.

—Pero no ha sido fácil. Lo de respirar, quiero decir. Siento si resulto maleducado, pero creo que el doctor Hibben se ha tragado una cabeza de ajo antes de la fiesta. Creo que el proceso de curación de mi nariz ha sufrido un serio revés.

—Lamento oír eso. Esta mañana en la piscina hiciste lo que debías, sumergirla en agua fría.

—Traté de aferrarme a ese recuerdo; quizá así mi cuerpo

recuerde sus efectos benéficos.

—Buena idea —dijo Kenneth, sonriendo atractivo, con su nariz recta y elegante. Luego dijo—: Disfruté mucho nuestra charla.

—Yo también —dije, lo cual era verdad, y luego añadí, mintiendo—: Tengo que ir a por una copa. Ahora vuelvo.

La mentira era lo segundo, pero es el tipo de cosas que se dice en un cóctel, y Kenneth se limitó a asentir y se acercó a otro grupo, sin esperar en absoluto que yo regresara.

Logré alcanzar a Mangrove y a Tinkle, me serví una copa de vino, me la tomé, los miré y Mangrove dijo:

—Larguémonos de aquí y vayamos a fumar un poco de hierba.

—¿Tienes maría? —preguntó Tinkle.

—Es marihuana para fines médicos, por mi depresión —dijo Mangrove—. ¿Qué os parece, os apetece?

—¿No será peligroso fumar aquí? —pregunté, susurrando, como un verdadero capullo. Por alguna razón, fumar marihuana en la Colonia Rose me parecía un acto terriblemente ilícito. Además, no había fumado marihuana desde la universidad, y entonces no solía funcionar bien si la combinaba con una cantidad pantagruélica de alcohol.

—Se supone que no debemos hacerlo, claro —dijo Mangrove—. Pero tampoco deberíamos fumarnos esos cigarros. Al menos, no en la Mansión.

—Me gustaría fumar hierba —dijo Tinkle, y no me gustó que se comportara tan valientemente. En nuestra pequeña familia de tres, Mangrove era nuestro líder, la figura del hermano mayor, y no quería que Tinkle le cayera mejor que yo. No tenía hermanos y había sido hijo único, pero esa era mi respuesta natural y fraternalmente competitiva. Sentí la necesidad de rivalizar con Tinkle por el afecto de Mangrove.

—A mí también —dije, con falso valor, así que nos fuimos de la fiesta para fumar algo de marihuana, lo cual seguramente tendría efectos desastrosos si lo combinaba con el *whisky* y el vino que había consumido. Pero si se trataba de marihuana para fines médicos, reflexioné, así que quizá resultara beneficiosa para mi creciente lista de numerosos órganos en mal estado: hígado, cerebro, nariz, torso con hematomas, y los miembros recién llegados a la enfermería: mi hombro y mi mano derechos.

Capítulo 30

Serotonina Springs * Paraíso perdido en el espacio * Todos nos vamos a la Marina * Activamos la cápsula espacial * Tomamos las aguas

—Estoy tan contento de haber venido a Serotonina Springs —dije— y de conoceros.

—¿Qué has dicho? —preguntó Tinkle. Me miró como si estuviera divisándome desde el fondo de un profundo pozo. La marihuana le había mandado a un rincón muy recóndito de su interior. Estaba echado en su cama; yo me había sentado frente al escritorio de nuevo y Mangrove estaba en el sillón, inclinado hacia delante y preparando otro bol de su marihuana médica con su pequeña pipa de cerámica. Ya llevábamos varios. Yo planeaba asistir a Woodstock y había hecho una nota mental para acordarme de leer, por fin, la poesía de Allen Ginsberg.

—Estoy tan contento de haber venido a Serotonina Springs —repetí.

—¡Saratoga Springs! —dijo Tinkle.

—Eso he dicho.

—No, has dicho Serotonina Springs.

—Es verdad que has dicho Serotonina Springs —confirmó Mangrove sabiamente.

Viajé en el tiempo, proyecté mentalmente mi declaración de nuevo, y me di cuenta de que tenían razón. ¡Había dicho Serotonina Springs! ¡Qué curioso!

—Tenéis razón —dije a mis dos amigos. En ese momento, les amaba enormemente. La marihuana me hacía sentir tan bondadoso como el Dalai Lama—. Supongo que se debe a la conversación que mantuvimos antes sobre la serotonina… Pero ¿y si este lugar *está* lleno de serotonina? Eso sería increíble. Entonces, la gente podría

venir aquí de verdad para curarse, y no solo para fingir que se cura.

Me refería al pasado histórico de Saratoga como balneario y lugar de sanación, además de su fama por el hipódromo. De hecho, tuve un instante visionario fruto de la marihuana, mientras estaba sentado en la habitación de Tinkle, en el que se me ocurrió que la gente rica, los que habían abandonado Sharon Springs por Saratoga Spring a finales del siglo XIX, probablemente necesitaban divertirse entre baño y baño, mientras tomaban las aguas, y que por eso habían construido un hipódromo. Los dos van de la mano, lo vi clarísimo. Agua y caballos. Puedes llevar un caballo hasta el agua, me dije, y quizá no puedes obligarlo a bebérsela, ¡pero sí puedes hacer que *corra*! ¡La historia de Saratoga se resumía en la frase «*Puedes llevar un caballo hasta el agua*»! ¡La oficina de turismo de la ciudad podía utilizarla con fines publicitarios! ¡Combinaba el hipódromo y el balneario! ¡Quizá la ciudad me pagaría por la idea que acababa de tener! Quise compartir mi instante marihuanesco de inspiración marketiniana, y conocimiento del pasado histórico de Saratoga, con mis amigos pero antes de que pudiera hacerlo, Mangrove dijo:

—Sabes, ganarían una fortuna si de las fuentes que hay por todas partes manaran antidepresivos líquidos en lugar de agua.

—Si te la bebieras —dijo Tinkle— podrías quitarte ese parche y utilizar tus dos ojos de nuevo.

De repente, otra nueva fantástica idea reemplazó a la del eslogan turístico para Saratoga. No podía contenerme, tenía que compartirla. Era como si las luces del norte estuvieran estallando en mi cabeza.

Con entusiasmo hijo del cannabis, declaré:

—Sí, Reginald, podrías curarte. Mira, somos como tres viajeros espaciales en busca de serotonina. Emprendimos la búsqueda porque estamos tan deprimidos y locos, cada uno a su manera, que somos como superhéroes, pero en lugar de superpoderes tenemos superdesgracias. Y como estamos tan deprimidos y liados, aterrizamos en un lugar equivocado. Pensamos que Saratoga Springs era Serotonina Springs. Lo vimos mal en nuestro mapa galáctico, y ahora estamos atrapados aquí. Nuestra nave espacial está averiada… No sé si esto pasó de verdad, pero podría ser una película de ciencia ficción. Una que también tuviera elementos de

comedia, por eso de la equivocación con el mapa del espacio y la depresión… Iba a escribir un guion sobre unos homosexuales que conquistaban Nantucket después de acabar con mi novela, pero podría dedicarme antes a la película de la serotonina. Podríais ayudarme, si os parece bien. Los guiones pueden ser fruto de la colaboración de varios escritores.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Tinkle.

—De un guion acerca de nuestras aventuras como viajeros espaciales en busca de serotonina.

—Eso no es mala idea —dijo Tinkle, enderezándose—. En *Dune* buscaban especia. ¿Cuál sería el título de la película?

—Creo que bastaría con *Serotonina Springs*.

—No, eso no funciona —dijo Mangrove.

—*Perdidos en el espacio* —ofreció Tinkle.

—Eso sirve, pero ya lo han utilizado —dijo Mangrove.

—Tienes razón —dijo Tinkle—. No puedo creer que se me olvidara… Pero es que no me di cuenta de lo buen título de película que era hasta ahora.

—*Perdidos en el espacio* es un título precioso —dije—. Creo que cualquier cosa con la palabra perdidos siempre queda bien… Podríamos llamarlo *Paraíso perdido en el espacio*, lo cual sería una mezcla divertida de dos medios creativos, o simplemente *Perdidos*.

—La palabra *espacio* también es hermosa —declaró Tinkle—. Espacio. Espacio. Espacio. ¿Ves qué bonita es? Casi puedo oír la voz de Kirk diciendo: «El espacio, la última frontera» al principio de los capítulos de Star Trek, y ahora mismo me parece preciosa… Pero me gustaría ver un capítulo de *Perdidos en el espacio*. Hace años que no la veo. Es raro. Se me ha despertado el apetito mental de ver una serie de televisión.

—El título de la película también podría ser *Los deprimidos perdidos* —dijo Mangrove.

—Ese también me gusta —dijo Tinkle.

—Es muy fuerte —dije—. ¿Y qué hay de *Los tres deprimidos perdidos*?

—No —cortó Mangrove—. Solo *Los deprimidos perdidos*.

—Tienes razón —dije—. No es muy habitual para una película de ciencia ficción, pero creo que funcionará.

Complacido por el resultado de nuestro debate sobre el título, Mangrove encendió una cerilla y tomó una lujuriosa calada de su pipa, y procedió a pasarla. Nos dedicamos entonces a aspirar bocanadas de humo y llenar nuestros pulmones de marihuana, y después tomamos un buen trago del *whisky* de Tinkle. Me alegró ver que era capaz de conservar la consciencia. Tampoco tenía ganas de vomitar, que era lo que me pasaba en la universidad cuando mezclaba alcohol y marihuana. Una vez, había destrozado una chaqueta blanca de gala, con la que durante mi primer año había paseado por todas las fiestas a las que asistía, como un respetuoso saludo fetichista a mi héroe y compañero de Princeton, Fitzgerald.

Mangrove se levantó y se dirigió al baño, volviendo casi inmediatamente. Les dije:

—¿Os habéis fijado en que cuando alguien va al baño, parece que vuelva enseguida?

—Sí que lo había notado —dijo Tinkle.

—Yo también —dijo Mangrove—. Aunque me sorprende que hayas pensado en eso ahora. El tiempo suele transformarse cuando uno consume marihuana. Se alarga, y un minuto normal parece durar casi diez.

—Quizá el hecho de que haya un baño de por medio reduce *el* efecto de la marihuana —dije.

—Posiblemente —dijo Mangrove—. De todos modos, creo que deberíamos acercarnos a una fuente en la ciudad para comprobar si mana serotonina líquida. Quizá incluso contenga litio. Eso estaría muy bien.

—Yo tengo un coche —dije—. Puedo conducir. Vi una fuente de agua cerca de la biblioteca esta mañana.

—Pues vamos —dijo Tinkle. Estaba de buen humor, lleno de vida.

—Mi coche será como una cápsula espacial, puesto que nuestra nave nodriza se ha averiado —dije.

—Sí, subámonos a la cápsula de salvamento —dijo Mangrove.

—Reginald, creo que deberías ser nuestro comandante, puesto que eres como nuestro líder —dije.

—¿Soy vuestro líder?

—Creo que sí. Hay algo trágico y heroico en ti que es bueno para liderar.

—Sí, eres nuestro líder —dijo Tinkle.

—Somos como una flota espacial —dije—. Y tú, Alan, puedes ser nuestro oficial científico. Eres el Oficial Científico Alan Tinkle, interpretado por Alan Tinkle.

—De acuerdo —dijo Tinkle.

—Yo seré el sargento, puesto que conduzco la cápsula de salvamento. No sé si tienen sargentos en la Armada, pero quizá existen en el escalafón de las flotas espaciales.

—Suena correcto —dijo Mangrove.

Después de eso, los tres intrépidos hombres del espacio salimos de la Mansión —no vimos a nadie, todos estaban aún en lo de Hibben— y nos metimos en nuestra cápsula espacial, antes conocida como Chevrolet Caprice. Mientras encendía el motor, preparándome para el despegue, dije:

—Creo que el futuro del viaje espacial está en la espiral. Antes, las naves y las lanzaderas espaciales viajaban en línea recta. Pero si realmente quieres hacer viajes de larga distancia, es necesario que giren, como un abridor, imitando el movimiento de la tierra y del sol. La espiral está *in*, la línea recta *out*. Leí un artículo en la sección de ciencia de *The New York Times* sobre el poder de la espiral.

—Bueno, pues más tarde le mandas una nota a la NASA, sargento —dijo Mangrove—. Mientras tanto, por favor, conduce nuestro salto hiperespacial.

Seguí la orden de nuestro comandante y avanzamos a toda máquina, sin que ningún representante de las fuerzas de orden intergaláctico nos detuviera ni multara, hasta llegar a la ciudad. Tuve mucha suerte, pues en tanto que conductor borracho y drogado, hubiera podido, atropellar algún inocente ciudadano de Saratoga; en retrospectiva, ¡hoy condeno mi conducción imprudente y peligrosa! Pero en aquel momento, fue bastante divertido, especialmente porque todos nos creíamos astronautas en busca de serotonina, y que mi Caprice se había transformado en una cápsula espacial de alta tecnología.

—Comandante —dije, a medida que nos acercábamos a la biblioteca—, nos acercamos al vector ciudad, y mis instrumentos indican la presencia de serotonina.

—Muy bien, sargento —dijo Mangrove—. Reduzca la velocidad

de los motores principales.

Bajo el influjo de la estupenda marihuana médica de Mangrove, todos habíamos aprendido de forma natural a manejar sin problema la jerga del viaje espacial.

La biblioteca estaba justo al lado de Broadway, la calle principal tradicional de Saratoga, el tipo de calle en el que América se especializaba antes de la llegada de los centros comerciales y de la plaga de obesidad de finales del siglo XX. Mis escáneres detectaban restaurantes, bares, tiendas de ropa, cafeterías, quioscos y tiendas de ultramarinos. La mayoría estaban cerradas porque era de noche, pero los bares y los restaurantes —en plena temporada de carreras— funcionaban a buen ritmo, sacando lo que parecía un gran provecho económico. Era viernes por la noche, cerca de las once, pero las cosas estaban animadas.

Giré por la calle de la biblioteca y detrás encontramos un parque elegante y cubierto de hierba donde se habían erigido varias fuentes de agua sulfatada.

—Hay espacio para aterrizar a unos doscientos metros de la fuente de serotonina —dijo Tinkle desde el asiento trasero, a medida que la fuente más cercana a la biblioteca se hizo visible.

—Gracias, Oficial Científico Tinkle —dije.

—Por cierto, creo que deberíamos pertenecer a la Federación, como la *Enterprise* —dijo Tinkle, que estaba resultando ser algo así como un experto en cultura contemporánea, después de haber mencionado sin pestañear *Star Trek, Dune* y casi sin querer, *Perdidos en el espacio*.

—No tengo ninguna objeción a que formemos parte de la Federación —dije—. ¿Y usted, comandante?

—Me resulta satisfactorio ser un oficial de la Federación —dijo Mangrove.

Procedí entonces a aparcar la cápsula espacial.

—¿Levanto los escudos, comandante?

—Sí, levántelos, sargento —dijo Mangrove.

—Deberían ser escudos de fotones —dijo Tinkle.

Utilicé el mecanismo electrónico central de control de las ventanas, y subí todos nuestros escudos de fotones.

—Comandante —dije, mientras se me ocurría una idea brillante—, después de beber de la fuente, sugiero que vayamos a

una de las estaciones de recreación alienígenas y localicemos su área de servicio alcohólico. Había hablado anteriormente con el Oficial Científico Tinkle de la posibilidad de obtener información acerca del paradero de un hospital de reposo femenino alienígena.

—Estás demasiado fumado —dijo Tinkle.

—Es verdad —admití yo—, pero tenemos que procurar mantenernos en nuestros papeles.

—De acuerdo —dijo Tinkle—, pero ya te he dicho que yo no puedo hacerlo.

—¿De qué está hablando, sargento? —preguntó Mangrove.

—En términos no federativos, me refería a la posibilidad de ir a uno de los hoteles de Broadway, sentarnos en el bar y descubrir si esta ciudad tiene burdeles.

—¿Está explorando la posibilidad de realizar maniobras de acoplamiento con hembras alienígenas?

—Posiblemente, Comandante. Sé que parece descabellado, pero es algo en lo que había estado pensando antes, y ahora que estamos de permiso, como marineros, se me ha vuelto a ocurrir esa idea.

—¿Está usted en contra de este plan de ataque, Oficial Científico? —preguntó Mangrove, sin dejar entrever su propia posición al respecto.

—Así es, Comandante —dijo Tinkle—. Prefiero limitarme a beber de la fuente de serotonina.

—Entonces creo que deberíamos ajustarnos a ese plan de acción —dijo Mangrove—, pero debemos considerar la posibilidad de incorporar esa sugerencia en una futura misión. Se pueden aprender cosas importantes de la población de hembras alienígenas. ¿Estamos de acuerdo todos?

—Sí —contestamos al unísono Tinkle y yo.

—Guardemos un momento de silencio y luego vayamos hacia la fuente de serotonina —dijo Mangrove, muy cómodo en su rol de nuestro comandante, profiriendo órdenes de tipo práctico y también espiritual. Quería que nos concentráramos mentalmente antes de adentrarnos en la zona alienígena.

Pero yo pensé que valía la pena hacer guardia durante nuestro silencio, así que mientras Mangrove cerró su único ojo, y Tinkle los dos (como comprobé mirando el retrovisor), caí en la cuenta de que había un montón de gente por la calle, paseando después de la cena

o yendo de bar en bar. Cuando al cabo de un minuto Mangrove abrió el ojo, una indicación de que nuestro momento de
s.
había pasado, yo dije:

—Parece que hay bastante actividad alienígeno-humanoide.

—¿Es alienígena o es humanoide? —preguntó Tinkle, en un arranque de competitividad fraterna conmigo, posiblemente porque le había colocado en una situación algo incómoda con el tema del burdel; admito que quizá no debería haberlo hecho, pero mis intenciones eran buenas.

—No estoy seguro —dije—. Parecen humanos, pero deben ser alienígenas. Un acierto por su parte el señalar ese punto, Oficial Científico.

Trataba de mostrarme conciliador para ganarme su buena voluntad de nuevo.

—Son alienígenas, pero su apariencia es muy humana —dijo Mangrove—. Así que vayan con cuidado.

—Parece que hay una estación de leche y azúcar a mano derecha de la fuente de serotonina —dijo Tinkle, metiéndose de nuevo en el papel—. La mayoría de los alienígenas se sienten atraídos por esas sustancias.

Había una tienda de helados justo enfrente de la fuente de agua mineral. De hecho, no había nadie en la fuente, sino que estaban haciendo cola en la tienda.

—Esos alienígenas están ignorando la fuente de serotonina —dije—. Quizá no pertenecen a una civilización avanzada.

Entonces salimos de la cápsula espacial y nos acercamos a la fuente. Estaba bajo una pagoda de madera y había varios bancos alrededor, donde uno podía descansar entre sorbo y sorbo. La fuente era esencialmente un manantial grande de agua que borboteaba perpetuamente. Tenía una base cerámica de medio metro de alto, coronada por una vasija de metal que recogía el agua que rebosaba, y de la vasija emergían dos tubos en forma de L, cabeza abajo, o espitas si se prefiere, desde donde se derramaba el agua, con un fuerte olor a sulfato.

Rodeamos la vasija caminando en círculo y estudiamos el líquido. Había manchas naranjas en el fondo del recipiente, a causa del rico contenido mineral del agua.

—¡Comandante, hemos encontrado la serotonina! —exclamé.

—Esperad un segundo —dijo Tinkle—. Recordad que se supone que no es serotonina, que cometimos un error al aterrizar en este planeta.

—Tienes razón —dije—. Me gustaría hacer un cambio en el guion. Podría ser interesante si se tratara de serotonina de verdad.

—No, tenemos que seguir buscándola siempre. Jamás podremos encontrarla, si queremos que sea una serie de televisión… Si es una película, sí que podemos encontrarla —sentenció Tinkle.

Al principio pensaba en un guion de película —dije—. Pero un telefilm también sería divertido.

—No importa si es una película o una serie de televisión —intervino Mangrove—. Creo que deberíamos considerar que es serotonina. Nos la bebemos, y funciona, pero solo porque estamos engañados. Es el efecto placebo. Y más tarde descubrimos que estamos en Saratoga Springs, no en Serotonina Springs, y eso nos deja destrozados, tanto que el efecto placebo se esfuma. No olvidéis que estamos al principio de nuestra misión: aún no sabemos que hemos aterrizado en el planeta equivocado. Luego, más tarde, cuando volvamos a ser nosotros, ya decidiremos si el material es apto para la televisión, si es una película, o ambas cosas.

Mangrove procedió a hundir su cabeza en la fuente y se bebió un trago de agua. Se mojó un poco el parche, pero no pareció importarle.

—Deliciosa —dijo—. Y me siento feliz.

Sonrió. Jamás le había visto sonreír tan ampliamente hasta ese momento, solo nos había obsequiado con minúsculas sonrisitas. Ahora se sentó en uno de los bancos y estiró sus largas piernas de comandante.

Luego le tocó el turno a Tinkle. Metió su poderosa mandíbula bajo el manantial de agua y bebió.

—Me gusta —dijo, y se sentó, sumándose a su comandante.

Yo también bebí, y le dije a mi paladar fumado que el agua poseía una carga fantástica, que era mejor y más rica en minerales serotonínicos que el agua que había bebido de ese riachuelo en Sharon Springs. Luego procedí a sentarme en el banco al lado del que ocupaban mi comandante y el oficial científico.

Éramos felices y estábamos fumados en nuestra aventura de una

cálida noche de verano. Cada tanto, nos levantábamos y bebíamos un poco más de agua. Luego tuve la brillante idea de procurarnos vasos de plástico del dispensario de productos lácteos y azúcar, una misión que Tinkle llevó a cabo con valentía.

Cuando regresó, vivo, el comandante y yo alabamos su atrevida acción, aventurándose en un establecimiento repleto de alienígenas. Luego, los tres viajeros espaciales volvieron a beber agua, esta vez como caballeros, llenando nuestros vasos cuando hacía falta. Ocasionalmente uno o dos alienígenas vinieron a acompañarnos a la fuente y luego se iban, y nosotros guardábamos un silencio cargado de cautela. Tinkle nos informó de que su «láser estaba en la posición de aturdir».

Todo era bastante divertido y entretenido.

Luego, creo que fui recuperando la sobriedad; el paso del tiempo y el agua que bebíamos deshicieron los felices efectos de la marihuana y del alcohol, y justo cuando estaba a punto de proponer que volviéramos a la estación espacial nodriza para absorber más marihuana y alcohol, una forma femenina alienígena se acercó a la fuente desde detrás, cruzando en medio de los dos bancos que ocupábamos. Se inclinó sobre la fuente, mostrándonos un trasero bastante bonito enfundado en una faldita azul, sumergió la cabeza, tomó una notable dosis de agua con serotonina y luego se giró hacia nosotros con el rostro mojado, feliz y hermoso.

La alienígena era Ava.

Capítulo 31

Una delicia * Una fantasía * Una mirada glacial * Una conversación frente a una puerta * Un debate sobre posiciones con Jeeves * Se tiende una trampa * Un portazo

Volvimos todos a la Mansión. Ava, con su falda azul, iba en el asiento delantero a mi lado. Se sentía mal por haber desplazado a Mangrove de su anterior puesto de honor e insistió en que él también se sentara delante. Él intentó declinar educadamente, pero ella insistió y él acabó por ceder a sus deseos. Así que íbamos los tres delante, y por la pura física del espacio disponible, eso hizo que ella tuviera que pegarse a mí. Su muslo desnudo contra mis pantalones caqui. Intenté disfrutar ese contacto casual y traspasar todo mi espíritu a la pierna, por si aquello era todo el contacto que iba a tener con ella.

Fingí que estábamos en la década de 1950. Desde luego, Saratoga podía pasar perfectamente por una ciudad de los años cincuenta, especialmente por la noche, con la calle mayor que parecía un decorado, las casas antiguas, las calles rodeadas de árboles y el hipódromo. Yo era el marido. Ava era mi esposa, Mangrove era nuestro excéntrico amigo y Tinkle, en el asiento de atrás, era nuestro extraño y talentoso hijo.

—Nos acercamos al complejo, comandante —dijo Tinkle.

Él y Mangrove seguían jugando a la Federación, pero yo había pasado a la fantasía más adulta de la vida de un matrimonio de los años cincuenta.

—Impulsor de estribor a hipervelocidad warp, sargento —dijo Mangrove, intentando dar con la terminología nauticogaláctica correcta.

—No puedo creer lo colocados que estáis, chicos —dijo Ava.

En la fuente le habíamos intentado explicar nuestra búsqueda de

serotonina y pareció que el asunto la divertía pero también la aburría, y nos había pedido si la podíamos llevar de vuelta en coche. Había ido caminando a la ciudad y había cenado allí sola.

—Sí, comandante —dije en voz bastante baja, avergonzado de jugar al viajero espacial delante de Ava, pero no podía ser completamente desleal a mis dos amigos y abandonar el barco, por así decirlo.

Giré a la derecha y condujimos por el estrecho túnel de oscuros árboles. Los faros del coche iluminaban el zigzagueante camino que llevaba a la Mansión. Después de aparcar la cápsula de evacuación/Caprice, entramos en la sala de las botas juntos. Había algunas personas allí, leyendo periódicos o jugando a cartas, a pesar de que ya casi era medianoche. El cóctel de Hibben obviamente se había disuelto.

Los tres viajeros espaciales nos sentimos avergonzados, temerosos de que se notase que todavía coleaba el efecto de la droga. Beaubien estaba allí, leyendo *Artforum*. Me lanzó una mirada glacial. Aunque las hostilidades se hubieran suspendido durante la captura del murciélago, claramente ahora se habían reanudado. Al verla recordé que tenía que tender mi trampa al ladrón de zapatillas si quería aclarar definitivamente ese asunto.

Atravesamos la sala de las botas bastante rápido, sin quedarnos a hablar. Nos limitamos a saludar a nuestros colegas de la colonia y a ir directamente al salón principal. Al pie de la gran escalera, Mangrove declaró que deberíamos reunirnos todos en la habitación de Tinkle. Invitó también a Ava, pero ella se excusó diciendo que estaba cansada. Yo dije que tenía que ir un momento a mi habitación, pero que me reuniría con ellos en breve.

Al subir juntos por la alfombra roja que cubría las escaleras, intenté colocarme a su lado. Ava y yo procedimos por el pasillo con paredes forradas de madera del *deuxième étage*. Pasamos frente a la preciosa biblioteca, adornada con varias antigüedades —sofás de terciopelo, un escritorio de madera tallada bañada en oro y voluptuosas sillas— y luego dejamos atrás numerosas puertas cerradas mientras seguíamos hacia nuestros respectivos dormitorios.

Empezaba a aclararme en el laberinto de la Mansión. Si continuaba por aquel pasillo acabaría por descender el medio tramo de escaleras que llevaban al antiguo pasillo de servicio y a mis

aposentos.

Me hacía feliz disfrutar de unos segundos a solas con Ava, aunque me sentía extremadamente tímido. Llegamos a su puerta, que estaba a solo dos puertas de la habitación de Beaubien.

—Gracias por traerme en coche —dijo Ava. Estábamos en el umbral de su dormitorio.

—De nada —dije, y añadí—: He visto tu escultura en casa del doctor Hibben. Es preciosa.

Sonrió. Su boca era todavía más adorable cuando sonreía. Y su nariz era fantástica. Parecía cambiar a cada momento, pues la luz producía mil efectos en su superficie, provocando sombras o revelando contornos.

—Me alegro de que te guste —dijo—. Debería leer algo de lo que has escrito tú. ¿Tienes algo aquí?

—Solo he escrito un libro… Y está descatalogado… pero tengo algunos ejemplares en el maletero. Podría traerte uno…

—Dámelo mañana. ¿Cómo se titula?

—Es un título un poco inmaduro… *Cuánta pena me doy*.

—A mí me gusta.

—Pues mañana te lo traeré… será lo primero que haga… Mi nuevo libro tiene un título mejor: *El caminante*… Y me encantaría ver más de tu trabajo. ¿Podría visitar tu estudio?

—Desde luego —dijo, y entonces me pareció que se sentía un poco incómoda. Sus ojos se apartaron de mi rostro. La estoy aburriendo, pensé. Me entró el pánico. ¿Qué hay que hacer para no aburrir a alguien? Pero antes de que pudiera resolver ese dilema, ella añadió—: Me voy a la cama.

—Muy bien.

—Buenas noches.

Me sonrió una vez más y luego entró en su dormitorio y cerró la puerta.

No hay nada peor que aburrir a alguien. Volví renqueando a mis habitaciones y me sentí impotente y avergonzado de mí mismo, lo que sin duda era una reacción excesiva. Habíamos tenido una conversación razonablemente agradable, pero a mí me pareció que lo había estropeado todo con Ava. Debía ser el alcohol y la hierba. Hablaba con claridad y podía caminar en línea recta, así que tenía todos los síntomas externos de la sobriedad, pero mis emociones

estaban completamente distendidas y se comportaban de forma extraña. Era ese momento de la noche, en lo relativo a la cogorza, en el que la autocompasión y la melancolía asoman la cabeza y ejercitan sus músculos.

Fui directamente a mi estudio y allí encontré a Jeeves, sentado en su catre y leyendo a Powell. Estaba manteniéndose al día de las lecturas de nuestro club. Iba por la primera novela del último movimiento, que llevaba el bello título de *Los libros decoran una habitación*.

—Hola, Jeeves —dije, y me senté en mi escritorio. Me alegraba de verle, pero lo cierto es que me sentía bastante inconsolable. Estaba experimentando una muestra de lo que Tinkle tenía que soportar constantemente: no creía que nadie fuera a quererme jamás. Como he dicho, la hierba y el alcohol me estaban afectando. Y sus efectos ahora no eran positivos, como lo habían sido antes cuando me habían desinhibido para que fuera capaz de comportarme como un crío y jugar a los viajes espaciales.

—Buenas noches, señor.

—Seré muy directo, Jeeves —dije, aflojándome la corbata—. No tiene sentido intentar ocultarlo. Me volví a emborrachar y sigo borracho ahora. También he vuelto a tener un apagón. Fui al cóctel del doctor Hibben y casi me matan el doctor Hibben y su mujer. Luego fumé marihuana. Luego conduje borracho. Si quieres llamar al
FBI
, no te detendré, Jeeves.

Se lo había contado todo excepto que además había sido aburrido frente a la puerta de Ava. Quería fingir que eso no había pasado, y por lo tanto no lo podía admitir.

—Ha hecho muchas cosas, señor. Todavía no es medianoche.

—Intento ser eficiente, Jeeves… Y voy a hacer más. No tengo remedio. Así que lo mejor será que al menos disfrute, ¿no te parece, Jeeves?

—Es una posición que uno podría adoptar, señor.

—¿Pero no es la posición que tú adoptarías, Jeeves?

—No creo que yo estuviera en la posición de adoptar esa posición, señor.

—Eso son muchas posiciones, Jeeves.

—Sí, señor.

—Permíteme explicarlo de otra manera. ¿Crees que es una posición que yo debería adoptar? Quiero reunirme con mis dos amigos, Mangrove y Tinkle, y beber más y fumar más marihuana.

—No tengo una opinión al respecto de la posición que debería usted tomar estando en su posición, señor.

Le lancé de reojo una mirada fría de ostra a Jeeves, pero no tuvo mucho efecto sobre el hombre. Además, a mí no se me daban bien las miradas de ostra. Lo mío eran más las miradas de caracol.

—Está bien, Jeeves. Sé que no es muy agradable hablar con alguien entrado en copas. Si te sirve de consuelo, Jeeves, la marihuana que fumamos estaba aprobada clínicamente.

—Muy bien, señor.

—No estoy seguro de quién la aprobó ni de qué órgano del estado estuvo implicado en su aprobación, pero, sin embargo, era marihuana certificada. Así que eso tranquiliza mi conciencia. De todas formas me parece que era ilegal que yo la fumara, pero quizá no fuera *tan* ilegal.

—Sí, señor.

—Está bien, Jeeves, puedo ver que no apruebas mi conducta. Me gustaría que no me juzgaras tanto. No puedo evitarlo. Hay algo en mí que no funciona. ¡Soy un débil mental!

—No le juzgo, señor.

—¿Entonces?

—Si hubiera una palabra, señor, que me caracterizara a mí o a mi estado emocional, aunque no estoy seguro de que necesite ser caracterizado, sería desprendido, como ya le expliqué anteriormente hoy, en relación a su alcoholismo y ahora a su drogadicción.

—¡No soy un drogadicto! ¡Solo he fumado un poco de marihuana! ¡Y marihuana clínica, además!

—Muy bien, señor.

—Está bien, Jeeves, de acuerdo, sé todo lo desprendido que quieras. ¡Por mí como si te desprendes y te caes por un barranco!

Me levanté enfadado. No sabía lo que estaba haciendo. Me comportaba de forma irracional. En retrospectiva me doy cuenta de que estaba haciendo pagar a Jeeves la frustración que sentía por no haber avanzado más con Ava. Fui al dormitorio, me puse mis zapatillas y las dejé ruidosamente en el pasillo. Luego volví a entrar

en el estudio y grité:

—¡Y ahora me voy a beber y a fumar más marihuana! ¡Y si te apetece desprenderte de las sábanas si oyes a alguien llevarse las zapatillas te lo agradeceré mucho! ¡Y si no te apetece cazar al chiflado de las zapatillas, pues me importa un comino, también!

Antes de que Jeeves pudiera responder, cerré de un portazo.

Era perfectamente consciente de que me estaba comportando de un modo atroz, pero no podía contenerme. Casi nunca actuaba así. Pero supongo que cuando nos sentimos solos, atacamos a aquellos que nos quieren. Es una de las cosas que define la naturaleza humana y que puede resumirse en una palabra: IMPERFECTA.

Capítulo 32

Un encuentro en el pasillo * Algo no va bien en el mundo * Los sementales y los bebés se lo están pasando bien * Se homenajea a
X.
**** Se habla de falos de distintas nacionalidades * Un juglar deja de tocar y muere una flor * Alguien se pone duro y a alguien le gusta * Los Mets de 1973 cobran vida y Ed Kranepool juega un papel importante * No me hace falta soñar***

Pobre Jeeves. A nadie le gusta que le griten. Pero si alguien podía soportarlo, ese era Jeeves. Sabía perfectamente que yo era un completo idiota y que no se me debía tomar en serio. Si acaso debía estar contento de que le hubiera dejado en paz para continuar sus lecturas.

No obstante, yo estaba bastante avergonzado por cómo me había comportado, así que caminé a paso ligero por el pasillo, ascendí rápidamente el pequeño tramo de escaleras, como si estuviera huyendo a la carrera por lo que acababa de hacer. Iba a ir a la habitación de Tinkle, estar con mis camaradas de la Federación y recuperar mi anterior buen humor.

Lo que debería haber hecho, sin embargo, es dar media vuelta y pedir disculpas a Jeeves.

Pero si hubiera hecho eso no me hubiera cruzado con Ava. Llevaba puesta una bata blanca que se ceñía a su bella figura. Acababa de salir del baño de su pasillo y regresaba a su habitación.

—¿Quieres pasar un segundo? —preguntó.

Me estaba invitando a entrar en su habitación. Yo era una mala persona. Acababa de gritarle injustamente a Jeeves. El universo mostraba una vez más cómo funcionaba: las cosas buenas les pasaban a las malas personas.

—Está bien —dije, y las palabras salieron como si fueran de cemento. Sentí un increíble martilleo en las sienes. Había tanta sangre fresca en mí que recuperé la sobriedad de golpe. Debí haber malinterpretado sus intenciones antes. Quizá ya había querido invitarme a pasar entonces.

Ella entró primero. Yo la seguí. Cerró la puerta. Caminó hacia la cama, una cama antigua, con dosel, como la de Beaubien. Había una lámpara encendida sobre una vieja cómoda de madera. No había mucha luz, pero Ava estaba preciosa en la penumbra. No me moví. Entonces ella se volvió. Caminó de vuelta hacia mí. Iba descalza. Era más baja que yo. Se aplicaban los sistemas normales de altura masculina y femenina. Alargó sus brazos hacia mí. Yo levanté los míos para abrazarla, pero estaba débil y asustado. Era como si de cada muñeca me colgara una pesada piedra, pero conseguí alzar los brazos y envolverla con ellos. Era una chica grande, pero incluso una chica grande parece pequeña cuando está en los brazos de uno.

Su boca se apretó contra la mía. Entonces sus labios se abrieron y su lengua entró en mi boca. Ya no me sentía débil, pero sí cohibido. Me preocupaba mi aliento, tras tanto vino, *whisky*, marihuana y agua sulfurosa. Pero ella siguió besándome y yo reduje mi neurosis. Su aliento era cálido y sabía bien, como si acabara de comer una manzana. Quizá lo había hecho. La besé y puse la mano en su espeso cabello castaño oscuro.

Tenía la chica que deseaba. Pero nadie consigue jamás a la chica que desea. Algo no iba bien en el mundo.

Su nariz estaba contra mi mejilla. Mi nariz estaba contra su mejilla. Y seguimos así, danzando hacia atrás en dirección a la cama. Ella se sentó en la cama. Yo me quedé de pie.

Se abrió la bata. Estaba desnuda.

Puse las manos sobre sus voluptuosos y enormes pechos. Luego las puse bajo ellos. Nadie había disfrutado tanto pesando algo desde Arquímedes. Sus pezones eran marrones y enormes.

Me agaché y besé un pezón, y luego me senté en la cama y lo chupé como si fuera un bebé hambriento. Debía haberme gustado mucho hacía treinta años, cuando era un bebé, y el encanto de los pechos no había disminuido ni un ápice desde entonces.

Puse mi rostro entre los dos pechos e inspiré. Era el fin de todas

las guerras. Me encantaba su olor. Junté ambos pechos y conseguí meterme los dos pezones en la boca a la vez.

Nos besamos más. Entonces empecé a desvestirme. Me dejé puestos mis calzoncillos bóxer. Nos tendimos uno junto al otro, besándonos. Mi nariz rota resistía bien. No me dolía. Pero claro, podría haber tenido un hacha clavada en la espalda y no lo hubiera notado.

La tenía apretada contra mí. Su trasero en mi mano me calentaba como a un semental. De hecho, ya estaba tan caliente como un semental. Su trasero en mi mano me ponía como un semental con fiebre.

—Tu bigote es áspero, pero me gusta —dijo ella.

—Quiero besarte la nariz —dije yo.

Ella sonrió. Me dejó besarle la nariz. Pasé mis labios a lo largo del hueso. Luego la besé suave y delicadamente. Continué intentando chuparla, pero no conseguí que me cupiera entera en la boca. Me gustaba chuparla. Era diferente de chupar sus pechos. Era como llegar a su esencia. Aparté la boca de su nariz. Me sentía saciado.

—Eres un pervertido —dijo, y se rio.

No sabía hasta qué punto. Ignoraba que solo había existido otro fetichista de la nariz en toda la historia de la sexualidad humana. Bueno, de la sexualidad humana de la que se guardan registros, quiero decir. Está claro que tiene que haber habido unos cuantos casos que no han trascendido, aunque, desde luego, no se trataba de algo común.

No quería que pensara que estaba demasiado loco, así que volví a trabajarme su boca. Chupé sus labios. Ella se puso sobre mí. Yo tenía una mano en sus nalgas y otra en su pecho.

Ella me metió la mano en los calzoncillos y yo seguí su ejemplo y metí la mía entre sus piernas. Su vello púbico era suave.

Me quitó los calzoncillos y me tomó en su mano. Yo puse la boca en un pecho y lo chupé con fuerza. Ella gimió. Le gustaba amamantarme. Apretó el puño con el que me tenía cogido. Yo era un hombre. Era un bebé. Era un hombre. Era un bebé.

No me hartaba de su pecho. Me sentía como una tenia insaciable. Demasiado hambrienta. Demasiado excitado. Ascendí y la besé. Mantuve una mano abajo, pero no hice nada, solo me

calenté la mano allí, como si la hubiera acercado a una estufa. Quería ser un caballero. Le chupé un poco más la nariz y me trasladé a la Alemania del siglo XIX, haciendo realidad un sueño. Lo hacía por
X.
, pobre hombre. Esperaba que me estuviera mirando desde el cielo.

—¿Por qué me das tantos besos en la nariz? —preguntó.

—Tienes una nariz preciosa —dije.

—Gracias —dijo con suavidad. Yo era perfectamente consciente de que era posible que lo que a mí me parecía hermoso hubiera sido objeto de burlas durante toda su vida.

Ella me animó, así que introduje un dedo en su sexo, lenta y respetuosamente, como un judío entrando en una iglesia. Y su mano empezó a recorrer mi sexo arriba y abajo. Estábamos disfrutando el uno del otro. Saqué mi atrevido dedo y lo froté con suavidad en la cima de su sexo. Le gustó. Se le escaparon unos gritos.

Entonces nos tomamos una pausa. La furia del inicio había terminado. Teníamos que mirarnos, que conocernos. Así que nos quedamos tendidos. Uno junto al otro. Ella abrió el puño y miró hacia abajo. Había la luz justa para ver. Dijo:

—Eres el primer blanco con el que he estado en muchos años.

No me esperaba un comentario así. ¿Qué se puede decir a eso? Escogí la ruta más sencilla.

—¿En cuántos años?

—Por lo menos cinco… Desde los treinta años solo he estado con africanos. Pero hace seis meses que no estoy con nadie. Necesitaba parar un poco.

—¿Tienes treinta y cinco años?

—¿Creías que era mayor?

—No, claro que no. Parece que tengas veinticinco.

Y era verdad. Ella sonrió.

—¿Cuántos años tienes tú? —preguntó.

—Treinta… No quiero parecer grosero, pero ¿cómo es que solo estabas con africanos? ¿Estabas viviendo en África?

—No —dijo, y se rio—. Vivo en Brooklyn. Pero he ido a África tres veces, sobre todo a Nigeria… En Nueva York voy a clases de danza africana. Esas clases son mi vida entera. Realmente no hago nada más. Hago arte. Enseño. Pero sobre todo bailo. Esa es mi vida

social. Me mantiene cuerda.

—¿Dónde enseñas?

—En Pratt.

—He oído hablar de Pratt… ¿Das clases de arte?

—Sí, de escultura.

Hasta entonces se lo había puesto fácil, pero ahora lancé una bola rápida:

—¿Por qué no has estado con nadie en los últimos seis meses?

Ella era un fenómeno. Era Mickey Mantle. Mi bola rápida no le hizo nada. Ni siquiera pestañeó. Dijo:

—Empezaba a ser demasiado. En ese mundillo, todos se conocen. En la comunidad africana, quiero decir. Pero a mí me gusta estar con ellos. No sales con ellos. Se acercan a ti y llaman al pan, pan y al vino, vino. No hay rodeos, se va directamente al grano. A mí me gusta que sea así. Pero me enamoré de ese hombre, Cholee… Y él tenía esposa en Nigeria. Son yoruba. En su cultura no se concibe el divorcio. Así que, tras él, vino todo un rebaño. Me fui con todos los africanos de la ciudad, pero no era sano. Y seguía enamorada de Cholee… Así que reduje el rebaño hasta que no quedó nada. Me ha ido bien… Hablé con un psicólogo por teléfono. Me animó a darme un respiro. Es una locura, pero encontré su número en la contraportada de un número de *Utne*. Me dijo que tenía una autoestima muy baja y que eso me hacía creer que solo un africano pobre querría estar conmigo. Me dijo que, inconscientemente, era una racista.

—No sé si es muy útil terapéuticamente que un psicólogo te llame racista.

—Lo que quería decirme es que yo no creía merecer a un hombre blanco, o que pensaba que un hombre blanco no me amaría, así que recurría a una clase inferior y para él eso era racismo… No sé, quizá tiene razón… Ya no los llamo. No pensaba conscientemente en ellos como en una clase inferior… La cosa es más compleja… El sexo era una parte muy importante del asunto. La verdad es que me encantan sus pollas. No sé si eso es racista. Pero una polla grande sienta mejor. Y los negros tienen pollas más grandes. Es un hecho. Pero también me encantan sus cuerpos, su piel. Huelen muy bien. Se embadurnan de aceites como si fueran focas. Tanto los hombres como las mujeres. No sé por qué los

blancos no lo hacen. Deberíamos frotarnos la piel con lo que ellos se ponen, tienen millones de productos… Su piel sabe a comida. —Vi que se sumergía en sus reflexiones—: A veces hay algún negro que no la tiene grande. Pero es poco usual. Había un tipo que la tenía pequeña y eso le había destrozado la vida. Ser negro y tener una polla pequeña es devastador.

A la luz de las circunstancias, aquella no era la mejor conversación posible. De hecho, me marchité en su mano, en un cruce entre una flor que se muere y un acordeón que un juglar mendicante cierra al terminar las actuaciones del día. Sentía que había perdido la razón y estaba confundido. Hacía tan solo unos segundos había sido muy feliz. Además, había oído hablar de la revista *Utne*, pero nunca había visto una de verdad y quién iba a decir que se podía encontrar un psicólogo en su contraportada. Todo era muy desconcertante.

—Pero no siempre necesito una polla grande —continuó. ¿Estaba hablando de mí?—. Antes de esta fase africana, me enamoré de un chico mexicano. Él tenía solo diecinueve años y yo veintinueve. Era muy guapo. Tenía una melena de pelo negro que le llegaba al trasero. Todo el mundo se lo quedaba mirando. Me hacía sentir celosa. Pero tenía una polla pequeña. Yo lo quería igual. Y antes de eso estuve con un chico japonés y tenía la más pequeña que he visto nunca, pero yo estaba loca por él.

Pensaba que quizá tendría que suicidarme. Habitualmente las ganas de suicidarme me vienen cuando estoy solo. Así que era extraordinario sentir ese impulso en compañía de otra persona. Pero tras esta conversación sobre los penes de otros hombres, y la posible inferencia de que yo estaba en la categoría de los infradotados amantes mexicano y japonés, no me quedaba mucho a lo que aferrarme, ni física ni mentalmente. La flor-acordeón que ella tenía todavía en la mano estaba prácticamente invirtiéndose. Ahora mismo hasta mi ombligo era más grande.

—¿Y dónde encajo yo en todo eso? —susurré. Mi baqueteado ego intentaba coger un poco de aire.

—Me gustas. Eres raro. Me gustan los tipos raros.

—¿Raro?

—Digo raro en sentido positivo… Y yo necesitaba que me tocaran. He estado muy sola en esta estúpida colonia. Hoy he tenido

un día horrible. He ido al hipódromo y he perdido un montón de dinero.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—Lo siento.

—No importa. Pero escucha: me gustas. Me gusta tu cara hecha papilla.

Entonces me besó apasionadamente. Yo no me opuse.

Me hizo ponerme sobre ella. Tenía los párpados a media asta sobre sus ojos verdes. Podía sentir cómo le vibraba el pulso en las venas del cuello. Sus senos, como dos yemas de huevos fritos, se alzaban sobre su pecho. Puede que eso no parezca demasiado atractivo, pero a mí me encantan los huevos.

Tuve que preguntárselo:

—¿La tengo tan pequeña como el mexicano o el japonés?

—No —dijo con voz áspera—. Tienes una polla grande y gorda. Es solo que hace tiempo que no veía una de color rosa. No estoy acostumbrada al color, pero la tienes muy larga y dura.

Eso bastó. Alaba el pene de un hombre y no hay nada que no pueda hacer.

Así que el juglar mendicante decidió desempaquetar su acordeón y tocar para unos cuantos turistas más. ¡Y tocó una canción larga y feliz!

También estaba un poco molesto. Ava no debería haber hecho ese discurso sobre otros hombres. Pero estas cosas pasan. La gente siempre dice cosas que no debería decir. Yo lo he hecho miles de veces. Y Ava probablemente está un poco desequilibrada. Pero ¿qué se podía esperar en la Colonia Rose? ¿Y quién era yo para juzgarla? Yo no era precisamente un Libra, si entienden lo que quiero decir.

Bien, pues estaba encima de ella, a caballo sobre sus caderas. Ella tenía las piernas cerradas. Mi sexo estaba justo sobre su pubis. Me miró. Yo la besé un poco más.

Su brazo derecho estaba al lado de la almohada, elevándose. Vi que quería adoptar la posición de una mujer tomada, así que le levanté los dos brazos por encima de la cabeza y sujeté las muñecas con la mano izquierda.

Se había depilado las axilas. Estaban desnudas y tentadoras y vacías. A mí siempre me han gustado las axilas femeninas. No sé

por qué.

Arqueó la espalda. Sus pechos se elevaron en el aire. Sus párpados se cerraron por completo sobre sus ojos verdes. Tomé la almohada de debajo de su cabeza y la tiré al suelo. Su cabello castaño oscuro se esparció sobre la sábana blanca. Luchó contra la mano que le aprisionaba las muñecas, pero yo era fuerte. Y de todas formas no le hubiera gustado que la soltara. Quería sexo duro.

Yo no era realmente yo, pero poca gente lo es cuando hace el amor. Es un yo disminuido. O al menos, un yo menos reflexivo. Así que la besé con fuerza. Agarré un pecho con la mano derecha y lo apreté. Le chupé la nariz, como si me diera un chute de adrenalina, y luego le chupé el cuello.

Me incorporé y pasé el dorso de mi mano derecha por su mejilla, como una caricia, pero en realidad estaba probando algo. Lo volví hacer. Esta vez ella golpeó con la cara el dorso de mi mano. Lo sabía. Así que le di una bofetada suave en la mejilla con el revés de la mano. Gimió. Mantuvo los ojos cerrados. Lo volví a hacer. Se retorció debajo de mí, excitada. Todavía tenía sus muñecas inmovilizadas con la mano izquierda. Entonces le abofeteé la otra mejilla con la palma de la mano. No demasiado fuerte, pero lo bastante como para excitarla. Para deleitarla. La golpeé unas cuantas veces más. Respiraba pesadamente.

Le solté las muñecas, me tendí plano sobre ella y le besé las mejillas donde le había pegado. Y luego le volví a pegar. Para que no se confiara. Entonces la besé un poco más, dulcemente, casi como disculpa. Abrió los ojos, me miró y me dio pequeños besos.

—Por favor, te quiero dentro de mí —susurró.

Le abrí las piernas bruscamente con la rodilla. Me froté contra su humedad y su vello. Me encantó. Me eché sus piernas sobre los hombros y me froté contra ella de ese modo. Me gustaba moverla como si fuera una muñeca.

—¿Tienes un condón? —pregunté.

—No. Ve con cuidado de no correrte. Da marcha atrás.

Todos cedemos en situaciones como esa. Y yo no era ninguna excepción. Pero tenía que hacer algo más antes de penetrarla. Estaba actuando como un tipo duro, pero si la penetraba ahora, no duraría nada y todo acabaría siendo un desastre.

Así que le besé la cara, la nariz, el cuello, los pechos.

—Métemela, por favor, no me importa que no tengas condón —dijo.

—Todavía no —dije yo.

Fui descendiendo por su cuerpo. Cuando llegué frente a su sexo le levanté los muslos y entonces, sosteniéndola por los muslos, la levanté sobre su espalda, alzando su sexo de la cama. Tenía las piernas hacia arriba y abiertas. Yo la sostenía por las pantorrillas para que no se cayera. A derecha e izquierda de su monte de Venus le besé el interior de los muslos. Pierna izquierda, pierna derecha. Me acerqué cada vez más a donde ella quería que la besara, pero no lo hice.

Entonces le di una chupadita, lo justo para notar el sabor de su sal, y luego volví a besarle la pierna izquierda y la pierna derecha, con parada en el medio. Pierna derecha, pierna izquierda, parada en el medio. Comprendió la pauta y empujaba hacia arriba cuando llegaba la parada, porque quería más. Pero yo era como los colibríes de mi corbata. Demasiado rápido. Pierna derecha, pierna izquierda, parada en el medio. Ella tenía lágrimas en los ojos. Lágrimas de placer.

La estaba provocando. Pero yo tampoco podía aguantar más. Así que hundí la cara ahí. Un bautismo. Puse sus pantorrillas sobre mis hombros y las solté, clavando mi cabeza en la posición correcta. Ella apretó entonces las piernas, aprisionándome por completo. Tenía unas piernas fuertes. Yo cerré los ojos y lamí y se lo comí. La parte inferior de mi cuerpo le hizo el amor a la cama. Yo me metí tanto de su sexo en la boca como pude y, una vez lo tuve allí, lo lamí con la lengua.

Sus piernas me apretaron fuerte la cabeza. Podía oír el océano. Me quedé allí mucho tiempo, bebiendo de ella. Me encantaba, y sabía que la estaba haciendo feliz, lo que era mi seguro por si al hacerle el amor me corría a las primeras de cambio.

Durante un rato, hice una sola cosa: la chupé muy rápido en el punto preciso, esa pequeña protuberancia que parece tu propio labio inferior cuando te han dado un golpe en la boca. Al final gritó y su cuerpo se retorció en espasmos de placer. Cuando los espasmos cesaron, le abrí las piernas, me liberé y fui hacia arriba y descansé el rostro en su pecho. Escuché los latidos acelerados de su corazón.

Entonces ella me abrazó y me besó. Nos tratamos con ternura.

—Métemela ahora —dijo—. Por favor.

Me coloqué entre sus piernas.

—Voy a tener que ir despacio. Puede que tenga que sacarla enseguida.

—No me importa. Solo métemela.

Lo hice. Lentamente. Con cautela. Estar dentro de ella fue una revelación. Casi había olvidado lo que era estar dentro de una mujer. En lo que se refiere al sexo, todos sufrimos una especie de amnesia. Nunca podemos recordar exactamente cómo es. Nuestra memoria no lo permite. Así que nos sentimos impulsados a hacerlo una y otra vez. Creo que esta pérdida selectiva de memoria debe ser un mecanismo del cerebro. ¡El viejo bribón de Darwin! Él sí que sabía lo que se traía entre manos.

—Por favor, no te muevas —dije.

Intenté recordar que debía respirar, que debía mantener la calma. Yo era mi propio campo de minas. Debía ir con cuidado de no provocar mi propia explosión. Superé el primer minuto. Quizá puedo lograrlo, pensé. Empecé a aplicar ligeros empellones. Ella fue muy delicada. Sabía que a mí me estaba costando contenerme, así que no hizo nada demasiado dramático. Solo movimientos pequeños, solo una ligera elevación de caderas.

Entonces le cogí el tranquillo al asunto. No estaba en un peligro inmediato. Empezamos a movernos juntos más rápido. La besé, le agarré los pechos. Seguimos moviéndonos. Le volví a poner los brazos por encima de la cabeza y a sujetárselos por las muñecas. Eso le gustaba. Me abrazó con sus piernas. Estaba follándomela. No me satisface usar esa palabra, pero eso es exactamente lo que estaba haciendo. Ahora ella gemía y gritaba mucho. Le pellizqué los pezones. No le solté las muñecas. Le di algunas bofetadas con el dorso y la palma de mi mano, nunca demasiado fuerte pero lo bastante como para que sonaran.

Entonces encontramos el punto perfecto. La besaba y mi hueso pélvico se frotaba contra el suyo. Ese era el punto.

Entonces tuve que dejar de besarla. Me excitaba demasiado. Era demasiado íntimo. Tenía que estar solo. Así que me concentré en su cuello y seguí frotando el hueso. Creí que no iba a lograrlo.

—Sigue haciendo eso —dijo ella.

Cuanto más se excitaba ella, más convencido estaba yo de que

no iba a aguantar. Pero tenía que hacerlo. Tenía que hacer que se corriera. Tenía que ser bueno. Tenía que ser mejor que todos esos africanos, mexicanos y japoneses. Me escondí en su cuello y seguí frotando. Recurrí al viejo truco masculino de pensar en deportes. Empecé a recitar mentalmente la alineación de los Mets de 1973, que fue el año en que de verdad fui por primera vez consciente de lo que era el deporte y en el que los Mets alcanzaron las series finales y las perdieron.

Empecé con el receptor y seguí por el diamante y luego empecé de nuevo.

Jerry Grote. Ed Kranepool. Félix Millán. Bud Harrelson. Wayne Garrett. Cleon Jones. Don Hahn. Rusty Staub. Jerry Grote. Ed Kranepool. Félix Millán. Bud Harrelson. Wayne Garrett. Cleon Jones. Don Hahn. Rusty Straub.

Repasé a algunos de los lanzadores.

Tom Seaver. Jerry Koosman. Jon Matlack. Tug McGraw.

Entonces ella empezó a gemir de verdad. Córrete, maldita sea, grité mentalmente. Visualicé a cada uno de los jugadores. La postura de bateo de Félix Millán. El pelo rojo de Wayne Garrett. El peinado afro de Cleon Jones. La panza de Rusty Staub. Intenté pensar en el más feo de todos los Mets: Ed Kranepool. Recordé su forma de batear. Era zurdo. Tenía una perenne sombra de barba. Pensar en él me iba muy bien. Era la antítesis total de lo femenino. En mi situación no podía pensar en nada femenino, así que seguí pensando en Ed Kranepool y, mientras tanto, seguía empujando y frotando.

Mientras lo tuviera en mi cabeza podría mantener cierta distancia respecto a mi cuerpo. Repetí mentalmente su nombre al revés.

Loopenark. Loopenark. Loopenark. Loopenark. Loopenark. Loopenark.

Luego hice lo propio con el resto del equipo. Siempre se me ha dado bien decir los nombres de la gente al revés.

Etorg. Loopenark. Nallim. Noslerrah. Tterrag. Senoj. Nhah. Buats. Revaes. Namsook.

Entonces hubo un grito distinto a cualquier otro grito. Solo unos pocos empellones más y ella alcanzaría el clímax. Loopenark. Loopenark. Loopenark. Otro grito.

Tenía que haber terminado. Le di un último empellón, como Bruto. Algo dentro de mí gritó; estaba listo, estaba más que listo, pero tuve la presencia de ánimo de retirar el cuchillo, frotarlo húmedo y vivo contra su vientre y vaciarme allí.

Rodé a su lado. Nos quedamos en silencio. Finalmente, yo pregunté:

—¿Quieres que te vaya a buscar una toalla para limpiarte?

Me daba vergüenza haber ensuciado tanto; de repente me sentía como si apenas la conociera.

—No, no te preocupes —dijo.

Nos quedamos allí tendidos, tranquilamente. La besé en el hombro, pero fue un gesto fingido, solo algo que un hombre hace para mantener la paz con una mujer. Verán, estaba empezando a cometer lo que un amigo mío llama *mentecidio*. Es cuando tu cerebro intenta matarte. Mis pensamientos se dispararon en la siguiente dirección: ¿Y si se me ha escapado una gota? Podría haberla dejado preñada. Parece muy fértil. Si está embarazada, estoy acabado.

Luego pensé: Ha estado con africanos. Casi todos los africanos tienen sida, según *The New York Times*, Pero llevaba seis meses de celibato, así que ya sabría si algo iba mal. Y estoy seguro que tomó precauciones con esos africanos. Pero no había tomado precauciones conmigo. ¿Por qué pensar entonces que las habría tomado con ellos? Pero ¿cómo contrae un hombre el sida de una mujer? Nunca te lo explican. Son muy gazmoños en lo que se refiere a eso. ¿Tengo que tener un corte para contagiarme? Tengo un corte en la nariz. Cuando estuve ahí abajo pude haberme contagiado de sida a través del corte de la nariz.

Así que no estaba precisamente planeando nuestra luna de miel. Estaba deprimido y tenía miedo y en pleno *mentecidio*, pero hay una explicación científica para esto. Tengo entendido que el nivel de testosterona en el cuerpo cae dramáticamente después del orgasmo, y esta pérdida de testosterona priva al macho de su propósito inconsciente, que es fertilizar a las hembras, a pesar de los miedos conscientes que pueda tener sobre el tema. Y sin ese propósito nos sentimos abatidos. No sabemos por qué estamos vivos. No sabemos por qué acabamos de hacer el amor. Nuestra testosterona se encarga de responder todas esas preguntas por

nosotros, y en esos pocos minutos sin ella, después de haberla derramado, nos sentimos perdidos.

En fin, al cabo de unos pocos minutos mi cuerpo había empezado a recuperarse y me sentía mucho mejor. Mis miedos y mis preocupaciones paranoicas desaparecieron. Se había fabricado nueva testosterona. Mi vida tenía un propósito de nuevo. Ahora me sentía feliz de estar tumbado junto a aquella mujer tan bella. Me sentía feliz de haberle hecho el amor y de tener buenas perspectivas de volver a hacerlo. No quería dejarla embarazada, pero mi testosterona sí quería y mi cuerpo también, y estaban deseando tener otra oportunidad a ver si podían manipularme y conseguirlo.

Ella estaba muy quieta. Estaba allí tendida, mirando al techo. ¿Qué estaría pensando?

—¿Estás bien? —le susurré, un poco preocupado por lo brusco que había sido.

—Sí, estoy bien —dijo—. Me siento muy bien.

—¿Te has corrido? —pregunté de forma egoísta, necesitado de la confirmación de que me había demostrado un amante competente. De vez en cuando uno encuentra a mujeres que gritan de forma escandalosa y cree que han alcanzado el orgasmo solo para descubrir luego que no, y eso puede resultar terriblemente decepcionante.

—¿Tú qué crees? —dijo ella con dulzura y un punto de provocación.

—Espero que sí. Quiero decir, que ha sonado como si te corrieras.

—Pues sí. Dos veces. Una cuando me estabas chupando y la otra ahora, y ha sido un orgasmo muy largo. Creo que todavía me estoy corriendo.

La abracé. Ahora sí era yo otra vez. ¿Cómo había podido abofetearla? ¿Quién era el tipo que se había comportado así? Sabía que volvería, que ella querría que volviera, pero por ahora se había marchado. Ella se volvió con recato y me ofreció su trasero para que me acurrucara junto a ella, cosa que hice durante un buen rato. Le acaricié el vientre. Seguía manchado.

—¿Estás segura de que no quieres que te limpie? —pregunté.

—Ya lo hago yo —dijo.

Se levantó y cogió una toalla del armario. Estaba preciosa al pie

de la cama, desnuda.

—Voy un momento al baño —dijo—. Vuelvo enseguida.

Se puso su bata y salió.

Me quedé estirado en la cama. Era todo tan improbable y, sin embargo, había sucedido. Acababa de hacer el amor con una mujer sensual y preciosa. Estaba más que satisfecho conmigo mismo. Y también agotado. Asumí que querría que pasara la noche con ella. Pero tenía que ser discreto. No podía dejar que nadie me viera salir de su habitación. Me marcharía temprano, antes de que se levantase nadie.

Ella regresó, apagó la pequeña lámpara sobre la cómoda y se metió en la cama. Me ofreció de nuevo su trasero para que yo me acurrucara otra vez. Encajábamos muy bien. Le besé la nuca.

—Gracias por hacer el amor conmigo —dije.

—*Yo* te doy las gracias —dijo.

Nos quedamos callados. Listos para dormir. Entonces sentí una terrible presión gástrica. Hubo un estruendo, como un trueno. No era un buen presagio, porque después de trueno, viene el rayo. Verán —por seguir tomando prestada la terminología del mundo de la meteorología para ser todavía más explícito—, uno de los estados de los elementos estaba atrapado en mi interior. El gaseoso. Oh, no, pensé. No. No. ¡No!

Moví los gases de un lado para otro en mi interior. Podría ir al baño, pero eso comportaría vestirme y quizá que alguien me viera salir de su habitación. Así pues, intenté redirigir la presión lo mejor que pude, buscando válvulas de emergencia por las que liberarla, pero sentí que al hacerlo estaba causando daños estructurales. Con estas maniobras conseguía unos segundos de alivio, pero pronto el viento empezaba a soplar de nuevo en mi interior. Durante varios minutos habité uno de los círculos del infierno. Tener gases en presencia de una nueva amante es una de las peores torturas que conoce el hombre.

Entonces el gas insistió con vehemencia en ser liberado, amenazando, de lo contrario, con causar desperfectos internos irreparables. Con las últimas fuerzas que me quedaban intenté controlar su dispersión, como cuando se abre solo un poco una botella de gaseosa para que el gas se disperse en pequeñas dosis y el refresco no salga disparado en una erupción violenta.

Bien, este método de la gaseosa pareció funcionar. Al menos no provocó efectos sonoros. Si había otros efectos —de haberlos, por el momento estaban contenidos por las sábanas—, imaginé que Ava había estado con muchos hombres y sabía que yo era humano y me aceptaría como tal, sin juzgarme. Así que abrí un poco más la botella de gaseosa. Olisqueé el aire, fingiendo estar respirando hondo. Gracias a Dios, no había olor. Ella parecía estar durmiéndose. La abracé fuerte. Vacié el resto de la botella. La crisis había pasado. Los dioses se habían apiadado de mí: ¡gas inodoro!

No estaba dormida. Dijo:

—Tengo que ir a Nueva York mañana. Debo ir a mi galería. ¿Me podrías llevar al tren? Hay uno temprano, a las seis y media. Iba a llamar a un taxi.

—Sí, claro, puedo llevarte, por supuesto… ¿Cuánto estarás en Nueva York?

—Estaré de vuelta el domingo.

Entonces hablamos de cómo nos despertaríamos; ella ya había puesto la alarma de su despertador antes de cruzarse conmigo en el pasillo. Así que intentamos dormir, pero ella seguía apretando su trasero contra mí, buscándome, y yo respondí. Alargó la mano hacia atrás, buscó mi sexo y lo introdujo en el suyo. Entonces se puso de rodillas y allí estaba yo, contemplando su hermosa espalda, esa celestial V que llevaba a los globos de sus glúteos entre los cuales mi sexo estaba escondido. Y, mientras hacíamos el amor de esta manera, me sorprendió la asombrosa vulnerabilidad y sumisión de las mujeres. ¿Cómo lo hacen? Le besé el cuello y le pasé el brazo por debajo para aferrarme a sus pechos. Todo su cuerpo era suntuoso.

—Córrete —susurró.

—¿Vas a correrte tú?

—Quiero que te corras tú.

Entonces empujó con fuerza hacia atrás y gritó, y eso resultó terriblemente excitante, así que tuve que salir y me corrí sobre su espalda. Esta vez fui yo a por la toalla.

Nos estiramos en silencio. De nuevo la abrazaba desde atrás. Esta vez no hubo abatimiento ni *mentecidio*. Simplemente sentí que me deslizaba lentamente hacia ese sueño opaco y profundo que suele venir tras el sexo placentero, pero le pregunté:

—¿En qué estás pensando?

—En cómo pierdo el control —dijo.

Entonces nos dormimos, solo unas pocas horas, y por la mañana metió un poco de ropa en una pequeña bolsa y luego fue a asearse. Yo me vestí y guardé mi corbata en un bolsillo de la chaqueta, lo que me hizo sentir como un delincuente. Salimos de su habitación juntos y nadie nos vio. Era demasiado pronto.

Me detuve en el baño y luego fuimos al aparcamiento. Todo estaba muy quieto y tranquilo, así que nos atrevimos a ir cogidos de la mano. No lo habíamos hablado, pero en un lugar como la Colonia Rose la necesidad de secreto, discreción y privacidad, al menos al principio de una relación, parecía muy importante.

—Te gustan estos colibríes, ¿verdad? —me saqué la corbata del bolsillo con un gesto de mago de feria mientras le abría gentilmente la puerta del coche. Se sentó en el coche y me miró: la corbata era un bonito lazo de pájaros.

—Me gustan —dijo—. Son bonitos. Pero tus ojos negros son todavía más bonitos.

Cuando entré en el coche y miré por el espejo retrovisor para dar marcha atrás, vi que los colores de los hematomas bajo mis ojos habían cambiado. Ahora eran amarillos, verdes y púrpuras.

La llevé en coche a la estación y llegamos justo a tiempo para que cogiera el tren. Le di un beso de despedida en el andén y, por si fuera poco, le di un beso juguetón en la punta de su gigantesca y atractiva nariz. Ella sonrió. El tren era un gran Amtrak plateado. Casi le dije *te quiero*, pero me contuve y dije:

—Gracias por lo de anoche.

Sonrió y luego dijo:

—Nos vemos mañana. Cogeré un taxi para volver. No estoy segura de a qué hora llegaré.

Subió al tren. Yo saqué mi corbata y la agité como si fuera un pañuelo, haciendo un poco el payaso. No sé si me vio. Las ventanas no dejaban ver el interior desde fuera.

Entonces el tren partió. Yo me quedé en el andén, agité mi corbata un poco más y luego me la guardé en el bolsillo y me quedé mirando al tren hasta que desapareció por completo y la larga y oxidada vía quedó desierta.

Era un día nublado, gris y frío, especialmente siendo verano. No

sabía si el tiempo iba a cambiar. Me gustó estar despierto mientras el mundo estaba todavía tan tranquilo y silencioso y sentí cierto alivio al estar solo. Conduje de vuelta a la Colonia Rose y fui directamente a mi habitación. En la Mansión seguía reinando esa quietud que dan los durmientes. Durante un instante me pregunté por qué mis zapatillas estaban en el pasillo y luego me acordé y las recogí. La trampa había fallado. Pensé en Jeeves: le debía una disculpa. Luego me metí en la cama y dormí durante horas. No soñé con nada. No lo necesitaba.

Capítulo 33

Una disculpa * Tengo ictericia, pero quedo invicto * Jeeves me explica la naturaleza del tiempo y la memoria y casi me da un ataque * La total sinrazón de la vida trata de pegarme un mordisco en el cuello * Ansío a Raymond Chandler * ¿Es Gran Bretaña, Inglaterra o Reino Unido? * La parábola de la joven en el retrete * Un paseo por el bosque con Jeeves, no con Robert Frost * No vuelo con la Federación * Una de esas gloriosas mañanas * Un cántico y un hechizo

Me pasé todo el día enfermo. Algo no iba bien. Tenía náuseas, me daban espasmos, me picaba todo. El alcohol, la marihuana, la vigorosa sesión de sexo: todo se había confabulado para destrozarme. Estaba hecho un asco. También estaba el trauma colectivo y la tensión de lo que me había pasado desde que dejara Nueva Jersey atrás; finalmente, me había derrumbado. Uno pensaría que tendría ganas de celebración, después de conquistar a Ava, pero fue todo lo contrario. Me sentía absolutamente disperso y atormentado. Durante horas y horas, me quedé en la cama, leyendo, girándome, a veces durmiendo y a veces conversando con Jeeves.

Cuando me atendió por primera vez a la una del mediodía, con un vaso de agua, le dije a Jeeves desde mi cama de enfermo:

—Siento mucho lo de anoche, Jeeves. Me siento fatal por ello.

—No tiene por qué disculparse, señor.

—Fui un maleducado y un histriónico… Incluso aunque me digas que no hace falta, quiero que quede dicho que me disculpo, y que me odio por hablarte como un idiota.

—Intente no odiarse a sí mismo, señor. Ninguno de sus comentarios me resultó ofensivo.

Jeeves era una estatua del perdón. No percibí el más mínimo rencor en él.

—Eres amable y generoso conmigo, Jeeves.

—Muy bien, señor.

—Veo que no cazamos al ladrón de zapatillas —dije, cambiando de conversación y moviéndome del reino de las emociones al de lo práctico.

—No, señor.

—Bueno, podemos volver a intentarlo esta noche.

—Muy bien, señor.

—No tengo muchas ganas de trabajar en la novela hoy, Jeeves.

—Parece tener síntomas de ictericia, señor, es cierto.

—¿Tengo los ojos amarillos, Jeeves?

—Sí, señor.

—Esa marihuana médica no estuvo a la altura de su reputación… Oh, bueno, vive y *no* aprendas, esa es mi divisa. Jeeves, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que nos fuimos de Nueva Jersey? ¿Tres, cuatro semanas? Este viaje me ha dejado exhausto.

—Nos fuimos hace cuatro días, señor.

—¡No digas locuras, Jeeves!

—No lo hago, señor.

—Hoy es sábado, Jeeves.

—Sí, señor.

—Nos fuimos de Nueva Jersey…

—El pasado martes, señor.

—¡Oh, Dios! Jeeves, tienes razón. Solamente cuatro días. ¿O son cinco? ¿Contamos el de hoy?

—Creo, señor, que la mayoría de la gente estaría de acuerdo en que nos fuimos de Nueva Jersey hace cuatro días.

—Oh, Jeeves, creo que me estoy volviendo loco… Nunca sé si la vida es muy larga o muy corta. ¿Tienes alguna opinión al respecto?

—He observado, señor, que pequeños incrementos de tiempo pueden parecemos muy largos: una hora, diez minutos, un día. Pero que durante el curso de nuestras vidas, los periodos más largos —de diez o cincuenta años— parecen mucho más cortos.

—¿Y sabes por qué sucede eso, Jeeves?

—Quizá tenga algo que ver con los recuerdos y la memoria, señor. No poseemos la capacidad de recordar cada instante de nuestras vidas, así que la experiencia se vuelve compacta, se resume, y se desecha. Un romance queda reducido a una frase:

«Estuvimos juntos durante tres años». Eso hace que la vida vivida parezca más corta… Todo es un poco enrevesado, señor. Hacen falta sesenta, setenta u ochenta años para vivir toda una vida, y parece que transcurra tan rápido, y sin embargo también sabemos que tardamos mucho en llegar adonde estamos… Pienso en el mundo del cine, señor. Una película de dos horas es el resultado de cientos de horas de rodaje. Con la vida es lo mismo. Se puede recordar y revisar bastante rápidamente, pero para crear esa vida hicieron falta millones de momentos.

—No me tortures más, Jeeves. Mi cerebro acaba de abandonarme para darse contra las paredes de mi cráneo. Sé bueno conmigo intelectualmente hablando. Hoy apenas puedo deletrear mi nombre.

—Lo siento, señor.

—Es culpa mía, Jeeves. Yo pregunté.

—Muy bien, señor.

Tenía ganas de decirle a Jeeves que mi romance con Ava había avanzado considerables posiciones —y era consciente de que mi impulso de confiar en él era una mezcla de vanidad, confesión y deseo de ser aconsejado—, pero no quería que tuviera una mala opinión de mí y que pensara que era el tipo de hombre que hablaba de sus novias de forma poco discreta. Así que me callé. Él, por supuesto, sabía que había estado fuera toda la noche, pero probablemente creyera que me había ido de parranda con Tinkle y Mangrove hasta el amanecer, así que no sospechaba lo mío con Ava.

—Jeeves, creo que voy a volver a dormirme.

—Muy bien, señor.

Una hora después o así me desperté, me vestí y recogí mi fiambrera y mis termos del piso de abajo. Luego me senté en el escritorio. Tomé un poco de café y miré por la ventana. El día seguía grisáceo y con nubarrones a la vista. Parecía más bien un frío día de primavera, en lugar de verano. Uno de los poetas, un judío de mediana edad con una calva clásica y redonda, pasó frente a la ventana, practicando *jogging*. ¿Por qué nos preocupamos de esas cosas los judíos?, pensé. Estamos malditos de todas formas.

El pequeño ego del hombre, su deseo de estar en forma y quizá resultar atractivo para las féminas de la colonia, su indudable reflexión sobre su propia obra poética mientras corría, su cabeza

calva y vulnerable, su mala postura, su penosa forma de correr, la forma en que era el espejo de mi propia desesperanza, en fin, todo me asaltó rugiendo como si fuera un cometa estelar. Así que aparté la cabeza a la derecha, el cometa pasó en llamas a mi lado y salió disparado por el otro extremo de la habitación. Me pregunté si llegaría al tercer piso y si alcanzaría a Tinkle.

Jeeves entró unos instantes después. No quise entrar en detalles, pero le dije:

—Jeeves, de vez en cuando, casi aprehendo la completa sinrazón de la vida, pero luego se me escapa.

—Lo comprendo, señor.

Traté de recuperarme. Di cuenta de la comida y luego me bañé. Cuando me estaba afeitando, me incliné sobre el lavamanos y sentí un dolor por encima de la ingle. Me había hecho daño cuando estaba con Ava. Sonreí por un instante. Pero entonces, la amargura de todo mi cuerpo me dominó y volví a echarme en la cama.

Jeeves me trajo un vaso de agua y se quedó esperando a mi lado.

—Jeeves, ¿puedes ir al saloncito y traerme mi novela de Raymond Chandler? Está encima del escritorio, debajo de la colección de Hammett. Chandler ofrece unas descripciones maravillosas de resacas. Creo que necesito la presencia de un colega que sufrió como yo.

—Sí, señor.

Jeeves volvió con un ejemplar de *El largo adiós*.

—Sabes, Jeeves, todo lo que necesito realmente en esta vida, a nivel de lectura, es a Raymond Chandler y a Dashiell Hammett. Ojalá hubieran escrito más. Me encanta Anthony Powell, pero creo que tal vez es un enamoramiento fugaz.

—Yo, desde luego, estoy disfrutando de Powell, señor.

—Bueno, tus antepasados son de Inglaterra, así que lo que escribe te apela.

—Sí, señor.

—Inglaterra está completamente loca, así que el mensaje de Powell no me llega de forma tan coherente a mí. Quiero decir, ¿qué demonios pasa en ese país? No lo entiendo, de verdad. Tiene demasiados nombres. Gran Bretaña. Albión. Reino Unido. Inglaterra. A veces la gente es británica o inglesa o anglosajona.

También están los irlandeses y los escoceses, que seguramente beben mucho para lidiar con la complejidad del rompecabezas. Y luego hay gente que dice que es del País de Gales. Creo que puede ser una especie de isla, como
Martha's
Vineyard. Deben ser los galeses. Así que solo nos faltaba eso. Y no nos olvidemos de esas escuelas que ellos llaman públicas, y que son más privadas que ninguna. ¿Por qué demonios las llaman públicas, entonces?

—Puedo intentar ofrecerle una explicación, señor.

—No, aún estoy mareado después de tu disertación sobre el tiempo y el cine, Jeeves. Casi me provocas un aneurisma cerebral con eso. Pero sí me gustaría que me ilustraras sobre lo británico en otro momento, aunque no soy muy buen anglófilo, me temo. Solamente me visto como uno, lo cual es doblemente patético puesto que un anglófilo es alguien que imita a alguien que es inglés o británico o Dios sabe lo que son, así que en el fondo imito a un imitador de lo auténtico. Soy un anglo-anglófilo. No había pensado en todo esto hasta ahora… Así que ya no sé qué soy. Creo que soy un Judío Errante… Eso sería un gran nombre para un grupo de música, Los Judíos Errantes. Por supuesto, solamente podrían tocar en los *bar mitzvahs*, pero eso garantizaría sus ingresos.

—Sí, señor.

—Sabes, Jeeves, si no fuera judío toda esa atención que nos prestan me resultaría muy pesada. De hecho, me parece pesada. Hay más artículos y series de televisión y películas y crisis mundiales sobre los judíos que sobre ningún otro grupo de personas, y cuando uno piensa en nuestro porcentaje relativo en comparación al resto de la población humana, la cosa está completamente fuera de control. Si fuera por las noticias de los periódicos, uno pensaría que hay más judíos que chinos… Bueno, aunque ojalá fuéramos más parecidos a los chinos, quiero decir tener una población alarmantemente grande pero mantener un perfil más discreto. Quiero decir que he visto más artículos en *The New York Times* sobre la música *klezmer* en los últimos cinco años que sobre la cultura china… Todo esto me pone muy nervioso. Cuanto más atención nos dedican, más nos odian. Y con el tiempo todo se ha ido magnificando. Todo es más grande y más potente.

¿Te imaginas que se les ocurra algo más bestia que el Holocausto?

—Intente no pensar en esas cosas, señor.

—Tienes razón, Jeeves. Hoy soy víctima del *spleen*… Me asaltan cambios de humor, pero no son muy divertidos.

—Sí, señor.

—Jeeves, ¿te importaría anotar esa última frase? Quizá tenga que utilizarla, pero estoy demasiado débil como para sostener un bolígrafo.

—Sí, señor.

Jeeves se sentó en el escritorio y repetí la frase: «Me asaltan cambios de humor, pero no son muy divertidos». Jeeves la anotó en un pedazo de papel.

—Gracias, Jeeves.

—De nada, señor.

—Al menos he *avanzado* con mi escritura hoy. Una buena frase no está mal, especialmente teniendo en cuenta lo enfermo que me siento hoy.

—Siento que se encuentre mal, señor.

—No tienes por qué, Jeeves. Ambos sabemos que es culpa mía, y que soy un completo desastre, así que no voy a aburrirnos declarando que pienso subirme a ese vagón de abstemios que ya conocemos… Pero desde luego, ayer noche me pasé. Todos mis órganos deben encontrarse en estado de *shock*. Tengo el bazo agarrado al retrete y vomitando. Mi hígado se ha desmayado frente a una misión en Bowery, y mis riñones están en el decimoquinto asalto de una pelea brutal, y mi adversario se ha quitado ilegalmente el relleno de los guantes.

—Son metáforas muy adecuadas, señor.

—Gracias, Jeeves. Pero no hace falta que apuntes eso. No son tan buenas. Aunque me gusta la idea de dictarte el texto. Podría escribir como Milton o Henry James.

No creo que esa idea le gustara a Jeeves, porque guardó un prudente silencio. Así que me puse a leer a Chandler durante un rato, y Jeeves se dedicó a varias actividades en el estudio. Después de unas páginas de lectura de *El largo adiós*, me quedé dormido. Cuando me desperté, Jeeves volvía a estar de pie, al lado de la cama y observándome. Eran las cuatro de la tarde.

—¿Quiere salir a dar un paseo, señor? Quizá sea bueno para

usted.

—No creo, no… Tráeme un vaso de agua, por favor.

Con un poco de H_2O en mi sistema, observé a Jeeves con un ojo amarillento. Estaba de pie al lado del pequeño escritorio de cartas, esperando mi siguiente petición, pero yo no tenía nada que pedirle. Me sentí intolerablemente triste y patético. ¿Cómo osaba querer algo para mí?, pensé. ¿Cómo me atrevía ni siquiera a soñar un instante que pudiera tener algo con Ava más allá de lo sucedido la noche anterior?

Probablemente era culpa de la horrible resaca que padecía, pero sentí que una sombra lo cubría todo. Incluso antes de que mi relación con Ava hubiera empezado, sentí que tocaba a su fin. Era imposible que nadie me quisiera.

—Jeeves, dedícame unos minutos. Por favor, siéntate. —Se sentó—. Me gustaría intentar llegar a las raíces de la melancolía que siento hoy, a las raíces psicológicas, no a las raíces físicas derivadas de las diversas substancias que entraron en mi organismo ayer… Siento que estoy a punto de averiguar su fundamento.

—Será un placer escucharlo, señor.

—Bien… verás… —¿Cómo podía transmitirle lo que pensaba y sentía? Se me ocurrió una especie de parábola—. Creo, Jeeves, que la siguiente historia lo explica todo: En una ocasión estaba haciendo de canguro (era cuando vivía en Princeton) de unos mellizos, una niña y un niño de unos cinco años. Estaba jugando con ellos cuando la niña fue al baño. Unos pocos minutos después, proclamó «Ya estoy». Yo tuve que entrar al baño a ayudarla a salir del retrete, lo que era perfectamente normal. Pero nunca he olvidado la forma en que dijo «Ya estoy»… Suponía que a alguien le importaba, daba por hecho que alguien iría a ayudarla. Vivía todavía, por supuesto, dentro de la burbuja que creaba el amor de sus padres, y eso le hacía pensar que cuando iba al baño y gritaba «Ya estoy», todos irían corriendo y la elogiarían y le harían sentir que su pequeña vida era importante… Quizá fuera el ver el nacimiento de un ego lo que me impacto… la forma en que el sujeto implícito, yo, dominaba su frase y el punto hasta el que ella vivía convencida de su propia importancia. Y también me entristeció terriblemente pensar en cómo la vida iba a aplastarla en los años venideros.

—Quizá la vida no la aplaste, señor —dijo Jeeves.

—La vida aplasta a todo el mundo.

—No estoy seguro de estar de acuerdo con usted, señor… ¿Está usted convencido de que no desea salir a dar un paseo?

—¡Me has dicho que me escucharías…! Además, ya casi he terminado, Jeeves… Sé que soy un muermo… Solo quiero decir que creo que la palabra *yo* es la más triste de todo el idioma. Para mí significa fracaso, decepción, desengaño y muerte. Nada bueno sale de ser un «yo». ¿Sabes cuál es la palabra más triste en francés? Je… No sé cómo se dice «yo» en otros idiomas… Espera, en italiano «yo» es *Io*, Pero *Io* no suena triste. Quizá por eso los italianos están de buen humor la mayor parte del tiempo. *Ich* es la palabra alemana. Mi dominio de lenguas extranjeras es mejor de lo que yo creía. *Ich* suena como si estuvieran descontentos con ellos mismos. Quizá por eso los alemanes están tan locos. Parecen haber mejorado últimamente, no obstante. No me parece probable que vuelvan a darle muchos problemas al mundo, pero nunca se sabe… Casi todos los pueblos tienen un periodo oscuro, aunque el suyo fue más oscuro que la media. América está en un periodo oscuro ahora mismo, puesto que somos pioneros en hacer hervir a los océanos y acabar con la vida en la Tierra… Hasta los escandinavos, que son como perfectos —calles limpias, sanidad pública de calidad, vidas sexuales activas— tuvieron un periodo oscuro, una breve fase vikinga, pero desde entonces se han comportado notablemente bien.

—¿Un paseo, señor?

—Está bien, Jeeves, salgamos a dar un paseo.

No había acabado de expresar lo que quería decir, pero desde luego había expulsado bastante bilis, lo que supongo que no puede ser perjudicial. Simplemente me abrumaba una sensación general de desesperación, futileza e inutilidad, tanto universal como personal. Había empezado con el judío que se ejercitaba corriendo y había culminado con mi recuerdo de la niña en el lavabo. Oh, vaya, de verdad que soy un idiota.

Salimos a dar una vuelta. No nos cruzamos con nadie. Diré una cosa sobre mis colegas de la colonia: puede que estén como una cabra, pero se toman su trabajo muy en serio y se pasan el día escondidos en sus estudios.

Mientras caminábamos por los verdes bosques sentí que me venía un ataque de azúcar —la bebida había alterado

completamente mi flujo sanguíneo—, así que nos sentamos en un árbol caído para darme unos minutos y poder recuperarme. A pesar del ataque de azúcar, los árboles y el aire fresco hicieron que me sintiera mejor mentalmente, así que dije:

—La cuestión es la siguiente, Jeeves. La clave de la vida es *no desear*. Si deseas, te expones al dolor. Lo leí en una caja de té… Así que siempre que deseas algo, tienes que cambiar de idea y pensar en dar algo. Ese es el camino que lleva a una buena vida.

—Parece un enfoque sabio, señor.

—Así que quiero el amor de Ava, pero lo que tengo que hacer es darle a Ava amor. Eso es algo con lo que sí puedo contar, mientras que al revés, no depende de mí.

—Muy bien, señor.

—No te he contado nada, Jeeves, pero anoche Ava y yo… bueno, algo fue consumado.

—Me alegro por usted, señor.

—¿No crees que es muy descortés por mi parte haber hablado de ello?

—No, señor.

—Bien, puesto que he aludido a esta consumación, ¿puedo preguntarte algo de hombre joven a hombre de más edad?

—Sí, señor.

—¿Te has dado cuenta de que a las mujeres les gusta que las trates con cierto grado de brutalidad cuando estás con ellas en su dormitorio?

—Muy bien, señor.

—¡«Muy bien, señor» no es una respuesta a mi pregunta, Jeeves!

—Sí, señor.

—Vale, de acuerdo, no me contestes si no quieres. Siento haberte puesto en un compromiso, Jeeves. Es que hoy estoy hecho un manojo de nervios y me preocupa la forma en que hago el amor. No siempre soy muy tierno. De hecho, soy un poco violento. Pero ataco a la mujer para hacerla feliz… Supongo que al final todo se reduce a que quieren ser profanadas, como todo el mundo, que es algo que puedo comprender. También les gusta que las besen y chupen, pero eso suele ser una preparación de la profanación. Sylvia Plath dijo algo sobre que toda mujer ama a un fascista que le pone su bota en el cuello. Es difícil sentirte bien contigo mismo si

eres el que hace de fascista, no sé si me explico.

—Perfectamente, señor.

—Además, exploré el asunto de la zona de la nariz. La besé varias veces. Dicen «Si lo haces una vez eres un filósofo, si lo haces dos, un pervertido». Pero ¿qué pasa si lo quieres hacer tres veces o incluso mil veces? ¿Te convierte en un filósofo-per-vertido, en una especie de filósofo-rey?

—Lo ignoro, señor.

—No me importaría tener ese título: filósofo-pervertido, a pesar de que filósofo-rey suena indudablemente mejor.

—Estoy de acuerdo, señor. Filósofo-rey sería el título a preferir.

—Bien, parece que mi nivel de azúcar se ha estabilizado, Jeeves. Volvamos a la Mansión.

—Sí, señor.

Era casi la hora de las bebidas de antes de la cena, pero me sorprendió una nueva oleada de náuseas que me obligaron a echarme y a saltarme la cena. En realidad lo que estaba padeciendo era una resaca que se alargaba todo el día. Jeeves se fue a cenar y hacia las ocho alguien llamó a la puerta. Me imaginé un momento de maravillosa felicidad si Ava había regresado antes de lo previsto, y dije, incorporándome sobre un codo:

—Adelante, adelante.

Era Tinkle. Se introdujo en la habitación y al verme en la cama, dijo:

—¿Te encuentras bien?

—Estoy un poco enfermo por lo de anoche, aunque resulte difícil creerlo.

—La verdad es que te ha dado duro —dijo—. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—No, estoy bien, gracias por el ofrecimiento. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Hoy he escrito bastante y ahora el comandante va a subir a mi habitación a beber un poco de *whisky*, pero supongo que tú no te apuntas.

—Es tentador… Me gustaría volar en otra misión de la Federación… ¿Quizá mañana?

—Claro.

—¿Hay algún cotilleo nuevo? ¿Se sabe algo más del escándalo

de las zapatillas?

—Nada —dijo—. Todo está tranquilo. Ni incendios ni ladrones.

—Bueno, pues pásatelo muy bien con el comandante. Dile que el sargento está en la enfermería, pero que podrá reincorporarse a su puesto mañana.

—De acuerdo —dijo Tinkle—. Mejórate.

Salió de la habitación. Echaba de menos estar con él y con el comandante y a pesar de mis premoniciones aciagas, echaba mucho de menos a Ava. Era raro extrañar a alguien a quien apenas conocía, pero el hecho es que no paraba de pensar en ella.

No comí nada. Me limité a beber agua, lo que probablemente era lo más sano para mi sistema y me hice un ovillo en la cama con Hammett, Chandler y Powell. Eran un substituto fantástico de las personas reales, y lo habían sido durante la mayor parte de mi vida.

Fue bastante raro —habitualmente solo leo un libro a la vez—, pero en esta ocasión leí fragmentos y trozos de los tres autores, como si estuviera catando vinos distintos.

Jeeves regresó a eso de las diez. Probablemente habría bajado a la fuente de las ninfas con alguna de las cocineras. Hice una nota mental para llevar a Ava allí cuando regresara.

—¿Cómo está, señor? —preguntó.

—Sinceramente, Jeeves, sigo teniendo náuseas, y también siento un poco de ansiedad, temor, nervios e incomodidad.

—Lo siento, señor.

—Por no mencionar el hecho de que físicamente me encuentro fatal. Siento como si tuviera deberes escolares pendientes y no los hubiera hecho, y eso me apena. Pero en lo más hondo siempre me siento así. Creo que mi sistema nervioso todavía no se ha recuperado por completo del instituto.

—Intente realizar sus respiraciones de yoga, señor.

—Buena idea, Jeeves. Creo que también rezaré. Pese a ser agnóstico, la oración me resulta muy reconfortante.

—Muy bien, señor.

—Bien, pues buenas noches, Jeeves.

—Buenas noches, señor.

—¿Sabes, Jeeves? Antes de conocerte, solía decir cada noche, antes de ir a dormir, «Buenas noches, mundo cruel». Así que ahora me resulta muchísimo más agradable darte las buenas noches a ti.

—Me alegro, señor.

Entonces Jeeves dispuso debidamente las zapatillas en el pasillo, tal y como yo deseaba, y cerró la puerta. Yo leí un poco más y luego me fui a dormir.

Cuando me desperté, bastante temprano, preciosos rayos de luz se filtraban en la habitación. Era una de aquellas mañanas de verano en las que te olvidas de que el mundo está al borde del colapso medioambiental. Fuera de mi ventana las hojas verdes se orientaban hacia el sol y, siguiendo su ejemplo, yo acerqué el rostro al cristal para que me tocara también algo de luz. Todos los pensamientos sombríos del día anterior se habían desvanecido y mi cuerpo se sentía espléndidamente bien. Tenía tantas ganas de volver a ver a Ava que la espera se me hacía casi insoportable.

Me vestí y salí y las zapatillas seguían allí, sin que nadie las quisiera ni las robase, lo que me pareció fantástico porque había dormido como un tronco y si las hubieran robado no hubiera oído absolutamente nada.

Bajé al comedor y lo encontré casi vacío, ya que era domingo por la mañana y la mayoría de los residentes aprovechaban para dormir hasta un poco más tarde. Charles Murrin y yo nos sentamos solos en una de las mesas pequeñas y yo consumí un desayuno completo y delicioso, bebí muchas tazas de café y él y yo hablamos sobre el proceso creativo del escritor. Su consejo a los escritores que se atrancaban con sus obras era «Torturar a la protagonista, torturar a la protagonista. En caso de duda, haz que tu protagonista lo pase mal. Eso siempre revitaliza la trama».

—¿Y qué pasa si no hay protagonista femenina? —pregunté, pensando en *El caminante*—. ¿Vale también torturar *al* protagonista?

—Sí, eso también funciona —dijo Murrin.

Me pareció un consejo excelente y le di las gracias por sus sabias palabras. Luego terminé de desayunar y a las 9
a. m.
estaba en mi escritorio. Intenté trabajar en la novela, pero no pude. Estaba demasiado nervioso pensando en el regreso de Ava. No podía esperar a besarla de nuevo, a fundirnos en un abrazo. Así que escribí una y otra vez, como un loco, en mi cuaderno: «Tengo muchas ganas de que vuelva Ava. Tengo muchas ganas de que

vuelva Ava».

Lo pronuncié casi como un ensalmo o encantamiento para hacerla volver de Nueva York lo antes posible.

Capítulo 34

Los pies colgando * Un golpe * Un descubrimiento sorprendente * ¡El motel Spa City! * ¿Perdón? * Lágrimas

Alrededor de la 1
p. m.
hubo un golpe en mi puerta. Hacía tiempo que había cesado de escribir repetitivamente la misma frase y me había dado por mirar por la ventana o leer un poco de Chandler. En ese instante estaba sentado en el escritorio con los pies colgando.

—Adelante —dije.

Ella entró, más bella que nunca, lo que se estaba convirtiendo en un hábito, el estar más bella cada vez que la veía. Llevaba una blusa blanca y una camiseta azul muy ceñida. Por supuesto, lucía su radiante piel, su adorable nariz, sus ojos verdes y su lustroso pelo castaño oscuro. Yo me levanté, sonriente y excitado.

—Ava…

Ella se abalanzó sobre mí y me dio un puñetazo con todas sus fuerzas en el estómago. Mis manos se fueron hacia mi abdomen por acto reflejo. Me dolió, aunque no terriblemente. No me había cortado la respiración. Ava no era la Montaña.

En su rostro capté una auténtica expresión de ira, pero preferí fingir que ese puñetazo en el estómago era su manera bromista y cariñosa de saludarme, así que le dije con una sonrisa:

—¿Por qué me has pegado?

—Ya sabes por qué, gilipollas.

Ser llamado gilipollas fue mucho más doloroso que el golpe a mi estómago. Algo había ido terriblemente mal. Así que la parte de mí que siempre espera el desastre pasó a primer plano, como si fuera un fantasma que poseyera el cuerpo en el que habita.

Dije, en voz muy baja:

—De verdad que no tengo ni idea de qué he hecho para que me pegues.

—Tienes que saberlo —dijo, y tiró el brazo hacia atrás para darme otro puñetazo pero esta vez le paré el puño con las manos y me aparté para salir de su radio de acción.

—Por favor, para —dije—. No sé por qué estás enfadada conmigo… ¿Te has quedado embarazada?

Parecía inconcebible que pudiera ser así, que ya lo supiera, pero ¿qué otra cosa podía ser?

—Espero que no —dijo, de un modo que hacía patente que tener un hijo mío sería como vivir una secuela de *La semilla del diablo*.

—Entonces, ¿qué sucede? —pregunté, desesperado por comprenderlo.

—¿De verdad no lo sabes?

—No lo sé, te lo juro.

—No te creo; tienes que saberlo… ¡Me has pegado tus ladillas!

¿Ladillas? Durante un largo instante no supe de qué estaba hablando. Luego comprendí bastante bien de qué estaba hablando.

—¿Te refieres a los parásitos? ¿Que yo te he pegado ladillas? ¡Eso no es posible!

—Mira, tengo ladillas… y no me he acostado con nadie en seis meses. Así que solo me las puede haber pegado una persona y esa persona eres tú.

—Pero yo no tengo ladillas —dije, suplicando—. Quizá solo te pica un poco.

—Oye, sé perfectamente qué aspecto tienen las ladillas. Tuve ladillas cuando fui a la universidad. Y cuando me he levantado esta mañana había una preciosa ladilla ahí y un montón de huevos.

—Quizá se te han pegado en algún urinario público.

—No seas imbécil —me miró de arriba abajo. Comprobó que yo decía la verdad y estaba asustado—. ¿De verdad crees que no las tienes?

—No creo, no he notado nada.

—Ve al baño y compruébalo —dijo con voz gélida.

Salí de mi estudio y fui hacia el baño. Recordé haber visto lo que parecía una picadura o un grano en mi muslo hacía un par de días, pero no le había dado importancia. Y luego pensé en que ayer me había picado bastante, pero había asumido que solo era que mi piel

se comportaba de forma extraña durante la resaca.

En el baño me bajé lentamente los pantalones y la ropa interior.

Con aprensión, me examiné a mí mismo.

Tenía ladillas.

Sentí que surgía en mí un incipiente pánico.

En la base de los pelos de mi vello púbico había pequeños sacos, como si fueran migas, y en la esquina superior izquierda de mi pubis localicé, incrustada en la piel, una araña marrón en miniatura. De repente sentí que me picaba mucho. Era un picor que mentalmente había descartado como carente de importancia, de modo que apenas era consciente de él. Pero estaba ahí.

No podía creer que tuviera ladillas. Nunca había tenido ladillas antes. Cogí el bicho arácnido con la uña, pero no pude despegarlo. Entonces conseguí meter la uña por debajo de la condenada cosa, que se levantó y echó a andar, con mucha tranquilidad y calma, sin saber que me estaba destruyendo la vida. Tenía varias patas minúsculas y se movía de lado como un cangrejo. ¡Tenía un cangrejo de arena en mi entrepierna! Desapareció en el denso bosque —en relación a su tamaño— de mi pubis. ¡Vuelve aquí, bastardo! Dejó tras de sí un punto rojo en la piel, igual que el que había visto en el muslo. Me pareció asqueroso.

Me volví a poner los calzoncillos y los pantalones. Mi mente buscaba una explicación. No me había acostado con nadie desde hacía muchísimos meses. ¿Dónde había estado? ¿En qué aseos me había sentado? Entonces la respuesta se me hizo obvia. El motel Spa City. Las sábanas olían a cigarrillos. Era un auténtico tugurio. Cambiaban las sábanas, pero no las mantas ni la colcha. ¡Había contraído ladillas en un maldito motel! Y se las había pasado a Ava, a la chica a la que amaba, y ahora ella claramente me odiaba.

Volví al estudio.

—No sabía que tenía ladillas —dije débilmente—. Pero tienes razón, las tengo.

—¿Cómo es posible que no lo supieras?

—Sí que sentía un poco de picor, ahora que lo pienso… pero no era insoportable… Las debí coger en el motel Spa City. Me alojé allí la noche anterior a entrar aquí. Me habían roto la nariz en Sharon Springs y entonces vine aquí…

—Ya sé lo que le pasó a tu estúpida nariz… No me importa

cómo las cogieras, el caso es que me las has contagiado. No debí dormir contigo. Quería seguir célibe durante un año. Todo esto me da asco. ¿No tendrás alguna otra enfermedad que quieras comentarme, verdad? ¿Hay alguna sorpresa más?

—No, no la hay… Lo juro. Lo siento mucho.

—No puedo creer que no lo notases.

—Lo sé… Soy un idiota… ¿Qué vamos a hacer?

—No sé lo que harás tú, pero yo ya me he depilado. No quiero perder el tiempo con esos champús, así que me lo he depilado todo. Y ahora voy a lavar toda mi ropa y mis sábanas y mantas; cualquier cosa que puedas haber tocado… Con un poco de suerte le pegaremos las ladillas a toda la colonia.

—Me siento como un leproso —dije, y me eché a llorar. Me aparté de ella, mortificado por la vergüenza.

Me puso la mano en el hombro. Yo estaba demasiado avergonzado como para mirarla a los ojos.

—Eh, son solo ladillas —dijo.

—Pero de verdad me gustas mucho… Me olvidé de darte mi libro… Lo he fastidiado todo. —No podía dejar de llorar.

Ella se quedó callada. Levantó la mano de mi hombro.

—Pues sí, la verdad es que lo has fastidiado todo… Pero no te preocupes ahora por eso; no es tan grave, si te paras a pensarlo. Basta con que compres un poco del champú adecuado y te laves bien con agua muy caliente. Ahora voy a hacer la colada. Solo hay una lavadora, así que si tú quieres hacer lo mismo, será mejor que te busques una lavandería en la ciudad.

—Lo siento mucho —seguía sin poder mirarla a la cara. Intenté contener las lágrimas con las manos.

—Vale, vale, acepto tus disculpas —dijo—. Estaba cabreada porque creía que tú lo sabías y que no te había importado, que solo querías irte a la cama conmigo. Pero ahora veo que no era así… Solo estoy muy molesta por todo el tema. Ahora mismo tengo muchos problemas y esto era lo último que necesitaba… pero puedo controlarlo. Así que olvidémonos del viernes por la noche —y, con un mayor apremio, añadió—: Por favor, por favor, no se lo cuentes a nadie.

—Por supuesto que no —dije yo. Estaba avergonzada en muchos sentidos por haberse acostado conmigo. Yo me sentía tan mal que

se apoderó de mí una conmoción paralizante y dejé hasta de llorar.

Ya podía volverme hacia ella, pero bajé la mirada hacia sus pies, no podía mirarle a los ojos. Qué vergüenza que, encima de todo lo demás, había llorado.

—Espero que puedas perdonarme —dije—. De verdad que lo siento mucho…

—Te creo.

Se acercó a la puerta para marcharse, pero volvió el rostro hacia mí. Nuestras miradas no se encontraron porque yo seguía mirando al suelo.

—Actuemos como si fuéramos solo conocidos —dijo— y pasemos así el resto del tiempo aquí. Creo que eso será lo más sencillo.

—Está bien —dije, en voz baja.

Tenía el corazón roto y quería pedirle una segunda oportunidad, pero más que nada quería hacer cualquier cosa que me pidiera, y si lo que me pedía era que me convirtiera en un desconocido, eso es lo que haría.

Capítulo 35

Jeeves se salva * Encubrimiento de un asesinato y ocupación militar * Hola, Dorian Gray * Adiós, Douglas Fairbanks Jr. y Errol Flynn

—Jeeves —gimoteé—. Jeeves.

Ava se había ido. Estaba sentado frente a mi escritorio, con la cabeza entre las manos. Jeeves apareció, deshaciéndose desde el dormitorio hasta el saloncito.

—Sí, señor.

—Oh, Jeeves.

—Lo sé, señor.

—¿Lo sabes, Jeeves?

—Sí, señor. Tenía la puerta abierta y pude escuchar aspectos relevantes de su conversación con la joven.

—Oh, Jeeves. ¿Qué voy a hacer?

—Existen una serie de medidas que deben tomarse, señor.

—¿La huida y el suicidio?

—No, señor.

—¿No crees que deberíamos irnos, simplemente? Deberíamos regresar al motel Spa City. Ese es el único lugar en la capa de la tierra en el que encajamos, bueno, donde encajo yo… Oh, Dios mío, Jeeves. ¿Qué será de ti? ¿Tienes la plaga?

—No lo creo, señor.

—Yo tampoco lo creía, Jeeves, pero ya ves… Jeeves, tienes que ir a inspeccionarte.

—Estoy seguro de que no es necesario, señor.

—¡Jeeves!

—Muy bien, señor.

Pobre Jeeves. Trabajar para mí era el peor empleo en la historia de los ayudas de cámara y el personal de servicio. Primero

alcoholismo, y ahora ladillas.

Se retiró al baño. Yo seguí apretándome las sienes. Luego miré por la ventana. Saltar desde dos pisos de altura seguro que no me mataría, pensé. Como mucho me rompería una pierna, y luego vendría la ambulancia y los enfermeros y tendría que contarles que tenía ladillas. Así que no podía saltar, rumié para mis adentros, pero sí podía romper una ventana, arrancar un fragmento de cristal y degollarme. Eso quizá funcionaría. Y también sería una forma efectiva de acabar con las ladillas, reflexioné: no podrían sobrevivir largo tiempo en un cadáver, y si me incineraban, eso les daría una buena lección a esas malditas ladillas.

Jeeves regresó.

—No parezco afectado, señor.

—Tu cama en el motel debía estar limpia… Bueno, mejor que me toque a mí, Jeeves. Todo lo que me pasa es un desastre, así que una cosa más en realidad no importa, mientras que tú eres más o menos perfecto y sentirías los efectos del desastre con mayor gravedad… Salgamos de aquí pitando. Sugiero que nos vayamos al motel Spa City para que yo me refrote por todas las superficies, vuelta y vuelta. Me gustaría contagiarles mis ladillas a las ladillas. ¿Se puede reladillear a una ladilla? ¿Qué se le puede pegar a una ladilla como venganza? ¿Pulgas? Podría criar un montón de perros y alquilar una habitación en el motel y dejar que las pulgas y las ladillas se enfrentaran.

—Lo que sugiero, señor, es que cambiemos todas las sábanas y las ropas que ha utilizado durante estos días y las llevemos a la lavandería de Saratoga. También podemos pasar por una farmacia y comprar medicamentos y pomadas y remedios específicos para el problema.

—¿Venden pistolas en las farmacias? Porque ese es el único remedio que necesito. Una del cuarenta y cinco en mi boca, lista para inyectar su píldora de plomo.

—Intente ser razonable, señor.

—¿Pero por qué no quieres que nos vayamos?

—Señor, fue un honor que le aceptaran aquí para escribir su novela. Creo que sería una terrible pérdida marcharse, permitir que las actuales circunstancias, por muy incómodas que sean, le priven de una excelente oportunidad. Podemos aclarar esta situación con

relativa facilidad, y luego tendrá unas cuantas semanas para concentrarse y acabar su novela. ¿Ya casi ha terminado, verdad, señor?

—Bueno, casi… Unos pocos meses de trabajo y habré terminado.

—De modo que mi opinión, señor, es que no debemos huir, sino quedarnos, hacer frente a las cosas y sacar el mejor partido de la situación. Si se va antes de lo previsto, señor, creo que más tarde se arrepentirá y pensará que echó a perder algo muy precioso.

—Ya he perdido algo muy precioso… Siento que amo a Ava, incluso si es demasiado pronto como para sentirlo, y ahora ella no quiere saber nada de mí.

—Su actitud hacia usted quizá se suavice, señor. Me parece que es una persona razonable y cuando haya pasado un poco de tiempo, quizá cambie de opinión.

—¿Tú crees, Jeeves?

—Ciertamente, es una posibilidad, señor. Solo es un caso de ladillas, algo muy común en todo el mundo. Hay cosas mucho peores que pueden sucederle a dos personas que sienten afecto el uno por el otro.

—Lo sé, Jeeves, pero aun así, *es* un aprieto… Bueno, de todas maneras haré lo que me digas, ahora mismo no puedo pensar. Quizá una ladilla se ha introducido en mi cerebro y está devorándolo. Dime lo que tengo que hacer y lo haré.

—Muy bien, señor.

Jeeves preparó un plan de acción básico y nos pasamos las horas siguientes pergeñando algo a medias entre un golpe militar y el encubrimiento de un asesinato.

Lo primero que debíamos hacer era sacar mi ropa y las sábanas de la Mansión, sin despertar sospechas. Jeeves nos condujo a una salida de servicio, en la que no había reparado, al pie de las escaleras. Esto nos evitó tener que atravesar el cuarto de las botas, donde alguien podría habernos visto. Empleamos mis dos enormes maletas y el portatrajes y, como si estuviéramos sacando de la casa partes de un cadáver, cargamos todas las pruebas incriminatorias en el maletero del Caprice. Al llenar las maletas le había prohibido a Jeeves que tocara mi ropa.

—Una ladilla podría adherirse al vello de tu muñeca y abrirse paso desde allí hasta donde quiera ir —le expliqué.

—Si fuera así, señor, me habría contagiado hace tiempo.

—Pero ahora que sé lo que sucede, Jeeves, no puedo permitir que te arriesgues más.

Después de no poco debate, accedió a mis deseos, aunque le permití ayudarme a cargar las bolsas, pensando que era muy difícil que las ladillas atravesaran la lona y el plástico.

Llegué a sugerir que quemáramos toda mi ropa, pero Jeeves lo desaconsejó.

Encontramos una lavandería abierta cerca de la biblioteca, que además estaba vacía. Solo una o dos lavadoras hacían ruido. Quienquiera que estuviera haciendo su colada allí se había ido a pasar el rato a otra parte.

Mis americanas y corbatas no podían lavarse puesto que era domingo y todas las tintorerías estaban cerradas. Así pues, las dejamos en el portatrajes, en cuarentena. Iba a tener que pasar unos días sin llevar traje ni corbata, pero estaba dispuesto a realizar ese sacrificio. Iba incluso a limpiar mis chaquetas de primavera, otoño e invierno; Jeeves creía, y yo estaba de acuerdo, que lo mejor era hacer una purga estalinista de todas mis prendas. Y a mi chaqueta de lino azul todavía había que limpiarle la sangre de mi pelea en Sharon Springs.

Cargué cuatro lavadoras con mi ropa y la ropa de cama de la Colonia Rose. Puse la temperatura más alta que permitía el aparato. Seguí sin dejar que Jeeves tocara las prendas, lo que le pareció muy frustrante, pero aun así continuó plegándose a mis deseos.

Mientras, Jeeves miraba y montaba guardia frente a las hipnóticas máquinas, asegurándose de que no escapara ninguna ladilla que pudiera atacar a algún inocente ciudadano de Saratoga. Me subí al Caprice y fui a una enorme farmacia. El lugar era indecente. Todo lo que está mal en la cultura estadounidense tenía su reflejo en la farmacia moderna.

Vagué errante y me perdí por los pasillos de champús, barritas energéticas de chocolate, herramientas para hacer gimnasia, cajas de rotuladores y cremas para las hemorroides pero, naturalmente, no pude encontrar las medicinas contra las ladillas, lo que me obligaba a mantener una desagradable conversación con un terrorífico farmacéutico. Tendría más de cuarenta años y sus ojos estaban inusualmente juntos. Su cabello, lánguido y muerto, era

irregular y podría haber pasado por castaño en una película en blanco y negro. Su nariz era ancha en la parte de abajo y sus agujeros estaban como levantados, de modo que mirarlo era como mirar la boca de una escopeta de cañón doble. Probablemente se tomaba una pastilla de cada receta que servía, como si fuera un chef probando sus platos, pues eso era lo único que podía explicar su aterradora apariencia.

—Disculpe —dije.

—¿Necesita algo para su nariz? —preguntó, escueto y al grano, como la mayoría de los farmacéuticos que he conocido.

—No, gracias, mi nariz está bajo control… curándose y todo eso. Sé que está un poco magullada todavía, pero está mejorando. He venido porque a mi sobrino le han contagiado piojos en el campamento de verano, y necesitamos quitárselos. ¿Dónde puedo encontrar los productos adecuados?

—¿Piojos?

—Sí, el chaval tiene piojos.

—Sabe que debe lavarlo todo en agua caliente. Toda la ropa, incluida la ropa de cama. Y además debe fumigar la casa.

—Estábamos pensando en quemar la casa, matar a los piojos y cobrar el seguro.

—¿Está usted tomándome el pelo? —Se le dilataron los cañones de la escopeta.

—No, lo siento… solo ha sido un chiste malo… Es solo que el chaval está sufriendo mucho y eso me tiene agobiado y no me deja pensar con normalidad.

—Pasillo cinco. También hay algunos productos no tóxicos, si lo desea, que funcionan bastante bien.

—Gracias.

Razoné, con cierta inteligencia —después de todo, había ido a Princeton— que los productos para ladillas estarían al lado de los piojos, y estaba en lo cierto. Había varias marcas entre las que escoger y sentí la tentación de comprarlas todas, llenar con ellas la bañera y sumergirme en la mezcla de productos, o quizá buscar un reactor nuclear y lanzarme a la piscina en la que guardaban los residuos. Al final me decidí por un producto llamado RidX, que consistía en un *pack* con todos los elementos —champú, desinfectante, peine especial, aerosol y un paquete de chicles gratis.

Era tóxico, en oposición a otros productos no tóxicos, pero este no era el momento de pensar en unirse al Partido Verde.

Compré este humillante producto RidX a una joven adolescente con sobrepeso que estaba en la caja y no pareció prestar la menor atención al producto en sí. Me imaginé que el analfabetismo en los institutos debía ser tan alto como decían los periódicos. Pasó la cosa por el lector láser de código de barras, lo que me hizo pensar brevemente en el oficial científico Tinkle, y un informe se envió desde el escáner al

FBI

anunciando que Alan Blair tenía ladillas.

Me dio una bolsa de plástico enorme para mi compra, lo que me hizo pensar en el viejo Jerzy Kosinki con una bolsa en la cabeza, pero decidí ser mentalmente fuerte y luchar contra aquellas ladillas y no permitirles que dominaran mi vida, aunque tener una bolsa de plástico cerca es como tener a mano una cuerda resistente con un nudo corredizo ya hecho.

Regresé a la lavandería y cuando las lavadoras acabaron, dejé que fuera Jeeves quien transfiriera la colada a las secadoras, en las que puse temperatura de incineración.

Ambos razonamos que el agua caliente de las lavadoras probablemente había desinfectado la ropa, así que Jeeves ya la podía tocar con seguridad mientras que yo, en cambio, prefería no hacerlo por miedo a volver a contaminarlo todo.

Salí a comprar un periódico y pasamos el rato leyendo. Me picaba todo, tanto física como mentalmente. Era muy inquietante pensar que mi pubis se había convertido en una sala de incubadoras de docenas y docenas de huevos de ladilla. Durante mi inspección había detectado solo una ladilla, que debía ser la madre, y cuando todos sus hijos nacieran me superarían largamente en número. Me pregunté si estarían saliendo de sus huevos en ese preciso momento, mientras esperábamos sentados en la lavandería.

Finalmente la ropa se secó. No quise volver a meterla en las maletas, por si estaban infectadas. Tendríamos que rociarlas con desinfectante luego. Estaba claro que cuando se luchaba contra las ladillas, uno tenía que pensar en todo. Así que salí corriendo y compré un montón de bolsas de basura de plástico (ideales para suicidios) en el supermercado, y Jeeves las llenó con rapidez.

Regresamos a la Mansión con solo unas pocas bolsas de basura que contenían la ropa justa para salir del paso. Tan pronto como llegué a mi habitación, me quité la ropa que llevaba puesta y la metimos en una bolsa de plástico que procedimos a sellar, con la idea de luego ponerla en el maletero del coche con el resto de ropa en cuarentena.

Sosteniendo en la mano lo que había comprado en la farmacia, me fui corriendo desnudo hasta el baño —no quería infectar ninguna toalla— y me encerré dentro, dispuesto a trabajar. Tenía mucha suerte de que casi nadie recorría aquel pasillo y de que, por tanto, tenía el lavabo solo para mí. Lo primero que hice fue leer el largo prospecto, que resultó muy deprimente, pues era como un curso por correspondencia sobre ladillas. Aprendí todo sobre su asqueroso ciclo vital, desde liendre a ninfa para luego convertirse en amenazadora ladilla adulta.

Tras recibir mi diploma en ese curso a distancia, me cubrí con la irritante crema, que en contacto con el agua se convertiría en champú, pero que tuve que dejar aplicada durante quince minutos antes de enjuagarme. Luego, después de enjuagarme debía peinarme los pelos en cuestión sobre el retrete, retirando liendres y ninfas y troles y búhos moteados, y volverme a enjuagar una segunda vez.

Así que tenía que esperar quince largos minutos a que la crema RidX hiciera efecto. Fueron de los minutos más largos de mi vida. Pensé en lo que me había dicho Jeeves sobre el tiempo. Sentía que cuando el cuarto de hora hubiera transcurrido, podría acercarme a la Seguridad Social a recoger el cheque de mi pensión.

Mientras estaba de pie me examiné las axilas en el espejo. Los materiales educativos que acababa de leer habían mencionado que, de vez en cuando, a las ladillas les gusta tomarse unas vacaciones en el sobaco. Yo no veía nada ahí arriba, pero agucé la vista y ¡detecté a una de esas criaturas marrones incrustada! Era asqueroso. Comprendí que el pequeño cabrón había seguido el torrente de cabello que sube desde mi vientre al pecho, y de ahí había ido pasando por los pelos del pecho, como si fuera Tarzán y los pelos lianas, hasta que había llegado a mi axila, donde había encontrado refugio.

Así que me apliqué la crema también en las axilas, pero lo hice

unos pocos minutos después de que me hubiera puesto la crema en la entrepierna. Me preocupaba equivocarme con el tiempo, pero aparté de mi cabeza las dudas pensando que, después de todo, tampoco debía tratarse de una ciencia exacta.

Tras veinte minutos me enjuagué la crema y, a continuación, empecé a trabajar con el peine. Me contemplé en el espejo que había en la parte interior de la puerta. Tuve la brillante idea de afeitarme el reguero de pelo que conectaba mi pecho con mi vientre. De ese modo, si una ladilla sobrevivía, no hallaría forma de ascender o descender por mi torso. Una vez afeitado ese trozo se apoderó de mí una especie de locura y antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo me había afeitado todos los pelos de mi cuerpo excepto los de la cabeza, que los materiales habían dicho que no resultaban atrayentes para las ladillas, por algo que tenía que ver con la temperatura del aire.

Me eché crema de afeitar por todo el cuerpo; no había área que estuviera a salvo de las ladillas. Uno de los motivos por los que me había lanzado a ese frenesí rapador era porque no confiaba plenamente en las medicinas; las instrucciones decían que el proceso entero podía tener que repetirse varias veces, lo que no le llenaba precisamente a uno de confianza.

Así pues, si me afeitaba hasta el último pelo —como había hecho Ava—, los malditos bastardos no tendrían donde esconderse. Gasté cinco cuchillas desechables.

Incluso llegué al extremo de agacharme y afeitar aquello a lo que jamás pensé que acercaría un objeto afilado. Pero lo hice y con ello estuve más preparado que nunca para hacer realidad mi fantasía carcelaria. Ahora no tenía un solo pelo en cuerpo, igual que Kenneth cuando sufrió su feliz violación.

Miré en el espejo mis piernas, ingles, estómago, pecho y axilas depiladas. Excepto por las magulladuras de los golpes de la Montaña, me encontré con un cuerpo que hacía años que no veía. Fue como reunirse con el pasado, con una versión más joven de mí mismo. Sentí un afecto melancólico por el joven que fui y que no tenía ni idea de cuántos problemas le aguardaban y de cuántas cosas iba a perder. Era algo diferente a la nostalgia: al afeitarme el cuerpo parecía como si hubiera retrocedido en el tiempo físicamente y no solo mentalmente.

Entonces contemplé mi bigote. Su eliminación completaría este extraño arranque de depilación a lo Dorian Gray y, además, no podía arriesgarme a conservarlo. Quizá una ladilla, como último recurso, se escondiera allí. Pero pronto desapareció. Comparado con lo que tardé en esquilarme las piernas, retirar el vello de mi labio superior me llevó solo unos momentos.

—Adiós, Douglas Fairbanks Jr. —dije, con la voz tomada por la emoción—. Ha sido un placer conocerle. Y adiós a usted también, señor Errol Flynn. —Sonaba como la retransmisión de la ceremonia de los Oscar en ese momento en que se ponen a homenajear a los actores y actrices que han muerto.

Luego me di una larga ducha con agua caliente que me relajó y calmó mi irritada piel. Empapado, corrí a mi habitación. Me sequé con una toalla sin ladillas y me vestí con ropa también sin ladillas —pantalones caquis y una camisa azul marino de Brooks Brothers—. Le dije a Jeeves que me había afeitado todo el vello de mi cuerpo.

—Había desarrollado cierto cariño hacia su bigote, señor, pero parece usted mucho más joven sin él. Espero que no se sienta demasiado incómodo en otros lugares.

—Un poco sí, la verdad. Pero me lo merezco. Es mi penitencia. Lo opuesto a ponerme una camisa de arpillera o un antiguo cilicio, pero con el mismo efecto.

Nuestra siguiente tarea fue fumigar el colchón, las almohadas y el resto de la habitación. Nos pusimos pañuelos en la boca y pude disfrutar una pequeña muestra del poder sádico que tienen los exterminadores. Abrimos las ventanas, suponiendo que eso no anularía los efectos del Agente Naranja. Luego fumigamos y limpiamos a fondo el baño. Con eso terminaron nuestros trabajos.

Me sentí violado bajo mi ropa, pero también más tranquilo. Era imposible que hubiera sobrevivido ninguna ladilla. Me habían arrebatado a mi chica; me habían quitado mi bigote, pero el ataque había llegado a su fin. Pusimos todos los elementos del *pack* contra las ladillas en una bolsa de plástico que planeamos tirar fuera de las instalaciones de la colonia. Si se descubría el *pack* entre la basura de la colonia, se podía producir una caza de brujas. Llegados a ese punto, ¿qué clase de nota dejaría el doctor Hibben en la mesa del correo?

—Bueno, muchas gracias, Jeeves, por toda tu ayuda. —Estábamos de nuevo en el estudio—. No habría podido matar a todas estas ladillas sin ti.

—Muy bien, señor.

Pasaban unos pocos minutos de las seis. Por la ventana vi que la gente empezaba a reunirse en la terraza trasera.

—Ahora voy a bajar a emborracharme, Jeeves.

—Lo comprendo, señor.

Capítulo 36

Una posible explicación de por qué se quiere tanto a los perros * Una recapitulación de la cena * ¿La estudiante de Mangrove está en la puerta? * Voy a interpretar los dos papeles en una canción de Cole Porter — el de arriba y el de abajo * No soy ningún Philip Marlowe

—Creo que los perros deben tener mucha serotonina circulando por su organismo —dije—. Mucha más que los humanos. Me pregunto si los científicos deberían estudiar sus cerebros en busca de remedios para la depresión. Creo que sus altos niveles de serotonina pueden ser el motivo por el que nos gusta tenerlos siempre alrededor. Cuando acaricio a un perro, consigo una especie de euforia por contacto. Puede que esté consiguiendo serotonina extra por vía subcutánea o como sea que se transfieran las cosas a través de la piel.

Mangrove no respondió a mi comentario; dijo, dándose cuenta en ese mismo instante:

—¡Eh! ¿Por qué te has afeitado el bigote?

—Sí, ya me parecía que tenías un aspecto distinto —dijo Tinkle.

—Me picaba demasiado —dije.

Estábamos en la habitación de Tinkle, celebrando otra sesión de análisis y debate con una botella de *whisky* recién abierta y un nuevo paquete de cannabis medicinal. Eran alrededor de las 10 p. m.

Yo estaba drogado y borracho, pero todavía no había sufrido ningún apagón, aunque me hubiera gustado tener uno para no recordar lo que me había sucedido antes esa misma noche.

La cena, verán ustedes, había sido una auténtica pesadilla. Los dioses realmente se habían ensañado conmigo.

Nos habían servido, entre todos los manjares del mundo,

cangrejos, que eran como ladillas gigantes. Era macabro. Había también maíz. Maíz macabro.

Como es natural, imaginé que detrás del menú había algún tipo de conspiración. Que los empleados de la colonia sabían que alguien tenía ladillas, aunque no sabían quién, e intentaban poner nervioso a quien fuera para que confesara.

Pero yo no me derrumbé. Me comí aquellas ladillas gigantes como si fuera el catador de Hitler o de César, solo que yo *era* Hitler y César. Así que es como si yo mismo fuera mi propio catador real.

A todos los colonos les encantó el entrante y había un alegre zumbido de conversaciones y risas. Por las ventanas entraba una luz gris; el día, tras sus prometedores inicios, permanecía obstinadamente nublado. El gran candelabro estaba encendido.

Yo estaba en una de las mesas pequeñas solo con Mangrove y Tinkle y hacía todo lo posible, mientras masticaba los cangrejos, por matar todas mis terminales nerviosas a base de cantidades ingentes de vino blanco, superiores incluso a mi dosis habitual.

Iba por la mitad de la tercera botella cuando Ava entró en el comedor. Llegaba tarde, como en mi primera noche en la Rose, hacía ahora seis meses, aunque según los registros de Jeeves probablemente sucedió solo tres noches atrás.

Vi que palidecía cuando se acercó a la mesa del bufé. Entonces cruzó la mirada conmigo mientras se dirigía a la mesa grande. Vi que se había puesto en el plato solo ensalada y maíz. Ni un cangrejo. Me sonrió solo un poco, lo bastante como para que me diera un salto el corazón, y luego se sentó.

Bebí dos vasos más de vino y entonces Beaubien se acercó a nuestra mesa y se dirigió directamente a mí:

—¿Cuándo vas a devolverme las zapatillas?

Me había pasado el día entero peleándome con las ladillas y ahora había hecho el esfuerzo de beberme tres botellas de fino vino blanco. El efecto combinado del trauma y la bebida operó una especie de cirugía plástica sobre mi personalidad. No me achanté. Sentí que el coraje no me flaqueaba. Si podía enfrentarme a las ladillas, podía enfrentarme a cualquier cosa. No solo di la cara, sino que planté cara a Beaubien. Le dije:

—Ten paciencia. Las tendremos a mediados de semana. Ahora están en

bronceándose.

Abrió mucho los ojos y se marchó, y Mangrove y Tinkle se rieron. Ella se volvió y dijo:

—Esperaba más de ti, Reginald. —Y salió indignada del comedor.

Este comentario hirió un poco a Reginald, pero no terriblemente. Después de cenar subimos los tres a la habitación de Tinkle para ver cómo le iba a su *whisky*. Por lo visto, le iba bien, y tras dos horas poniéndonos al día con él, Mangrove sacó la marihuana. Bajo la influencia del cannabis, la conversación regresó a la misión fallida en busca de un manantial de serotonina, y es entonces cuando yo planteé la posibilidad de que los perros fueran portadores de serotonina, cosa que, por algún motivo, había hecho que Mangrove captara con su ojo no tapado que me había afeitado el vello del labio superior, como he explicado anteriormente.

—Y no llevas traje y corbata —dijo Mangrove—. ¿Qué te pasa?

—¿Os acabáis de dar cuenta ahora de esta radical transformación de mi persona?

—Bueno, este lado de mi cerebro no es todavía tan rápido como yo quisiera.

—Lo comprendo —dije—. Pero, Tinkle, ¿qué excusa tienes tú?

—No lo sé —dijo—. La verdad es que no me fijo en nadie demasiado.

—Eso es una respuesta honesta —dije—. Pero un oficial científico debería ser un maestro en el arte de la observación.

Justo entonces alguien llamó a la puerta, sobresaltándonos a todos. Una vez más, los tres compartimos el mismo pensamiento, como por telepatía: ¿sería la estudiante de Mangrove?

Tinkle fue a abrir la puerta.

Era Ava. Quería hablar conmigo. Me levanté de la silla y me tambaleé un poco. Estaba muy borracho y drogado, pero todavía podía pensar y hablar con claridad.

—Vamos a mi habitación —dijo, sin que al parecer le preocupase que Mangrove y Tinkle dedujeran que existía cierta intimidad entre nosotros.

—Te vemos luego —dijo Tinkle.

—De acuerdo —dije.

Seguí a Ava sumisamente a su habitación. Quizá Jeeves tenía razón. Ya se estaba ablandando. Cerró la puerta y se sentó en la cama. Yo me senté en la silla de su escritorio, pensando que aquel era el lugar que me correspondía.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. Lo he lavado todo. Creo que todo está desinfectado… No se lo habrás dicho a Reginald ni al otro Alan, ¿no?

—Por supuesto que no —dije yo.

Eso pareció satisfacerla.

—¿No te parece increíble que hubiera cangrejos de cenar?

—¿Crees que intentaban ponernos presión?

—¿Qué quieres decir?

—Pensé que quizá se han enterado de que alguien tiene ladillas, y estaban utilizando el menú para hacernos saber que lo saben.

—No seas paranoico… Pero podrías tener razón a tu retorcida manera: las señoras de la limpieza lo ven todo… ¿Has lavado toda tu ropa?

—Sí. He hervido toda mi ropa y he comprado un *pack* con champú y demás, pero luego se me fue un poco la mano y he acabado depilándome todo el cuerpo.

—Oh, Dios —dijo, y se echó a reír.

Le sonreí. Esto estaba yendo muy bien. ¡No parecía que estuviera tan molesta conmigo!

—El *pack* que he comprado trae un aerosol desinfectante. Quizá debamos desinfectar también tu habitación.

—De acuerdo —dijo.

—¿Quieres que vaya a buscar el aerosol?

—No… Necesito pedirte un favor.

—Cualquier cosa. Haría cualquier cosa por ti. Siento muchísimo este asunto de las ladillas.

—Estoy pasando por un muy mal momento en cuanto al dinero —dijo, de repente muy seria—. El viernes, cuando fui al hipódromo, perdí casi mil quinientos dólares… Nunca había apostado antes y perdí el control; me dejé llevar por la emoción. Tuve suerte y gané las dos primeras carreras y luego perdí ocho veces seguidas y fui a un cajero… y tengo que pagar el alquiler de mi estudio en Brooklyn y no tengo dinero… —Hizo una pausa. Debía necesitar un crédito. ¡Yo le podía prestar dinero con mucho gusto!—. Y ayer fui a mi

galería. Hay un comprador al que le gusta lo que hago. Pero quiere una pieza en concreto. Vio una foto del busto que le di al doctor Hibben. Quiere ese busto. Me pagará dos mil dólares. Venderlo lo solucionaría todo. Pero necesito el busto.

—Basta con que se lo pidas a Hibben —dije—. Lo comprenderá inmediatamente y te lo dará.

—No, no puedo hacer eso —dijo—. Me haría quedar realmente mal. Hibben está en la junta de muchísimos sitios, como el Pollock-Krasner, que da dinero a raudales a escultores. Realmente le gusta esa pieza, pero si le pido que me la devuelva quedaré como una artista excéntrica y poco de fiar… Quiero que tú la robes.

Eso fue como cuando me dio un puñetazo en el estómago o me describió a sus amantes africanos. Era volátil e impredecible. Yo no sabía qué decir. Me pedía que cometiera un delito.

Al contagiarle ladillas, ¿había incurrido en una deuda tan grande? No podía pensar en condiciones. La bebida, la marihuana… Por algún motivo, no puedo pensar en condiciones si no estoy bebido y drogado.

—No lo sé… Seguro que me pillan… ¿No puedo darte yo los dos mil dólares? Me encantaría hacerlo. No tienes ni que devolvérmelos… te los regalo.

—No quiero tu dinero —dijo—. Y he pensado a fondo sobre esto… Quiero que este coleccionista tenga esa obra. Me ayudará mucho a vender más. Y él mismo me comprará otras si le consigo esta.

—Pero Hibben denunciará que se la han robado. Este coleccionista que dices sabrá que es una pieza robada.

—No, porque vendrá de mí. Siempre puedo decirle a Hibben que hice más de una copia del original, si en algún momento se entera de que la tiene ese coleccionista… Y el busto adquirirá un aura muy especial si se sabe que una de sus copias ha sido robada, aunque en realidad no exista ninguna copia.

Ava estaba loca. Tenía que haberlo sospechado en cuanto me contó aquella historia del psicólogo de la contraportada del *Utne*, aunque su personalidad engañaba mucho. Era capaz de aparentar cordura, pero ahora veía que padecía algún tipo de enfermedad mental. Pero con eso simplemente se ponía en el par del campo. Todo el mundo en la Rose tenía algún trastorno mental. De hecho,

casi todas las personas que conozco padecen algún tipo de trastorno mental. Todo es demasiado difícil. Simplemente no somos capaces de manejar la vida.

—Lo siento, pero no creo que pueda hacerlo —dije—. ¿Por qué no lo haces tú misma? Si quieres yo puedo hacerte de vigía.

Quería ayudarla y no soportaba la idea de decepcionarla, pero era demasiado cobarde como para hacer lo que me pedía.

—Quiero que lo hagas tú. Si a mí me atrapan intentando robar mi propia obra, será ridículo. Tienes que hacerlo tú. ¡Tú me pegaste las ladillas! ¿Sabes lo asqueroso que es eso?

—Pero ¿y si me cogen? Podría acabar en la cárcel… —entonces pensé que quizá no fuera tan mala idea. Qué demonios, esta era mi oportunidad. O acababa muy bien o acababa muy mal, y en cualquiera de los dos casos el resultado era atractivo. Si tenía éxito, recuperaría a mi chica de fantasía y si fracasaba se haría realidad mi fantasía de que me violasen en la cárcel y luego podría ahorcarme en la celda. Ahorcarse en la propia celda es perfectamente razonable. Por fin mis tendencias suicidas podrían pasar de la teoría a la práctica.

—Será muy fácil —dijo ella—. Los Hibben no cierran la puerta.

Se acercó y me dio un beso fuerte en los labios. Me cogió la mano y se la puso sobre el pecho. Se arrodilló frente a mí.

—Por favor —suplicó.

Me ablandé y gané fuerzas a la vez. Moralmente me estaba viniendo abajo, pero mi capacidad para la estupidez y el valor aumentaba. Le apretujé el pecho y luego dije con decisión y viril intensidad:

—Lo haré.

¿Por qué no? ¡Por Ava! ¡Don Quijote resolvería este entuerto para su dama, Dulcinea!

—Hazlo esta noche —dijo ella, sonriendo—. Mañana me llevaré el busto a Nueva York; el coleccionista lo tendrá en sus manos antes de que Hibben se dé cuenta de que ha desaparecido… Sé que parece una locura, pero creo que funcionará.

—Lo haré alrededor de las dos de la mañana. Los Hibben deberían estar dormidos a esa hora —dije, firmando mi propia sentencia de muerte o nota de suicidio, o como quiera que se llame cuando sabes que estás haciendo algo deliberadamente irracional.

Me dio otro beso delicioso y luego me condujo a su cama. Me puse sobre ella.

—¿Quieres que robe algo más, ya que estoy allí? —pregunté.

Me respondió metiéndome la lengua en la boca. Yo era un criminal novato, pero lo cierto es que la vida al otro lado de la ley no se demostraba carente de atractivos.

Nos desnudamos rápidamente y contemplamos nuestros cuerpos desnudos y depilados.

—Supongo que ahora es imposible que nos reladilleemos el uno al otro —dije.

—Ajá.

De cadera para abajo tenía un parecido perverso con una jovencita prepubescente, y yo parecía un pollo hervido con una erección.

Le chupé la nariz un poco otra vez, pero me dijo que no quería hacer el amor, que le preocupaba que Alan y Reginald adivinaran lo que había sucedido si yo no regresaba pronto con ellos. Pero me prometió que si regresaba con la cabeza, nos acostaríamos otra vez. Me vestí, le di un beso de despedida y dije:

—Volveré con la cabeza en unas pocas horas.

Subí al tercer piso y fui con Tinkle y Mangrove. Tenían mucha curiosidad por saber qué era lo que quería Ava.

—Quiere que pose para una de sus esculturas —les dije—. Le intriga mi nariz rota.

A mi amplio abanico de rasgos poco dignos de admiración estaba añadiendo la capacidad de mentir bien.

Capítulo 37

Una palabra en código * Casi llegamos al minyán * Dije yo, dijo ella * Un paseo en la oscuridad * La Marina marca un tanto * Una especie de reunión social * Una cabeza traspuesta * ¿Qué pasa si hay una escopeta en el último acto, aunque no haya salido en el primero? ¿También se dispara?

Mangrove abandonó la habitación de Tinkle hacia la medianoche.

—Buenas noches, comandante —dije.

—Buenas noches, comandante —repitió Tinkle.

—¡Sigan según lo previsto! —dijo Mangrove, y se fue.

Yo quería seguir ingiriendo el *whisky* de Tinkle para que me ayudase a acudir a mi cita con el delito a las 2 de la madrugada.

Había sido valiente y no le había comentado nada a ninguno de los dos miembros de la Federación; iba, por supuesto, a perpetrar el hurto solo. Además, tenía que proteger a Ava y, por añadidura, no quería implicar a Mangrove ni a Tinkle en lo que iba a hacer, y conocer mis planes les habría convertido en cómplices de mis actos.

Me preocupaba, no obstante, la posibilidad de tener un apagón y no seguir adelante con el tema.

—Por favor —le pedí a Tinkle—, comprueba de vez en cuando si estoy teniendo un apagón.

—¿Y cómo lo hago?

—Pregúntame si estoy teniéndolo.

—Pero incluso si estás teniendo un apagón me dirás que no.

—Es verdad. Probablemente no soy muy de fiar en ese estado. Tenemos que pactar una contraseña. Algo que solo conozca mi conciencia presente.

—¿Y cómo sabemos que no estás en un apagón ahora mismo?

—No creo que alguien que estuviera sufriendo un apagón estuviera preocupado por sufrir un apagón —dije, un poco

exasperado—. Simplemente no funciona así.

—Es posible… pero en ocasiones, cuando estoy soñando, sé que estoy soñando.

—Vale, pero aunque esté ahora en un apagón o soñando, pactemos una contraseña. ¿Cuál es tu segundo nombre?

—Spencer.

—¿Alan Spencer Tinkle?

—Sí.

—Me gusta. Esa será nuestra contraseña: Spencer.

—Mi madre creía que con un segundo nombre como Spencer quizá pudiera llegar a ser el primer presidente judío. Era su ilusión.

—Debería haber imaginado que eras judío —dije—. No puedo creer que no estableciéramos antes que los dos somos judíos. Aquí hay un montón de judíos. Este sitio debería llamarse la Colonia Rosenberg.

Tinkle escogió ese momento para sacar un reproductor de casetes/radio de su armario, y de su escritorio sacó varias grabaciones de cómicos judíos. Tenía a Sid Caesar, Mel Brooks, Woody Allen, Carl Reiner y Lenny Bruce.

—¡Ya nos falta menos de la mitad para el minyán [7] !

Empezamos a escuchar una de las grabaciones de Mel Brooks, y cuando llevábamos una media hora, Tinkle dijo:

—¿Cuál es mi segundo nombre?

—¡Spencer!

—Supongo que sigues aquí.

—Eso creo… Si estoy en un apagón, entonces es que estoy teniendo un apagón dentro de un apagón y por tanto sé lo que está pasando. Y eso es lo importante.

—Eso es lo que te intentaba explicar antes.

—Entonces, estamos de acuerdo.

—Vale —dijo Tinkle.

A la una y media me levanté.

—Gracias, como siempre, Alan, por tu *whisky* —dije—. Ahora debo ir a inmolarme.

—Estás bromeando, ¿verdad? El que tiene cáncer de pene soy yo.

—Sí, estoy bromeando. Y tú no tienes cáncer de pene. Ya te dije que todos los hombres se ven cosas raras en el pene. No quieras

saber las cosas que yo he visto en el mío. Sin ir más lejos esta… Me pregunto si alguien ha visto a la Virgen María en su pene. Ya sabes que hay muchos avistamientos de la Virgen. Sería un avistamiento un poco vulgar; desde luego, y estoy seguro de que la Iglesia no lo reconocería, pero todo es posible.

—¿Cuál es mi segundo nombre?

—Spencer. Alan Spencer Tinkle, el cuadragésimo octavo presidente de los Estados Unidos de América, la tierra que amamos destruir.

—Desde luego, estás como una cuba —dijo Tinkle—, pero no me parece que tengas un apagón.

—Lo tomaré como un cumplido… Bien, hasta la próxima. Te veré en la otra vida o mañana, lo que venga antes.

Nos separamos sin un apretón de manos por la hiperhidrosis de Tinkle.

Bajé las escaleras hasta el segundo piso y, a pesar de lo que le había dicho a Tinkle, me sentía bastante suicida y sentimental. En mi vida había hecho muchas cosas, pero nunca había allanado el domicilio de alguien para robar la escultura de una cabeza.

No pasé por mis habitaciones. Si Jeeves estaba despierto, no sería capaz de ocultarle un secreto de esta magnitud y no soportaría ver la expresión de decepción en su rostro cuando le dijera que me disponía a cometer un delito.

Así pues, desde la habitación de Tinkle fui hacia la de Ava. No había nadie en el pasillo. Llamé suavemente a su puerta. Me dejó pasar.

—Salgo a asesinarlos mientras duermen —dije yo.

—Estás totalmente borracho —dijo ella.

—Estaba totalmente borracho también hace unas horas —dije yo.

—Pero entonces no se te notaba —dijo ella.

—Perdón, la próxima vez me esforzaré más —dije yo.

—Será mejor que no lo hagas esta noche —dijo ella.

—Si no lo hago esta noche, no lo haré nunca —dije yo.

—La vas a joder —dijo ella.

—Todo esto no es más que una gran jodienda —dije yo.

—Que te jodan —dijo ella.

—No son las palabras de despedida que esperaba. Es mejor que

haga esto borracho que sobrio. Sobrio, me rajaría. Lo sé —dije yo.

—Está bien, solo quiero que me traigas la escultura —dijo ella.

—¿Me das un beso para desearme buena suerte? —dije yo.

Su expresión se suavizó. Ese fue el fin de nuestro «dije yo, dijo ella». Ambos nos callamos y ella me dio un largo beso y yo la rodeé entre mis brazos. Me gustaba abrazarla.

Salí de la Mansión y fui hasta el Caprice. Saqué una linterna de la guantera, pensando en qué más debería llevar encima un buen ladrón.

Caminé por el silencioso y oscuro jardín. Por el techo que formaban las copas de los árboles se escurría la luz de la luna y las estrellas. El cielo se había despejado. Cruzar los grandes terrenos de la colonia era como atravesar un bosque al que le hubieran hecho la manicura. Había la luz justa para poder caminar. No quería utilizar la linterna hasta que estuviera en la casa del doctor Hibben. Temía que el haz pudiera alertar a alguien que estuviera mirando por la ventana de alguno de los otros edificios del complejo, en los que se alojaban otros residentes de la colonia.

El corazón me latía con fuerza, pero seguí avanzando en silencio. Me detuve junto a la piscina y me senté a lo indio frente a su temblorosa superficie de reflejos negros. Hundí la mano en el agua y me llevé un poco de líquido fresco a la frente. Estaba resignado a mi destino, pero decidí rezar. Mentalmente dije: «Dios, por favor, ayúdame. Por favor, haz que no me meta en líos».

Entonces me quedé allí sentado un rato. Por las películas tenía la idea de que los delincuentes profesionales eran gente disciplinada que trabajaba siguiendo un horario muy preciso, así que me había propuesto ser estrictamente puntual y, según mi reloj, cuya esfera iluminé durante una fracción de segundo con la linterna, todavía no eran las 2

a. m.

Por supuesto, ceñirse al horario previsto es mucho más importante cuando se roba un museo o un banco, y no tan importante si se va a entrar en una casa cuya puerta no está cerrada con llave, pero contemplar mi conducta bajo un filtro romántico me ayudaba a seguir adelante con mi plan. Ahora me arrepentía de haberme afeitado el bigote. Me hubiera dado valor, me hubiera hecho sentir más gallardo. Pero siempre podía dejar que volviera a crecer. Eso es

lo bueno de los bigotes. Si te afeitas uno y te arrepientes, siempre puedes dejarte crecer otro exactamente igual.

Bien, a la 1:57
a. m.
inicié mi intrépida incursión en la casa del doctor Hibben. Había un corto sendero entre los árboles que partía de la piscina y llevaba hasta mi objetivo. Frente a la casa había un gran trecho de césped raso; detrás de la casa había bosque cerrado.

Había una luz encendida sobre la puerta principal. En realidad no había observado la estructura de la casa de los Hibben con detalle el viernes por la noche, debido a que había llegado allí en pleno apagón, pero ahora veía que era un edificio atractivo, cuadrado, de dos pisos y estilo modernista.

No por la bebida, sino por los nervios, casi vomité mientras me acercaba sigilosamente a la puerta. Sigue adelante, me apremié. Había una puerta con tela metálica y luego la puerta principal. Con un chirrido que hubiera despertado a los vivos y a los muertos, abrí la primera puerta. Esperé. No hubo ninguna reacción al chirrido. Giré el pomo de la puerta principal. ¡Estaba cerrada! Ava estaba equivocada. Los malditos Hibben se habían encerrado dentro. Cerré cuidadosamente la puerta exterior, me alejé de la casa y me escondí entre las sombras.

¿Debía abandonar? ¿Podía regresar con Ava habiendo fracasado?

Puse mi masivo intelecto a buscar una salida al brete en el que me hallaba. No encontré ninguna.

Entonces vi que había una ventana abierta justo donde estaba el salón. La ventana era lo bastante grande como para que por ella pasara una persona. Me acerqué y me detuve entre los arbustos que había bajo la ventana. Había bajada una pantalla, pero estaba suelta. Me metí la linterna en el bolsillo y pude meter los dedos por debajo de la pantalla y subirla hasta que se encajó arriba. Metí la cabeza y vi que justo bajo la ventana había una mesita con un jarrón con flores, una lámpara y un cenicero. Era una mesita estrecha, por lo que podría pasar la pierna por encima de ella una vez hubiera metido la pierna por la ventana, que estaba a unos ciento cuarenta centímetros del suelo.

Aparté el jarrón a un extremo de la mesa y la lámpara al otro. La

habitación estaba a oscuras, así que saqué la linterna y le di un rápido repaso. Justo frente a la ventana estaba la repisa de la chimenea con el busto de Ava, que emitió destellos dorados cuando el haz de la linterna lo iluminó. Entonces apagué la linterna y la puse sobre la mesa. Pasé la pierna por la despejada mesa, pero la fuerza de esa acción fue un poco excesiva y entró en juego algún tipo de principio de acción y reacción, pues a partir de ese instante fui incapaz de controlar por completo mi cuerpo. Por eso intenté seguir espasmódicamente el movimiento de mi pierna con mi cabeza y mi torso, consiguiendo solamente golpear con fuerza mi nariz rota con el marco de la ventana al no bajar la cabeza lo bastante. Se me escapó un grito sofocado de dolor y pasé la otra pierna por encima de la mesa, pero esta segunda extremidad golpeó la mesa. La lámpara cayó al suelo haciendo un ruido infernal al precipitarse a su muerte, y la linterna se cayó al suelo y se perdió de vista, aunque el jarrón permaneció en su sitio.

La habitación estaba oscura como la boca de un lobo y yo temporalmente loco. Quizá algún fragmento de hueso de mi nariz, impulsado por el golpe contra el marco, se había incrustado en mi lóbulo frontal. Corrí hacia la repisa en la oscuridad, golpeándome la espinilla contra una mesa de centro que no creo que estuviera presente el día del cóctel. El golpe hizo ruido, pero a estas alturas en mi cabeza sonaba a todo volumen la banda militar de West Point, así que ya no me preocupaban mucho los ruidos que se oyeran fuera. Luego la Armada anotó un tanto y los seguidores de Annapolis gritaron con fuerza.

Llegué hasta la repisa, cogí la cabeza, que pesaba una tonelada, al menos doce kilos, y agitando todos mis miembros como aspas de molino, regresé a la ventana, intenté pasar la pierna por encima de la mesa y le di una patada al jarrón, que se hizo añicos contra el suelo. Después de eso conseguí pasar una pierna fuera y entonces toda la habitación se iluminó y el doctor Hibben hizo su aparición, vestido con unos enormes calzoncillos bóxer pero sin camiseta. Su torso parecía algo sacado de un manual médico sobre enfermedades venéreas.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Alan? —gritó.

Cuando pronunció mi nombre, comprendí de golpe la gravedad de la situación. Me había reconocido. La respuesta de mi sistema

nervioso fue gritar a todo pulmón. Fue un cruce entre el aullido de un lobo y el tipo de grito que lleva tiempo rebotando en las paredes de Bellevue.

El doctor Hibben retrocedió un paso. Su expresión era de miedo. Estaba a unos tres metros de mí. Entonces dejé de gritar. Seguía a caballo de la mesa y la repisa de la ventana. Me había hecho un corte en la espinilla, mi nariz volvía a estar rota y empezaba a sangrar, estaba teniendo un ataque de locura y tenía la escultura de la cabeza de Ava bajo mi brazo derecho.

La señora Hibben entró en la habitación vestida con una bata translúcida y empuñando una escopeta que apuntó hacia mí. Bajo su bata vi que se balanceaban unos pechos que hubieran sido unos excelentes vasos para vino en la Edad Media. Quizá estaba en uno de los sueños húmedos de Tinkle. Sí que me di cuenta, a pesar de las circunstancias, de que hubieran sido vasos de vino medievales bastante sensuales; los pezones oscuros parecían fecundos y eróticos.

El doctor Hibben se dirigió a su mujer con severidad:

—Baja la escopeta. No queremos que esa cosa se dispare. Es Alan Blair. —Y entonces, dirigiéndose a mí, me dijo—: Baja de ahí.

Me quedaba un mínimo control muscular, lo que era un pequeño milagro, y pude descender del marco de la ventana y dejar el pesado busto de Ava en la mesa, como si lo hubiera estado sosteniendo por casualidad. La señora Hibben dejó la escopeta en el sofá. Yo me quedé frente a la ventana, inmóvil como si fuera una pieza de ajedrez. Al menos mis padres están muertos, pensé. Se han ahorrado la vergüenza.

—Voy a llamar a la policía —dijo la señora Hibben.

—No —dijo el doctor Hibben—. Vamos a gestionar esto nosotros. Apesta a *whisky*. Lo puedo oler desde aquí. Quería la escultura de Ava. —Me miró con perturbadora intensidad—. ¿Qué vamos a hacer contigo? Eres peor que Goldberg.

Me pregunté por un instante si estaba haciendo algún tipo de afirmación antisemita en general, como si *Goldberg* fuera una palabra derogatoria para referirse a los judíos, y entonces recordé que Goldberg era el inglés que meaba en tazas de té. Me sentí avergonzado por haber acusado por un instante en mi mente al doctor Hibben de ser antisemita.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? —me preguntó.

El miedo y la vergüenza me dejaron mudo.

Caminó hacia mí, sus dos metros quince de pecas, con los calzoncillos bóxer ondeando al viento como si fueran un paracaídas. De hecho, tenían material suficiente como para fabricar un paracaídas, así que si alguna vez se caía de un avión, probablemente sobreviviría.

Me cogió por el pescuezo, como se coge a un escolar travieso, y al hacerlo me paralizó varios nervios, entre ellos la espina dorsal. Me empujó hasta el sofá y me tiró sobre él. Mi trasero cayó sobre el cañón de la escopeta. Él no dijo nada al respecto y yo simplemente me quedé sentado encima, pues tenía miedo de moverme.

—Estás muy enfermo, ¿verdad? —preguntó la señora Hibben.

—Creo que sí —dije.

—Te sangra la nariz —dijo Hibben. Me pasé la muñeca por los orificios nasales. No sangraba mucho.

Justo entonces llamaron a la puerta. El doctor y la señora Hibben se miraron como si ya nada pudiera sorprenderles.

El doctor Hibben abrió.

Oí que una voz conocida decía:

—Hemos oído un grito. —Era el comandante. ¿Había venido a salvarme?

—Más vale que paséis —dijo el doctor Hibben—. Se ha producido una situación extraordinaria.

Y entraron en el salón Mangrove y Beaubien. Mangrove, que parecía Neptuno, llevaba su gran red de cazar murciélagos. Él y Beaubien contemplaron los restos de la lámpara y el jarrón rotos. Luego se dieron cuenta de que yo estaba sentado en el sofá como un prisionero con una escopeta directamente contra mi recto, aunque puede que no registraran con exactitud este último detalle; probablemente solo vieron que estaba sentado sobre una escopeta que apuntaba en general a la región de mis nalgas.

—¿Qué estabais haciendo vosotros dos por aquí? —preguntó el doctor Hibben.

Beaubien me miraba con incredulidad.

Mangrove dijo:

—Sigrid me llamó porque le había entrado un murciélago en la habitación y yo lo atrapé y lo llevé afuera para soltarlo, y entonces

decidimos dar un paseo… Y oímos ese grito terrible. ¿Está todo el mundo bien?

—Pues sucede que Alan, aquí presente —dijo Hibben—, entró por la ventana en mi casa e intentó escapar llevándose la escultura de la cabeza de Ava.

—Quiero llamar a la policía —dijo la señora Hibben.

—No quiero ese tipo de publicidad para la colonia —dijo el doctor Hibben.

—¿Qué has hecho, Alan? —preguntó Mangrove, preocupado.

—No estoy del todo seguro —dije—. Pero se debería llamar a la policía. Merezco que me arresten y me peguen un tiro.

—Está muy enfermo —dijo la señora Hibben.

—Sabía que había algo raro en él —dijo Beaubien.

Justo entonces, por el rabillo del ojo, vi que la cabeza de Ava se elevaba, como por voluntad propia; y luego vi que dos manos oscuras parecían cogerla por las orejas, y entonces la cabeza desapareció y en su lugar se materializaron un par de zapatillas.

La señora Hibben captó el final de esta transacción sobrenatural y gritó. Eso provocó una reacción en cadena de gritos. Primero yo, luego Beaubien. Mangrove y el doctor Hibben fueron fuertes y solo emitieron un gruñido de miedo. La señora Hibben, mientras gritaba, tuvo la presencia de ánimo de coger la escopeta, pero yo seguía sentado sobre ella. Así que cuando intentó levantarla, la escopeta se inclinó en un ángulo raro y, como sucede a menudo con las armas de fuego, se disparó accidentalmente con una explosión tremenda, demostrando que las armas son peligrosas, aunque el tío Irwin sería el primero que diría que es la gente la que es peligrosa, no las armas.

Capítulo 38

La Armada le está dando una paliza al Ejército * Una herida de bala * Me llaman loco, no por primera vez, y me lo merezco * Mangrove y Beaubien * Ava en mi cama * Si te ahorcan * Siempre me ha gustado Batman * Cabos sueltos

La fuerza del disparo ejerció sobre mí un efecto de catapulta. Me envió por encima del brazo del sofá, reboté contra una mesita auxiliar, que partí en dos, y me llevé al suelo conmigo una bonita lámpara antigua. La lámpara y yo nos acurrucamos y soñamos con casarnos. La mesa auxiliar intentó sumarse, pero le dijimos que tres son multitud.

Mientras la lámpara y yo intentábamos dormirnos sobre el suelo, en el salón había muchísimo ajetreo. Al parecer, la Armada había anotado otro tanto.

Entonces Beaubien, de ideas fijas hasta el final, gritó claramente por encima de los gritos de ánimo de los aficionados de Annapolis:

—¡Esas son mis zapatillas!

Eso me despertó del ensueño provocado por el disparo de la escopeta. Me incorporé y miré a mi alrededor. El doctor Hibben, al parecer poco preocupado por el hecho de que me hubieran disparado, lo que resulta perfectamente comprensible porque yo había allanado su domicilio, corrió hacia la puerta de entrada, apretó un interruptor y salió afuera. Desde el suelo vi que por la ventana entraba muchísima luz. Había encendido los focos que iluminaban el jardín de la casa, aunque yo podría haber fingido creer que era esa luz blanca de la que tanto se oye hablar.

El comandante bajó su red de cazar murciélagos y se arrodilló a mi lado. Parecía bastante emocionado, así que se puso el parche en la frente, para poder inspeccionarme mejor a mí, su sargento caído en combate.

—¿Dónde te ha dado? —me preguntó, casi con lágrimas en los ojos.

Era extraño ver los dos ojos brillando en su severo y melancólico rostro. El parche en mitad de su frente parecía como uno de los componentes de una filacteria judía —la cajita ceremonial de oración que el tío Irwin se ponía cada mañana—.

—No estoy seguro —dije.

La señora Hibben seguía en pie, conmocionada, pues debía ser la primera vez que disparaba a alguien, o al menos eso suponía yo. Sostenía el arma del crimen en sus manos pero, afortunadamente, ahora apuntaba al suelo.

Beaubien estaba detrás de Mangrove, mirándome y apretándose las zapatillas contra el pecho.

Me llevé la mano al trasero y me palpé las nalgas a través de los pantalones. Luego me giré y me palpé la parte trasera de los pantalones. No había ni agujero de bala ni sangre. Si había quedado alguna ladilla, esperaba que al menos hubiera ensordecido permanentemente.

—No creo que me haya dado —dije.

Mangrove me ayudó a ponerme en pie. Mi nalga derecha había perdido la sensibilidad, como si un caballo le hubiera dado una coz, pero no había más daños que ese; bueno, los pantalones estaban un poco tiznados en la parte de atrás, pero eso se podía limpiar.

El oír que no me había dado hizo cobrar vida a la señora Hibben.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, no me ha dado el tiro.

—Gracias a Dios —dijo, lo que fue muy amable por su parte.

—Podrías haber muerto —dijo Beaubien dulcemente y con simpatía. Este disparo estaba sacando lo mejor de todo el mundo.

Todos miramos hacia el sofá. Cuando la señora Hibben había levantado la escopeta había cambiado el ángulo del cañón y salvado mis nalgas, pero el sofá estaba herido de muerte. Había un enorme agujero con los bordes quemados en el cojín, que dejaba ver el relleno y bajo el relleno, los muelles del lecho del sofá.

El doctor Hibben volvió a entrar en la casa. Tenía el rostro sonrojado entre las pecas. Parecía como si el estrés de la situación fuera a provocarle una combustión espontánea.

—¿Está herido? —preguntó. Me vio en pie y, aparentemente, sano y salvo, pero quiso asegurarse.

—No —dijo la señora Hibben—. El tiro ha ido al sofá… Llamemos a la policía.

—Vale ya con la condenada policía… Afuera no hay nadie. Si lo hubiera, lo habría visto. Nadie puede haber cruzado el jardín tan deprisa como para que no lo vea… ¿Quién es tu cómplice, Alan? ¡Confiesa!

—Llamemos a la policía —dijo la señora Hibben.

—¡Cállate de una vez! —rugió el doctor Hibben a la señora Hibben—. ¡No tenemos permiso para esa puta escopeta de tu hermano! ¡Y guárdala de una puta vez antes de que mates a alguien!

Beaubien, Mangrove y yo bajamos la cabeza. Parecía indecoroso, incluso en una situación como aquella, presenciar una pelea entre el director de la Colonia Rose y su esposa.

La señora Hibben se sentó en el lado bueno del sofá, dejó con cautela la escopeta en el suelo, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

El estrés hizo que Beaubien y yo la imitáramos, así que pronto hubo un coro de suplicantes. Mangrove le pasó el brazo por el hombro a Beaubien. Mi nariz, que había dejado de sangrar, empezó a gotear de nuevo.

—¿Quién se ha llevado la cabeza y devuelto las zapatillas? —exigió saber el doctor Hibben.

—No lo sé —dije, todavía llorando, y tapándome la nariz con la mano para no mancharlo todo de sangre.

—Ha sido el fantasma de la Colonia Rose —dijo Beaubien, con un punto de histerismo en la voz.

—¿Quién se ha llevado la maldita cabeza? —gritó el doctor Hibben.

—No lo sé —gemí, aunque en el fondo de mi corazón sí lo sabía. Solo un hombre podía moverse de forma tan eficiente y sobrenatural; solo un hombre habría venido en mi ayuda:

¡Jeeves!

—Ha sido un fantasma —repitió Beaubien, llorando.

Mangrove la abrazó fuerte y dijo:

—Todo está bien, Sigrid. Todo está bien.

Entonces el doctor Hibben dijo:

—Todo el mundo fuera. Esta es la peor noche de la historia de la colonia. Siento la tentación de despertar a todo el mundo ahora mismo, pero no quiero generar más escándalo… Por la mañana reuniré a todos los colonos y averiguaré quién se ha llevado esa cabeza. Y después de eso, Alan, te marcharás inmediatamente ¡y no descarto llamar a la policía!

Me quedó claro que había hecho esta última afirmación tanto para amenazarme como para intentar reconciliarse con su esposa.

—Siento todo esto, doctor Hibben —dijo Mangrove, actuando como representante de todos los residentes, y se lo agradecí, porque yo no me veía capaz de reunir la voluntad necesaria para disculparme, sabiendo que cualquier cosa que dijera sonaría irrisoria e insuficiente ante la magnitud del daño que había causado.

—No tienes de qué disculparte, Reginald —dijo el doctor Hibben, y entonces se acercó a su esposa y le puso la mano en el hombro, pero ella siguió llorando.

Mangrove recogió su red de cazar murciélagos y nos dijo a Beaubien y a mí:

—Vámonos.

Pero cuando salíamos de la casa, el doctor Hibben empezó a respirar apresuradamente y su torso desnudo empezó a agitarse. Estaba teniendo una reacción demorada y, simultáneamente, la señora Hibben dejó de llorar. La histeria de ella se había transferido a él, cosa habitual con la histeria; pocas veces dos personas se ponen histéricas a la vez; tienden a pasársela de una a otra.

Mangrove me dejó a mí la red de cazar murciélagos y fue rápidamente hacia el mueble bar, de donde sacó una botella de *whisky* y un vaso. Le sirvió un trago al doctor Hibben, que con los temblores vertió parte del líquido. Pero al parecer lo que consiguió beber tuvo un efecto tranquilizante.

Se sentó junto a su mujer. Estaba sobre el agujero en el cojín, pero su trasero era tan grande que no se hundió por él. La señora Hibben lo rodeó con sus brazos y lo besó en la mejilla. Se quedaron allí sentados juntos uno al lado del otro, con los hombros hundidos y pareciendo muy pequeños para ser dos gigantes humanos medio desnudos.

—¿Estáis los dos bien? —preguntó Mangrove.

—Estamos bien —dijo el doctor Hibben, recuperada parte de su compostura habitual—. Gracias por la bebida.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —preguntó Mangrove.

—Por favor, asegúrate que ese loco de Blair no prende fuego a la Mansión. No lo pierdas de vista. Solo tenemos que aguantarlo hasta mañana por la mañana.

Las palabras del doctor Hibben me dolieron, pero me las había ganado a pulso y no era la primera vez que un médico me consideraba un maniaco.

Los tres nos marchamos. Nadie dijo adiós. No era el tipo de reunión que pedía ese tipo de despedida. Le di a Mangrove su red de cazar murciélagos y él la utilizó como bastón y envolvió a Beaubien con su brazo libre. Cojeaba por culpa de mi magullado trasero, pero el mero hecho de poder andar ya me resultaba sorprendente.

Caminamos en silencio. Entre todos los horrores que se habían producido, me agradó ver que se había reavivado el afecto entre Mangrove y Beaubien. Al fin y al cabo, Beaubien no era tan mala.

—Alan —dijo Mangrove, rompiendo el silencio—. Explícame qué está pasando aquí. ¿Quién se ha llevado la cabeza y devuelto las zapatillas?

—De verdad que no lo sé.

No iba a incriminar a Jeeves, ni siquiera ante el comandante.

—¿Así que no fuiste tú quien se llevó mis zapatillas? —preguntó Beaubien.

—Sé que ahora mismo no gozo de mucha credibilidad, pero de verdad que yo no me llevé tus zapatillas.

Seguimos nuestra marcha callados. Cuando alcanzamos la Mansión, Mangrove le pidió a Beaubien que le esperara en la sala de las botas porque quería hablar un momento a solas conmigo. Ella no protestó. Estaba claro que haría cualquier cosa que él le pidiera. Ella estaba radiante. El afecto entre ella y Mangrove había revivido y además había recuperado sus zapatillas. Estaba en paz con el mundo. Entró en el edificio.

Mangrove me miró. Seguía con el parche en medio de la frente, tapando su tercer ojo, si es que lo tenía. Si es que alguien lo tiene.

—Apenas hemos empezado a conocernos —dijo—, pero me caes

bien… Así que, ¿por qué demonios entraste en la casa de Hibben? ¿Lo hiciste porque estabas borracho? No te debí dejar fumar toda esa marihuana… ¿Te empujó Ava a hacerlo?

—Por supuesto que no.

Mangrove se quedó callado.

—¿De verdad no sabes quién se ha llevado la cabeza y devuelto las zapatillas?

Mentí con todas mis fuerzas.

—No lo sé.

—Está bien —dijo Mangrove, resignado. Bajó la cabeza, exhausto, y luego me miró—. No vas a meterte en más líos esta noche, ¿verdad?

—No —dije.

—¿Estás bien?

—Tengo el trasero un poco dolorido, pero nada grave.

—Tienes sangre seca en la nariz.

—Lo sé.

—Supongo que te marcharás por la mañana.

—Tan pronto como el doctor Hibben me lo ordene. A menos que llame a la policía.

—No creo que lo haga; tiene que responder ante el consejo, y estoy seguro de que preferirá evitarlo… pero ¿quién sabe?

Entramos en la Mansión. Beaubien esperaba dentro. Todos nos dimos las buenas noches y él y Beaubien se cogieron de la mano. Juntos fueron hacia el salón principal y yo subí por la escalera trasera.

Jeeves no estaba en mi habitación y tuve un mal presentimiento. La cabeza de Ava estaba sobre mi almohada, lo que se me antojó un gesto muy dramático para lo que era habitual en Jeeves. Entonces saqué el cojín de la funda blanca de la almohada y metí la cabeza dentro, utilizando la funda como el saco que se pone al pie de la guillotina.

Fui al estudio.

—Jeeves —susurré desde el otro lado de la puerta.

—Adelante, señor —dijo.

Entré y cerré la puerta. Él se levantó de su catre y dejó a un lado su volumen de Powell.

—¿Cómo puedes estar leyendo?

—No podía dormir, señor.

El hombre tenía hielo polar en lugar de sangre. Era completamente imperturbable.

—Bueno, muchas gracias Jeeves. Todo te lo debo a ti.

—De nada, señor.

—¿Cómo lo has hecho, Jeeves? No te oí siguiéndome… ¿Y cómo no te vio Hibben al salir al jardín? ¿Te escondiste en los bosques de detrás de la casa?

—No me escondí detrás de la casa del doctor Hibben, señor.

—¿Oíste el disparo? Casi me da, ¿sabes?

—No sabía eso, señor.

—¿Puedes correr tan rápido como para que no te viera?

—Sus preguntas me dejan perplejo, señor.

—Solo quiero saber cómo eludiste al doctor Hibben después de llevarte la cabeza —agité la pesada carga en la funda de la almohada, para indicar lo que había dentro—. ¿Y de dónde sacaste las zapatillas de Beaubien?

—No encontré las zapatillas de la señorita Beaubien y no me llevé la cabeza. Si la cabeza pertenecía al señor Hibben, entonces ha sido el señor Tinkle quien se la ha quitado. Vino a la habitación de usted hace algunos minutos y depositó la cabeza sobre la almohada. Yo le observé a través de la rendija de la puerta y, cuando se marchó, fui a su habitación y vi la cabeza sobre la almohada. Imaginé que le estaba gastando algún tipo de broma, así que me pareció fuera de lugar retirarla… Pero ¿cómo ha sido, señor, que casi recibe usted un disparo? Además tiene usted sangre seca en el labio. Si me permite, buscaré una gasa para limpiársela.

Me senté en mi escritorio e intenté absorber lo que Jeeves me acababa de decir, pero no quedaba mucho espacio en mi cerebro después de todo lo que había hecho y presenciado, así que me llevó cierto tiempo. Luego, de repente, me quedó claro cuál era el rumbo a seguir.

—Jeeves, volveré en seguida y te lo explicaré todo —me levanté.

—¿No quiere que le limpie el labio primero, señor?

—No.

—Hay una gran mancha oscura en la parte trasera de sus pantalones, señor.

—Lo sé, Jeeves. Ahí es donde casi me disparan… Volveré en un

momento y te lo explicaré todo.

Escondida en mi escritorio estaba la bolsa de plástico que contenía el *pack* de erradicación de ladillas. De ella tomé el aerosol y lo metí dentro de la funda de la almohada con la cabeza. Luego corrí a la pata coja hasta la habitación de Ava. Nadie me vio. Entré. Estaba sentada en la cama. Llevaba una camiseta sin mangas.

Crucé la habitación como un torbellino y le puse la funda de la almohada en el regazo.

—Es una larga historia y no tengo tiempo de contártela —dije—. Pero aquí están la cabeza y el aerosol. Voy a huir. Te adoro, pero… bien, quizá nos veamos en Brooklyn algún día. Te buscaré en el Instituto Pratt… Escucha, puede que mañana venga la policía, aunque lo dudo. Hibben teme generar publicidad negativa para la colonia. Sea como sea, yo voy a desaparecer esta noche, eso hará que todas las sospechas caigan sobre mí y te pondrá a salvo.

Se quedó muda. Me incliné hacia ella y la besé.

—Eres muy bella —dije.

—Tienes sangre en la cara.

Eché a andar hacia la puerta.

—¡Alan, dime qué ha pasado!

—Te he conseguido la cabeza. Eso es todo lo que necesitas saber. Si supieras más, tendrías que mentir. De esta forma podrás alegar ignorancia y será creíble… Pero si te ahorcan, te recordaré siempre.

—¿De qué estás hablando?

—Es broma. —Siempre había querido decirle eso a alguien—. Pero esconde bien la cabeza. De todos modos no se les ocurrirá que la puedas tener tú, pero lo mejor será esperar a que todo se enfríe un poco. No vayas a Nueva York inmediatamente. Avisa a la galería de que la llevarás dentro de unos días. Que te avancen un poco de dinero si te hace falta.

Abrí la puerta.

—¡Alan!

—Tengo que irme. ¡Por favor, déjame irme!

Se quedó mirándome en silencio. Cerré la puerta. No quise decirle nada de Tinkle. Tenía que mantenerlo a salvo si la interrogaban.

Perfeccioné mi paso cojo ligero de camino a la habitación de Tinkle. Penetré en sus aposentos sin llamar y cerré la puerta detrás

de mí. Tinkle se dio la vuelta, sobresaltado, y me miró. Se estaba limpiando el rostro pintado de negro con una toalla húmeda. Había varios corchos quemados sobre su escritorio: con ellos se había pintado.

—Me seguiste hasta la casa de Hibben —dije.

Asintió sin decir nada. La mitad de su rostro era negra y vestía tejanos oscuros y un jersey negro de cuello de cisne. Se había limpiado las manos, pero todavía tenía algunas manchas del corcho en los nudillos.

—Me has salvado —dije.

—El Murciélago te ha salvado —dijo, y entonces se agachó y recogió, como si fuera un espadachín, un gran paraguas cerrado. Pulsó un botón y el paraguas se abrió, y entonces él se agachó y se escondió por completo bajo aquel escudo negro. El efecto óptico era idéntico a que hubiera desaparecido. Se levantó y cerró el paraguas.

—Es mi dispositivo de ocultamiento. Funciona muy bien entre las sombras.

—¡Eres genial! Así es como eludiste a Hibben.

—Así es como el Murciélago eludió a Hibben.

—Oye, va a haber un registro mañana, pero yo voy a huir esta noche con la cabeza y eso debería zanjar el asunto. Pero si hablan contigo, hazte el tonto. Y deshazte de estos corchos.

—¿Estás seguro de que tienes que huir?

—Si no huyo, de todas formas me iban a expulsar, y si me quedo aquí un minuto más… bueno, no creo que pueda soportarlo.

—Lo entiendo. Pero… todo esto por una cabeza… En fin, disfrútala.

Me había seguido hasta la casa de Hibben, pero no sabía que Ava me había enviado allí. Contaba con ello. Él creía que yo seguía teniendo la cabeza, lo que me iba de maravilla.

—Por cierto —dije—, debí haberme dado cuenta desde el principio de que tú estabas detrás del asunto de las zapatillas.

—Pensaba devolverlas esta noche, para que te dejara de dar la lata, pero cuando la vi en casa de Hibben pensé que se presentaba una oportunidad perfecta.

—Pues bien, funcionó a pedir de boca. Fue un elemento de distracción sorprendente y extraño… Así que gracias por todo.

Le ofrecí mi mano. Él dudó.

—Venga, hombre —dije.

Me dio un apretón. Agradable y húmedo. El bueno y viejo Tinkle.

—¿Cómo consigues que no se te corra el tizne negro?

—Me doy dos capas.

Nos dimos la mano otra vez.

—Espero verte por ahí fuera algún día —dije.

—Lo mismo digo —dijo él.

Salí raudo de allí. Tinkle no podía poner en peligro a Ava y Ava no podía poner en peligro a Tinkle. Había cabos sueltos, claro, pero siempre los hay; por eso existe la expresión *cabos sueltos*.

Capítulo 39

¡Huyamos! * Huir del país pero no del todo * Lavanderías y técnicas de masaje internacionales * Nota mental con guion * La canción de mi madre

Fui al estudio y le relaté a Jeeves, con cierta intensidad maniaca, todo lo que había sucedido, y al final de mi informe policial, dije:

—Así que creo que coincidirás conmigo en que en esta ocasión la mejor opción es huir inmediatamente.

—Sí, señor, creo que huir es la respuesta adecuada.

Puesto que la mayor parte de mi ropa ya estaba en el coche, no nos llevó nada de tiempo recoger el resto. Hacia las tres y media el Caprice estaba cargado y en ruta.

Atravesamos el sinuoso camino de entrada por última vez. Los árboles, que formaban una larga columnata a sus lados, como si fueran oscuros dolientes, se inclinaban los unos sobre los otros y se cogían de la mano sobre nuestras cabezas mientras escapábamos de la colonia.

Al llegar a la carretera principal dije:

—Oh, Dios, ¿a dónde vamos a ir ahora?

Había dedicado tanta energía a que nos marcháramos rápido que ni se me había ocurrido pensar en un destino.

—Estaba pensando, señor —dijo Jeeves—, que para huir como es debido tendríamos que salir del país. Montreal está a solo unas pocas horas en coche desde aquí por la ruta 87.

—Esa es una idea absolutamente magnífica. Uno acostumbra a asociar huir del país con subirse a un avión con un pasaporte falso y un billete a Venezuela, pero escapar a Canadá es una opción perfectamente razonable. Es como huir del país pero no del todo. Ideal para fugitivos como nosotros.

—Muy bien, señor. Me alegra que esté de acuerdo.

La ruta 87 estaba a menos de dos kilómetros de la colonia. Piloté el Caprice en la dirección adecuada y en menos de un minuto estuvimos en la citada autopista, avanzando a una excelente velocidad de huida de ciento diez kilómetros por hora.

Mientras subíamos al norte como un cohete, vi un cartel que decía MONTREAL 294 KM. Le dije a Jeeves:

—Esta es una de las mejores ideas que has tenido jamás. Todas mis americanas necesitan pasar por la tintorería para que las limpien y les quiten las ladillas, y probablemente allí habrá muchas tintorerías francesas… Es interesante que solo los franceses y los chinos se hayan distinguido en lo que atañe a la limpieza en seco. Nunca he oído hablar de tintorerías portuguesas. Me pregunto cuál será la diferencia entre las tintorerías francesas y chinas. Es como el *shiatsu* y el masaje sueco. Los suecos, por supuesto, se han labrado una reputación en el campo de los masajes, pero no en el de las tintorerías.

—Sí, señor —dijo Jeeves.

—Sabes, Jeeves, puede que hubiera estado bien regresar a Montclair, intentar reformarme, asistir a las reuniones de
AA
y ser un buen sobrino, pero no estoy seguro de haber superado este asunto de las ladillas y no puedo tolerar la posibilidad de infectar las sábanas de la tía Florence y quizá incluso exponerla al contagio. En un momento de debilidad, sin embargo, no me importaría contagiarle las ladillas al tío Irwin, pero solo pienso así en los momentos de debilidad, Jeeves… De todas maneras, Hibben me podría encontrar fácilmente en Montclair… Así que Montreal es en realidad nuestra mejor opción… Sabes, nunca antes había pensado en lo francófono que es el nombre *Montclair*. Supongo que los franceses debieron pulular por Nueva Jersey durante algún tiempo. Casi no ha quedado rastro de ello, sin embargo.

—Muchas ciudades tienen nombres que suenan franceses, señor. Bel-Air y Belmar, por ejemplo.

—Cierto, Jeeves… ¿Fue solo hace una semana cuando le tiré el café encima al tío Irwin en *Nouvelle Montclair*?

—Sí, señor. Hoy es lunes.

—Ves, cada vez se me da mejor ese asunto del tiempo. Aun así, se me hace muy extraño que hayan pasado tan pocos días.

—Estoy de acuerdo, señor.

Entonces nos quedamos en silencio y nos concentramos en el asunto de huir. Durante una media hora seguimos avanzando por la autopista casi vacía, y entonces mi adrenalina, que me había permitido ser resuelto y capaz, además de inmune al dolor mental y físico, se desvaneció por completo. Empezó a afirmarse una conciencia más normal, basada en el miedo. Había sido tan pragmático y había desplegado tanta energía que no había pensado en lo que había destruido, en el tremendo desastre que había dejado tras de mí en la Colonia Rose. Ahora ese periodo de gracia y embotamiento tocaba a su fin. Me dolía todo el cuerpo —mi piel depilada, mi nariz rota, el corte en la espinilla, el trasero al que habían disparado— y la vergüenza torturaba a mi mente.

—Oh, Dios, Jeeves —gimoteé, dejando que el horror de mis actos me dominara—. No creo que hubiera podido portarme peor ni adrede. Qué humillante desastre.

—No ha sido uno de sus triunfos, señor.

—Los pobres Hibben. Puede que no vuelvan a ser los de antes.

—Probablemente son más fuertes de lo que usted supone, señor.

—Espero que sí… Ciertamente poseen mucha fuerza física… Pero, Dios, ¡qué desastre! He fracasado en todo lo que era posible fracasar. He molestado a muchísima gente y destruido mi reputación… Y no he conseguido ninguno de mis objetivos. No me he enamorado. No de verdad, si soy honesto conmigo mismo. No he terminado mi novela; de hecho, apenas he trabajado en ella. Y no he conseguido mantenerme sobrio.

—Al menos lo ha intentado, señor.

—No me he esforzado mucho.

—Podría defenderse una tesis cuyo argumento principal fuera ese, señor.

—Mi problema es que soy demasiado autodestructivo, egoísta, egotista y egocéntrico… Todo lo que lleva ego o auto se me aplica.

—Intente no ser tan autocrítico, señor.

—¿Me estás tomando el pelo, Jeeves?

—Sí y no, señor.

Me reí. Jeeves era maravilloso.

—Eres demasiado bueno para ser verdad, Jeeves —dije.

—Gracias, señor.

—No hay mucha gente que sea demasiado buena para ser verdad, Jeeves, pero tú decididamente perteneces a esa categoría.

—Excelente, señor.

Seguimos conduciendo. Al cabo de un rato la carretera empezó a nublarse y luego se volvió completamente negra. Los faros del coche se apagaron y yo lo consentí y seguí conduciendo sin luces. Era como cuando sueñas que caes en el vacío. Cuando era niño, mi madre me arropaba y me cantaba cada noche la misma nana:

Mi niño está cansado,
mi niño está triste,
hoy ha sido un día muy largo,
así que ahora duérmete, cariño,
y que los sueños se lleven
todas tus preocupaciones.

Yo intentaba mantenerme despierto para que la siguiera cantando, pero entonces se hacía la oscuridad y ella desaparecía. Así que conduje sin luces. La carretera era negra y la caída era larga y aterradora. Luego, en la lejanía, oí una voz llamándome. Y ya no hubo más oscuridad. La reemplazó un terraplén de cemento. La voz me llamó otra vez, justo a tiempo.

—¡Despierte, señor! ¡Despierte!

Notas del traductor

[1] Receptáculo adherido a la jamba derecha de los pórticos de casas judías que alberga un pergamino enrollado con versículos de la Torá. Es uno de los preceptos más arraigados del judaísmo y tiene su origen en Deuteronomio 6:9 y 11:20. < <

[2] *Knish*: Aperitivo de masa rellena de carne picada, puré de patatas, cebollas o queso muy popular en Europa del Este. < <

[3] *Matzoh*: Pan ácimo tradicional de la cocina judía elaborado con harina y agua. < <

[4] *Rugelach*: Pasta de crema de queso de origen askenazi. < <

[5] Autor de *El poder del pensamiento positivo*. < <

[6] *Tinkle* es una manera infantil de referirse al acto de orinar. El equivalente español en este contexto sería apellidarse «Pipí». < <

[7] El minyán es el quórum mínimo de diez hombres adultos (mayores de 13 años) que el judaísmo exige para la realización de ciertos rituales, entre ellos la lectura de ciertas oraciones. < <